



Amin Maalouf
Samarcanda
Alianza Cuatro

Amin Maalouf

Samarcanda

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Índice

Libro primero POETAS Y AMANTES	7
Libro segundo EL PARAISO DE LOS ASESINOS.....	53
Libro tercero EL FIN DEL MILENIO.....	91
Libro cuarto UN POETA EN EL MAR.....	129

A mi padre

Y ahora, ¡pasea tu mirada sobre Samarcanda! ¿No es la reina de la tierra? Más altiva que todas las ciudades, cuyos destinos tiene entre sus manos.

Edgar Allan Poe (1809-1849)

En el fondo del Atlántico hay un libro. Yo voy a contar su historia. Quizá conozcan su desenlace, ya que sus tiempos los periódicos lo refirieron y luego algunas obras lo citaron: cuando el *Titanic* naufragó durante la noche del 14 al 15 de abril de 1912, mar adentro a la altura de Terranova, la más prestigiosa de víctimas fue un libro, un ejemplar único de los *Ruba'iyyat* de Omar Jayyám, sabio persa, poeta, astrónomo.

De este naufragio hablaré poco. Unos valoraron en dólares la desgracia y otros enumeraron debidamente los cadáveres y las últimas palabras. Seis años después, sólo me obsesiona aun ese ser de carne y tinta del que fui, por un momento, el indigno depositario. ¿No fui yo, Benjamin O. Lesage, quien se lo arrancó a su Asia natal? ¿No fue en mi equipaje donde se embarcó en el *Titanic*? ¿Y quién interrumpió su milenario recorrido sino la arrogancia de mi siglo?

Desde entonces el mundo se ha cubierto cada día más de sangre y de tinieblas, y a mí la vida no me ha vuelto a sonreír. He tenido que separarme de los hombres para escuchar únicamente las voces del recuerdo y acariciar una ingenua esperanza, una insistente visión: mañana lo encontrarán. Protegido por su cofre de oro, emergerá intacto de las oscuras sombras marinas, enriquecido su destino con una nueva odisea. Unos dedos podrán acariciarlo, abrirlo, hundirse en él; unos ojos cautivos seguirán de margen en margen la crónica de su aventura, descubrirán al poeta, sus primeros versos, sus primeros, embelesos, sus primeros temores. Y la secta de los Asesinos. Luego, se detendrán incrédulos ante la pintura del color de la arena y la esmeralda.

No tiene fecha ni firma, sólo estas palabras, fervientes o desengañadas: *Samarcanda, el más bello rostro que la Tierra haya vuelto jamás hacia el sol.*

Libro primero
POETAS Y AMANTES

Dime ¿qué hombre no ha transgredido jamás tu Ley?
Dime ¿qué placer tiene una vida sin pecado?
Si castigas con el mal el mal que te he hecho,
Dime ¿cuál es la diferencia entre Tú y yo?

Omar Jayyám

I

A veces, en Samarcanda, al atardecer de un día lento y triste, los ciudadanos ociosos van a deambular por el callejón sin salida de las dos tabernas, cerca del mercado de las pimientas, no para degustar el vino almizclado de Sogdiàn, sino para espiar idas y venidas u hostigar a algún bebedor achispado, al que arrastrarán por el polvo, cubrirán de insultos y condenarán a un infierno cuyo fuego le recordará hasta el fin de los siglos el rojo reflejo del vino tentador.

De un incidente parecido nacerá el manuscrito de las *Ruba'íyyát* en el verano de 1072. Omar Jayyám tiene veinticuatro años y hace poco tiempo que llegó a Samarcanda. Esa tarde ¿se dirige a la taberna o es el azar del callejeo lo que le lleva hasta allí? Renovado placer el de recorrer una ciudad desconocida con los ojos abiertos a las mil sugerencias de un día que toca a su fin. Un chiquillo huye velozmente por la calle del Campo de Ruibarbo, descalzos los pies sobre los anchos adoquines y apretando contra su cuello una manzana robada en algún escaparate; en el bazar de los mercaderes de paño, en el interior de una tiendecilla situada a nivel más alto que la calle, se sigue disputando una partida de chaquete a la luz de una lámpara de aceite: dos dados que se lanzan, una palabrota, una risa ahogada; en el soportal de los cordeleros, un arriero se detiene cerca de una fuente, deja que el agua corra por el hueco las palmas de sus manos juntas y luego se inclina acercando los labios como para besar la frente de un niño dormido; saciada su sed, se pasa las palmas de manos mojadas por la cara, masculla unas palabras agradecimiento, recoge del suelo una cáscara de sandía, la llena de agua y se la lleva a su animal para que a vez pueda beber.

En la plaza de los mercaderes de ahumados una mujer encinta aborda a Jayyám. Apenas tiene quince años y lleva el velo levantado. Sin una palabra, sin sonrisa en sus labios ingenuos, le quita de las manos un puñado de almendras tostadas que acababa de comprar. El paseante no se asombra, es una antigua creencia en Samarcanda: cuando una futura madre encuentra en la calle a un forastero que le agrada, debe atreverse a compartir su alimento, así el niño será tan hermoso como él, tendrá su misma silueta esbelta y los mis rasgos nobles y regulares.

Omar mastica lentamente y lleno de orgullo las almendras restantes, mirando alejarse a la desconocida, cuando un clamor llega hasta él y le incita a apresurarse. Pronto se encuentra en medio de una muchedumbre desenfrenada. Un anciano de largos y esqueléticos miembros está ya en el suelo, con la cabeza descubierta y los cabellos blancos revueltos sobre un cráneo tostado por el sol. Sus gritos ya no son más que un prolongado sollozo de rabia y de miedo. Sus ojos suplican al recién llegado.

En torno al desgraciado, unos veinte individuos, barbas encrespadas, garrotes vengadores, y a cierta distancia un coro de espectadores regocijados. Uno de ellos, al comprobar el semblante escandalizado de Jayyám le lanza con el más tranquilizador de los tonos: «No es nada, no es más que Jaber el Largo!» Omar se sobresalta, un estremecimiento de vergüenza le recorre el cuerpo y murmura: «Jaber ¡el compañero de Abu Alí!»

Un nombre de los más comunes, Abu Alí, pero cuando un letrado lo menciona así, con un tono de familiar deferencia, tanto en Bujara como en Córdoba, en Bali o en Bagdad, no cabe confusión alguna sobre el personaje: se trata de Abu Alí Ibn—Sina, famoso en Occidente por el nombre de Avicena. Omar no llegó a conocerlo, ya que nació once años después de su muerte, pero lo venera como al maestro indiscutible de su generación, el poseedor de todas las ciencias, el apóstol de la Razón.

Jayyám murmura de nuevo: «¡Jaber, el discípulo preferido de Abu Alí!» Porque, aunque lo ve por primera vez, no ignora nada acerca de su patético y ejemplar destino. Avicena veía en él al continuador de su medicina y de su metafísica y admiraba la fuerza de sus argumentos; únicamente le reprochaba que profesara demasiado alto y demasiado brutalmente sus ideas. Este defecto le había valido a Jaber varias temporadas en la cárcel y tres flagelaciones públicas, la última en la Plaza Mayor de Samarcanda. Ciento cincuenta vergajazos en presencia de todos sus allegados. No se había repuesto jamás de esa humillación. ¿En qué momento pasó de la temeridad a la demencia? Sin duda a la muerte de su esposa. Desde ese momento se le vio errar en harapos, tambaleándose y voceando locuras

impías. Pisándole los talones, manadas de chiquillos, riéndose a carcajadas, daban palmadas y le tiraban puntiagudas piedras que le herían hasta arrancarle lágrimas.

Mientras observa la escena, Omar no puede dejar de pensar: «Si no tengo cuidado, un día seré esta piltrafa.» No es la embriaguez lo que más teme, sabe que no se abandonará a ella; el vino y él han aprendido a respetarse y jamás se tirarán mutuamente por tierra. Lo que más le asusta es la multitud y que derribe en él el muro de la respetabilidad. Se siente amenazado por el espectáculo de ese hombre en decadencia, dominado; quisiera apartarse de él, alejarse. Pero sabe que no abandonará a la turba a un compañero de Avicena. Da tres pasos despacio y dignamente y finge la mayor indiferencia para decir con voz firme acompañada de un gesto soberano.

—¡Dejad marchar a ese desgraciado!

El cabecilla del grupo se inclina entonces sobre Jaber, luego se incorpora y va a plantarse con firmeza ante el intruso. Una profunda cicatriz le cruza la barba desde la oreja derecha hasta la punta del mentón y es ese lado, ese lado hundido, el que muestra a su interlocutor, pronunciando como una sentencia:

—¡Este hombre es un borracho, un impío, un *filósofo*!

Escupe esta última palabra como una imprecación.

—¡Ya no queremos ningún *filósofo* en Samarcanda!

Murmullo de aprobación entre la multitud. Para esa gente, el término «filósofo» designa a toda persona que se interesa demasiado por las ciencias profanas de los griegos y más generalmente por todo lo que no es religión o literatura. A pesar de su juventud, Omar Jayyám es ya un eminente *filósofo*, un pez bastante más gordo que ese desgraciado de Jaber.

Seguramente el de la cicatriz no le ha reconocido, puesto que se aparta de él y vuelve a inclinarse sobre el anciano, que se ha quedado mudo; lo coge por los pelos, le sacude la cabeza tres, cuatro veces, hace como si quisiera estrellarla contra la pared más cercana y luego la suelta súbitamente. Aunque brutal, el gesto es contenido, como si el hombre, a la vez que muestra su determinación, dudara de llegar al homicidio. Jayyám escoge ese momento para intervenir de nuevo.

—Deja ya a ese anciano; es un viudo, un enfermo, un demente. ¿No ves que apenas puede mover los labios?

El cabecilla se levanta de un salto, avanza hacia Jayyám y le señala con un dedo hasta tocarle la barba:

—Tú que pareces conocerle tan bien, ¿quién eres? ¡No eres de Samarcanda! ¡Nadie te ha visto jamás en esta ciudad!

Omar separa la mano de su interlocutor con condescendencia pero sin brusquedad, para tenerlo a raya sin darle pretexto para una pelea.

El hombre retrocede un paso, pero insiste:

—¿Cuál es tu nombre, forastero?

Jayyám duda en identificarse, busca un subterfugio, alza los ojos al cielo, donde una tenue nube acaba de ocultar la luna en cuarto creciente. Un silencio, un suspiro. ¡Olvidarse en la contemplación, nombrar una a una las estrellas, estar lejos, fuera del alcance de las multitudes!

El grupo lo rodea ya, algunas manos le rozan. Jayyám reacciona.

—Soy Omar, hijo de Ibrahim de Nisapur. ¿Y tú quién eres?

Pregunta de pura fórmula, ya que el hombre no tiene ninguna intención de presentarse. Está en su ciudad y es él el inquisidor. Más tarde Omar conocerá su apodo; le llaman el Estudiante de la Cicatriz. Con un garrote en la mano y una cita en la boca, mañana hará temblar a Samarcanda. Por el momento su influencia no se manifiesta más allá de esos jóvenes que lo rodean, atentos a la menor de sus palabras, a la menor señal.

En sus ojos, un súbito fulgor. Se vuelve hacia sus acólitos, luego, triunfalmente, hacia la muchedumbre y grita:

—¡Por Dios! ¿Cómo he podido no reconocer a Omar, hijo de Ibrahim Jayyám de Nisapur? ¡Omar, la estrella de Jorasan, el genio de Persia y de los dos Iraqs, el príncipe de los filósofos!

Remeda una profunda zalema. Agita los dedos a ambos lados de su turbante, granjeándose indefectiblemente las risotadas de los mirones.

—¿Cómo he podido no reconocer a aquel que ha compuesto esta quarteta tan llena de piedad y de devoción?:

Acabas de romper mi cántaro de vino, Señor.

Me has cerrado el camino del placer, Señor.

Has derramado por el suelo mi vino granate.

Dios me perdone, ¿estarías borracho, Señor?

Jayyám escucha indignado, inquieto. Tal provocación es un llamamiento al asesinato, en el acto. Sin perder un segundo lanza su respuesta en voz alta y clara, a fin de que nadie entre el gentío se deje engañar.

—Desconocido, es la primera vez que oigo esa quarteta que sale de tu boca. Pero escucha una que he compuesto realmente:

Nada, no saben nada, no quieren saber nada.

Ya ves, esos ignorantes dominan el mundo.

Si no eres de los suyos te llaman incrédulo.

Ignóralos, Jayyám, sigue tu propio camino.

Sin duda, Omar cometió un error al acompañar su «ya ves» con un gesto de desprecio en dirección a sus adversarios. Unas manos se tienden y le tiran del traje, que comienza a desgarrarse. Se tambalea. Su espalda choca contra una rodilla y luego contra una losa plana. Aplastado bajo la turba no se digna forcejear, está resignado a que destrocen su traje y despedacen su cuerpo, se abandona ya al lánguido embotamiento de la víctima inmolada, no siente nada, no oye nada, está encerrado en si mismo, amurallado, impenetrable.

Y contempla como a intrusos a los diez hombres armados que vienen a interrumpir el sacrificio. Sobre gorros de fieltro ostentan la insignia verde pálido los *ahdat*, la milicia urbana de Samarcanda. Nada más los agresores se alejan de Jayyám, pero para justificar su conducta empiezan a gritar tomando a la gente por testigo:

—¡Alquimista! ¡Alquimista!

A los ojos de las autoridades ser filósofo no es un crimen, pero practicar la alquimia se castiga con la muerte.

—¡Alquimista! ¡Este extranjero es un alquimista!

Pero el jefe de la patrulla no tiene la intención de argumentar.

—Si este hombre es realmente un alquimista —decide—, conviene conducirlo ante el gran juez Abu Taher.

Mientras Jaber el Largo, olvidado por todos, se arrastra hacia la taberna más cercana donde se cuela prometiéndose no aventurarse jamás al exterior, Omar consigue levantarse sin la ayuda de nadie. Camina erguido y en silencio; su mueca altiva cubre como un velo púdico sus ropas destrozadas y su rostro lleno de sangre. Ante él abren paso unos milicianos provistos de antorchas. Tras él van sus agresores y luego el cortejo de mirones.

Omar no los ve ni los oye. Para él las calles están desiertas, la Tierra no tiene ruidos, ni el cielo nubes y Samarcanda sigue siendo ese lugar de ensueño que descubrió algunos días antes.

Llegó a la ciudad después de tres semanas de camino y, sin descansar ni un momento, decidió seguir al pie de la letra los consejos de los viajeros de los tiempos pasados. Subid, invitan ellos, a la terraza de Kuhandiz, la antigua ciudadela, pasead ampliamente vuestra mirada y no encontraréis más que agua y verdor, bancales floridos y cipreses recortados por los más sutiles jardineros, en forma de bueyes, elefantes, camellos agachados y panteras que se hacen frente y parecen preparadas para saltar. En efecto, en el interior mismo del recinto, desde la puerta del Monasterio, al oeste, hasta la puerta de China, Omar no vio más que tupidos vergeles e impetuosos riachuelos. Luego, aquí y allá, un esbelto minarete de ladrillos, una cúpula cincelada de sombra, la blancura de la pared de un mirador. Y a la orilla de una charca, cobijada por los sauces llorones, una bañista desnuda que desplegaba sus cabellos al ardiente viento.

¿No es esta visión del paraíso la que quiso evocar el pintor anónimo que, mucho después, se propuso ilustrar el manuscrito de las *Ruba'iyyat*? ¿No es la que Omar conserva aún en su mente mientras le conducen hacia el barrio de Asfizar donde reside Abu Taher, el cadí de los cadíes de Samarcanda? No cesa de repetirse para sus adentros: «No odiaré esta ciudad. Aunque mi bañista sólo sea un espejismo. Aunque la realidad tenga el rostro del de la cicatriz. Aunque esta noche fuera para mi la última.»

II

En el gran *divan* del juez, los lejanos candelabros dan a Jayyám un color de marfil. En cuanto entró, dos guardias de cierta edad lo agarraron por los hombros como si fuera un loco peligroso. Y en esta postura espera cerca de la puerta.

Sentado al otro extremo de la habitación, el cadí no se ha dado cuenta de su presencia; está terminando de resolver un asunto y discute con los demandantes razonando a uno y reprendiendo al otro. Una antigua disputa entre vecinos, parece ser, rencores redundantes, argucias irrisorias. Abu Taher termina por manifestar ruidosamente su cansancio y ordena a los dos jefes de familia que se abracen, ahí, ante él, como si nada los hubiera separado jamás. Uno de ellos da un paso; el otro, un coloso de frente estrecha, se resiste. El cadí lo abofetea al vuelo, haciendo temblar a la concurrencia. El gigante contempla un momento a ese personaje rechoncho, colérico y vivaracho que ha tenido que empinarse para alcanzarle, luego baja la cabeza, se acaricia la mejilla y cumple lo que le ordenan.

Una vez despedida toda esa gente, Abu Taher indica a los milicianos que se acerquen. Éstos recitan su informe, responden a algunas preguntas y se esfuerzan por explicar por qué han dejado que se formara en las calles tal aglomeración. A continuación le llega el turno al de la cicatriz. Se inclina hacia el cadí, que parece conocerlo desde hace mucho tiempo, y se lanza a un animado monólogo. Abu Taher lo escucha atentamente sin dejar traslucir sus sentimientos. Después de concederse algunos instantes de reflexión, ordena:

—Decid a la gente que se disperse, que cada uno vuelva a su casa por el camino más corto y —dirigiéndose a los agresores— ¡todos vosotros os iréis también a casa! No decidiré nada hasta mañana. El acusado permanecerá aquí esta noche y mis guardias, y nadie más, lo vigilarán.

Sorprendido al verse tan rápidamente invitado a eclipsarse, el de la cicatriz esboza una protesta, pero cambia al momento de opinión. Prudente, se recoge los faldones de su vestido y se retira con una zalema.

Cuando Abu Taher se encuentra frente a Omar con sus propios hombres de confianza como únicos testigos, pronuncia esta enigmática frase de acogida.

—Es un honor recibir en este lugar al ilustre Omar Jayyám de Nisapur.

Ni irónico ni expresivo, el cadí. Ni la menor apariencia de emoción. Tono neutro, voz sin inflexiones, turbante en pico, cejas enmarañadas, barba gris sin bigote e interminable y escrutadora mirada.

El recibimiento es tanto más ambiguo cuanto que Omar estaba allí desde hacía una hora, de pie, andrajoso, expuesto a todas las miradas, las sonrisas y los murmullos.

Después de algunos segundos sabiamente destilados, Abu Taher añade:

—Omar, tú no eres un desconocido en Samarcanda. A pesar de tu juventud, tu ciencia es ya proverbial y tus proezas se relatan en las escuelas. ¿No es verdad que leíste siete veces en Ispahán una voluminosa obra de Ibn Sina y que de regreso a Nisapur la reprodujiste de memoria, palabra por palabra?

Jayyám se siente halagado de que su hazaña, auténtica, fuera conocida en Transoxiana, pero no por eso se disipan sus preocupaciones. La referencia a Avicena en loca de un cadí de rito chafeíta no resulta nada tranquilizadora; por otra parte, todavía no le han invitado a sentarse. Abu Taher prosigue:

—No son solamente tus hazañas las que se transmiten de boca en boca; se te atribuyen unas sorprendentes cuartetas.

La declaración es comedida, no acusa; tampoco exculpa, no interroga más que indirectamente. Omar estima que ha llegado el momento de romper el silencio:

—La cuarteta que repite el de la cicatriz no es mía.

Con un manotazo impaciente, el juez desestima la protesta. Por primera vez su tono es severo:

—Poco importa que hayas compuesto ese verso o cualquier otro. Me han transmitido unas palabras de una impiedad tan grande que si las citara me sentiría tan culpable como el

que las ha proferido. No estoy tratando de hacerte confesar, no busco infligirte un castigo. Esas acusaciones de alquimista me entraron por un oído para salir por el otro. Estamos solos, somos dos hombres sabios y quiero únicamente saber la verdad.

Omar no se siente en modo alguno tranquilo, teme una trampa y duda de responder. Ya se ve entregado al verdugo para ser desfigurado, emasculado, crucificado. Abu Taher alza la voz, grita casi:

—Omar, hijo de Ibrahim, fabricante de tiendas de Nisapur, ¿sabes reconocer a un amigo?

Hay en esa frase un acento de sinceridad que fustiga a Jayyám. «¿Reconocer a un amigo?» Considera la pregunta con gravedad, contempla el rostro del cadí, examina sus rictus, los estremecimientos de su barba. Lentamente se deja ganar por la confianza. Sus rasgos se distienden, se relajan. Se libera de sus guardias, que a un gesto del cadí dejan de sujetarlo. Luego va a sentarse sin que le hayan invitado a ello. El juez sonríe con benevolencia, pero reanuda sin tregua su interrogatorio:

—¿Eres el impío que algunos describen?

Más que una pregunta es un grito de angustia que Jayyám no desoye:

—Desconfío del celo de los devotos, pero nunca he dicho que el Uno fuera dos.

—¿Lo has pensado alguna vez?

—Jamás, Dios es testigo.

—Para mí es suficiente y pienso que para el Creador también, pero no para la multitud. Acecha tus palabras, tus menores gestos, y los míos también, así como los de los príncipes. Te han oído decir: «A veces acudo a las mezquitas, donde la oscuridad es propicia al sueño...»

—Únicamente un hombre en paz con su Creador podría conciliar el sueño en un lugar de culto.

A pesar de la mueca dubitativa de Abu Taher, Omar se excita e insiste:

—No soy de aquellos cuya fe sólo es terror al juicio, cuya oración sólo es prosternación. ¿Mi forma de rezar? Contemplo una rosa, cuento las estrellas, me deslumbra la belleza de la creación, la perfección de su orden, el hombre, la obra más bella del Creador, su cerebro sediento de sabiduría, su corazón sediento de amor, sus sentidos, todos sus sentidos, despiertos o satisfechos.

Con los ojos pensativos, el cadí se levanta, va a sentarse al lado de Jayyám y apoya sobre su hombro una mano paternal. Los guardias intercambian miradas de asombro.

—Escucha, joven amigo, el Altísimo te ha dado lo más valioso que un hijo de Adán puede obtener, la inteligencia, el arte de la palabra, la salud, la belleza, el deseo de saber, de gozar de la existencia, la admiración de los hombres y, lo sospecho, los suspiros de las mujeres. Espero que no te haya privado de la prudencia, la prudencia del silencio, sin la cual nada de todo eso puede apreciarse ni conservarse.

—¿Tendré que esperar a ser viejo para expresar lo que pienso?

—El día en que puedas expresar todo lo que piensas, los descendientes de tus descendientes habrán tenido tiempo de envejecer. Estamos en la edad del secreto y del miedo, debes tener dos caras y mostrar una de ellas a la multitud y la otra a ti mismo y a tu Creador. Si quieres conservar tus ojos, tus oídos y tu lengua, olvida que tienes ojos, oídos y lengua.

El cadí se calla, su silencio es hosco. No es de esos silencios que llaman a las palabras del otro, sino de los que retumban y llenan el espacio. Omar espera con la mirada baja, dejando escoger al cadí entre las palabras que se atropellan en su mente.

Pero Abu Taher respira profundamente y da a sus hombres una orden tajante. Se alejan. En cuanto cierran la puerta se dirige hacia un rincón del *divan*, levanta un paño del tapiz y luego la tapa de un cofre de madera damasquinada. Saca de él un libro que ofrece a Omar con un gesto ceremonioso, verdad es que suavizado por una sonrisa protectora.

Ahora bien, ese libro es el mismo que yo, Benjamín O. Lesage, iba un día a sostener en mis propias manos. Supongo que al tacto fue siempre igual. Un grueso, áspero, repujado con dibujos en forma de semicírculo, bordes de las hojas irregulares, mellados. Pero cuando Jayyám lo abre, en esa inolvidable noche de verano, sólo contempla doscientas cincuenta y seis páginas en blanco, sin poemas aún, ni pinturas, ni comentarios en el margen, ni iluminaciones.

Para ocultar su emoción, Abu Taher adopta un tono de charlatán.

—Es *kagez* chino, el mejor papel que se ha obtenido jamás en los talleres de Samarcanda. Un judío del barrio de Maturid lo fabricó para mí según una antigua receta enteramente a base de morera blanca. Tócalo, es de la misma savia que la seda.

Se aclara la garganta antes de explayarse:

—Yo tenía un hermano diez años mayor que yo; tenía tu edad cuando murió, descuartizado, en la ciudad de Balj, por haber compuesto un poema que desagradó al soberano del momento. Se le acusó de incubar una herejía, no sé si sería verdad, pero yo le reprocho que se jugara la vida por un poema, un miserable poema apenas más largo que una quarteta.

Se le rompe la voz, que de nuevo se alza ahogada:

—Guarda ese libro. Cada vez que un verso tome forma en tu mente y se acerque a tus labios intentando salir, reprímelo sin consideraciones, pero escríbelo en estas hojas que permanecerán en secreto. Y mientras escribas piensa en Abu Taher.

¿Sabía el cadí que con ese gesto, con esas palabras, daba origen a uno de los secretos mejor guardados de la historia de las letras? ¿Que pasarían ocho siglos antes de que el mundo descubriera la sublime poesía de Omar Jayyám, antes de que sus *Ruba'iyat* fueran veneradas como una de las obras más originales de todos los tiempos, antes de que fuera al fin conocido el extraño destino del manuscrito de Samarcanda?

III

Esa noche, Omar intenta inútilmente conciliar el sueño en un mirador o pabellón de madera que se encuentra sobre una pelada colina en medio del gran jardín de Abu Taher. Cerca de él, en una mesa baja, cálamo y tintero, una lámpara apagada y su libro, abierto por la primera página, que sigue en blanco.

Al amanecer, una visión: una bella esclava le trae una bandeja con rajadas de melón, un traje nuevo y una banda de turbante de seda de Zandán. Y un mensaje susurrado:

—El amo te espera después de la oración del alba.

El salón ya está lleno: demandantes, pedigüños, cortesanos, allegados, visitantes de toda condición y entre ellos el estudiante de la cicatriz, que sin duda ha venido para saber noticias. Cuando Omar cruza la puerta, la voz del cadí le convierte en blanco de miradas y murmullos:

—Bienvenido sea el imán Omar Jayyám, el hombre al que nadie iguala en el conocimiento de la tradición del Profeta, la referencia que nadie discute, la voz que nadie contradice.

Uno después de otro los visitantes se levantan, esbozan una zalema y mascullan alguna fórmula antes de volver a sentarse. Con una furtiva mirada, Omar observa al de la cicatriz, que parece ahogarse en su rincón, refugiado sin embargo en una mueca tímidamente burlona.

Con la mayor ceremonia del mundo, Abu Taher ruega a Omar que tome asiento a su derecha, obligando a sus vecinos a apartarse solícitamente. Luego continúa.

—Nuestro eminente visitante tuvo ayer tarde un contratiempo. Él, a quien se honra en Jorasan, Fars y Mazandarán, a quien todas las ciudades desean acoger entre sus muros, a quien todos los príncipes desean atraer hacia su corte, fue importunado ayer en las calles de Samarcanda.

Exclamaciones indignadas se elevan, seguidas de una algarabía que el cadí deja aumentar un tanto, antes de apaciguarla con un gesto y proseguir:

—Y lo que es más grave, un alboroto estuvo a punto de estallar en el bazar. ¡Un alboroto, la víspera de la visita de nuestro venerado soberano Nasr Kan, Sol de la Realeza, que debe llegar esta misma mañana de Bujara, si Dios lo permite! No me atrevo a imaginar en qué aflicción nos encontraríamos hoy si no hubiéramos podido contener y dispersar a la multitud. Os lo digo: ¡muchas cabezas estarían vacilando sobre sus hombros!

Se interrumpe para tomar aliento, para causar impresión, sobre todo, y dejar que el miedo se insinúe en los corazones.

—Felizmente, uno de mis antiguos alumnos, aquí presente, reconoció a nuestro eminente visitante y vino a advertirme.

Señala con el dedo al estudiante de la cicatriz y le invita a levantarse:

—¿Cómo reconociste al imán Omar?

A modo de respuesta, algunas sílabas balbuceadas.

—¡Más alto! ¡Aquí nuestro anciano tío no te oye! —vocifera el cadí señalando a una venerable barba blanca que está a su izquierda.

—Reconocí al eminente visitante gracias a su elocuencia —enuncia con dificultad el de la cicatriz—, y lo interrogué sobre su identidad antes de traerlo ante nuestro cadí.

—Has actuado bien. Si hubiera continuado el tumulto, habría corrido la sangre. Ven a sentarte cerca de nuestro invitado, te lo has merecido.

Mientras el de la cicatriz se acerca con un aire falsamente humilde, Abu Taher murmura al oído de Omar:

—Aunque no se haya hecho amigo tuyo, al menos no podrá ya atacarte en público.

Prosigue en voz alta:

—¿Puedo esperar que a pesar de todo lo que ha soportado, *jawayé* Omar no guarde demasiado mal recuerdo de Samarcanda?

—Lo que pasó ayer tarde —responde Jayyám— lo he olvidado ya y cuando más tarde piense en esta ciudad será otra imagen la que conserve en mi mente, la imagen de un hombre maravilloso. No estoy hablando de Abu Taher. El más bello elogio que se puede hacer a un cadí no es alabar sus cualidades, sino la nobleza de aquellos que tiene a su cargo. Ahora bien, el día de mi llegada, mi mula había subido penosamente la última pendiente que lleva a la puerta de Kix y yo apenas había puesto un pie en tierra cuando me abordó un hombre: «Bienvenido a esta ciudad» me dijo, «¿tienes aquí parientes o amigos?» Respondí que no sin detenerme, temiendo habérmelas con algún timador o, por lo menos, con un pedigüño o un importuno. Pero el hombre prosiguió: «No desconfíes de mi insistencia, noble visitante. Es mi señor quien me ha ordenado apostarme en este lugar al acecho de todo viajero que se presente para ofrecerle hospitalidad.»

El hombre parecía de condición modesta, pero iba vestido con ropa limpia y no ignoraba los modales de las personas de respeto. Le seguí. A algunos pasos de allí, me hizo entrar por una pesada puerta, atravesé un pasillo abovedado y me encontré en el patio de un caravasar, con un pozo en el medio y personas y bestias atareadas, y, rodeando el patio, una construcción de dos pisos con habitaciones para viajeros. El hombre dijo: «Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, una noche o una temporada. Encontrarás cama y comida y forraje para tu mula.» Cuando le pregunté el precio que debía pagar se ofendió: «Eres el invitado de mi señor.» «¿Y dónde está ese anfitrión tan generoso para que pueda expresarle mi agradecimiento?» «Mi señor murió hace ya siete años, dejándome una suma de dinero que debía gastar en su totalidad para honrar a los visitantes de Samarcanda.» «¿Y cómo se llamaba ese señor, para que al menos pueda contar sus favores?» «Únicamente el Altísimo merece tu gratitud, dale las gracias a Él, que sabrá quién es el hombre por cuyas buenas acciones se le dan.» Y fue así como durante varios días permanecí en casa de ese hombre. Salía y entraba y siempre encontraba allí platos compuestos de deliciosos manjares y mi cabalgadura estaba mejor cuidada que si me ocupara de ella yo mismo.

Omar mira a la asistencia buscando alguna reacción. Pero su relato no ha provocado ninguna chispa en los labios, ninguna pregunta en los ojos. Adivinando su perplejidad, el cadí le explica:

—Muchas ciudades pretenden ser las más hospitalarias de todas las tierras del Islam, pero sólo los habitantes de Samarcanda merecen semejante título. Que yo sepa, jamás ningún viajero ha tenido que pagar para alojarse o alimentarse, y conozco a familias enteras que se han arruinado para honrar a los visitantes o a los necesitados. Sin embargo, nunca las oírás enorgullecerse y vanagloriarse por ello. Como has podido observar, en esta ciudad hay más de dos mil fuentes colocadas en cada esquina de una calle, hechas de barro cocido, cobre o porcelana y constantemente llenas de agua fresca para apagar la sed de los transeúntes. Todas ellas han sido regaladas por los habitantes de Samarcanda. ¿Crees que algún hombre grabaría allí su nombre para granjearse el agradecimiento de alguien?

—Lo reconozco, en ningún sitio he encontrado semejante generosidad. Sin embargo, ¿me permitiríais formular una pregunta que me obsesiona?

El cadí le quita la palabra:

—Ya sé lo que vas a preguntarme. ¿Cómo una gente que aprecia tanto las virtudes de la hospitalidad puede ser culpable de violencias contra un forastero como tú?

—O contra un infortunado anciano como Jaber el Largo.

—Voy a darte la respuesta. Se resume en una sola palabra: miedo. Aquí toda violencia es hija del miedo. Nuestra fe se ve acosada por todas partes: por los karmates de Bahrein, los imaníes de Qom, que esperan la hora del desquite, las setenta y dos sectas, los rum de Constantinopla, los infieles de todas denominaciones y, sobre todo, los ismaelíes de Egipto, cuyos adeptos son una multitud hasta en el pleno corazón de Bagdad e incluso aquí en Samarcanda. No olvides jamás lo que son nuestras ciudades del Islam. La Meca, Medina, Ispahán, Bagdad, Damasco, Bujara, Merv, El Cairo, Samarcanda: nada más que oasis que un momento de abandono devolvería al desierto. ¡Constantemente a merced de un vendaval de arena!

Por una ventana a su izquierda, el cadí, con una mirada experta, evalúa la trayectoria del sol y se levanta.

—Es hora de ir al encuentro de nuestro soberano —dice.

Da unas palmadas.

—¡Que nos traigan algo para el viaje!

Porque suele llevar uvas pasas que va comiscando por el camino, costumbre que sus allegados y visitantes imitan. De ahí la inmensa bandeja de cobre que le traen, rematada por una pequeña montaña de esas golosinas color miel, de la cual cada uno se abastece hasta atiborrarse los bolsillos.

Cuando llega su turno, el estudiante de la cicatriz coge algunas, que tiende a Jayyám con estas palabras:

—Seguramente habrías preferido que te ofrecieran uva bajo la forma de vino.

No ha hablado en voz muy alta pero, como por encanto, toda la asistencia se ha callado, conteniendo la respiración, aguzando el oído y observando los labios de Omar, que deja caer:

—Cuando se quiere beber vino, se escoge con cuidado al escanciador y al compañero de placer.

La voz del de la cicatriz se eleva un poco:

—Por mi parte no beberé ni una gota. Quiero tener un sitio en el paraíso. No pareces deseoso de unirme a mí allí.

—¿La eternidad entera en compañía de ulemas sentenciosos? No, gracias. Dios nos ha prometido otra cosa.

El intercambio de palabras se detiene ahí. Omar apresura el paso para unirse al cadí que le está llamando.

—Es necesario que la gente de la ciudad te vea cabalgar a mi lado. Eso barrerá las impresiones de ayer tarde.

Entre el gentío apelonado en las inmediaciones de la resistencia, Omar cree reconocer a la ladrona de almendras disimulada a la sombra de un peral. Aminora el paso y la busca con los ojos, pero Abu Taher le hostiga:

—Más deprisa. ¡Ay de tus huesos si el kan llega antes que nosotros!

IV

—Los astrólogos lo han proclamado desde el alba de los tiempos y no han mentido: cuatro ciudades han nacido bajo el signo de la rebelión, Samarcanda, La Meca, Damasco y Palermo. Nunca se sometieron a sus gobernantes si no fue por la fuerza; nunca siguen el camino recto si no está trazado por la espada, y fue por la espada como el Profeta redujo la arrogancia de los habitantes de La Meca. ¡Y por la espada reduciré la arrogancia de la gente de Samarcanda!

Nasr Kan, Señor de Transoxiana, gesticula de pie ante su trono, gigante cobrizo cubierto de bordados; su voz hace temblar a allegados y visitantes, sus ojos buscan una víctima entre la asistencia, unos labios que osen estremecerse, una mirada insuficientemente contrita, el recuerdo de alguna traición. Pero, por instinto, cada cual se escurre detrás de su vecino, inclina su espalda, su cuello, sus hombros y espera a que pase la tormenta.

Al no encontrar una presa para sus garras. Nasr Kan toma a manos llenas sus ropajes de gala, se los quita uno tras otro, los tira al suelo furioso y los pateo vociferando una sarta de improperios sonoros en su dialecto turco—mogol de Kaxgar. Según la costumbre, los soberanos llevan superpuestos tres, cuatro y a veces siete vestidos bordados de los que se van despojando a lo largo del día, depositándolos con solemnidad sobre la espalda de aquellos que desean honrar. Actuando como lo acaba de hacer, Nasr Kan ha manifestado su intención de no recompensar ese día a ninguno de sus numerosos visitantes.

Sin embargo, debería ser un día de festividades, como en cada visita del soberano a Samarcanda, pero la alegría se esfumó desde los primeros minutos. Después de haber remontado la carretera enlosada que sube desde el río Siab, el kan efectuó su entrada solemne por la puerta de Bujara, situada al norte de la ciudad. Por su amplia sonrisa, sus ojillos parecían más hundidos, más oblicuos que nunca y sus pómulos brillaban por los reflejos ámbar del sol. Y luego, súbitamente, su humor cambió. Se acercó a unos doscientos notables reunidos en torno al cadí Abu Taher y dirigió al grupo con el que se había mezclado Omar Jayyám una inquieta y aguda mirada, como recelosa. Al no haber visto, al parecer, a aquellos a quienes buscaba, encabritó bruscamente su cabalgadura con un seco tirón de las riendas y se alejó mascullando inaudibles palabras. Rígido sobre su yegua negra, no volvió a sonreír ni esbozó la menor respuesta a las repetidas ovaciones de los miles de ciudadanos congregados desde el alba para saludarle a su paso; algunos agitaban al viento el texto de una petición redactada por algún memorialista. En vano. Nadie osó presentarlo al soberano y se dirigían antes bien al chambelán, que se inclinaba cada vez para recoger las hojas sin dejar de murmurar vagas promesas de darles curso.

Precedido de cuatro jinetes que llevaban en alto los oscuros estandartes de la dinastía y seguido a pie por un esclavo con el torso desnudo que sostenía un inmenso quitasol, el kan atravesó sin detenerse las grandes arterias bordeadas de tortuosas moreras, evitó los bazares, cabalgó a lo largo de los principales canales de irrigación llamados *ariks* hasta el barrio de Asfizar, donde se había hecho acondicionar un palacio provisional a dos pasos de la residencia de Abu Taher. En el pasado, los soberanos residían en el interior de la ciudadela, pero los recientes combates la habían dejado en un estado de ruina extrema y hubo que abandonarla. Desde entonces sólo la guarnición turca levantaba allí a veces sus tiendas.

Al comprobar el mal humor del soberano, Omar había dudado de ir a palacio para presentarle sus respetos, pero el cadí le había obligado a ello, sin duda con la esperanza de que la presencia de su eminente amigo proporcionara una saludable diversión. Abu Taher se había creído en la obligación de aclarar a Jayyán lo que había sucedido: los dignatarios religiosos de la ciudad habían decidido no asistir a la ceremonia del recibimiento porque reprochaban al kan el haber ordenado incendiar hasta los cimientos la Gran Mezquita de Bujara, donde se había encerrado, armado, un grupo de la oposición.

—Entre el soberano y los hombres de religión — explica el cadí—, la guerra es ininterrumpida, de vez en cuando abierta, sangrienta, la mayoría de las veces sorda e insidiosa. Se contaba incluso que los ulemas habrían mantenido contactos con numerosos oficiales exasperados por el comportamiento del príncipe. Sus antepasados, se decía, comían con la tropa y no perdían ninguna ocasión de recordar que su poder reposaba en la bravura de

los guerreros de su pueblo. Pero de una generación a otra los kanes turcos habían adquirido las desagradables manías de los monarcas persas. Se consideraban semidioses y se rodeaban de un ceremonial cada vez más complejo, incomprensible e incluso humillante para sus oficiales, con lo que muchos de éstos estaban en tratos con los jefes religiosos. No sin placer, les escuchaban vilipendiar a Nasr, acusarle de haberse alejado de los caminos del Islam. Para intimidar a los militares, el soberano reaccionaba con extrema dureza contra los ulemas. Su padre, un hombre piadoso sin embargo, ¿no había inaugurado su reino cortando una cabeza tocada con un gran turbante?

En este año de 1072, Abu Taher es uno de los escasos dignatarios religiosos que mantiene una estrecha relación con el príncipe, lo visita a menudo en la ciudadela de Bujara, su residencia principal, y lo recibe con solemnidad cada vez que se detiene en Samarcanda. Algunos ulemas ven con malos ojos su actitud conciliadora, pero la mayoría aprecia la presencia de ese intermediario entre ellos y el monarca.

Una vez más, el cadí va a desempeñar hábilmente ese papel de conciliador, evitando contradecir a Nasr y aprovechando la mínima mejoría de su humor para inducirle a sentimientos más bondadosos. Espera, deja que transcurran los minutos difíciles y cuando el soberano se ha sentado en el trono, cuando al fin lo ve con los riñones bien arrellanados en un mullido almohadón, comienza sutil e imperceptiblemente a enderezar la situación, observado con alivio por Omar. A una señal del cadí, el chambelán hace venir a una joven esclava que recoge los vestidos tirados por el suelo como cadáveres después de la batalla. De entrada, el aire se hace menos irrespirable, los presentes se desentumecen discretamente piernas y brazos y algunos se arriesgan a susurrar algunas palabras al oído del más próximo.

Entonces, adelantándose hacia el espacio despejado en el centro de la habitación, el cadí se coloca frente al monarca y baja la cabeza sin pronunciar una sola palabra. Tanto es así que al cabo de un largo minuto de silencio, cuando Nasr termina por lanzar, con un vigor teñido de hastío: «Ve a decir a todos los ulemas de esta ciudad que vengan al alba a prosternarse a mis pies; la cabeza que no se incline será cercenada; y que nadie trate de huir, porque no existe tierra fuera del alcance de mi cólera», todos comprenden que la tempestad ha pasado, que una solución está a la vista y que basta con que los religiosos se enmienden para que el monarca renuncie a castigar con rigor.

Por eso, al día siguiente, cuando Omar acompaña de nuevo al cadí a la corte, la atmósfera es irreconocible. Nasr está sentado en el trono, una especie de cama—diván, en alto, cubierto con un tapiz oscuro, cerca del cual un esclavo sostiene una bandeja con pétalos de rosa confitados. El soberano escoge uno, se lo pone sobre la lengua y lo deja deshacerse contra el paladar antes de tender la mano indolentemente hacia otro esclavo que le rocía los dedos con agua perfumada y se los seca con diligencia. El ritual se repite veinte, treinta veces mientras las delegaciones desfilan. Representan a los barrios de la ciudad, principalmente Asfizan, Panijin, Zagrimax, Maturid, las corporaciones de los bazares y las de los oficios, caldereros, comerciantes de papel, sericultores o aguadores, así como las comunidades protegidas, judíos, guebros y cristianos nestorianos.

Todos comienzan por besar el suelo, luego se levantan, saludan de nuevo con una prolongada zalema hasta que el monarca les da la señal de incorporarse. Entonces su portavoz pronuncia algunas frases y se retiran todos andando hacia atrás; en efecto, está prohibido volver la espalda al soberano antes de haber salido de la habitación. Una curiosa práctica. ¿La habría introducido un monarca demasiado cuidadoso de su respetabilidad? ¿Algún visitante particularmente desconfiado?

A continuación se acercan los dignatarios religiosos, esperados con curiosidad y también con recelo. Son más de veinte. Abu Taher no ha tenido dificultad en convencerlos de que vinieran. Desde el momento en que han manifestado ampliamente su resentimiento, perseverar por ese camino sería buscar el martirio, lo que ninguno de ellos desea.

Allí están, presentándose ante el trono e inclinándose lo más profundamente posible, cada uno según su edad y sus articulaciones, esperando una señal del príncipe para incorporarse. Pero la señal no llega. Pasan diez minutos. Luego veinte. Ni siquiera los más jóvenes pueden permanecer indefinidamente en una postura tan incómoda. Sin embargo, ¿qué hacer? Incorporarse sin haber sido autorizado a ello sería designarse para la venganza del monarca. Uno después de otro caen de rodillas, actitud igualmente respetuosa y menos agotadora. Sólo cuando la última rótula ha tocado tierra, el soberano hace la señal de

levantarse y retirarse sin discurso. Nadie se asombra del cariz que han tomado los acontecimientos; es el precio que hay que pagar, está en el orden de las cosas del reino.

A continuación se acercan unos oficiales turcos y grupos de notables, así como algunos *dihkans*, hidalgüelos de los pueblos vecinos; besan el pie del soberano, su mano o su hombro, cada uno según su rango. Luego se adelanta un poeta y recita una pomposa elegía a gloria del monarca, quien pronto se muestra ostensiblemente aburrido. Le interrumpe con un gesto, hace una señal al chambelán para que se incline y le da la orden que debe transmitir.

—Nuestro señor hace saber a los poetas aquí presentes que está harto de oír repetir siempre los mismos temas y no quiere que se le siga comparando con un león, ni con un águila y aún menos con el sol. Que los que no tengan otra cosa que decir, se vayan.

V

A las palabras del chambelán siguen murmullos, risas contenidas: todo un tumulto se produce entre los veinte poetas aproximadamente que esperaban su turno y algunos incluso dan dos pasos hacia atrás antes de eclipsarse discretamente. Sólo una mujer sale de la fila y se acerca con paso firme. Interrogado con la mirada por Omar, el cadí cuchichea:

—Una poetisa de Bujara; la llaman Yahán. Yahán, como el vasto mundo. Es una joven viuda con amores tumultuosos.

El tono es reprobador, pero el interés de Omar se agudiza aún más por ello y no puede apartar su mirada de Yahán. Ésta se ha levantado ya el velo dejando al descubierto unos labios sin afeites; declama un poema agradablemente compuesto en el que, cosa extraña, no se menciona ni una sola vez el nombre del kan. No, se elogia sutilmente el río Sogd que dispensa sus beneficios a Samarcanda tanto como a Bujara y va a perderse el desierto, ya que ningún mar es digno de recibir su agua.

—Has hablado bien. Que tu boca se llene de oro —dice Nasr, repitiendo la fórmula que le es habitual.

La poetisa se inclina sobre una gran bandeja de dinares de oro y comienza a introducirse las monedas en la boca una a una, mientras los asistentes las van contando en voz alta. Cuando Yahán reprime un hipo a punto de atragantarse, la corte entera, con el monarca a la cabeza, suelta la carcajada. El chambelán hace una seña a la poetisa para que vuelva a su sitio; se han contado cuarenta y seis dinares.

Sólo Jayyám no ríe. Con los ojos fijos en Yahán intenta comprender sus sentimientos hacia ella; su poesía es tan pura, su elocuencia tan digna, su intervención tan valiente... y sin embargo ahí está, atiborrada de metal amarillento, entregándose a esa humillante recompensa. Antes de bajarse el velo, lo levanta algo más, liberando una mirada que Omar recoge, aspira y quisiera retener. Instante inapreciable para la multitud y eternidad para el amante. El tiempo tiene dos caras, se dice Jayyám, tiene dos dimensiones; la longitud va al ritmo del sol, la densidad al ritmo de las pasiones.

El cadí interrumpe ese momento bendito entre todos; da unos golpecitos en el brazo de Jayyám, que se vuelve. Demasiado tarde, la mujer ha desaparecido, ya no es más que velos.

Abu Taher quiere presentar a su amigo al kan y guarda las formas:

—Vuestro augusto techo ampara en este día al sabio más grande de Jorasan, Omar Jayyám. Para él las plantas no tienen secretos, las estrellas no tienen misterio.

No es una casualidad que el cadí haya distinguido la medicina y la astrología entre las numerosas disciplinas en las que Omar destaca; siempre han gozado del favor de los príncipes, la primera por esforzarse en preservar su salud y su vida, la segunda por querer conservar su fortuna.

El príncipe se muestra complacido, dice que se siente honrado, pero no está de humor para entablar una conversación erudita y, equivocándose aparentemente sobre las intenciones del visitante, juzga oportuno reiterar su fórmula preferida.

—¡Que su boca se llene de oro!

Omar está desconcertado y reprime un respingo. Abu Taher se da cuenta y se inquieta. Temiendo que una negativa ofenda al soberano, mira a su amigo grave e insistentemente y le empuja por los hombros. En vano, Jayyám ha tomado su decisión:

—Que Su Grandeza se digne excusarme, estoy en período de ayuno y no puedo llevarme nada a la boca.

—¡Sin embargo, el mes de ayuno se terminó hace tres semanas, si no me equivoco!

—En la época del *ramadán* yo estaba de viaje de Nisapur a Samarcanda, por lo tanto tuve que suspender el ayuno, haciendo la promesa de recuperar más tarde los días perdidos.

El cadí se asusta, la asistencia se agita, el rostro del soberano es ilegible. Se decide por interrogar a Abu Taher:

—Tú que estás enterado de todas las minuciosidades de la fe, ¿puedes decirme si *jawayé* Omar rompería el ayuno por introducirse unas monedas de oro en la boca escupiéndolas enseguida?

El cadí adopta el más neutro de los tonos:

—Estrictamente hablando, lo que entra por la boca puede constituir una ruptura del ayuno. Y ha sucedido que se traguen una moneda por error.

Nasr admite el argumento, pero no se queda satisfecho e interroga a Omar:

—¿Me has dado la verdadera razón de tu negativa?

Jayyám duda un momento y luego dice:

—No es la única razón.

—Habla —dice el kan—, no tienes nada que temer de mí.

Entonces Omar pronuncia estos versos:

¿Es la pobreza lo que me ha conducido hasta ti?

Nadie es pobre si sabe conservar sus deseos sencillos.

No espero nada de ti, sino que me honres,
si sabes honrar a un hombre recto y libre.

—¡Que Dios ensombrezca tus días, Jayyám! —murmura Abu Taher para sí mismo.

No piensa lo que dice, pero su miedo es real. Aún resuena en sus oídos el eco de una demasiado reciente cólera y no está seguro de poder domar a la fiera una vez más. El kan permanece silencioso, inmóvil, como petrificado por una insondable deliberación; sus allegados esperan su primera palabra como un veredicto, algunos cortesanos prefieren marcharse antes de la tormenta.

Omar aprovecha el desconcierto general para buscar con los ojos a Yahán; está apoyada en una columna con el rostro oculto entre las manos.

— ¿Será por él por quien ella también tiembla?

Al fin el kan se levanta. Camina resueltamente hacia Omar, le da un fuerte abrazo, le toma la mano y se lo lleva con él.

«El señor de Transoxiana», cuentan las crónicas, «tenía tal estima por Omar Jayyám que lo invitaba a sentarse cerca de él en el trono.»

—Ahora ya eres amigo del kan —lanza Abu Taher en cuanto abandonan el palacio.

Su jovialidad está a la medida de la angustia que ha secado su garganta, pero Jayyám responde fríamente:

—¿Has olvidado el proverbio que reza así: «El mar no tiene vecinos, el príncipe no tiene amigos»?

—No desprecies la puerta que se abre. ¡Tu carrera me parece trazada en la corte!

—La vida de la corte no es para mí; mi único sueño, mi única ambición es tener algún día un observatorio, con un jardín de rosas y contemplar el cielo hasta perderme en él, con una copa en la mano y una hermosa mujer a mi lado.

—¿Hermosa como esa poetisa? —ríe burlonamente Abu Taher.

Omar no tiene otra cosa en la mente, pero se calla. Teme traicionarse a la menor palabra que se le escape. Sintiéndose un poco frívolo, el cadí cambia de tono y de tema:

—Tengo que pedirte un favor.

—Eres tú quien me colma de favores.

—¡Lo admito! —concede rápidamente Abu Taher—. Digamos que quisiera algo a cambio.

Han llegado ante el pórtico de su residencia y le invita a proseguir su conversación en torno a una mesa bien surtida.

—He concebido un proyecto para ti, un proyecto de libro. Olvidemos un momento tus *ruba'yyat*. Para mí eso sólo son los inevitables caprichos del talento. Los campos donde verdaderamente destacas son la medicina, la astrología, las matemáticas, la física, la metafísica. ¿Estoy en un error si digo que desde la muerte de Ibn Sina nadie los conoce mejor que tú?

Jayyám no dice ni una palabra. Abu Taher prosigue:

—Es en esos campos del conocimiento donde espero de ti el libro último y ese libro quiero que me lo dediques.

—No pienso que haya un libro último en esos campos y precisamente por eso hasta el presente me he contentado con leer y aprender, sin escribir nada yo mismo.

—¡Explícate!

—Consideremos a los antiguos, los griegos, los indios y los musulmanes que me han precedido. Ellos han escrito profusamente sobre todas esas disciplinas. Si repito lo que han dicho, mi trabajo es superfluo; si les contradigo, como constantemente estoy tentado de hacer, otros vendrán después de mí para contradecirme. ¿Qué quedará mañana de los escritos de los sabios? Solamente las críticas hacia aquellos que les han precedido. Se recuerda lo que destruyeron de la teoría de los otros, pero lo que desarrollan ellos mismos será indefectiblemente destruido, ridiculizado incluso, por aquellos que vengan después. Ésta es la ley de la ciencia; la poesía no conoce semejante ley, no niega jamás aquello que la ha precedido y lo que la sigue jamás la niega, atraviesa los siglos con toda tranquilidad. Por eso escribo mis *ruba'yyat*. ¿Sabes lo que me fascina de las ciencias? Que encuentro en ellas la suprema poesía: con las matemáticas, el vértigo embriagador de los números; con la astronomía, el enigmático susurro del universo. Pero ¡por favor, que no me hablen de verdad!

Se calla un instante, pero prosigue inmediatamente.

—Me he paseado por los alrededores de Samarcanda y he visto ruinas con inscripciones que nadie sabe ya descifrar, y me he preguntado: ¿Qué queda de la ciudad que antaño se elevaba aquí? No hablemos de los hombres, son las más efímeras de las criaturas, pero ¿qué queda de su civilización? ¿Qué reino ha subsistido, qué ciencia, qué ley, qué verdad? Nada. Por más que he rebuscado en esas ruinas, no he podido descubrir más que un rostro grabado en un cascote de cerámica y un fragmento de pintura en una pared. Eso es lo que serán mis miserables poemas dentro de mil años, cascotes, fragmentos, ruinas de un mundo enterrado para siempre. Lo que queda de una ciudad es la mirada indiferente que habrá posado sobre ella un poeta medio borracho.

—Comprendo tus palabras —balbucea Abu Taher un poco desconcertado—. Sin embargo, ¡no querrás dedicar a un cadí chafeíta unos poemas que huelan a vino!

De hecho, Omar sabrá mostrarse conciliador y, lleno de gratitud, aguará su vino, por decirlo así. Durante los meses siguientes comienza la redacción de un libro muy importante consagrado a las ecuaciones cúbicas. Para presentar la incógnita en ese tratado de álgebra, Jayyám utiliza el término árabe *shay*, que significa «cosa»; esta palabra, escrita *xay* en las obras científicas españolas, ha sido reemplazada progresivamente por su primera letra, «x», que se ha convertido en el símbolo universal de la incógnita.

Terminado en Samarcanda, el libro de Jayyám está dedicado a su protector: «Somos víctimas de una época en la que los hombres de ciencia están desacreditados y muy pocos entre ellos tienen la posibilidad de consagrarse a una verdadera investigación... Los escasos conocimientos que tienen los sabios de hoy están dedicados a la persecución de fines materiales... Por lo tanto había perdido la esperanza de encontrar en este mundo a un hombre que estuviera interesado tanto por la ciencia como por las cosas del mundo y que se preocupara sinceramente por el destino del género humano, hasta que Dios me concedió la gracia de conocer al gran cadí, el imán Abu Taher. Sus favores me han permitido consagrarme a estos trabajos.»

Cuando esa noche vuelve al pabellón que le servirá de ahí en adelante de casa, Jayyám renuncia a llevarse una lámpara, pensando que es demasiado tarde para leer o escribir. Sin embargo, su camino está apenas iluminado por la luna, mortecina luz de cuarto creciente en ese fin del mes de *xawwal*. En cuanto se aleja de la villa del cadí, avanza a tientas, tropieza más de una vez, se agarra a los arbustos y recibe en plena cara la áspera caricia de un sauce llorón.

Apenas llega a su habitación, una voz, un dulce reproche:

—Te esperaba más temprano.

¿Es por haber pensado tanto en esa mujer por lo que ahora cree oírlo? De pie, ante la puerta que cierra lentamente, busca con los ojos una silueta. En vano. Sólo la voz le llega de nuevo, audible pero como entre brumas:

—Guardas silencio, te niegas a creer que una mujer haya osado violar así tu habitación. En palacio nuestras miradas se cruzaron, un fulgor las unió, pero el kan estaba allí, y el cadí y toda la corte, y tu mirada huyó. Como tantos hombres, escogiste no detenerte. ¿Para qué desafiar al destino, para qué granjearte la ira del príncipe por una simple mujer, una viuda que sólo te aportaría como dote una lengua acerada y una dudosa reputación?

Omar se siente encadenado por alguna fuerza misteriosa y no consigue moverse ni despegar los labios.

—No dices nada —comprueba Yahán, irónica pero enternecida—. Mala suerte, continuaré hablando sola; por otra parte he sido yo la que hasta ahora ha hecho todo. Cuando abandonaste la corte hice algunas preguntas con respecto a ti, me enteré de donde vivías y dije que iba a alojarme en casa de una prima casada con un rico negociante de Samarcanda. Por lo general, cuando me desplazo con la corte suelo dormir con el harén; tengo allí algunas amigas que aprecian mi compañía y están ávidas de las historias que les cuento. No ven en mí a una rival, saben que no aspiro a convertirme en la mujer del kan. Habría podido seducirlo, pero he tratado demasiado a las esposas de los reyes para que me tiente semejante destino. ¡Para mí la vida es tanto más importante que los hombres! Ahora bien, mientras sea la mujer de otro o de nadie, el soberano consiente en que me exhiba en su *divan* con mis versos y mis risas. Si alguna vez pensara en casarse conmigo, empezaría por encerrarme.

Emergiendo con dificultad de su torpor, Omar no capta nada del discurso de Yahán y cuando se decide a pronunciar sus primeras palabras se dirige menos a ella que a sí mismo o a una sombra:

—Cuántas veces, adolescente, y más tarde, después de la adolescencia, me he cruzado con una mirada, con una sonrisa; por la noche soñaba que esa mirada se convertía en presencia, se hacía carne, mujer, deslumbramiento en la oscuridad. Y de pronto, entre las sombras de esta noche, en este pabellón irreal, en esta ciudad irreal, están aquí, mujer, bella, poetisa por añadidura, ofreciéndote a mí.

Ella ríe.

—¿Ofreciéndome? ¡Tú qué sabes! No me has rozado, no me has visto y sin duda no me verás, puesto que partiré mucho antes de que el sol me expulse.

En la densa oscuridad un largo y confuso frufrú de seda, un perfume. Omar contiene la respiración, su piel está alerta; no puede contener una pregunta con la ingenuidad de un colegial:

—¿Llevas aún tu velo?

—No llevo más velo que la noche.

VI

Una mujer, un hombre, el pintor anónimo los ha imaginado de perfil, tendidos, abrazados; ha borrado las paredes del pabellón para prepararles un lecho de hierbas bordeado de rosas y que a sus pies corriera un riachuelo plateado. A Yahán la ha representado con los senos bien perfilados de una divinidad hindú. Omar le acaricia el cabello y con la otra mano sostiene una copa.

Todos los días, en palacio, se cruzan y evitan mirarse por temor a traicionarse. Cada noche Jayyám se apresura hacia el pabellón para esperar a su amada. ¿Cuántas noches les otorgará el destino? Todo depende del soberano. Cuando se marche, Yahán lo seguirá. Pero el príncipe no anuncia nada de antemano. Una mañana saltará sobre su caballo de batalla, nómada e hijo de nómada, y tomará el camino de Bujara, de Kix o de Penyikent; la corte perderá la cabeza por alcanzarlo. Omar y Yahán temen ese momento, cada beso tiene el sabor del adiós, cada abrazo es una huida sin aliento.

Una noche entre otras, aunque una de las más sofocantes del verano, Jayyám sale a la terraza del pabellón a esperar a Yahán; muy cerca de él le parece oír las risas de los guardias del cadí y se preocupa, aunque sin motivo, puesto que Yahán llega y le tranquiliza; nadie se ha dado cuenta de su presencia. Se besan primero furtivamente, luego con más insistencia, es su manera de terminar el día de los demás y de comenzar su noche.

—¿Cuántos amantes crees que habrá en esta ciudad que en este instante se encuentran como nosotros?

Es Yahán la que cuchichea con picardía. Omar se ajusta con aire docto su gorro de noche, hincha las mejillas y ahueca la voz:

—Veamos el asunto detenidamente: si excluimos a las esposas que se aburren, a las esclavas que obedecen, a las prostitutas que se venden o se alquilan, a las vírgenes que suspiran, ¿cuántas mujeres quedan, cuántas amantes irán esta noche al encuentro del hombre que han elegido? Igualmente ¿cuántos hombres duermen junto a la mujer que aman, una mujer sobre todo que se entregue a ellos por otra razón que no sea la de no poder evitarlo? Quién sabe... quizá no haya esta noche en Samarcanda más que una amante, quizá sólo haya un amante. Dirás, ¿por qué tú?, ¿por qué yo? Porque Dios nos ha hecho amantes como ha hecho venenosas a algunas flores.

El ríe, y ella deja correr las lágrimas.

—Entremos y cerremos la puerta, podrían oír nuestra felicidad.

Muchas caricias después, Yahán se incorpora, se cubre a medias y separa dulcemente a su amante.

—Tengo que confesarte un secreto. Me lo ha dicho la esposa de mayor edad del kan. ¿Sabes por qué está en Samarcanda?

Omar la interrumpe. Piensa que es algún cotilleo de harén.

—Los secretos de los príncipes no me interesan, quemar los oídos de los que los oyen.

—Escúchame primero, ese secreto también nos pertenece puesto que puede cambiar completamente nuestra vida. Nasr Kan ha venido a inspeccionar las fortificaciones. Al final del verano, cuando la canícula haya pasado, espera un ataque del ejército selyuquí.

Jayyám conoce a los selyuquíes, pueblan sus primeros recuerdos de la infancia. Mucho antes de convertirse en los amos del Asia musulmana se habían adueñado de su ciudad natal, dejando por generaciones el recuerdo de un Gran Miedo.

Esto sucedía diez años antes de su nacimiento. Los habitantes de Nisapur se habían despertado una mañana con su ciudad totalmente rodeada por los guerreros turcos. A la cabeza de ellos dos hermanos, Togrul Beg «el Halcón» y Xagri Beg «el Gavilán», hijos de Mikael, hijo de Selyuq, por aquel entonces oscuros jefes de clan, nómadas recientemente convertidos al Islam. Los dignatarios de la ciudad recibieron este mensaje. «Se dice que vuestros hombres son altivos y que el agua fresca corre en vuestra ciudad por canales subterráneos. Si intentáis resistiros, vuestros canales pronto estarán a cielo abierto y vuestros hombres estarán bajo tierra.»

Fanfarronadas, frecuentes en el momento de los asedios. Sin embargo, los dignatarios de Nisapur se apresuraron a capitular a cambio de la promesa de que los habitantes salvarían la vida, sus bienes, sus casas y sus huertos, y sus canales serían respetados. Pero ¿qué valen las promesas de un vencedor? En cuanto la tropa entró en la ciudad, Xagri quiso soltar a sus hombres por las calles y en el bazar. Togrul se opuso alegando que estaban en el mes del ramadán y no se podía saquear una ciudad del Islam durante el período de ayuno. El argumento surtió efecto, pero Xagri no depuso las armas. Únicamente se resignó a esperar que la población no estuviera ya en estado de gracia.

Cuando el conflicto que separaba a los dos hermanos llegó a oídos de los ciudadanos, cuando comprendieron que al comienzo del siguiente mes serían abandonados al pillaje, a la violación y a la matanza, vino el Gran Miedo. Peor que la violación es la violación anunciada, la espera pasiva, humillante, el monstruo ineluctable. Las tiendas se vaciaban, los hombres se escondían, sus mujeres y sus hijas los veían llorar de impotencia. ¿Qué hacer? ¿Cómo huir? ¿Por qué camino? El invasor estaba en todas partes, sus soldados de cabellos trenzados merodeaban por el bazar del Gran Cuadrado, por los barrios y los arrabales, por las inmediaciones de la Puerta Quemada, constantemente borrachos, al acecho de un rehén, de un botín, sus hordas incontroladas infestaban los campos vecinos.

¿No se desea de ordinario que el ayuno termine y llegue el día de la fiesta? Ese año se hubiera deseado que el ayuno se prolongara hasta lo infinito, que la fiesta de la Ruptura no llegara jamás. Cuando apareció el creciente del nuevo mes, nadie pensó en regocijos, nadie pensó en matar el cordero, la ciudad entera tenía la impresión de ser un gigantesco cordero cebado para el sacrificio.

Miles de familias pasaron la noche que precede a la fiesta, esa noche del Decreto en la que conceden todos los deseos, en las mezquitas y los mausoleos de los santos, refugios precarios; noche de agonía, de lágrimas y de oraciones.

Mientras tanto, en la ciudadela estallaba una tormentosa discusión entre los hermanos selyuquíes. Xagri gritaba que a sus hombres no se les había pagado desde hacía meses, que sólo habían aceptado luchar porque se les había prometido dejarles las manos libres en esa opulenta ciudad, que estaban al borde de la rebelión y que él, Xagri, no podría contenerlos por más tiempo.

Togrul hablaba otro lenguaje:

—Sólo estamos en la frontera de nuestras conquistas. ¡Quedan aún tantas ciudades que conquistar! Ispahán, Shiraz, Rayy, Tabriz ¡y otras mucho más allá! Si saqueamos Nisapur después de su rendición, después de todas nuestras promesas, ninguna puerta se abrirá ya ante nosotros, ninguna guarnición flaqueará.

—¿Cómo podríamos conquistar todas esas ciudades con las que sueñas si perdemos nuestro ejército, si nuestros hombres nos abandonan? Los más fieles ya se quejan y amenazan con hacerlo.

Los dos hermanos estaban rodeados de sus lugartenientes y de los ancianos del clan, y todos al unísono confirmaban las palabras de Xagri. Éste, envalentonado, se levantó decidido a terminar:

—Hemos hablado demasiado, voy a decir a mis hombres que se lucren con la ciudad. Si tú quieres retener a los tuyos, hazlo; cada uno con sus tropas.

Togrul no respondía, no se movía, atormentado por un penoso dilema. De pronto, saltó lejos de todos y se apoderó de un puñal.

A su vez Xagri había desenvainado. Nadie sabía si había que intervenir o, como de costumbre, dejar a los dos hermanos selyuquíes arreglar sus diferencias con la sangre, cuando Togrul gritó:

—Hermano, no puedo obligarte a obedecerme, no puedo contener a tus hombres, pero si los sueltas sobre la ciudad me clavaré este puñal en el corazón.

Y diciendo esto, apunto el arma, cuya empuñadura sostenía con las dos manos, hacia su propio pecho. El hermano dudó poco; avanzó hacia él con los brazos abiertos y, después de un largo abrazo, prometió no contrariar más su voluntad. Nisapur se había salvado, pero nunca olvidaría el Gran Miedo del *ramadán*.

VII

—Así son los selyuquíes —observa Jayyám—, saqueadores incultos y soberanos perspicaces, capaces de mezquindades y de gestos sublimes. Togrul Beg, sobre todo, tenía el temple de un fundador de imperios. Yo tenía tres años cuando tomó Ispahán y diez cuando conquistó Bagdad, imponiéndose como protector del califa y obteniendo de él el título de «sultán, rey del Oriente y del Occidente», casándose incluso a los setenta años con la propia hija del Príncipe de los Creyentes.

Al decir esto, Omar se muestra admirativo, algo solemne quizá, pero Yahán suelta una carcajada muy irrespetuosa. Él la mira severo, ofendido, sin comprender esa súbita hilaridad; ella se disculpa y se explica:

—Cuando hablaste de esa boda me acordé de lo que me habían contado en el harén.

Omar recuerda vagamente el episodio, del que Yahán ha memorizado con avidez cada detalle.

En efecto, al recibir el mensaje de Togrul pidiéndole la mano de su hija Sayyeda, el califa se había puesto lívido. Apenas se retiró el emisario del sultán, explotó:

—¡Ese turco recién salido de su tienda! ¡Ese turco cuyos padres, ayer aún, se prosternaban ante no sé qué ídolo y pintaban en sus estandartes un hocico de cerdo! ¿Cómo se atreve a pedir en matrimonio a la hija del Príncipe de los Creyentes, nacida del más alto linaje?

Si temblaba así, con todos sus augustos miembros, era porque sabía que no podría esquivar la petición. Después de meses de dudas y dos mensajes de recuerdo, terminó por formular una respuesta. Uno de sus ancianos consejeros fue el encargado de transmitirla; partió para la ciudad de Rayy, cuyas ruinas son aún visibles en los alrededores de Teherán. La corte de Togrul estaba allí.

El emisario del califa fue recibido en primer lugar por el visir, que lo abordó con estas palabras:

—El sultán se impacienta y me atosiga; me alegro de que al fin hayas venido con la respuesta.

—Te alegrarás menos cuando la hayas oído: el Príncipe de los Creyentes os ruega que le disculpéis, pero no puede acceder a la petición que ha sido elevada hasta él.

El visir no se mostró muy afectado y continuó pasando las cuentas de su pasatiempo de jade.

—Así que —dijo—, vas a atravesar ese pasillo, vas a cruzar esa gran puerta, y anunciar al señor de Iraq, de Fars, de Jorasan y de Azerbeiyán, al conquistador de Asia, a la espada que defiende la verdadera religión, al protector del trono abasí: «¡No, el califa no te dará a su hija!» Muy bien, ese guardia te conducirá.

Dicho guardia se presentó y el emisario se levantaba para seguirle, cuando el visir prosiguió con voz anodina:

—Supongo que como hombre sagaz habrás pagado tus deudas, repartido tu fortuna entre tus hijos y casado a todas tus hijas.

El emisario volvió a sentarse súbitamente agotado.

—¿Qué me aconsejas?

—¿El califa no te ha dado ninguna otra directriz, ninguna posibilidad de arreglo?

—Me ha dicho que si verdaderamente no había ningún medio de escapar de ese matrimonio, querría en compensación trescientos mil dinares de oro.

—Eso ya es una forma mejor de proceder, pero no creo que sea razonable que después de todo lo que el sultán ha hecho por el califa, después de haberle traído de nuevo a su ciudad, de donde lo habían expulsado los chiíes, después de haberle restituido sus bienes y sus territorios, se le exija una compensación. Podríamos llegar al mismo resultado sin ofender a Togrul Beg. Le diréis que el califa le concede la mano de su hija y por mi parte aprovecharé ese momento de intensa satisfacción para sugerirle un regalo en dinares digno de tal partido.

Y así se hizo. El sultán, muy excitado, formó un importante cortejo que comprendía al visir, a varios príncipes, a decenas de oficiales y dignatarios, a mujeres de edad de su parentela con cientos de guardias y esclavos que llevaron a Bagdad regalos de gran valor, alcanfor, mirra, brocado, arcones llenos de pedrerías, así como cien mil monedas de oro.

El califa concedió audiencia a los principales miembros de la delegación, intercambió con ellos frases corteses, aunque vagas, y luego, una vez a solas con el visir del sultán, le dijo sin rodeos que ese matrimonio no tenía su consentimiento y que si intentaba obligarle a ello abandonaría Bagdad.

—Si ésa es la postura del Príncipe de los Creyentes, ¿por qué propuso un arreglo en dinares?

—No podía responder que no con una sola palabra. Esperaba que con mi actitud el sultán comprendiera que no podía obtener de mí semejante sacrificio. A ti te lo puedo decir; los otros sultanes, ya fueran turcos o persas, jamás exigieron semejante cosa de un califa. ¡Debo defender mi honor!

—Hace algunos meses, cuando presentí que la respuesta podría ser negativa, traté de preparar al sultán para este rechazo y le expliqué que nadie antes que él había osado formular tal petición, que eso no era conforme a las tradiciones y que la gente iba a sorprenderse. Jamás me atreveré a repetir lo que me respondió.

—¡Habla, no temas nada!

—Que el Príncipe de los Creyentes me dispense, esas palabras no podrán traspasar mis labios jamás.

El califa se impacientaba.

—¡Habla, te lo ordeno, no me ocultes nada!

—El sultán comenzó por insultarme, acusándome de declararme a favor del Príncipe de los Creyentes contra él... Me amenazó con cargarme de cadenas...

El visir balbuceaba a propósito.

—Ve derecho al grano, habla, ¿qué dijo Togrul?

—El sultán gritó: «¡Extraño clan el de esos abasíes! Sus antepasados conquistaron la mejor mitad de la tierra, construyeron las ciudades más florecientes y ¡míralos hoy! Les arrebató su imperio y se conforman; les quito su capital y se felicitan; me cubren de regalos y el Príncipe de los Creyentes me dice: "Te doy todos los países que Dios me ha dado, pongo en tus manos a todos los creyentes cuyo destino me ha confiado." Me suplica que ponga bajo el ala de mi protección a su palacio, su persona y su harén, pero si le pido a su hija se rebela y quiere defender su honor. ¡Los muslos de una virgen! ¿Es ése el único territorio por el que aún está dispuesto a luchar?»

Al califa se le cortó la respiración, no le salían las palabras y el visir aprovechó para concluir el mensaje.

—El sultán añadió: «¡Ve a decirles que tomaré a esa hija como tomé este imperio, como tomé Bagdad!»

VIII

Yahán relata detalladamente y con una culpable delectación los sinsabores matrimoniales de los grandes de este mundo; renunciando a censurarla, Omar se asocia ahora de buen grado a todas sus mímicas. Y cuando, con picardía, ella amenaza con callarse, él le suplica que continúe, ayudándose con caricias, aunque sabe muy bien cómo termina la historia.

Por lo tanto, el Príncipe de los Creyentes se resignó a decir «sí» con la muerte en el alma. En cuanto recibió la respuesta, Togrul emprendió el camino a Bagdad y antes incluso de llegar a la ciudad envió a su visir como explorador, impaciente por saber qué disposiciones se habían previsto ya para la boda.

Al llegar al palacio califal el emisario tuvo que oír, en términos muy detallados, que el contrato de matrimonio podía firmarse, pero que la reunión de los dos esposos estaba fuera de toda discusión «visto que lo importante es el honor de la alianza y no el encuentro».

El visir estaba exasperado, pero se dominó:

—Como conozco a Togrul Beg —explicó—, puedo aseguraros, sin ningún riesgo de equivocarme, que la importancia que concede al encuentro no es en modo alguno secundaria.

De hecho, para insistir en la vehemencia de su deseo, el sultán no dudó en poner sus tropas en estado de alerta, en dividir y controlar Bagdad y en cercar el palacio del califa; este último hubo de rendirse y el «encuentro» tuvo lugar. La princesa se sentó sobre un lecho tapizado de oro, Togrul Beg entró en la habitación, besó el suelo ante ella «y luego la honró», confirman los cronistas, «sin que ella apartara el velo de su rostro, sin que le dijera nada, sin ocuparse de su presencia». Desde entonces él venía a verla todos los días con ricos presentes y todos los días la honraba, pero ella no le dejó ver su rostro ni una sola vez. A la salida, después de cada «encuentro», le esperaban numerosas personas, porque estaba de tan buen humor que concedía todas las peticiones y ofrecía innumerables regalos.

De este matrimonio entre la decadencia y la arrogancia no nació ningún hijo. Togrul murió seis meses después. Notoriamente estéril, había repudiado a sus dos primeras esposas acusándolas del mal que le aquejaba a él. Sin embargo, a lo largo de tantas mujeres, esposas o esclavas, tenía que haberse rendido ante la evidencia: si culpa había, era él el culpable. Había consultado a astrólogos y a curanderos chamanes que le prescribieron que en cada luna llena se tragara el prepucio de un niño recién circunciso. Sin resultado. No tuvo más remedio que resignarse, pero para evitar que esa dolencia redujera su prestigio ante los suyos se había forjado una sólida reputación de amante insaciable, arrastrando tras él para el más corto de los desplazamientos un harén exageradamente abastecido. Sus hazañas eran un tema obligado entre sus allegados y no era raro que sus oficiales, e incluso los visitantes extranjeros, le preguntaran por sus proezas, alabaran su energía nocturna y le pidieran recetas y elixires.

Sayyeda se quedó, pues, viuda. Vacío estaba su lecho de oro, pero no se le ocurrió quejarse por ello. Más grave parecía el vacío de poder; el Imperio acababa de nacer y aunque llevara el nombre del oscuro antepasado Selyuq, su verdadero fundador era Togrul. Su desaparición sin hijos ¿no hundiría en la anarquía al Oriente musulmán? Los hermanos, sobrinos y primos eran una legión. Los turcos no tenían en cuenta el derecho de primogenitura ni la regla de sucesión.

Muy pronto, sin embargo, un hombre consiguió imponerse: Alp Arslan, hijo de Xagri. En algunos meses consiguió tener ascendiente sobre los miembros del clan, exterminando a unos, comprando el vasallaje de otros. Pronto aparecería a los ojos de sus súbditos como un gran soberano, firme y justo. Pero un rumor alimentado por sus rivales iba a perseguirle: mientras que se atribuía al estéril Togrul una desbordante virilidad, Alp Arslan, padre de nueve hijos, tenía, azar de las costumbres y de los rumores, la imagen de un hombre a quien el sexo opuesto atraía poco. Sus enemigos le apodaban «el afeminado» y sus cortesanos evitaban que sus conversaciones se desviaran hacia un tema tan embarazoso. Y fue esa reputación, merecida o no, la que iba a causar su perdición, interrumpiendo prematuramente una carrera que se anunciaba fulgurante.

Eso, Yahán y Omar no lo saben aún. En el momento en que conversan en el pabellón del jardín de Abu Taher, Alp Arslan, a los treinta y ocho años, es el hombre más poderoso de la tierra. Su Imperio se extiende desde Kabul hasta el Mediterráneo, no comparte con nadie su poder, su ejército le es fiel y tiene por visir al hombre de Estado más hábil de su tiempo, Nizam el—Molk. Sobre todo, Alp Arslan acaba de lograr, en el pequeño pueblo de Malazgerd, en Anatolia, una clamorosa victoria sobre el Imperio Bizantino, cuyo ejército fue diezmado a la vez que era capturado el emperador. En todas las mezquitas los predicadores alaban sus hazañas y cuentan cómo, a la hora de la batalla, se revistió con su sudario blanco y se perfumó con las plantas aromáticas de los embalsamadores, cómo trenzó con su propia mano la cola de su caballo, cómo pudo sorprender en las inmediaciones de su campo a los exploradores rusos enviados por los bizantinos, cómo ordenó que les cortaran la nariz, pero también cómo devolvió la libertad al emperador prisionero.

Un gran momento para el Islam, sin duda, pero un motivo de grave preocupación para Samarcanda. Alp Arslan la ha ambicionado siempre e incluso en el pasado intentó apoderarse de ella. Únicamente su conflicto con los bizantinos le obligó a pactar una tregua, sellada por alianzas matrimoniales entre las dos dinastías: Malikxah, el hijo primogénito del sultán, obtuvo la mano de Terken Jatun, la hermana de Nasr, y el kan mismo se casó con la hija de Alp Arslan.

Pero nadie se engaña con esos arreglos. Desde que se enteró de la victoria de su suegro sobre los cristianos, el señor de Samarcanda teme lo peor para su ciudad. No se equivoca; los acontecimientos se precipitan.

Doscientos mil jinetes selyuquíes se disponen a cruzar «el río», aquel que en ese momento llaman el Yayhún, que los antiguos llamaban el Oxus y que se convertiría en el Amu—Daria. Se necesitarán veinte días para que el último soldado lo cruce por el bamboleante puente de barcas amarradas.

En Samarcanda, la sala del trono está casi siempre llena, aunque silenciosa como la casa de un difunto. El mismo kan parece apaciguado por la adversidad; ni cólera ni gritos, y eso a los cortesanos les abrumba. Su soberbia les daba seguridad, aunque fueran sus víctimas. Su calma les preocupa, lo sienten resignado, lo juzgan vencido y piensan en su salvación. ¿Huir?, ¿traicionar ya?, ¿esperar aún?, ¿rezar?

Dos veces al día el kan se levanta, seguido en cortejo por sus allegados, e inspecciona un lienzo de muralla, aclamado por los soldados y el populacho. Durante una de esas rondas, unos jóvenes ciudadanos tratan de acercarse al monarca. Mantenidos a distancia por los guardias, gritan que están dispuestos a luchar junto a los soldados, a morir por defender la ciudad, al kan y la dinastía. En vez de alegrarse por su iniciativa, el soberano se irrita, interrumpe su visita y vuelve sobre sus pasos, ordenando a los soldados que los dispersen sin consideraciones.

De regreso al palacio, sermonea a sus oficiales:

—Cuando mi abuelo, Dios guarde en nosotros el recuerdo de su sabiduría, quiso apoderarse de la ciudad de Balj, los habitantes tomaron las armas en ausencia de su soberano y mataron a un gran número de nuestros soldados, obligando a nuestro ejército a retirarse. Mi abuelo escribió entonces una carta de reproche a Mahmud, el señor de Balj: «Estoy de acuerdo con que nuestras tropas se enfrenten, que Dios dé la victoria a quien Él quiera, pero ¿adónde iremos si el vulgo comienza a mezclarse en nuestras disputas?» Mahmud le dio la razón, castigó a sus súbditos, les prohibió llevar armas y les obligó a pagar en oro la destrucción causada por el combate. Lo que es válido para los habitantes de Balj lo es aún más para los de Samarcanda, de naturaleza indómita, y prefiero ir solo, sin armas, ante Alp Arslan, antes que deber mi salvación a los ciudadanos.

Los oficiales son de su misma opinión, prometen reprimir todo celo popular, renuevan su juramento de fidelidad y afirman que lucharán como fieras heridas. No son sólo palabras. Las tropas de Transoxiana no son menos valerosas que las de los selyuquíes. Alp Arslan sólo tiene la ventaja del número y de la edad. No la suya, se entiende, sino la de su dinastía. Pertenece a la segunda generación, animada aún por la ambición fundadora. Nasr es el quinto de su linaje, mucho más interesado por gozar de lo obtenido que por ampliarlo.

A lo largo de esos días de efervescencia, Jayyám quiere permanecer alejado de la ciudad. Desde luego no puede abstenerse de hacer de vez en cuando una breve aparición en la corte o en casa del cadí sin que parezca que los abandona en un momento de adversidad. Pero la

mayoría de las veces permanece encerrado en su pabellón, ensimismado en sus trabajos o en su libro secreto, cuyas páginas emborrona con empeño, como si la guerra no existiera para él más que por la indiferente prudencia que le inspira.

Sólo Yahán le une a las realidades del drama ambiente. Cada noche le cuenta las noticias del frente y los rumores del palacio, que él escucha sin pasión manifiesta.

Sobre el terreno, el avance de Alp Arslan es lento. Torpeza de una tropa pletórica, dudosa disciplina, enfermedades, ciénagas. Resistencia también, a veces encarnizada. Un hombre en particular le hace la vida imposible al sultán; es el comandante de una fortaleza que no está lejos del río. El ejército podría rodearla y proseguir su camino, pero su retaguardia estaría poco segura, los hostigamientos aumentarían y en caso de dificultad la retirada se revelaría peligrosa. Por lo tanto, hay que acabar con ella; Alp Arslan dio la orden hace diez días y los asaltos se multiplican.

Desde Samarcanda se sigue de cerca la batalla. Cada tres días llega una paloma soltada por los defensores. El mensaje no es nunca una llamada de socorro, no describe el agotamiento de los víveres y de los hombres, sólo habla de las pérdidas del adversario, de los rumores de epidemias extendidas entre los asaltantes. De la noche a la mañana el comandante de la plaza, un tal Yussef, originario de Jwarizín, se convierte en el héroe de Transoxiana.

Sin embargo, llega la hora en que el puñado de defensores es arrollado, los cimientos de la fortaleza son socavados y las murallas escaladas. Yussef lucha hasta el último suspiro antes de que lo hieran, lo capturen y lo conduzcan ante el sultán, que siente curiosidad por ver de cerca la causa de sus problemas. Le presentan a un hombrecillo reseco, hirsuto, polvoriento. Está de pie, con la cabeza erguida, entre dos colosos que le sujetan fuertemente por los brazos. Por su parte, Alp Arslan está sentado, con las piernas cruzadas, sobre un estrado de madera cubierto de almohadones. Los dos hombres se miran con desafío durante un largo rato y luego el vencedor ordena:

—¡Que claven cuatro estacas en el suelo, que lo aten a ellas y que lo descuarticen!

Yussef mira al otro de arriba abajo con desprecio y grita:

—¿Ese es el tratamiento que se le inflige al que ha luchado como un hombre?

Alp Arslan no responde y vuelve la cara. El prisionero lo increpa:

—¡Tú, el Afeminado!

¡Es a ti a quien hablo! El sultán se sobresalta como picado por un escorpión. Coge su arco, que está a su lado, coloca una flecha y antes de tirar ordena a los guardias que suelten al prisionero. No puede tirar sobre un hombre sujeto sin riesgo de herir a sus propios soldados. De todos modos no teme nada, nunca ha errado el blanco.

¿Es el nerviosismo extremo, la precipitación, la dificultad de tirar a una distancia tan corta? Lo cierto es que Yussef no ha sido herido, que el sultán no tiene tiempo de disparar una segunda flecha y que el prisionero se precipita sobre él. Y Alp Arslan, que no puede defenderse si permanece encaramado en su pedestal, intenta bajarse, se engancha los pies con un almohadón, tropieza y cae al suelo. Yussef está ya sobre él, sosteniendo en la mano el cuchillo que guardaba escondido entre sus ropas. Tiene tiempo de atravesarle el costado antes de morir él mismo de un mazazo. Los soldados se encarnizan sobre el cuerpo inerte, despedazado. Pero conserva en sus labios una sonrisa socarrona que la muerte petrifica. Se ha vengado; el sultán apenas le sobrevivirá.

En efecto, Alp Arslan morirá al cabo de cuatro noches de agonía. De agonía lenta y de amarga meditación. Los cronistas de la época recogieron sus palabras: «El otro día pasaba revista a mis tropas desde lo alto de un promontorio cuando sentí la tierra temblar bajo mis pasos y me dije: ¡Soy el amo del mundo! ¿Quién podría compararse conmigo? Por mi arrogancia, por mi vanidad, Dios me ha enviado al más miserable de los humanos, un vencido, un prisionero, un condenado camino del suplicio; se ha revelado más poderoso que yo, me ha herido, me ha derribado de mi trono, me ha quitado la vida.»

Al día siguiente de ese drama, Omar Jayyám habría escrito en su libro:

De vez en cuando, un hombre se yergue en este mundo

despliega su fortuna y proclama: ¡Soy yo!

Su gloria vive el espacio de un sueño agrietado,

ya la muerte se yergue y proclama: ¡Soy yo!

IX

En Samarcanda en fiestas, una mujer se atreve a llorar: esposa del kan que triunfa, es también y sobre todo hija del sultán apuñalado. Ciertamente, su marido ha ido a darle el pésame, ha ordenado que todo el harén lleve luto y ha mandado azotar ante ella a un eunuco que demostraba demasiada alegría. Pero de regreso a su *divan* no duda en repetir a sus allegados que «Dios ha oído las oraciones de la gente de Samarcanda».

Se puede pensar que en esa época los habitantes de una ciudad no tenían ninguna razón para preferir un soberano turco a otro. Sin embargo, rezaban porque lo que temían era el cambio de amo, con su cortejo de matanzas y sufrimientos y sus inevitables saqueos y depredaciones. Tenía el monarca que superar todo límite, someter a la población a unos impuestos excesivos, a perpetuas vejaciones, para que llegaran a desear que otro los conquistara. No era ése el caso con Nasr. Si no era el mejor de los príncipes, desde luego no era el peor. Se las arreglaban con él e invocaban al Altísimo para que limitara sus excesos.

Por lo tanto, se celebra en Samarcanda el haber evitado la guerra. La inmensa plaza de Ras el—Tak rebosa de gritos y entusiasmo. En cada pared se apoya la mercancía de un vendedor ambulante. En cada farola se improvisa una canción, unos rasgueos de laúd. Mil corros de curiosos se hacen y deshacen en torno a los narradores, los quirománticos, los encantadores de serpientes. En el centro de la plaza, sobre un estrado provisional y bamboleante tiene lugar la tradicional justa de poetas populares que celebran a Samarcanda la incomparable, a Samarcanda la inconquistable. El juicio del público es instantáneo. Unas estrellas suben, otras declinan. Por todas partes arden fogatas. Estamos en diciembre y las noches son ya rigurosas. En el palacio las jarras de vino se vacían, se rompen, el kan tiene el vino alegre, ruidoso, conquistador.

Al día siguiente ordena que recen en la gran mezquita la oración del ausente y luego recibe el pésame por la muerte de su suegro. Los mismos que la víspera habían acudido para felicitarle por su victoria, vuelven con rostro apesadumbrado para expresarle su aflicción. El cadí, que ha recitado algunos versículos de circunstancias e invitado a Omar a hacer lo mismo, cuchichea al oído de este último.

—No te asombres de nada, la realidad tiene dos caras, los hombres también.

Esa misma noche, Nars Kan convoca a Abu Taher y le pide que se una a la delegación encargada de ir a presentar los respetos de Samarcanda al sultán difunto. Omar forma parte del cortejo, verdad es que junto a otras ciento veinte personas.

El lugar de las condolencias es un antiguo campamento del ejército selyuquí, situado justo al norte del río. Miles de tiendas y de barracas se alzan alrededor, verdadera ciudad improvisada donde los dignos representantes de Transoxiana se codean con desconfianza con los guerreros nómadas de largos cabellos trenzados que han venido a renovar el vasallaje de su clan. Malikxah, diecisiete años, coloso con rostro de niño, cubierto con un amplio abrigo de caracul, se pavonea sobre un pedestal, el mismo que vio caer a su padre Alp Arslan. De pie a algunos pasos de él se encuentra el gran visir, el hombre fuerte del Imperio, de cincuenta y cinco años, a quien Malikxah llama «padre», signo de extrema deferencia, y a quien los demás nombran por su título, Nizam el—Molk, Orden del Reino. Jamás un apodo ha sido tan merecido. Cada vez que un visitante de importancia se acerca, el joven sultán consulta con la mirada a su visir, que le indica con una imperceptible seña si debe mostrarse amable o reservado, sereno o desconfiado, solícito o ausente.

La delegación de Samarcanda al completo se prosterna a los pies de Malikxah, que se da por enterado con un movimiento de cabeza condescendiente; luego cierto número de notables se separa del grupo para dirigirse hacia Nizam. El visir, impasible, los mira y los escucha sin reaccionar, mientras sus colaboradores se agitan a su alrededor. No hay que imaginárselo como señor vociferante del palacio. Si es omnipresente lo es más bien como el que mueve unas marionetas y con discretos toques imprime a los otros los movimientos que él desea. Sus silencios son proverbiales. No es raro que un visitante pase una hora en su presencia sin intercambiar otras palabras que las fórmulas de saludo y de despedida. Porque no se le visita necesariamente para conversar con él, se le visita para renovar el vasallaje, para disipar sospechas, para evitar el olvido.

Así, doce personas de la delegación de Samarcanda han obtenido el privilegio de estrechar la mano que sujeta el timón del Imperio. Omar va pisándole los talones al cadí, Abu Taher balbucea una fórmula. Nizam mueve la cabeza y retiene su mano en la suya algunos segundos. El cadí se siente honrado. Cuando llega el turno de Omar, el visir se inclina hasta su oído y murmura:

—En este día del próximo año ven a Ispahán. Hablaremos.

Jayyám no está seguro de haber oído bien, siente como una confusión en su mente. El personaje le intimida, el ceremonial le impresiona, la algarabía le marca, los gritos de las plañideras le aturden; ya no se fía de sus sentidos, querría una confirmación, una precisión, pero ya la multitud le empuja, el visir mira hacia otra parte, comienza de nuevo a mover la cabeza en silencio.

Durante el camino de regreso, Jayyám no cesa de rumiar el incidente. ¿Es el único a quien el visir ha susurrado unas palabras? ¿No lo habrá confundido con otro? ¿Y por qué una cita tan lejana en el tiempo y en el espacio?

Se decide a hablar de ello al cadí. Puesto que éste se encontraba justo delante de él, ha podido oír, sentir, incluso adivinar algo. Abu Taher le deja contar la escena antes de reconocer malicioso:

—Me di cuenta de que el visir te cuchicheaba algunas palabras, no las oí, pero puedo asegurarte que no te confundió con otro. ¿Viste todos esos colaboradores que le rodeaban? Tienen por misión informarse de la composición de cada delegación, de soplarle el nombre y la calidad de aquellos que van hacia él. Me preguntaron tu nombre, se aseguraron de que eras realmente el Jayyám de Nisapur, el sabio, el astrólogo, no hubo ninguna confusión sobre su identidad. Por otra parte, con Nizam el—Molk no hay nunca otra confusión que la que él juzga oportuno crear.

El camino es llano, pedregoso. A la derecha, muy lejos, una línea de altas montañas, las estribaciones de Pamir. Jayyám y Abu Taher cabalgan uno al lado del otro, sus monturas se rozan sin cesar.

—¿Y qué puede querer de mí?

—Para saberlo tendrás que esperar un año. Hasta entonces te aconsejo que no te pierdas en conjeturas, la espera es demasiado larga, te agotarías. ¡Y sobre todo no se lo cuentes a nadie!

—¿Tengo la costumbre de ser indiscreto?

El tono es de reproche. El cadí no se altera:

—Quiero ser claro. ¡No se lo cuentes a esa mujer!

Omar hubiera debido figurárselo; las visitas de Yahán no podían repetirse tanto sin que nadie lo notara. Abu Taher prosigue:

—Desde vuestro primer encuentro, los guardias vinieron a advertirme. Inventé una historia complicada para justificar sus visitas, ordené que no se la viera pasar y prohibí que fueran a despertarte por las mañanas. No lo dudes ni un momento, ese pabellón es tu casa, quiero que lo sepas hoy y mañana, pero tengo que hablarte de esa mujer.

Omar se siente molesto. No le gusta nada la manera que tiene su amigo de decir «esa mujer» y no tiene ningún deseo de discutir sus amores. Aunque calle ante su compañero de más edad, su rostro se cierra ostensiblemente.

—Sé que mis palabras te disgustan, pero te diré hasta el final lo que tengo que decirte, y si nuestra amistad demasiado reciente no me da ese derecho, mi edad y mi función lo justifican. Cuando viste a esa mujer por primera vez en el palacio la miraste con deseo. Es joven y bella, su poesía te gustó y su audacia hizo que te ardiese la sangre. Sin embargo, frente al oro vuestras actitudes fueron diferentes. Ella se atiborró de lo que a ti te repugnaba. Ella actuó como una poetisa de la corte, tú como un hombre sabio. ¿Hablaste con ella de esto después?

La respuesta es no y, aunque Omar no ha dicho nada, Abu Taher la ha oído perfectamente. Prosigue:

—Con frecuencia, al principio de una relación se evitan los temas delicados, se teme destruir ese frágil edificio que se acaba de elevar con mil precauciones, pero para mí lo que te separa de esa mujer es grave, esencial. No miráis la vida de la misma manera.

—Es una mujer y además es viuda. Se esfuerza por subsistir sin depender de un amo, no puedo por menos de admirar su valor. ¿Y cómo reprocharle coger el oro que sus versos merecen?

—Lo comprendo —dice el cadí, satisfecho de haber conseguido arrastrar a su amigo a esa discusión—. Pero ¿admites al menos que esa mujer sería incapaz de llevar otra vida que la de la corte?

—¿Quizá?

—¿Admites que para ti la vida de la corte es odiosa, insoportable y que no vivirías así ni un instante más de lo necesario?

Se produce un silencio embarazoso. Abu Taher termina por declarar preciso, firme:

—Te he dicho lo que debías oír de un verdadero amigo. Desde ahora no tocaré más este tema, a menos que seas tú el primero en hacerlo.

X

Cuando llegan a Samarcanda están agotados por el frío, el traqueteo de sus cabalgaduras y el malestar que se ha instalado entre ellos. Inmediatamente Omar se retira a su pabellón sin detenerse a cenar. Durante el viaje ha compuesto tres cuartetos que se pone a recitar en alta voz diez veces, veinte veces, sustituyendo una palabra, modificando un giro, antes de consignarlas en el secreto de su manuscrito.

Yahán llega de improviso antes que de costumbre y se desliza por la puerta entreabierta desprendiéndose sin ruido de su chal de lana. Avanza de puntillas por detrás. Omar está ensimismado y ella le rodea súbitamente el cuello con sus brazos. Pega su rostro al suyo y deja que caigan sobre sus ojos sus cabellos perfumados.

Jayyám debería sentirse colmado. ¿Puede un amante esperar más tierna agresión? ¿No debería, a su vez, pasado el instante de sorpresa, rodear con sus brazos la cintura de su amada, abrazarla, estrechar contra su cuerpo todo el sufrimiento de la separación, todo el calor del encuentro? Pero Omar se siente perturbado por esa intrusión. Su libro está aún abierto ante él, hubiera querido esconderlo. Su primer reflejo es de soltarse y aunque se arrepiente inmediatamente, aunque su vacilación sólo ha durado un instante, Yahán, que ha notado esa duda y esa forma de frialdad, no tarda en comprender la razón. Mira el libro con desconfianza, como si se tratara de una rival.

—¡Perdóname! Estaba tan impaciente por verte que no pensé que mi llegada podría molestarte.

Un pesado silencio los separa, pero Jayyám se apresura a romperlo.

—Es este libro ¿sabes? Es verdad que no había previsto enseñártelo. Siempre lo he ocultado en tu presencia, pero la persona que me lo regaló me hizo prometer que lo conservaría secreto.

Se lo tiende. Ella lo hojea algunos instantes aparentando la mayor indiferencia a la vista de esas escasas páginas emborronadas, diseminadas entre las decenas de páginas en blanco. Se lo devuelve con una expresiva mueca.

—¿Por qué me lo enseñas? Yo no te he pedido nada. Por otra parte, nunca aprendí a leer; todo lo que sé lo aprendí escuchando a los demás.

Omar no puede sorprenderse. En esa época no era raro que un poeta de calidad fuera analfabeto, lo mismo, por supuesto, que casi la totalidad de las mujeres.

—¿Y qué hay tan secreto en ese libro? ¿Fórmulas de alquimia?

—Son poemas que a veces escribo.

—¿Poemas prohibidos y heréticos? ¿Subversivos?

Le mira con recelo, pero Omar se defiende riéndose:

—No, ¿qué te estás imaginando? ¿Tengo acaso alma acaso de conspirador? Sólo son *ruba'iyat* sobre el vino, sobre la belleza de la vida y su vanidad.

—¿Tú, *ruba'iyat*?

Se le escapa un grito de incredulidad, casi de desprecio. Las *ruba'iyat* pertenecen a un género menor, ligero e incluso vulgar, apenas digno de los poetas de los barrios bajos. Que un erudito como Omar Jayyám se permita componer de vez en cuando cuartetos, puede considerarse una diversión, un pecadillo, eventualmente una coquetería; pero que se tome la molestia de consignar sus versos lo más seriamente del mundo en un libro rodeado de misterio, resulta sorprendente e inquietante para una poetisa sometida a las normas de la elocuencia. Omar parece avergonzado; Yahán está intrigada.

—¿Podrías leerme algunos versos?

Jayyám no quiere comprometerse más.

—Podré leértelos todos un día, cuando los juzgue dignos de ser leídos.

Ella no insiste, renuncia a seguir interrogándole, pero le lanza sin acentuar demasiado la ironía:

—Cuando hayas completado ese libro, evita ofrecérselo a Nasr Kan; no tiene mucha consideración para los autores de *ruba'iyvat*. No te volvería a invitar jamás a sentarte junto a él en el trono.

—No tengo intención de ofrecer ese libro a nadie, ni espero sacar ningún provecho de él; no tengo las ambiciones de un poeta de la corte.

Ella lo ha herido, él la ha herido. En el silencio que los envuelve, ambos se preguntan si no habrán ido demasiado lejos, si no será tiempo de rectificar para salvar lo que pueda aún salvarse. En ese instante no es por Yahán por quien Jayyám siente rencor, sino por el cadí. Se arrepiente de haberle dejado hablar y se pregunta si sus palabras no han turbado irremediablemente la mirada que dirige a su amante. Hasta ese momento si vivían en el candor y la despreocupación, con el deseo común de no evocar jamás lo que podría separarlos. ¿Me ha abierto el cadí los ojos a la verdad o solamente ha velado mi felicidad?, piensa Jayyám.

—Has cambiado, Omar; no sabría decir en qué, pero hay en tu forma de mirarme y de hablarme un tono que no podría definir. Como si sospecharas que he cometido una mala acción, como si me guardaras rencor por alguna razón. No te comprendo, pero de pronto me siento profundamente triste.

El trata de atraerla hacia sí, pero ella se separa vivamente.

—¡No es así como puedes tranquilizarme! Nuestros cuerpos pueden prolongar nuestras palabras, pero no pueden sustituirlas ni desmentirlas. ¡Dime qué pasa!

—¡Yahán! ¡Si decidiéramos no hablar de nada hasta mañana...!

—Mañana ya no estaré aquí. El kan abandona Samarcanda al amanecer.

—¿A dónde va?

—A Kix, a Bujara, a Termez, no sé. Toda la corte le seguirá y yo con ella.

—¿No podrías quedarte en Samarcanda en casa de tu prima?

—¡Si sólo se tratara de buscar excusas! Tengo mi sitio en la corte. Para ganarlo tuve que luchar como diez hombres. No lo abandonaré hoy para retozar en el pabellón del jardín de Abu Taher.

Entonces, sin reflexionar verdaderamente, Omar dice:

—No se trata de retozar. ¿No querrías compartir mi vida?

—¿Compartir tu vida? ¡No hay nada que compartir!

Lo ha dicho sin ninguna acritud. Era sólo una comprobación, por otra parte no desprovista de ternura. Pero al ver el rostro horrorizado de Omar, le suplica que la perdone y solloza.

—Sabía que esta noche lloraría, pero no con estas lágrimas amargas; sabía que íbamos a separarnos por mucho tiempo, quizá para siempre, pero no con estas palabras ni con estas miradas. No quiero llevarme del más bello amor que he vivido el recuerdo de estos ojos de un extraño. ¡Mírame, Omar, una última vez! Recuerda, soy tu amante, tú me has amado, yo te he amado. ¿Me reconoces aún?

Jayyám la rodea con un abrazo lleno de ternura. Suspira.

—Si al menos tuviéramos la oportunidad de explicarnos, sé que esta estúpida disputa se desvanecería, pero el tiempo nos acosa, nos conmina a jugarnos nuestro porvenir en estos minutos llenos de confusión.

A su vez, siente sobre su rostro la huida de una lágrima. Una lágrima que desearía ocultar, pero Yahán lo abraza salvajemente pegando su rostro al suyo.

—Puedes ocultarme tus escritos, no tus lágrimas. Quiero verlas, tocarlas, mezclarlas con las mías, quiero conservar sus huellas sobre mis mejillas, quiero conservar su sabor salado sobre mi lengua.

Se diría que intentan desgarrarse, ahogarse, aniquilarse. Sus manos enloquecen, sus ropas se esparcen. Incomparable noche de amor la de dos cuerpos incendiados por lágrimas ardientes. El fuego se propaga, los envuelve, se enrosca a ellos, los embriaga, los abrasa, los fusiona piel contra piel hasta el límite del placer. Sobre la mesa, un reloj de arena fluye gota a gota, el fuego amaina, vacila, se apaga, una sonrisa jadeante permanece rezagada. Durante largo rato se respiran. Omar murmura, a ella o al destino que acaban de desafiar:

—Nuestro enfrentamiento no ha hecho más que empezar.

Yahán lo abraza con los ojos cerrados:

—No me dejes dormir hasta el alba...

Al día siguiente, dos nuevas líneas en el manuscrito. La caligrafía es débil, vacilante y torturada:

¡Qué solo estabas, Jayyám, junto a tu amada!

Ahora que se ha ido, podrás refugiarte en ella.

XI

Qaxan, oasis de casas bajas en la ruta de la seda en el lindero del desierto de Sal. Allí las caravanas se acurrucan y recobran el aliento antes de bordear Karkas Kuh, el siniestro monte de los Buitres, guarida de bandoleros que asolan las inmediaciones de Ispahán.

Qaxan, construida con arcilla y barro. El visitante busca en vano alguna pared vistosa, alguna fachada decorada. Sin embargo, es allí donde se hacen los más prestigiosos vidriados que van a embellecer de verde y oro las mil mezquitas, palacios o medersas desde Samarcanda a Bagdad. En todo el Oriente musulmán, la cerámica se llama simplemente *qaxi* o *qaxani*, un poco como la porcelana lleva el nombre de China, tanto en persa como en inglés.

Fuera de la ciudad, un caravasar a la sombra de las palmeras. Una muralla rectangular, unas garitas de vigilancia, un patio exterior para las bestias y las mercancías y un patio interior bordeado de pequeñas habitaciones.

Omar desearía alquilar una, pero el posadero se excusa desolado: no hay ninguna libre para la noche, acaban de llegar unos ricos mercaderes de Ispahán, con hijos y criados. Para verificar sus palabras no hace falta consultar ningún registro. El lugar es un hervidero de empleados gritones y de venerables monturas. A pesar del invierno que empieza, Omar habría dormido bajo las estrellas, pero los escorpiones de Qaxan son apenas menos famosos que su cerámica.

—¿De verdad no queda ni un rincón para extender mi estera hasta el alba?

El encargado se rasca la cabeza. Está oscuro, no puede negar alojamiento a un musulmán.

—Tengo una pequeña habitación de esquina ocupada por un estudiante. Pídele que te haga un sitio.

Se dirigen hacia allí, la puerta está cerrada. El posadero la entreabre sin llamar, una vela titila, un libro se cierra apresuradamente.

—Este noble viajero partió de Samarcanda hace ya tres largos meses. He pensado que podría compartir tu habitación.

Si el joven se siente contrariado evita manifestarlo y se muestra cortés, aunque no solícito.

Jayyám entra, saluda y declara una prudente identidad:

—Omar de Nisapur.

Un breve pero intenso fulgor de interés en los ojos de su compañero, quien a su vez se presenta:

—Hassan, hijo de Alí Sabbah, nativo de Qom, estudiante en Rayy, en camino hacia Ispahán.

Esta enumeración detallada incomoda a Jayyám. Es una invitación a decir más sobre sí mismo, su actividad, el objeto de su viaje. No comprende la razón y desconfía del procedimiento. Por lo tanto, guarda silencio y sin prisa se sienta apoyándose contra la pared y mira con insistencia a ese hombrecillo de tez oscura, tan endeble y demacrado y de rasgos tan angulosos. Su barba de siete días, su turbante negro apretado y sus ojos desorbitados le desconciertan.

El estudiante le acosa con la sonrisa:

—Cuando uno se llama Omar es imprudente aventurarse en las proximidades de Qaxan.

Jayyám finge la mayor de las sorpresas. Sin embargo, ha comprendido bien la alusión. Su nombre es el del segundo sucesor del Profeta, el califa Omar, odiado por los chiíes, ya que fue un tenaz rival de su padre fundador, Alí. Aunque por ahora la población de Persia es en su gran mayoría sunní, existen ya algunos islotes de chiísmo, principalmente en las ciudades oasis de Qom y de Qaxan, donde se perpetúan extrañas tradiciones. Todos los años se celebra con un carnaval burlesco el aniversario del califa Omar. Con este fin, las mujeres se pintan, preparan golosinas y pistachos tostados y los niños se apostan en las terrazas y vierten trombas de agua sobre los transeúntes gritando alegremente: «¡Dios maldiga a Omar!»

Fabrican un muñeco con la efigie del califa llevando en la mano un rosario de cagarrutas ensartadas y lo pasean por algunos barrios cantando: «¡Por ser tu nombre Omar, tienes tu sitio en el infierno, tú, el jefe de los malvados, tú, el infame usurpador!» Los zapateros de Qom y de Qaxan se acostumbraron a escribir «Omar» en las suelas que fabrican, los muleros ponen ese nombre a sus bestias, complaciéndose en pronunciarlo en cada tunda de palos, y los cazadores, cuando no les queda más que una flecha, murmuran al dispararla: «¡Ésta para el corazón de Oman»

Hassan evoca esas prácticas con vagas palabras, evitando entrar crudamente en los detalles, pero Omar lo mira sin simpatía y deja caer en un tono hastiado y definitivo:

—No cambiaré de ruta a causa de mi nombre y no cambiaré mi nombre a causa de mi ruta.

Se produce un largo y frío silencio, los ojos se huyen. Omar se descalza y se tiende para tratar de conciliar el sueño. Es Hassan quien habla de nuevo:

—Quizá te haya ofendido recordándote esas costumbres, pero sólo quería que fueras prudente cuando mencionaras tu nombre en este lugar. No te equivoques sobre mis intenciones. Desde luego durante mi infancia en Qom participé en esas actividades, pero desde la adolescencia las miré con otros ojos y comprendí que semejantes excesos no son dignos de un hombre culto, ni se atienen a las enseñanzas del Profeta. Y para decirlo todo, cuando te extasías, en Samarcanda o en otra parte, ante una mezquita admirablemente recubierta de ladrillos vidriados por los artesanos chiíes de Qaxan y el predicador de esa misma mezquita lanza invectivas e imprecaciones desde lo alto de su púlpito contra «los malditos herejes sectarios de Alí», tampoco eso se atiene a las enseñanzas del Profeta.

Omar se incorpora ligeramente.

—Estas son palabras de un hombre sensato.

—Puedo ser sensato como puedo ser loco. Puedo ser amable o execrable. Pero ¿cómo mostrarse con aquel que viene a compartir tu habitación si ni siquiera se digna presentarse?

—Ha bastado con que te diga mi nombre para que me asaltes con palabras desagradables, ¿qué no me habrías dicho si te hubiera dado a conocer mi identidad completa?

—Quizá no te habría dicho nada de todo eso. Se puede detestar a Omar el califa y no sentir más que estima y admiración por Omar el geómetra, Omar el algebrista, Omar el astrónomo o incluso Omar el filósofo.

Jayyám se incorpora. Hassan triunfa:

—¿Crees que sólo se identifica a las personas por su nombre? Se las reconoce por su mirada, por su forma de andar, su aspecto y el tono que emplean. Desde que entraste supe que eras un hombre sabio que acostumbra a recibir honores y al mismo tiempo los desprecia, un hombre que llega sin tener que preguntar su camino. Desde que pronunciaste el comienzo de tu nombre lo comprendí: mis oídos sólo conocen a un Omar de Nisapur.

—Si has intentado impresionarme, tengo que admitir que lo has conseguido. ¿Quién eres?

—Te he dicho mi nombre, pero no significa nada para ti. Soy Hassan Sabbah de Qom. No me enorgullezco de nada salvo de haber acabado a los diecisiete años la lectura de todo lo que concierne a las ciencias de la religión, la filosofía, la historia y los astros.

—Nunca se lee todo. ¡Hay tantos conocimientos que se pueden adquirir cada día!

—Ponme a prueba.

Por juego, Omar comienza a formular a su interlocutor algunas preguntas sobre Platón, Euclides, Porfirio, Tolomeo, sobre la medicina de Dioscórides, de Galeno, de Razés y de Avicena, y luego sobre las interpretaciones de la ley coránica. Y siempre llega precisa, rigurosa, irreprochable la respuesta de su compañero. Cuando apunta el alba, ninguno de ellos ha dormido, no han notado el paso del tiempo. Hassan siente un placer real. Omar está subyugado y no tiene más remedio que confesar:

—Jamás he conocido a un hombre que hubiera aprendido tantas cosas. ¿Qué piensas hacer con todos esos conocimientos acumulados?

Hassan lo mira con desconfianza, como si hubieran violado alguna parte secreta de su alma, pero se serena y baja los ojos:

—Quisiera introducirme en el círculo de Nizam el Molk; quizá tenga un trabajo para mí.

Jayyám, está tan hechizado por su compañero que está a punto de revelarle que él mismo se dirige a ver al gran visir. Sin embargo, en el último momento, cambia de opinión. Queda en él un resto de desconfianza que, no por haberse atenuado, ha desaparecido.

Dos días más tarde, al unirse ambos a una caravana de mercaderes, caminan uno al lado del otro, citando profusamente de memoria, en persa o en árabe, las más bellas páginas de los autores que admiran. A veces se entabla una discusión, pero enseguida decae. Cuando Hassan habla de certidumbre alza el tono, proclama «verdades indiscutibles» y conmina a su compañero a admitirlas. Omar permanece escéptico, juzga detenidamente diversas opiniones, rara vez escoge, muestra de buen grado su ignorancia. A sus labios vuelven incansablemente estas palabras: «Qué quieres que te diga, esas cosas están veladas, tú y yo estamos en el mismo lado del velo y cuando caiga ya no estaremos aquí.»

Una semana de camino y llegan a Ispahán.

XII

¡*Esfahán, nesflé Yahán!*, dicen hoy, los persas. «¡Ispahán, la mitad del mundo!» La expresión nació mucho después de la época de Jayyám, pero ya en 1074, ¡cuántas palabras para alabar a esa ciudad!: «sus piedras son de galena; sus moscas son abejas; su hierba es azafrán; su aire es tan puro, tan sano que sus graneros no conocen al gorgojo y la carne no se descompone». Verdad es que está situada a cinco mil pies de altitud. Pero en Ispahán existen también sesenta caravasares, doscientos banqueros y cambistas, interminables bazares cubiertos. En sus talleres se hila la seda y el algodón. Sus tapices, sus tejidos, sus cofres se exportan a las más alejadas regiones. Florecen mil variedades de rosas. Su opulencia es proverbial. Esta ciudad, la más poblada del mundo persa, atrae a todos aquellos que buscan el poder, la fortuna o la sabiduría.

Digo «esta ciudad», pero no se trata, propiamente hablando, de una ciudad. Por otra parte, se cuenta aún la historia de un joven viajero de Rayy tan ansioso por ver las maravillas de Ispahán que el último día se separó de su caravana para galopar solo a rienda suelta. Al cabo de algunas horas se encontró al borde del Zayandé Rud, «el río que da la vida», siguió su curso y se encontró ante una muralla de tierra. El poblado le pareció de respetable tamaño, pero mucho más pequeño que su propia ciudad de Rayy. Al llegar a la puerta preguntó a unos guardias.

—Esto es la ciudad de Yay —le respondieron.

Ni siquiera se dignó entrar, la rodeó y prosiguió su ruta hacia el oeste. Su cabalgadura estaba agotada, pero él seguía fustigándola. Pronto se encontró jadeante a las puertas de otra ciudad, más imponente que la primera pero apenas más extensa que Rayy, e interrogó a un anciano que pasaba.

—Esto es Yahudiyé, la Ciudad judía.

—¿Tantos judíos hay en este país?

—Hay algunos, pero la mayoría de los habitantes son musulmanes como tú y como yo. La llaman Yahudiyé porque dicen que el rey Nabucodonosor instaló aquí a los judíos que había deportado de Jerusalén; otros pretenden que la esposa judía de un sha de Persia había hecho venir a este lugar, antes de la época, a gente de su comunidad. ¡Sólo Dios sabe la verdad!

Nuestro joven viajero dio la vuelta, pues, resignado a proseguir su camino aunque su caballo se desplomara bajo sus piernas, cuando el anciano lo llamó:

—¿A dónde piensas ir ahora, hijo?

—A Ispahán.

El anciano se echó a reír.

—¿No te han dicho nunca que Ispahán no existe?

—¿Cómo? ¿No es la más grande, la más hermosa de las ciudades de Persia? ¿No era ya en tiempos remotos la altiva capital de Artabán, rey de los partos? ¿No han alabado sus maravillas en los libros?

—No sé lo que dicen los libros, pero yo nací aquí hace setenta años y sólo los extranjeros me hablan de la ciudad de Ispahán. Yo nunca la he visto.

No exageraba. El nombre de Ispahán designó durante largo tiempo, no a una ciudad, sino a un oasis donde se elevaban dos ciudades muy distintas, separadas una de otra por una hora de camino, Yay y Yahudiyé. Habría que esperar al siglo XVI para que esas ciudades y los pueblos de alrededor se fundieran en una verdadera ciudad. En tiempos de Jayyám no existía aún, pero se había construido una muralla de tres parasangas de largo, o sea, una docena de millas, destinada a proteger el conjunto del oasis.

Omar y Hassan han llegado por la noche, tarde. Han encontrado alojamiento en Yay, en un caravasar cercano a la puerta de Tirah. Allí se tienden y, sin tiempo para intercambiar ni una sola palabra, comienzan a roncar al unísono.

Al día siguiente Jayyám acude a visitar al gran visir. En la Plaza de los Cambistas, viajeros y mercaderes de todos los orígenes, andaluces, griegos o chinos se afanan en torno a los expertos en monedas que, dignamente provistos de su balanza reglamentaria, raspan un

dinar de Kirman, de Nisapur o de Sevilla, olisquean un *tanka* de Delhi, sopesan un dirham de Bujara o tuercen el gesto ante un pobre *nomisma* de Constantinopla recientemente devaluado.

El pórtico del *divan*, sede del gobierno y residencia oficial de Nizam el—Molk, no está lejos. Los pifanos de la *nawba* están encargados de tocar sus trompetas tres veces al día en honor del gran visir. A pesar de esos signos de pompa, todo el mundo puede entrar y hasta las más humildes viudas están autorizadas a aventurarse en el divan, la enorme sala de audiencia, para acercarse al hombre fuerte del Imperio y exponerle lágrimas y quejas. Es ahí solamente donde guardias y chambelanes rodean a Nizam, interrogan a los visitantes y alejan a los importunos.

Omar se detiene en el marco de la puerta. Escruta el recinto, sus paredes desnudas, su alfombra de triple espesor. Con un gesto vacilante saluda a la asistencia, una multitud abigarrada pero en actitud recogida, que rodea al visir, quien en este momento conversa con un oficial turco. Con el rabillo del ojo Nizam descubre al recién llegado; le saluda amistosamente y le indica que se siente. Cinco minutos más tarde se acerca a él, lo besa en las dos mejillas y luego en la frente.

—Te esperaba, sabía que llegarías a tiempo, tengo muchas cosas que decirte.

Entonces lo lleva de la mano a una pequeña habitación contigua donde podrán aislarse. Se sientan uno al lado del otro sobre un enorme almohadón de piel.

—Algunas de mis palabras te van a sorprender, pero espero que después de todo no lamentos haber respondido a mí invitación.

—¿Alguien ha lamentado jamás el haber cruzado la puerta de Nizam el—Molk?

—Ha sucedido —murmura el visir con una feroz sonrisa—. He elevado a hombres hasta las nubes y he hundido a otros. Cada día dispenso la vida y la muerte; Dios me juzgará según mis intenciones, es Él la fuente de todo poder. Él ha confiado la autoridad suprema al califa árabe, quien la ha cedido al sultán turco, que la ha colocado entre las manos del visir persa, tu servidor. De los otros exijo que respeten esta autoridad; a ti, *jawayé* Omar, te pido que respetes mi sueño. Sí, sobre esta inmensa comarca que me ha tocado en suerte, sueño con construir el Estado más poderoso, el más próspero, el más estable, el más civilizado del universo. Sueño con un Imperio donde cada provincia, cada ciudad sea administrada por un hombre justo temeroso de Dios, atento a las quejas del más débil de sus súbditos. Sueño con un Estado donde el lobo y el cordero beban juntos, con toda tranquilidad, el agua del mismo arroyo. Pero no me contento con sonar, construyo. Paséate mañana por los barrios de Ispahán, verás a regimientos de trabajadores que cavan y edifican, artesanos que se afanan. Por todas partes surgen hospicios, mezquitas, caravasares, ciudadelas, palacios del gobierno. Pronto cada ciudad importante tendrá una gran escuela que llevará mi nombre: «Medersa Nizamiyya.» La de Bagdad funciona ya; dibujé con mi propia mano el plano del lugar, establecí el programa de estudios, escogí los mejores maestros y concedí una beca a cada estudiante. Este Imperio, como puede ver, es una inmensa obra; se eleva, se desarrolla, prospera, es una época bendita la que el cielo nos concede vivir.

Entra un sirviente de cabellos claros. Se inclina sosteniendo sobre una bandeja de plata cincelada dos copas de jarabe de rosas helado. Omar toma una que despide vaho fresco; moja sus labios decidido a saborearla despacio. Nizam se toma la suya de un trago antes de proseguir:

—¡Tu presencia en este lugar me agrada y me honra!

Jayyám quiere responder a este asalto de amabilidad. Nizam se lo impide con un gesto:

—No creas que intento halagarte. Soy lo bastante poderoso como para tener que ensalzar solamente al Creador. Pero ya ves, *jawayé* Omar, por muy extenso que sea un imperio, por muy poblado, por muy opulento que sea, siempre hay penuria de hombres. En apariencia ¡cuántas criaturas, cuántas plazas hormigueantes, cuántas densas multitudes! Y sin embargo, a veces, cuando contemplo mi ejército desplegado, una mezquita a la hora de la oración, un bazar o incluso mi *divan*, me pregunto: si yo exigiera de estos hombres prudencia, sabiduría, lealtad, integridad, ¿no vería por cada cualidad que enumero dispersarse la masa y luego disolverse y desaparecer? Me siento solo, *jawayé* Omar, desesperadamente solo. Mi *divan* está desierto, mi palacio también. Esta ciudad y este Imperio están desiertos. Tengo siempre la impresión de tener que aplaudir con una mano en la espalda. No me contentaría

con hacer venir a hombres como tú desde Samarcanda; estaría dispuesto a ir yo mismo a pie hasta Samarcanda para traerlos.

Omar murmura un «¡No lo quiera Dios!» confuso, pero el visir no se detiene.

—Estos son mis sueños y mis preocupaciones. Podría hablarte de ellos durante días y noches, pero quisiera oírte. Tengo prisa por saber si este sueño te conmueve de alguna manera, si estás dispuesto a ocupar a mi lado el sitio que te corresponde.

—¡Tus proyectos me exaltan y tu confianza me honra!

—¿Qué exiges por colaborar conmigo? Dilo sin disimulos, como yo mismo te he hablado. Todo lo que desees lo obtendrás. No te muestres timorato, ¡no dejes pasar mi momento de loca prodigalidad!

Se ríe. Jayyám, consigue esbozar una pálida sonrisa en medio de su gran confusión.

—No deseo otra cosa que continuar mis modestos trabajos sin pasar necesidades. Tener lo suficiente para beber, comer, alojarme y vestirme. Mi codicia no va más allá.

—Para vivir te ofrezco una de las más hermosas casas de Ispahán. Yo mismo residí allí durante la construcción de este palacio. Será tuya con sus jardines, huertos, tapices, sirvientes y sirvientas. Para tus gastos te asigno una pensión de diez mil dinares sultaníes; mientras yo viva se te abonará al comienzo de cada año. ¿Es suficiente?

—Es más de lo que necesito, no sabría qué hacer con semejante suma.

Jayyám es sincero, pero Nizam se muestra irritado.

—¡Cuando hayas comprado todos los libros, llenado todas las jarras de vino y cubierto de joyas a todas tus amantes, distribuirás limosnas entre los menesterosos, financiarás la caravana de La Meca y construirás una mezquita con tu nombre!

Al comprender que su indiferencia y la modestia de sus exigencias han disgustado a su anfitrión, Omar se envalentona:

—Siempre he querido construir un observatorio con un gran sextante de piedra, un astrolabio y diversos instrumentos. Desearía medir la duración exacta del año solar.

—¡Concedido! Desde la semana próxima asignaré fondos a ese fin, elegirás el emplazamiento y tu observatorio se alzará dentro de pocos meses. Pero dime ¿no hay nada más que pudiera agradarte?

—Por Dios que ya no quiero nada más; tu generosidad me colma y me abruma.

—Entonces, quizá pueda yo a mi vez formular una petición.

—¡Después de lo que acabas de concederme, me sentiré feliz de demostrarte una ínfima parte de mi inmensa gratitud!

Nizam no se hace de rogar.

—Sé que eres discreto, poco inclinado a la palabra, prudente, justo, equitativo, capaz de discernir lo verdadero de lo falso en cualquier caso y digno de toda confianza. Querría poner entre tus manos el cargo más delicado de todos.

Omar espera lo peor y es efectivamente lo peor lo que le espera.

—Te nombro *Sahib—Jabar*.

—¿*Sahib—Jabar*, yo? ¿Jefe de los espías?

—Jefe de información del Imperio. No te apresures a responder; no se trata de espionar a las buenas personas, de introducirse en las casas de los creyentes, sino de velar por la tranquilidad de todos. En un Estado, el soberano debe conocer la menor exacción, la menor injusticia y reprimirla de manera ejemplar, sea quien fuere el culpable. ¿Cómo saber si ese cadí o ese gobernador de provincia se aprovecha de su función para enriquecerse a expensas de los humildes? ¡Por nuestros espías, puesto que las víctimas no siempre se atreven a quejarse!

—¡Si es que esos espías no se dejan comprar por los cadíes, los gobernantes o los emires! ¡Si no se convierten en sus cómplices!

—Tu cometido, el cometido del *Sabih—jabar* es, precisamente, encontrar hombres incorruptibles para encargarlos de esas misiones.

—Si esos hombres incorruptibles existen, ¿no sería más sencillo nombrarlos a ellos gobernadores o cadíes?

Observación ingenua, pero que para los oídos de Nizam parece una burla. Se impacienta y se levanta:

—No deseo argumentar. Ya te he dicho lo que te ofrezco y lo que espero de ti. Vete, reflexiona sobre mi proposición, sopesa con calma los pros y los contras y vuelve mañana con una respuesta.

XIII

Reflexionar, sopesar, evaluar, Jayyám se siente incapaz de ello ese día. Al salir del *divan* se interna en la callejuela más estrecha del bazar, serpentea a través de hombres y animales, avanza bajo las bóvedas de estuco, entre los montículos de especias. A cada paso la callejuela es un poco más oscura, la gente parece moverse cada vez más despacio, vociferar en murmullos; comerciantes y parroquianos son como actores disfrazados, bailarines sonámbulos. Omar va a ciegas, tan pronto hacia la izquierda como hacia la derecha, tiene miedo de caerse, de desmayarse. Súbitamente desemboca en una placita inundada de luz, verdadero calvero en la jungla. La crudeza del sol lo azota, se yergue y respira. ¿Qué le ocurre? Le han propuesto el paraíso encadenado al infierno. ¿Cómo decir sí? ¿Cómo decir no? ¿Con qué rostro volverá a presentarse ante el gran visir? ¿Con qué rostro abandona la ciudad?

A su derecha, la puerta de una taberna está entreabierta; la empuja, desciende algunos escalones enarenados y va a parar a una sala de techo bajo, mal iluminada. El suelo es de tierra húmeda, los bancos inestables, las mesas descoloridas. Pide un vino seco de Qom. Se lo traen en una jarra desportillada. Lo sorbe despacio, con los ojos cerrados.

Pasa el tiempo bendito de mi juventud,

para olvidar me escancio vino.

¿Es amargo? Es así como me agrada.

Esta amargura es el sabor de mi vida.

Pero de pronto surge una idea. Sin duda necesitaba bajar hasta el fondo de esa sórdida taberna para encontrarla; le esperaba ahí, en esa mesa, al tercer trago de la cuarta copa. Paga la cuenta, deja una generosa propina y sale de nuevo a la superficie. La noche ha caído, la plaza está ya desierta, cada callejuela del bazar está cerrada por un pesado portón protector. Omar tiene que dar un rodeo para llegar a su caravasar.

Cuando entra de puntillas en su habitación, Hassan duerme ya, su rostro es serio y torturado. Omar lo mira durante largo rato. Mil preguntas recorren su mente, pero las aparta sin intentar responderlas. Su decisión está tomada irrevocablemente.

Una leyenda corre por los libros. Habla de tres amigos, tres persas que marcaron, cada uno a su manera, los comienzos de nuestro milenio: Omar Jayyám que observó el mundo, Nizam el—Molk que lo gobernó y Hassan Sabbah que lo aterrorizó. Dicen que los tres estudiaron juntos en Nisapur, lo que no puede ser verdad porque Nizam tenía treinta años más que Omar y Hassan hizo sus estudios en Rayy, quizá un poco también en su ciudad natal de Qom, pero desde luego no en Nisapur.

¿Está la verdad en el Manuscrito de Samarcanda? La crónica escrita en los márgenes afirma que los tres hombres se encontraron por primera vez en Ispahán, en el *divan* del gran visir, por iniciativa de Jayyám, ciego aprendiz del destino.

Nizam se había aislado en la salita del palacio rodeado de algunos papeles. Desde el momento en que vio el rostro de Omar en el marco de la puerta, comprendió que la respuesta sería negativa.

—Así pues, mis proyectos te dejan indiferente.

Jayyám contesta, contrito pero firme:

—Tus sueños son grandiosos y deseo que se realicen, pero mi contribución no puede ser la que me has propuesto. Entre los secretos y aquellos que los desvelan, estoy del lado de los secretos. La primera vez que un agente venga a contarme una conversación, le impondré silencio declarándole que esos asuntos no nos conciernen ni a él ni a mí y le prohibiré entrar en mi casa. Mi curiosidad por la gente y las cosas se expresa de otra manera.

—Respeto tu decisión; no creo inútil para el Imperio que unos hombres se consagren totalmente a la ciencia. Por supuesto, todo lo que te he prometido, el oro anual, la casa, el observatorio, te son debidos, nunca quito lo que he dado por propia voluntad... Hubiera querido asociarte más íntimamente a mi acción, pero me consuelo diciéndome que los cronistas escribirán para la posteridad: En el tiempo de Nizam el—Molk vivió Omar Jayyám. Se

le honraba, estaba protegido de las inclemencias y podía decir no al gran visir sin arriesgarse a la desgracia.

—No sé si podré algún día manifestar toda la gratitud que merece tu magnanimidad.

Omar se interrumpe y duda antes de continuar:

—Quizá pueda hacer olvidar mi negativa presentándote a un hombre que acabo de conocer. Tiene una gran inteligencia, su sabiduría es inmensa y su habilidad desarma. Me parece totalmente indicado para la función de *Sabih—jabar* y estoy seguro de que tu proposición le encantará. Me ha confesado que había venido de Rayy a Ispahán con el firme propósito de que lo contrataras para trabajar a tu lado.

—Un ambicioso —murmura Nizam entre dientes—. Ese es mi destino. Cuando encuentro un hombre digno de confianza, le falta ambición y desconfía de las cosas del poder; y cuando un hombre me parece dispuesto a saltar sobre la primera función que le ofrezco, su celo me inquieta.

Parece cansado y resignado.

—¿Por qué nombre se conoce a ese hombre?

—Hassan, hijo de Alí Sabbah. Sin embargo, tengo la obligación de prevenirte: ha nacido en Qom.

—¿Un chií imaní? Eso no me molesta, aunque yo sea hostil a todas las herejías y a todas las desviaciones. Algunos de mis mejores colaboradores pertenecen a la secta de Alí, mis mejores soldados son armenios, mis tesoreros son judíos y no les niego por ello mi confianza y mi protección. Los únicos de los que desconfío son los ismaelíes. ¡Supongo que tu amigo no pertenecerá a esa secta!

—Lo ignoro. Pero Hassan me ha acompañado hasta aquí y espera afuera. Con tu permiso voy a llamarle y podrás interrogarle.

Omar desaparece algunos segundos y vuelve acompañado de su amigo, que no parece en modo alguno intimidado. Sin embargo, Jayyám adivina, bajo la barba, dos músculos que se tensan y tiemblan.

—Te presento a Hassan Sabbah. Nunca han cabido tantos conocimientos en un turbante tan apretado.

Nizam sonrío.

—¡Así que estoy doctamente rodeado! ¿No dicen que el príncipe que frecuenta a los sabios es el mejor de los príncipes?

Es Hassan quien contesta:

—También dicen que el sabio que frecuenta a los príncipes es el peor de los sabios.

Una gran carcajada franca pero breve, le une. Ya Nizam frunce las cejas; desea dejar de lado lo más rápidamente posible el inevitable proverbio que introduce cualquier palabreo persa para exponer a Hassan lo que espera de él. Ahora bien, curiosamente, desde las primeras palabras se reconocen cómplices y Omar no tiene más que eclipsarse.

De este modo Hassan Sabbah se convierte muy pronto en el indispensable colaborador del gran visir. Consigue establecer una tupida red de agentes, falsos mercaderes, falsos derviches, falsos peregrinos que recorren el Imperio selyuquí, con lo que ningún palacio, ninguna casa, ni lo más profundo de cualquier bazar están fuera del alcance de sus oídos. Conspiraciones, rumores, maledicencias, de todo se informa, todo sale a la luz y se desbarata de una manera discreta o ejemplar.

En los primeros tiempos Nizam está plenamente satisfecho, la temible máquina está en sus manos. Se siente orgulloso ante el sultán Malikxah, que se muestra reticente. ¿No le había recomendado su padre, Alp Arslan, que se opusiera a esa forma de política? «Cuando hayas colocado espías en todas partes» le había prevenido, «tus verdaderos amigos no desconfiarán de ellos, puesto que se saben fieles, mientras que los traidores estarán sobre aviso. Querrán sobornar a los informadores. Poco a poco empezará a recibir informes desfavorables para tus verdaderos amigos y favorables para tus enemigos. Ahora bien, las palabras, buenas o malas, son como flechas; cuando se disparan varias siempre hay alguna que alcanza el blanco. Entonces tu corazón se cerrará a tus amigos, los traidores ocuparán su sitio a tu lado y ¿qué quedará de tu poder?

Habrá que esperar a que una envenenadora sea desenmascarada en su propio har n para que el sultán deje de dudar de la utilidad del jefe de los espías; de la noche a la mañana lo convierte en uno de sus íntimos, pero entonces Nizam se siente celoso de la amistad que se establece entre Hassan y Malikxah. Los dos hombres son jóvenes y bromean juntos a expensas del viejo visir, sobre todo los viernes, día del *xolen*, el banquete tradicional que el sultán ofrece a sus allegados.

La primera parte de la fiesta es muy oficial, muy, comedida. Nizam se sienta a la derecha de Malikxah. Sabios y eruditos los rodean, se entablan discusiones sobre los temas más variados, desde comparar los méritos de las espadas indias o yemeníes hasta diversas lecturas de Aristóteles. El sultán se apasiona un momento por ese género de debates, luego se distrae, su mirada ya no se fija. El visir comprende que es hora de marcharse y los dignos invitados lo siguen. Al instante los m sicos y bailarines los reemplazan, los cántaros de vino se balancean y la borrachera, tranquila o enloquecida, según el humor del príncipe, se prolonga hasta la mañana. Entre dos acordes de rabel o de la ud, o al son del pandero, los cantores improvisan sobre su tema favorito: Nizam el—Molk. Incapaz de prescindir de su poderoso visir, el sultán se venga con la risa. Basta ver con qué frenesí aplaude, para adivinar que un día llegar  a pegar a su «padre».

Hassan sabe alimentar en el soberano cualquier signo de resentimiento contra su visir.  De qué se vanagloria?  De su prudencia, de su sabiduría? Hassan, hábilmente, hace alarde tanto de una como de otra.  De su capacidad para defender el trono y el Imperio? Hassan ha dado pruebas en poco tiempo de una competencia equivalente.  De su fidelidad?  Hay algo más sencillo que fingir lealtad? Nunca parece tan verdadera como en las bocas mentirosas.

Más que nada, Hassan sabe cultivar en Malikxali su proverbial avaricia. Le habla constantemente de los gastos del visir, le señala sus nuevos vestidos y los de sus parientes. Nizam ama el poder y la pompa; Hassan sólo ama el poder. En eso sabe ser un asceta de la dominación.

Cuando siente a Malikxah totalmente entregado, preparado para dar la estocada a su eminencia gris, Hassan crea el incidente. La escena tiene lugar en la sala del trono, un sábado. El sultán se ha despertado a mediodía con un molesto dolor de cabeza. Está de un humor insoportable y el hecho de enterarse de que se han distribuido sesenta mil dinares de oro entre los soldados de la guardia armenia del visir le exaspera. Nadie duda de que la información ha llegado por el conducto de Hassan y su organización. Nizam explica pacientemente que para prevenir cualquier veleidad de rebeldía hay que alimentar a las tropas, incluso engordarlas, que para dominar cualquier sublevación se verían obligados a gastar diez veces más. Pero a fuerza de tirar el oro a espuestas, replica Malikxah, terminaremos por no poder pagar la soldada y entonces empezarn las verdaderas rebeliones. Un buen gobierno  no debe guardar su oro para los momentos difíciles?

Uno de los doce hijos de Nizam, que asiste a la escena, cree oportuno intervenir:

—En los primeros tiempos del Islam, cuando acusaban al califa Omar de gastar todo el oro acumulado durante las conquistas, éste pregunt  a sus detractores: «Ese oro  no es la bondad del Altísimo la que nos lo ha prodigado? Si pens is que Dios es incapaz de prodigar más, no gast is nada. En cuanto a mí, tengo fe en la infinita generosidad del Creador y no conservará en mi cofre ni una sola moneda que pueda gastar para el bien de los musulmanes.»

Pero Malikxah no tiene intención de seguir ese ejemplo; abriga una idea de la que Hassan le ha convencido y ordena:

—Exijo que se me presente una relación detallada de todo lo que entra en mi tesoro y de la manera precisa de cómo se gasta.  Cu ndo podr  tenerla?

Nizam parece agobiado.

—Puedo proporcionar esa relación, pero necesitará tiempo.

— Cu nto tiempo, *jawaye*?

No ha dicho *ata*, sino *jawayé*, apelativo muy respetuoso tan distante en ese contexto que se parece mucho a la desaprobación, preludio de la desgracia.

Desamparado, Nizam explica:

—Hay que enviar un emisario a cada provincia, efectuar largos cálculos. Por la gracia de Dios el Imperio es inmenso y será difícil acabar ese informe en menos de dos años.

Pero Hassan se acerca con aire solemne.

—Yo prometo a nuestro señor que si me proporciona los medios, si ordena que todos los papeles del *divan* me sean entregados, le presentaré un informe completo de aquí a cuarenta días.

El visir quiere responder, pero ya Malikxah se levanta. Se dirige a grandes zancadas hacia la salida y lanza:

—Muy bien, Hassan se instalará en el *divan*. Todo el secretariado estará a sus órdenes y nadie entrará sin mi autorización. Y dentro de cuarenta días decidiré.

XIV

Inmediatamente, todo el Imperio se sobresalta, la administración se paraliza, se informa de movimientos de tropas, se habla de guerra civil. Nizam, dicen, ha distribuido armas por ciertos barrios de Ispahán. En el bazar, se esconde la mercancía. Los portones de los principales zocos, principalmente los de los joyeros, se cierran al comienzo de la tarde. En los alrededores del *divan* la tensión es extrema. El gran visir ha tenido que dejar sus despachos a Hassan, pero su residencia linda con ellos, sólo un jardincillo la separa de lo que se ha convertido en el cuartel general de su rival. Ahora bien, ese jardín se ha transformado en un verdadero acantonamiento donde la guardia personal de Nizam patrulla con nerviosismo, armada hasta los dientes.

Ningún hombre se siente tan contrariado como Omar. Desearía intervenir para calmar los ánimos, encontrar un arreglo entre los dos adversarios. Pero aunque Nizam lo sigue recibiendo, no pierde ni una ocasión de reprocharle «el regalo envenenado» que le hizo. En cuanto a Hassan, vive constantemente encerrado con sus papeles, ocupado en preparar el informe que debe presentar al sultán. Sólo por la noche consiente en tenderse sobre la gran alfombra del *divan*, rodeado por un puñado de fieles.

Sin embargo, tres días antes de la fecha fatídica, Jayyám quiere intentar una última mediación. Acude ante Hassan e insiste en verle, pero le piden que vuelva una hora más tarde, ya que el *sahibjabar* está en una reunión con sus tesoreros. Omar decide, pues, dar un pequeño paseo. Acaba de cruzar el pórtico cuando un eunuco del sultán vestido totalmente de rojo se dirige a él:

—¡Si *jawayé* Omar se digna seguirme, le esperan!

Después de que el hombre le condujera a través de un laberinto de túneles y escaleras, Jayyám llega a un jardín cuya existencia no sospechaba, donde se pavonean en libertad los pavos reales, los albaricoques florecen y corre una fuente cantarina. Detrás de la fuente hay una puerta baja con incrustaciones de nácar que el eunuco abre invitando a Omar a entrar.

Es una gran habitación con las paredes tapizadas de brocado, en cuyo extremo hay una especie de nicho abovedado protegido por una colgadura que se mueve indicando una presencia. En cuanto Jayyám entra, la puerta se cierra con un ruido amortiguado. Un minuto de espera aún, de perplejidad, y luego se oye una voz de mujer. Omar no la reconoce, aunque cree identificar algún dialecto turco. Pero la voz es baja, la elocución impetuosa, sólo algunas palabras emergen como las rocas de un torrente. El sentido del discurso se le escapa; desearía interrumpirlo, pedirle que hable en persa, en árabe, o si no más despacio, pero no resulta fácil dirigirse a una mujer a través de una colgadura y se resigna a esperar a que acabe. Súbitamente otra voz sucede a la anterior.

—Mi señora Terken Jatún, esposa del sultán, te agradece que hayas venido a esta cita.

Esta vez la lengua es persa y Jayyám reconocería la voz en un bazar a la hora del juicio. Va a gritar, pero su grito se convierte súbitamente en un murmullo alegre y lastimero:

—¡Yahán! Ésta separa el borde de la colgadura, se levanta el velo y sonríe, pero con un gesto le impide acercarse.

—La sultana —dice—, está preocupada por la lucha que se ha entablado en el seno del *divan*. El malestar se propaga y se derramará sangre. El sultán mismo está muy afectado, se ha vuelto irritable, sus gritos de cólera resuenan en el harén. Esta situación no puede prolongarse. La sultana sabe que estás haciendo lo imposible por reconciliar a los dos protagonistas, desea que lo consigas, pero eso le parece lejano.

Jayyám asiente con un movimiento de cabeza resignado. Yahán prosigue:

— Terken Jatún estima que, al punto al que han llegado las cosas, sería preferible alejar a los dos adversarios y confiar el visirato a un hombre de bien, capaz de calmar los ánimos. A su esposo nuestro señor no le convienen, según ella, esos intrigantes que le rodean; sólo necesita un hombre prudente, desprovisto de bajas ambiciones, un hombre de buen juicio y excelente consejo. El sultán te tiene en alta estima y ella querría sugerirle que te nombre gran visir. Tu nombramiento aliviaría a toda la corte. Sin embargo, antes de exponer semejante sugestión quiere asegurarse de tu aprobación.

Omar tarda en comprender lo que se le pide, pero luego exclama:

—¡Por Dios, Yahán! ¿Buscas mi perdición? ¿Me ves mandando los ejércitos del Imperio, decapitando a un emir, reprimiendo una rebelión de esclavos? ¡Déjame con mis estrellas!

—Escucha, Omar. Sé que no deseas dirigir los asuntos, tu cometido será, simplemente, estar ahí. ¡Otros tomarán las decisiones y las ejecutarán!

—Dicho de otro modo, tú serás el verdadero visir y tu señora el verdadero sultán. Es eso lo que buscas, ¿no?

—¿Y en qué te molestaría? Tendrías los honores sin tener las preocupaciones. ¿Qué mejor cosa podrías desear?

Terken Jatún interviene para matizar las palabras. Yahán traduce:

—Mi señora dice: el hecho de que hombres como tú se aparten de la política es la causa de que estemos tan mal gobernados. Ella estima que tú tienes todas las cualidades necesarias para ser un excelente visir.

—Dile que las cualidades que se necesitan para gobernar no son las que se necesitan para acceder al poder. Para dirigir bien los asuntos hay que olvidarse de uno mismo, no interesarse más que por los demás, sobre todo por los más desgraciados; para llegar al poder hay que ser el más ambicioso de los hombres, no pensar más que en uno mismo, estar dispuesto a aplastar a los amigos más íntimos, ¡y yo no aplastaré a nadie!

Por el momento, los proyectos de las dos mujeres no pasarán de ahí. Omar se negará a doblegarse a sus exigencias. Por otra parte, no habría servido de nada ya que el enfrentamiento entre Nizam y Hassan se había vuelto ineluctable.

Ese día la sala de audiencia es una arena en calma; las quince personas que allí se encuentran se contentan con observar en silencio. El mismo Malikxah, de ordinario tan exuberante, conversa a media voz con su chambelán, retorciéndose, es su manía, la punta del bigote. De vez en cuando lanza una mirada furtiva hacia los dos gladiadores. Hassan está de pie, vestido negro arrugado, turbante negro, barba más larga que de costumbre, rostro demacrado, ojos ardientes dispuestos a cruzarse con los de Nizam, pero rojos por el cansancio y la vigilia. Detrás de él un secretario sostiene un fajo de papeles sujetos con una ancha banda de cordobán.

Privilegio de los años, el gran visir está sentado, incluso desplomado. Su vestido es gris, su barba cana, su frente apergaminada; sólo su mirada parece joven y alerta, incluso chispeante. Dos de sus hijos lo acompañan, lanzando a su alrededor miradas de odio o de reto.

Muy cerca del sultán está Omar, tan sombrío como abrumado. Formula en su mente palabras conciliadoras que sin duda no tendrá jamás la ocasión de pronunciar.

—Nos prometieron para hoy un informe detallado sobre el estado de nuestro tesoro, ¿está preparado? —pregunta Mahkxah.

Hassan se inclina.

—He cumplido mi promesa. El informe está aquí.

Se vuelve hacia su secretario, que se le acerca solícito, deshace el nudo del cordón de cuero y le tiende el legajo. Sabbah comienza su lectura. Según la costumbre, las primeras páginas sólo son agradecimientos, piadosos ruegos, citas cultas, páginas elocuentes bien construidas, pero el auditorio espera más. Y llega:

—He podido calcular con precisión —declara—, el beneficio que ha producido al tesoro del sultán la percepción de cada provincia, de cada ciudad importante. Igualmente he evaluado el botín ganado al enemigo y ahora sé de qué manera se ha gastado ese oro...

Carraspea ceremoniosamente, tiende a su secretario la página que acaba de leer y se acerca la siguiente a los ojos. Sus labios se entreabren y luego se cierran. Se produce un silencio. Aparta la hoja, mira la siguiente y la aparta también con un gesto de rabia. El silencio se prolonga.

El sultán se agita, se impacienta.

—¿Qué pasa? Te escuchamos.

—Señor, no encuentro la continuación. Había arreglado mis papeles por orden, pero la hoja que busco ha debido de caerse, ya la encontraré.

Lastimosamente sigue rebuscando. Nizam aprovecha para intervenir, con un tono que quiere ser magnánimo:

—A todos nos puede suceder perder un papel, no se le puede reprochar a nuestro joven amigo. En lugar de esperar así, propongo pasar a la continuación del informe.

—Tienes razón, *ata*, continuemos.

Todos han observado que el sultán ha llamado de nuevo a su visir «padre». ¿Es señal de un nuevo período de favor? Mientras Hassan nada en la más lamentable confusión, el visir aprovecha su ventaja:

—Olvidemos esa página perdida. En lugar de hacer esperar al sultán, sugiero que nuestro hermano Hassan nos presente las cifras relativas a algunas ciudades o provincias importantes.

El sultán se apresura a asentir. Nizam prosigue:

—Tomemos, por ejemplo, la ciudad de Nisapur, patria de Omar Jayyám aquí presente. ¿Podríamos saber cuánto ha producido al tesoro esa ciudad y su provincia?

—Enseguida —responde Hassan, que trata de salir airoso de la situación.

Con mano experta busca en el legajo y quiere extraer de él la página treinta y cuatro, donde sabe que ha inscrito todo lo referente a Nisapur. Inútilmente.

—La página no está aquí —dice—, ha desaparecido... me la han robado... han revuelto mis papeles...

Nizam se levanta, se acerca a Malikxah y le cuchichea al oído:

—Si nuestro señor no tiene confianza en sus servidores más competentes, aquellos que saben la dificultad de las cosas y disciernen lo posible de lo imposible, no dejará de verse insultado y engañado así, colgado de los labios de un loco, de un charlatán o de un ignorante.

Malikxah no duda un instante de que acaba de ser la víctima de una genial maquinación. Como cuentan los cronistas, Nizam el—Molk había conseguido sobornar al secretario de Hassan, ordenándole que escamoteara algunas páginas y que cambiara de sitio otras, reduciendo a la nada el paciente trabajo efectuado por su rival. Por más que este último denuncie una conspiración, el tumulto ahoga su voz y el sultán, decepcionado por el engaño, pero más aún por comprobar que su tentativa de sacudirse la tutela del visir ha fracasado, echa toda la culpa a Hassan. Después de ordenar a los guardias que lo prendan, pronuncia acto seguido su sentencia de muerte.

Por primera vez, Omar toma la palabra:

—Que nuestro señor sea clemente. Quizá Hassan Sabbah haya cometido errores, quizá haya pecado por exceso de celo o exceso de entusiasmo y por esos extravíos hay que despedirle, pero no ha sido culpable de ninguna falta grave contra tu persona.

—¡Entonces que lo dejen ciego! Traed la galena, avivad el fuego.

Hassan permanece mudo y es Omar el que interviene de nuevo. No puede permitir que maten o dejen ciego a un hombre que él mismo ha recomendado.

—Señor, suplica, no inflijas semejante castigo a un hombre joven que sólo podría consolarse de su desgracia con la lectura y la escritura.

Entonces Malikxah dice:

—Por ti, *jawayé* Omar, el más sabio, el más puro de los hombres, acepto cambiar una vez más mi decisión. Por lo tanto, condeno a Hassan Sabbah al destierro. Se exiliará en una lejana región hasta el fin de su vida. Jamás podrá pisar de nuevo la tierra del Imperio.

Pero el hombre de Qom volverá para ejecutar una venganza ejemplar.

Libro segundo
EL PARAISO DE LOS ASESINOS

El paraíso y el infierno están en ti.

Omar Jayyám

XV

Han pasado siete años, siete años tan fastos para Jayyám como para el Imperio, los últimos años de paz.

Una mesa preparada bajo un emparrado, una garrafa de cuello largo para el mejor vino blanco de Shiraz, con el punto justo de almizcle, y a su alrededor un festín que se manifiesta en cien pequeñas escudillas; éste es el ritual de un atardecer de junio en la terraza de Omar. Empezar por lo más ligero, recomienda éste, primero el vino, las frutas, luego los platos compuestos, arroz con agracejos y membrillos rellenos.

Un viento sutil llega de los montes Amarillos a través de los huertos en flor. Yahán coge un laúd, puntea una cuerda, luego otra. La música, al derramarse lentamente, acompaña al viento. Omar levanta su copa y aspira su olor profundamente. Yahán le observa. Escoge de la mesa la azufaifa más hermosa, la más roja, la que tiene la piel más lisa y se la ofrece a su hombre, lo que en el lenguaje de las frutas significa «un beso, enseguida». Omar se inclina hacia ella, sus labios se rozan, se huyen, vuelven a rozarse, se separan y se unen. Sus dedos se entrelazan, llega una sirvienta, se separan sin prisa y cogen cada uno su copa. Yahán sonríe y murmura:

—Si tuviera siete vidas, pasaría una viniendo cada noche a esta terraza para tenderme lánguidamente sobre este diván, bebería este vino y hundiría los dedos en esta escudilla; la felicidad se embosca en la monotonía.

Omar contesta:

—Una vida, o tres o siete, todas las pasaría como estoy pasando ésta, tendido en esta terraza con mi mano en tus cabellos.

Juntos y diferentes. Amantes desde hace nueve años, casados desde hace cuatro, sus sueños no viven siempre bajo el mismo techo. Yahán devora el tiempo, Omar lo bebe a sorbos. Ella quiere dominar el mundo; la sultana le presta oídos, y a ésta le presta oídos el sultán. Durante el día intriga en el harén real, sorprende los mensajes que van y vienen, los rumores de alcoba, las promesas de joyas, el tufo a veneno. Se excita, se agita, se exalta. Por la noche se abandona a la felicidad de ser amada. Para Omar la vida es diferente, es el placer de la ciencia, ciencia del placer. Se levanta tarde, bebe en ayunas la tradicional «copa de la mañana» y luego se instala en su mesa de trabajo, escribe, calcula, traza líneas y figuras, escribe de nuevo, transcribe algún poema en su libro secreto.

Por la noche acude a su observatorio, construido sobre un montículo cercano a su casa. Sólo tiene que atravesar un jardín para encontrarse en medio de los instrumentos que ama y que acaricia, que engrasa y lustra con sus propias manos. Con frecuencia lo acompaña algún astrónomo de paso. Los tres primeros años de su estancia los dedicó al observatorio de Ispahán, supervisó su construcción y la fabricación del material y, sobre todo, elaboró el nuevo calendario, inaugurado con pompa el primer día de Favardín del 458, 21 de marzo de 1079. ¿Qué persa podría olvidar que ese año, en virtud de los cálculos de Jayyám, la sacrosanta fiesta del Nawruz fue desplazada, que el nuevo año que debía caer en mitad del signo de Piscis se retrasó hasta el primer sol de Aries, que fue después de esta reforma cuando los meses persas se confundieron con los signos de los astros, convirtiéndose así Favardín en el mes de Aries y Esfand en el de Piscis? En junio de 1081 los habitantes de Ispahán y de todo el Imperio viven, pues, el tercer año de la nueva era. Esta lleva oficialmente el nombre del sultán, pero en la calle e incluso en algunos documentos se menciona solamente «tal año de la era de Omar Jayyám». ¿Qué hombre ha conocido en vida semejante honor? Esto nos demuestra hasta qué punto Jayyám, en ese momento de treinta y tres años de edad, es un personaje famoso y respetado, sin duda incluso temido, por aquellos que ignoran su profunda aversión por la violencia y la dominación.

¿Qué le une, a pesar de todo, a Yahán? Un detalle, pero un gigantesco detalle: ni uno ni otro quieren tener hijos. Yahán ha decidido, de una vez por todas, no entorpecer su vida con la prole. Jayyám ha hecho suya la máxima de Abul—Ala, un poeta sitio a quien venera: «Yo sufro por culpa de aquel que me engendró, nadie sufrirá por mi culpa.»

No nos equivoquemos con respecto a esta actitud. Jayyám no tiene nada de misántropo. ¿No fue él quien escribió: «Cuando el dolor te abrume, cuando llegues a desear que una noche eterna caiga sobre el mundo, piensa en el verdor que resplandece después de la lluvia, piensa en el despertar de un niño»? Si se niega a procrear es porque la existencia le parece demasiado pesada de soportar. «Feliz aquel que jamás vino al mundo», no cesa de clamar.

Ya lo vemos; las razones que uno y otro tienen para negarse a dar la vida no son idénticas. Ella actúa por exceso de ambición, él por exceso de generosidad. Pero encontrarse, hombre y mujer, estrechamente unidos por una actitud que condenan todos los hombres y mujeres de Persia, dejar que murmuren que uno u otro es estéril sin ni siquiera dignarse responder, es algo que en este tiempo teje una fuerte complicidad.

Una complicidad que tiene sus límites, sin embargo. Yahán recibe de Omar la valiosa opinión de un hombre sin codicia, pero rara vez se preocupa de informarle de sus actividades. Sabe que las desaprobaba. ¿Para qué suscitar interminables disputas? Verdad es que Jayyám no está nunca muy lejos de la corte. Aunque evita incrustarse en ella, aunque huye de todas las intrigas y las desprecia, principalmente aquellas que enfrentan desde siempre a los médicos y a los astrólogos del palacio, no deja de tener unas obligaciones de las que le es imposible librarse: asistir a veces al banquete de los viernes, examinar a algún emir enfermo y, sobre todo, proporcionar a Malikxah su *taqwim*, su horóscopo mensual, ya que se supone que el sultán, como cada hijo de vecino, tiene que consultarlo para saber cada día lo que debe o no debe hacer. «El 5 un astro te acecha, no saldrás del palacio. El 7 ni sangría ni pócima de ninguna clase. El 10 te enrollarás el turbante al revés. El 13 no te acercarás a ninguna de tus mujeres...». Jamás se le ocurriría al sultán transgredir esas directrices. Tampoco a Nizam, que recibe su *taqwim* de la mano de Omar antes del final del mes, lo lee ávidamente y lo cumple al pie de la letra. Poco a poco, otros personajes han ido adquiriendo ese privilegio: el chambelán, el gran cadí de Ispahán, los tesoreros, algunos emires del ejército, algunos ricos mercaderes, lo que termina por representar para Omar un trabajo considerable que le ocupa las diez últimas noches de cada mes. ¡La gente es tan aficionada a las predicciones! Los más afortunados consultan a Omar, los demás se buscan un astrólogo menos prestigioso, a no ser que por cada decisión que deban tomar se dirijan a un hombre de religión que, ante ellos y cerrando los ojos, abra al azar el Corán, ponga el dedo sobre un versículo y se lo lea, con el fin de que ellos mismos descubran en él la respuesta a su problema. Algunas mujeres pobres, apremiadas a tomar una decisión, van de prisa y corriendo a la plaza pública y la primera frase que oyen la interpretan como una directriz de la Providencia.

—Terken Jatún me ha preguntado hoy si estaba preparado su *taqwim* para el mes de Tir —dice esa tarde Yahán.

Omar dirige su mirada hacia la lejanía:

—Se lo voy a preparar por la noche. El cielo está límpido, ninguna estrella se esconde, ya es hora de que vaya al observatorio.

Se disponía a levantarse sin prisa, cuando una sirvienta viene a anunciar:

—Un derviche está a la puerta y pide hospitalidad para esta noche.

—Hazle entrar —dice Omar—. Ofrécele la pequeña habitación bajo la escalera y dile que se una a nosotros para la cena.

Yahán se tapa el rostro con el fin de prepararse para la entrada del extranjero, pero la sirvienta vuelve sola.

—Prefiere permanecer en su cuarto rezando; me ha dado este mensaje.

Omar lo lee, palidece y se levanta como un autómatas. Yahán se inquieta:

—¿Quién es ese hombre?

—Ahora vuelvo.

Rompiendo el mensaje en mil pedazos, se dirige a grandes zancadas hacia la pequeña habitación cuya puerta cierra tras él. Un instante de espera, de incredulidad. Un abrazo seguido de un reproche:

—¿Qué estás haciendo en Ispahán? Todos los agentes de Nizam el—Molk te buscan.

—Vengo a convertirme.

Omar lo mira de hito en hito. Quiere asegurarse de que el otro está aún en su sano juicio, pero Hassan se ríe con esa misma risa sigilosa que Jayyám conoció en el caravasar de Qaxan.

—Tranquilízate, tú eres la última persona a la que pensaría convertir, pero necesito un refugio. ¿Qué mejor protector que Omar Jayyám, comensal del sultán, amigo del gran visir?

—Sienten más odio hacia ti que amistad por mí. Eres bienvenido bajo mi techo, pero no creas ni un instante que mis relaciones te salvarían si se sospechara tu presencia.

—Mañana estaré lejos.

Omar se muestra desconfiado:

—¿Has vuelto para vengarte?

Pero el otro reacciona como si acabaran de agraviar su dignidad.

—No intento vengar a mi miserable persona. Deseo destruir el poderío turco.

Omar observa a su amigo, que ha cambiado su turbante negro por otro blanco pero impregnado de arena; sus ropas son de lana grosera y raída.

—¡Me pareces tan seguro de ti mismo! Yo no veo ante mí más que un hombre proscrito, acorralado, que se esconde de casa en casa, con ese fardo y ese turbante por todo equipo, ¡y pretendes competir con un Imperio que se extiende por todo el Oriente desde Damasco a Herat!

—Tú hablas de lo que es, yo hablo de lo que será. Pronto se yerguerá frente al Imperio de los selyuquíes la Nueva Predicación, minuciosamente organizada, poderosa y temible, que hará temblar al sultán y a los visires. No hace tanto tiempo, cuando tú y yo nacimos, Ispahán pertenecía a una dinastía persa y chii que imponía su ley al califa de Bagdad. Hoy, los persas no son más que los servidores de los turcos y tu amigo Nizam es el más vil servidor de esos intrusos. ¿Cómo puedes afirmar que lo que ayer era verdad es impensable para mañana?

—Los tiempos han cambiado, Hassan. Los turcos poseen la fuerza y los persas han sido vencidos. Unos, como Nizam, buscan un compromiso con los vencedores; otros, como yo, se refugian en los libros.

—Y hay otros, además, que luchan. Hoy no son más que un puñado, mañana serán miles; un ejército numeroso, decidido, invencible. Yo soy el apóstol de la Nueva Predicación, recorreré el país sin descanso, usaré tanto la persuasión como la fuerza y con la ayuda del Altísimo derribaré el poder corrompido. Te lo digo a ti, Omar, que me salvaste un día la vida: el mundo asistirá pronto a unos acontecimientos cuyo sentido poca gente comprenderá. Tú comprenderás, sabrás lo que está pasando, sabrás quién sacude esta tierra y cómo va a terminar esa vorágine.

—No quiero poner en duda tus convicciones ni tu entusiasmo, pero recuerdo haberte visto, en la corte de Malikxah, disputar a Nizam el—Molk los favores del sultán turco.

—Desengáñate, no soy el innoble personaje que sugieres.

—Yo no sugiero nada, únicamente señalo algunas disonancias.

—Sólo se deben a tu desconocimiento de mi pasado. No puedo reprocharte que juzgues por las apariencias de las cosas, pero me mirarás de otro modo cuando te haya contado mi verdadera historia. Vengo de una familia chii tradicional. Siempre me enseñaron que los ismaelíes no eran más que herejes. Hasta el momento en que conocí a un misionero que después de discutir durante mucho tiempo conmigo hizo vacilar mi fe. Cuando, por miedo a rendirme, decidí no volver a dirigirle la palabra, caí enfermo, tan gravemente que creí que había llegado mi última hora. Vi en ello un signo, un signo del Altísimo, e hice la promesa, si sobrevivía, de convertirme a la fe de los ismaelíes. Me restablecí de la noche a la mañana. En mi familia nadie podía creer en una curación tan súbita. Por supuesto, cumplí mi palabra, presté juramento y al cabo de dos años se me confió una misión: acudir junto a Nizam el—Molk, insinuarme en su *divan* con el fin de proteger a nuestros hermanos ismaelíes en dificultades. Me marché, pues, de Rayy hacia Ispahán y en el camino me detuve en un caravasar de Qaxan. Una vez solo en mi pequeña habitación, me estaba preguntando de qué forma podría introducirme en el círculo del visir, cuando se abrió la puerta. ¿Quién entró? Jayyám, el gran Jayyám que el cielo me había enviado a ese lugar para facilitar mi misión.

Omar está estupefacto.

—¡Y pensar que Nizam el—Molk me preguntó si eras ismaelí y yo le respondí que no lo creía!

—No mentiste, tú no lo sabías. Ahora lo sabes.

Se interrumpe.

—¿No me habías ofrecido algo de comer?

Omar abre la puerta, llama a la sirvienta y le pide que traiga algunos platos. Y luego reanuda su interrogatorio:

—¿Y hace siete años que estás vagando así, vestido de sufí?

—He vagado mucho. Cuando abandoné Ispahán fui perseguido por los agentes de Nizam, que querían matarme. Pude despistarlos en Qom donde unos amigos me ocultaron. Y luego reanudé el camino hasta Rayy, donde conocí a un ismaelí que me recomendó que fuera a Egipto, que acudiera a la escuela de los misioneros que él mismo había frecuentado. Di un rodeo por Azerbeiyán antes de volver a bajar a Damasco. Tenía intención de tomar la ruta del interior hacia El Cairo. Los turcos y los magrebíes luchaban alrededor de Jerusalén y tuve que volver sobre mis pasos y tomar la ruta de la costa por Beirut, Saida, Tiro y Acra, donde encontré sitio en un barco. A mi llegada a Alejandría, fui recibido como un emir de alto rango; un comité de acogida me esperaba presidido por Abu—Daud, jefe supremo de los misioneros.

La sirvienta acaba de entrar y deposita sobre la alfombra algunas escudillas. Hassan empieza una oración que interrumpe cuando ella se marcha.

—En El Cairo pasé dos años. En la escuela de misioneros éramos varias decenas, pero sólo un puñado de entre nosotros estaba destinado a actuar fuera del territorio fatimí.

Evita dar demasiados detalles. Sin embargo, se sabe por diversas fuentes que las clases se impartían en dos lugares diferentes: los ulemas explicaban los principios de la fe en la medersa de Al—Azhar y los medios para propagarlos se enseñaban en el recinto del palacio califal. Era el propio jefe de los misioneros, alto personaje de la corte fatimí, quien explicaba a los estudiantes los métodos de persuasión, el arte de desarrollar un argumento, de hablar a la razón tanto como al corazón. Y era igualmente él quien les hacía memorizar el código secreto que debían en sus comunicaciones. Al final de cada sesión, los estudiantes iban uno a uno a arrodillarse ante el jefe de los misioneros, que les pasaba por encima de la cabeza un documento que llevaba la firma del imán. Después de esto, tenía lugar otra sesión, más corta, destinada a las mujeres.

—En Egipto recibí toda la enseñanza que necesitaba.

—¿No me dijiste un día que a los diecisiete años ya lo sabías todo? —se burla Jayyám.

—Hasta los diecisiete años acumulé conocimientos, luego aprendí a creer. En El Cairo aprendí a convertir.

—¿Y qué les dices a aquellos que intentas convertir?

—Les digo que la fe no es nada sin un maestro para enseñarla. Cuando proclamamos: «No hay más dios que Dios», añadimos inmediatamente «Y Mahoma es su Mensajero». ¿Por qué? Porque no tendría ningún sentido afirmar que hay un solo Dios si no citamos la fuente, es decir, el nombre de aquel que nos ha enseñado esa verdad. Pero ese hombre, ese Mensajero, ese Profeta, ha muerto hace tiempo. ¿Cómo podemos saber que existió y que habló como nos lo han contado? Yo que, como tú, he leído a Platón y a Aristóteles, necesito pruebas.

—¿Qué pruebas? ¿Hay realmente pruebas en esas materias?

—Para vosotros los sunníes no hay, efectivamente, ninguna prueba. Pensáis que Mahoma murió sin designar un heredero, que dejó abandonados a los musulmanes y que entonces se dejaron gobernar por el más fuerte o el más astuto. Eso es absurdo. Nosotros pensamos que el Mensajero de Dios nombró un sucesor, un depositario de sus secretos: el imán Alí, su yerno, su primo, casi su hermano. A su vez, Alí designó un sucesor. Así se ha perpetuado el linaje de los imanes legítimos y por medio de ellos se ha transmitido la prueba del mensaje de Mahoma y de la existencia del Dios único.

—Por todo lo que dices no veo en qué difieres de los otros chiíes.

—Entre mi fe y la de mis padres la diferencia es grande. Ellos me enseñaron que debíamos sufrir con paciencia el poder de nuestros enemigos esperando el regreso del imán oculto, que establecerá sobre la tierra el reino de la justicia y recompensará a los verdaderos

creyentes. Mi propia convicción es que hay que actuar desde ahora mismo, preparar por todos los medios el advenimiento de nuestro imán en esta región. Yo soy el Precursor, aquel que allana la tierra con el fin de que esté preparada para recibir al imán del Tiempo. ¿Ignoras que el Profeta habló de mí?

—¿De ti, Hassan hijo de Alí Sabbah, nativo de Qom?

—¿Acaso no dijo: «Un hombre vendrá de Qom; exigirá a las gentes que sigan el camino recto y los hombres se reunirán en torno suyo como puntas de lanzas, el viento de las tempestades no los dispersará, no se cansarán de luchar, no flaquearán y en Dios se apoyarán?»

—No conozco esa cita. Sin embargo, he leído los libros de las tradiciones certificadas.

—Tú has leído los libros que tú quieres; los chiíes tienen otros libros.

—¿Y se trata de tí?

—Pronto no lo dudarás más.

XVI

El hombre de los ojos desorbitados ha reanudado su vida errante. Infatigable misionero, recorre el Oriente musulmán: Balj, Merv, Kaxgar, Samarcanda. Por todas partes predica, argumenta, convierte, organiza. No abandona una ciudad o un pueblo sin haber designado un representante que deja rodeado de un círculo de adeptos, chiíes cansados de esperar y de padecer, sunníes, persas o árabes hartos de la dominación de los turcos, jóvenes con deseos de rebelión, creyentes a la búsqueda de rigor. El ejército de Hassan aumenta cada día. Se les llama «batinis», la gente del secreto. Se les trata de herejes, de ateos. Los ulemas lanzan anatema tras anatema: «¡Ay del que se alíe con ellos, ay del que se sienta a su mesa, ay del que se una a ellos por el matrimonio! Derramar su sangre es tan legítimo como regar el jardín.»

El tono sube, la violencia no permanece encerrada en la palabra durante mucho tiempo. En la ciudad de Savah el predicador de una mezquita denuncia a algunas personas que a las horas de la oración se reúnen apartadas de los otros musulmanes. Invita a la policía a actuar con rigor. Dieciocho herejes son detenidos. Algunos días más tarde el denunciante aparece apuñalado. Nizam el—Molk ordena un castigo ejemplar: un carpintero ismaelí es acusado del crimen, torturado y crucificado, y su cuerpo arrastrado por todas las callejuelas del bazar.

«Ese predicador fue la primera víctima de los ismaelíes, ese carpintero fue su primer mártir», estima un cronista, para añadir que obtuvieron su primer gran éxito cerca de la ciudad de Kain, al sur de Nisapur. Una caravana de la que formaban parte más de seiscientos mercaderes y peregrinos, así como un importante cargamento de antimonio, llegaba de Kirman. A media jornada de Kain, unos hombres armados y enmascarados les cerraron el camino. El anciano de la caravana pensó que se trataba de bandoleros y quiso negociar un rescate como solía hacerlo. Pero no se trataba de eso. Los viajeros fueron conducidos hacia un pueblo fortificado donde se les retuvo durante varios días, sermoneándoles e invitándoles a convertirse. Algunos aceptaron, a otros se les puso en libertad y finalmente exterminaron a la mayoría de ellos.

Sin embargo, ese secuestro de la caravana pronto parecería una peripecia de poca importancia en la gigantesca aunque solapada prueba de fuerza que se está desarrollando. Las matanzas y los contragolpes se suceden. No se salva ninguna ciudad, ninguna provincia, ninguna ruta; la «paz selyuquí» comienza a desmoronarse.

Es entonces cuando estalla la memorable crisis de Samarcanda. «El cadí Abu Taher está en el origen de los acontecimientos», afirma perentoriamente un cronista. No, las cosas no son tan sencillas.

Es cierto que una tarde de noviembre, el antiguo protector de Jayyám llega inopinadamente a Ispahán con mujeres y equipajes, desgranando reniegos e imprecaciones. Nada más cruzar la puerta de Tirali ordena que le conduzcan ante su amigo, que lo instala en su casa, feliz de tener por fin la ocasión de demostrarle su gratitud. Una vez despachadas rápidamente las efusiones de costumbre, Abu Taher ruega, al borde de las lágrimas:

—Tengo que hablar con Nizam el—Molk lo antes posible.

Jayyám nunca ha visto al cadí en semejante estado e intenta tranquilizarlo:

—Iremos a ver al visir esta misma noche. ¿Tan grave es?

—He tenido que huir de Samarcanda.

No puede continuar; se le ahoga la voz y las lágrimas corren por sus mejillas. Ha envejecido mucho desde el último encuentro; tiene la piel marchita, la barba blanca. Sólo las cejas siguen siendo una maraña negra y temblorosa.

Omar pronuncia algunas frases de consuelo. El cadí se recobra, se ajusta el turbante y declara:

—¿Te acuerdas de ese hombre al que llamaban el estudiante de la cicatriz?

—¡Cómo voy a olvidarme de aquel que agitó ante mis ojos mi propia muerte!

—¿Te acuerdas de que se volvía loco ante la menor sospecha de olor a herejía? Pues bien, hace tres años se unió a los ismaelíes y hoy proclama sus errores con el mismo celo que

desplegaba para defender la verdadera fe. Cientos, miles de ciudadanos le siguen. Es el amo de la calle e impone su ley a los comerciantes del bazar. He ido a ver al kan en varias ocasiones. Tú conociste a Nasr Kan, sus cóleras repentinas que se aplacaban tan súbitamente como se encendían, sus accesos de violencia o de prodigalidad. Que Dios lo tenga en la gloria, lo menciono en todas mis oraciones. Hoy el poder está en manos de su sobrino Ahmed, un joven imberbe, indeciso imprevisible, nunca sé cómo tratarle. Me quejé a él varias veces de las intrigas de los herejes, le expuse los peligros de la situación, pero sólo me escuchaba distraídamente, aburrido. Al ver que no se decidía a actuar, reuní a los comandantes de la milicia, así como a algunos funcionarios en cuya lealtad confío y les pedí que vigilaran las reuniones de los ismaelíes. Tres hombres de confianza se relevaban para seguir al estudiante de la cicatriz, ya que mi objetivo era presentar al kan un informe detallado de sus actividades con el fin de abrirle los ojos. Hasta el día en que mis hombres me informaron de que el jefe de los herejes había llegado a Samarcanda.

—¿Hassan Sabbah?

—En persona. Los míos se apostaron a ambos lados de la calle Abdak, en el barrio de Gatfar, donde tenía lugar la reunión de los ismaelíes. Cuando Sabbah salió de allí, disfrazado de sufí, se echaron sobre él, le cubrieron la cabeza con un saco y me lo trajeron. Inmediatamente lo conduje al palacio, orgulloso de anunciar al soberano mi captura. Por primera vez se mostró interesado y pidió ver al personaje, pero cuando Sabbah estuvo en su presencia ordenó que desataran sus ligaduras y que le dejaran solo con él. Por más que le previne contra ese peligroso hereje y le recordé las fechorías de las que era culpable, todo fue inútil. Quería, dijo, convencer al hombre de que volviera al camino recto. La entrevista se prolongó. De vez en cuando, uno de sus allegados entreabría la puerta; los dos hombres seguían discutiendo. Súbitamente, al amanecer, se les vio prosternarse uno al lado del otro para la oración, murmurando las mismas palabras. Los consejeros se empujaban para observarlos.

Después de beber un trago de jarabe de horchata, Abu Taher formula unas palabras de agradecimiento antes de proseguir:

—Hubo que rendirse ante la evidencia. El señor de Samarcanda, soberano de Transoxiana, heredero de la dinastía de los Kanes Negros, acababa de adherirse a la herejía. Desde luego evitó proclamarlo y continuó simulando su fidelidad a la verdadera Fe, pero ya nada fue como antes. Los consejeros del príncipe fueron reemplazados por ismaelíes. Los jefes de la milicia, autores de la captura de Sabbah murieron brutalmente uno después de otro. Mi propia guardia fue sustituida por los hombres del estudiante de la cicatriz. No me quedaba otra elección que partir con la primera caravana de peregrinos y venir a exponer la situación a aquellos que sostienen la espada del Islam, Nizam el—Molk y Malikxah.

Esa misma noche Jayyám acompaña a Abu Taher a casa del visir. Lo presenta y luego los deja a solas. Nizam escucha a su visitante con recogimiento y en su rostro se lee la inquietud. Cuando el cadí se calla, Nizam le lanza:

—¿Sabes quién es el verdadero responsable de las desgracias de Samarcanda y de todas nuestras desgracias? ¡Ese hombre que te ha acompañado hasta aquí!

—¿Omar Jayyám?

—¿Quién, si no? Fue *jawayé* Omar quien intercedió en favor de Hassan Sabbah el día en que yo pude obtener su muerte. Nos impidió matarlo. ¿Podría ahora impedirle matarnos?

El cadí no sabe qué decir. Nizam suspira. Se sucede un corto y embarazoso silencio.

—¿Qué sugieres que hagamos?

Es Nizam quien interroga. Abu Taher tiene su idea muy preparada y la enuncia con la lentitud de las proclamaciones solemnes.

—Ha llegado la hora de que la bandera de los selyuquíes ondee sobre Samarcanda.

El rostro del visir se ilumina y luego se ensombrece.

—Tus palabras valen su peso en oro. Desde hace años no ceso de repetir al sultán que el Imperio debe extenderse hacia Transoxiana, que unas ciudades tan prestigiosas y prósperas como Samarcanda y Bujara no pueden permanecer fuera de nuestra autoridad. Es una pérdida de tiempo; Malikxah no quiere saber nada.

—Sin embargo, el ejército del kan está muy debilitado. Sus emires ya no reciben la paga y sus fortalezas están en ruinas.

—Eso ya lo sabemos.

—¿No será que Malikxah teme sufrir la misma suerte que su padre Alp Arslan si como él cruzara el río?

—En modo alguno.

El cadí no pregunta más y espera la explicación.

—El sultán no teme ni al río ni al ejército enemigo —dice Nizam—. ¡Tiene miedo de una mujer!

—¿Terken Jatún?

—Ella le ha jurado que si cruza el río, le negará para siempre su lecho y transformará su harén en un infierno. No olvidemos que Samarcanda es su ciudad, que Nast Kan era su hermano y Ahmed Kan es su sobrino. Transoxiana pertenece a su familia. Si el reino construido por sus antepasados se derrumbara, perdería el puesto que ocupa entre las mujeres del palacio y comprometería las oportunidades que tiene su hijo de suceder un día a Malikxah.

—¡Pero su hijo sólo tiene dos años!

—Precisamente. Cuanto más joven, más tiene que luchar su madre por mantener sus derechos.

—Si he comprendido bien —concluye el cadí—, el sultán no aceptará jamás conquistar Samarcanda.

—No he dicho eso, pero es necesario hacerle cambiar de opinión y no será fácil encontrar unas armas más persuasivas que las de la Jatún.

El cadí enrojece. Sonríe cortésmente pero no se deja apartar de su propósito.

—¿No bastaría con que yo repitiera ante el sultán lo que acabo de decirte? ¿No bastaría con que le informara de la conspiración urdida por Hassan Sabbah?

—No —comenta secamente Nizam.

Por el momento está demasiado absorto para argumentar. En su cabeza se está elaborando un plan. Su visitante espera a que se determine.

—Veamos —enuncia el visir con autoridad—. Mañana por la mañana te presentarás a la puerta del harén del sultán y pedirás ver al jefe de los eunucos. Le dirás que vienes de Samarcanda y que desearías transmitir a Terken Jatún noticias de su familia. Tratándose del cadí de su ciudad, de un viejo servidor de su dinastía, no puede hacer otra cosa que recibirte.

El cadí sólo mueve la cabeza y Nizam prosigue:

—Cuanto estés en la sala de las colgaduras, contarás la miseria en la que se encuentra Samarcanda por culpa de los herejes, pero omitirás evocar la conversión de Ahmed. Por el contrario, darás a entender que Hassan Sabbah ambiciona su trono, que su vida está amenazada y que sólo la Providencia podría aún salvarla. Añadirás que has venido a verme pero que no he querido prestarte atención, incluso que te he disuadido de hablar de ello al sultán.

Al día siguiente, la estratagema dio resultado sin encontrar el menor obstáculo. Mientras que Terken Jatún se hace cargo de convencer al sultán de la necesidad de salvar al kan de Samarcanda, Nizam el—Molk, que aparenta oponerse a ello, se ocupa intensamente de los preparativos de la expedición. Con esta guerra de engaños, Nizam no trata solamente de anexionarse Transoxiana, y, menos aún, de salvar a Samarcanda; quiere, sobre todo, restablecer su prestigio escarnecido por la subversión ismaelí. Y para ello necesita una victoria total y resonante. Desde hace años, sus espías le juran cada día que Hassan ha sido localizado, que su detención es inminente, pero el rebelde permanece inasequible, sus tropas se evaporan al primer contacto. Nizam busca, pues, una ocasión para enfrentarse con él cara a cara, ejército contra ejército. Samarcanda es un terreno inesperado.

En la primavera de 1089, un ejército de doscientos mil hombres se pone en marcha con elefantes e instrumentos de asedio. Poco importan las intrigas y las mentiras que han presidido su creación; realizará lo que todo ejército debe realizar. Comienza por apoderarse de Bujara sin la menor resistencia y luego se dirige hacia Samarcanda. Una vez a las puertas de

la ciudad, Malikxah anuncia a Ahmed Kan, con un patético mensaje, que ha llegado al fin a liberarlo del yugo de los herejes. «No he pedido nada a mi augusto hermano» responde fríamente el kan. Malikxah se asombra ante Nizam, que no se inmuta: «El kan ya no es libre en sus movimientos. Hay que hacer como si no existiera.» De todas maneras el ejército no puede volver sobre sus pasos, los emires quieren su parte del botín y no regresarán con las manos vacías.

Desde los primeros días, la traición de un guardián de una torre permite a los sitiadores introducirse en la ciudad y tomar posiciones al oeste, cerca de la puerta del Monasterio. Los defensores se repliegan hacia los zocos del sur, en torno a la puerta de Kix. Una parte de la población decide apoyar a las tropas del sultán, las alimenta y las anima; otra parte abraza la causa de Ahmed Kan, cada uno según su fe. Los combates se suceden con una violencia extrema durante dos semanas, pero en ningún momento existe la menor duda de su desenlace. El kan, que se había refugiado en casa de un amigo en el barrio de las cúpulas, pronto es apresado, así como todos los jefes ismaelíes. Únicamente Hassan consigue escapar atravesando de noche un canal subterráneo.

No cabe duda de que Nizam ha ganado, pero a fuerza de embaucar tanto al sultán como a la sultana ha envenenado irremediablemente sus relaciones con la corte. Aunque Malikxah, no lamenta haber conquistado con tan poco esfuerzo las más prestigiosas ciudades de Transoxiana, sufre en su amor propio haberse dejado engañar. Incluso se niega a organizar para la tropa el tradicional banquete de la victoria. «¡Es pura avaricia!», cuchichea con mala intención Nizam a quien quiera escucharle.

En cuanto a Hassan Sabbah, saca de su derrota una valiosa lección. Antes de intentar convertir a los príncipes, va a forjarse un temible instrumento de guerra que no se parecerá en nada a todo lo que la humanidad ha conocido hasta ese momento: la orden de los Asesinos.

XVII

Alamut. Una fortaleza sobre un peñasco a seis mil pies de altitud; un paisaje de montes pelados, lagos olvidados, precipicios cortados a pico, desfiladeros sin salida. El ejército más numeroso no podría acceder a ella más que en fila india. Las más potentes catapultas no podrían ni rozar sus murallas.

Entre las montañas reina el Xah—Rud, llamado el «río loco», que en primavera, con el deshielo de las nieves del Elburz, crece y se acelera, arrancando a su paso árboles y piedras. ¡Ay del que ose acercársele! ¡Ay de la tropa que se atreva a acampar a sus orillas!

Del río, de los lagos, sube cada noche una densa y algodonosa bruma que escala el farallón y se detiene a medio camino. Para los que allí viven, el castillo de Alamut se convierte entonces en una isla en medio de un océano de nubes. Visto desde abajo es una guarida de genios.

En dialecto local, Alamut significa «la lección del águila». Se cuenta que un príncipe que quería construir una fortaleza para controlar aquellas montañas soltó un ave rapaz amaestrada. Esta, después de haber dado vueltas en el cielo, fue a posarse sobre ese peñasco. El amo comprendió que ningún emplazamiento sería mejor.

Hassan Sabbah ha imitado al águila. Recorre Persia a la búsqueda de un lugar donde poder reunir a sus fieles, instruirlos y organizarlos. De su contratiempo en Samarcanda ha aprendido que sería ilusorio querer apoderarse de una gran ciudad, ya que el enfrentamiento con los selyuquies sería inmediato e inevitablemente redundaría en provecho del Imperio. Por lo tanto, necesita otra cosa: un reducto montañoso, inexpugnable, un santuario desde donde desarrollar su actividad en todas las direcciones.

En el momento en que las banderas capturadas en Transoxiana se despliegan en las calles de Ispahán, Hassan se encuentra en los alrededores de Alamut. Ese lugar es para él una revelación. Desde que lo divisó a lo lejos, comprendió que era allí y en ningún otro sitio donde terminaría su vida errante, donde se alzaría su reino. Alamut es, en ese momento, un pueblo fortificado, uno, entre tantos otros, donde viven algunos soldados con sus familias, unos cuantos artesanos, algunos agricultores y un gobernador nombrado por Nizam el—Molk, un honrado castellano llamado Mahdi el Alauí, que sólo se preocupa de su agua para el riego y su cosecha de nuez, de uvas y de granadas. Los tumultos del imperio no le quitan el sueño.

Hassan comienza por enviar a algunos compañeros, nativos de la región, que se mezclan con la guarnición, predicando y convierten. Algunos meses más tarde están en condiciones de anunciar al maestro que el terreno está preparado y que puede venir. Hassan se presenta disfrazado de derviche sufí, como de costumbre. Se pasea, inspecciona, comprueba. El gobernador recibe al hombre santo y le pregunta qué le agradecería.

—Necesito esta fortaleza —dice Hassan.

El gobernador sonríe y se dice que a ese derviche no le falta humor. Pero su invitado no sonríe.

—He venido a tomar posesión de la plaza. ¡Todos los hombres de la guarnición me son adictos!

Hay que reconocer que la conclusión de ese intercambio es tan inaudita como inverosímil. Los orientistas que han consultado las crónicas de la época, particularmente los relatos consignados por los ismaelíes, tuvieron que leerlos y releerlos para asegurarse de que no eran víctimas de una falsificación.

Imaginemos de nuevo la escena. Estamos a finales del siglo XI, exactamente a 6 de septiembre de 1090. Hassan Sabbah, genial fundador de la orden de los Asesinos, está a punto de apoderarse de la fortaleza que será durante ciento sesenta y seis años la sede de la secta más temible de la historia. Está allí, sentado con las piernas cruzadas, frente al gobernador, a quien repite sin alzar la voz:

—He venido a tomar posesión de Alamut.

—Esta fortaleza me fue entregada en nombre del sultán —responde el otro—. ¡Pagué para conseguirla!

—¿Cuánto?

—¡Tres mil dinares de oro!

Hassan Sabbah toma un papel y escribe: «Sírvanse pagar la suma de tres mil dinares de oro a Mahdi el Alauí como pago de la fortaleza de Alamut. Dios nos basta. Es el mejor de los Protectores.» El gobernador estaba inquieto y no creía que la firma de un hombre vestido con un sayal pudiera avalar semejante suma, pero nada más llegar a la ciudad del Darngan pudo cobrar su oro sin ninguna demora.

XVIII

Cuando la noticia de la conquista de Alamut llega a Ispahán, apenas suscita alborotos. La ciudad se interesa mucho más por el conflicto que en ese momento estalla con violencia entre Nizam y el palacio. Terken Jatún no perdona al visir la operación que ha dirigido contra el feudo de su familia e insiste ante Malikxah para que se deshaga sin demora de su demasiado poderoso visir. Nada es más normal, dice, que el sultán, a la muerte de su padre, tuviera un tutor, ya que sólo tenía diecisiete años; hoy tiene treinta y cinco, es todo un hombre y no puede dejar indefinidamente la dirección de los asuntos en las manos de su *ata*. ¡Ya es hora de que se sepa quién es el verdadero señor del Imperio! El problema de Samarcanda, ¿no ha servido para probar que Nizam intentaba imponer su voluntad, que engañaba a su señor y le trataba como a un menor ante el mundo entero?

Si Malikxah duda aún de dar ese paso, un incidente va a empujarle a ello. Nizam ha nombrado gobernador de la ciudad de Merv a su propio nieto. Adolescente pretencioso, demasiado confiado en la omnipotencia de su abuelo, se ha permitido insultar en público a un anciano emir turco. Este, lloroso, va a quejarse a Malikxah que, fuera de sí, ordena inmediatamente que se escriba a Nizam una carta redactada en los siguientes términos: «Si eres mi adjunto, debes obedecerme y prohibir a tus parientes que ataquen a mis hombres; si te consideras mi igual, mi asociado en el poder, tomaré las decisiones pertinentes.»

Nizam da su respuesta al mensaje entregado por una delegación de altos dignatarios del Imperio: «Decid al sultán, si es que hasta ahora lo ignoraba, que desde luego soy su asociado y que sin mi persona no hubiera podido jamás forjar su poderío. ¿Ha olvidado que fui yo quien, a la muerte de su padre, se hizo cargo de sus asuntos, que fui yo quien alejó a los otros pretendientes y metió en cintura a todos los rebeldes? ¿Que gracias a mí se le obedece y respeta hasta los confines de la tierra? ¡Sí, id a decirle que la suerte de su gorro está unida a la de mi tintero!»

Los emisarios están estupefactos. ¿Cómo un hombre tan prudente como Nizam el—Molk puede dirigir al sultán unas palabras que van a causar su propia desgracia y, sin duda, su muerte? ¡Su arrogancia raya en la locura!

Sólo un hombre, ese día, sabe con precisión lo que explica semejante determinación, y es Jayyám. Desde hacía semanas Nizam se le quejaba de atroces dolores que le mantenían despierto por la noche y por el día le impedían concentrarse en su trabajo. Después de examinarlo minuciosamente, de palparlo e interrogarlo, Omar le diagnosticó un tumor flemonoso que no le permitiría vivir mucho tiempo.

Fue una noche muy penosa aquella en que Jayyám tuvo que declarar a su amigo la verdad sobre su estado.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida?

—Algunos meses.

—¿Seguiré sufriendo?

—Podría prescribirte opio para aliviar el sufrimiento, pero estarías continuamente aturdido y ya no podrías trabajar.

—¿No podría escribir?

—Ni mantener una larga conversación.

—Entonces prefiero sufrir.

Entre una réplica y otra se sucedían largos momentos de silencio. Y de sufrimiento dignamente contenido.

—¿Tienes miedo al más allá, Jayyám?

—¿Por qué tener miedo? Después de la muerte está la nada o la misericordia.

—¿Y el mal que he podido hacer?

—Por grandes que hayan sido tus culpas, el perdón de Dios es aún mayor.

Nizam se había mostrado algo más tranquilo.

—También he hecho el bien. Construí mezquitas y escuelas y combatí la herejía.

Como Jayyám no lo contradecía, había proseguido:

—¿Se acordarán de mí dentro de cien años, de mil años?

—¿Cómo saberlo?

Nizam, después de mirarlo de hito en hito con desconfianza, había continuado:

—¿No fuiste tú quien dijo un día: «La vida es como un incendio. Llamas que el que pasa olvida. Cenizas que el viento dispersa. Un hombre ha vivido»? ¿Crees que será ése el destino de Nizam el—Molk?

Jadeaba. Omar seguía callado.

—Tu amigo Hassan Sabbah recorre el país clamando que no soy más que un vil servidor de los turcos. ¿Crees que será eso lo que digan de mí el día de mañana? ¿Que se me considerará la vergüenza de los arios? ¿Olvidarán que fui el único que hizo frente a los sultanes durante treinta años y que les impuso su voluntad? ¿Qué otra cosa podía hacer yo después de la victoria de sus ejércitos? Pero no dices nada.

Hablaba con aire ausente.

—Setenta y cuatro años, setenta y cuatro años que vuelven a pasar ante mis ojos. Tantas decepciones, tantos pesares, tantas cosas que hubiera querido vivir de otro modo.

Sus ojos estaban medio cerrados, sus labios se habían crispado.

—¡Ay de ti, Jayyám! Por tu culpa Hassan Sabbah puede perpetrar hoy todas sus villanías.

Omar deseaba responderle: «¡Cuántas cosas tenéis en común tú y Hassam! Si una causa os seduce, edificar un imperio o preparar el reino del imán, no dudáis en matar para hacerla triunfar. Para mí, toda causa que mate deja de seducirme. A mis ojos se afea, se degrada y se envilece, por muy hermosa que haya podido ser. Ninguna causa es justa cuando se alía con la muerte.» Tuvo deseos de gritarlo pero se había dominado y se había callado; había decidido dejar que su amigo se deslizara en paz hacia su destino.

A pesar de esa noche amarga, Nizam había terminado por resignarse, se había acostumbrado a la idea de dejar de existir. Pero de la noche a la mañana había abandonado los asuntos del Estado y había decidido dedicar todo el tiempo que le quedaba a la terminación de un libro, *Siyaset—Nameh*, el Tratado de Gobierno, una obra notable, equivalente para el Oriente musulmán a lo que sería para Occidente cuatro siglos más tarde, *El Príncipe* de Maquiavelo. Con una enorme diferencia: *El Príncipe* es la obra de un desencantado de la política, defraudado de cualquier poder; el *Siyaset—Nameh* es el fruto de la insustituible experiencia de un constructor de imperios.

Así que, en el mismo momento en que Hassan Sabbah acaba de conquistar ese inexpugnable santuario con el que ha soñado tanto tiempo, el hombre fuerte del Imperio sólo piensa ya en su lugar en la Historia. Prefiere las palabras verdaderas a las palabras que agradan y está dispuesto a desafiar al sultán hasta el final. Se diría incluso que desea una muerte espectacular, una muerte a su medida.

La obtendrá.

Cuando Malikxah recibe a la delegación que ha visitado a Nizam, no alcanza a creer lo que le cuentan.

—¿Ha dicho realmente que era mi asociado, mi igual?

Al confirmárselo abrumados los emisarios, el sultán da rienda suelta a su furor. Habla de empalar a su tutor, de despedazarlo vivo, de crucificarlo sobre las almenas de la ciudadela. Luego corre a anunciar a Terken Jatún que al fin ha decidido destituir a Nizam el—Molk de todas sus funciones y que desea su muerte. Queda por saber de qué manera se hará la ejecución sin que provoque una reacción en el seno de los numerosos regimientos que le son aún fieles. Pero Terken y Yahán ya han pensado en ello: puesto que Hassan desea igualmente la muerte de Nizam ¿por qué no facilitarle la tarea a la vez que se deja a Malikxah fuera de toda sospecha?

Se envía, pues, a Alamut un cuerpo de ejército bajo el mando de un fiel del sultán. En apariencia el objetivo es sitiar la fortaleza de los ismaelíes; en realidad se trata de una tapadera para negociar sin despertar sospechas. El desarrollo de los acontecimientos se ultima hasta en los menores detalles: el sultán atraerá a Nizam a Nihavend, una ciudad situada a igual distancia de Ispahán que de Alamut. Allí los asesinos se harán cargo de él.

Los textos de la época relatan que Hassan Sabbah reunió a sus hombres y les dirigió las siguientes palabras: «¿Quién de vosotros librará al país del malhechor Nizam el—Molk?», que un hombre llamado Arrani se puso la mano en el pecho en señal de aceptación, que el señor de Alamut le encargó esa misión y añadió: «La muerte de ese demonio es el comienzo de la felicidad.»

Durante ese tiempo, Nizam está encerrado en su casa. Aquellos que frecuentaban su *divan* lo han abandonado al enterarse de su desgracia, sólo Jayyám y los oficiales de la guardia nizamiyya lo visitan. Pasa la mayor parte del tiempo escribiendo. Escribe con frenesí y a veces le pide a Jayyám que se lo relea.

Éste, al recorrer el texto, esboza aquí y allá una sonrisa divertida, una mueca. Como tantos otros grandes hombres, Nizam, en el ocaso de su vida, no puede por menos de disparar flechas, de arreglar cuentas. Con Terken Jatún, por ejemplo. El capítulo 43 se titula «Mujeres que viven detrás de las colgaduras». «En una época remota», escribe Nizam, «la esposa de un rey adquirió sobre él un gran ascendiente que sólo causó discordia y confusión. No diré más sobre ello porque todos podemos observar hechos semejantes en otras épocas.» Y añade: «Para que una empresa tenga éxito, hay que hacer lo contrario de lo que digan las mujeres.»

Los seis capítulos siguientes están dedicados a los ismaelíes, y terminan así: «He hablado de esta secta para que se esté sobre aviso... se recordarán mis palabras cuando esos impíos hayan precipitado a la nada a las personas que el sultán estima, así como a los notables del Estado, cuando los tambores resuenen por todas partes y se descubran sus intenciones. En medio del tumulto que se producirá, que sepa el príncipe que todo lo que he dicho es verdad. ¡Quiera el Altísimo preservar a nuestro señor y al Imperio del maleficio!»

Él día en que un mensajero vino a verle y a invitarle de parte del sultán a reunirse con él para viajar a Bagdad, el visir no duda un instante de lo que le espera y llama a Jayyám para despedirse de él.

—En tu estado —le dice este último— no deberías recorrer semejantes distancias.

—En mi estado, nada importa ya, y no es el viaje lo que me va a matar.

Omar no sabe qué decir. Nizam lo abraza y se despide de él amistosamente antes de ir a inclinarse ante aquel que lo ha condenado. Suprema elegancia, suprema inconsciencia, suprema perversidad; el sultán y el visir juegan uno y otro con la muerte.

Cuando están en camino hacia el lugar del suplicio, Malikxah interroga a su «padre»:

—¿Cuánto tiempo crees que vivirás aún?

Nizam responde, sin la sombra de una duda:

—Mucho tiempo, muchísimo tiempo.

El sultán está desconcertado:

—Que te muestres arrogante conmigo, pase, ¡pero con Dios! ¿Cómo puedes afirmar semejante cosa? Di mejor ¡que se haga Su Voluntad, Él es el señor de la vida!

—Si he respondido así es porque anoche tuve un sueño. Vi a nuestro Profeta, ¡recémosle!, le pregunté cuándo moriría y obtuve una respuesta reconfortante.

Malikxah se impacienta:

—¿Qué respuesta?

—El Profeta me dijo: «Tú eres un pilar del Islam, haces el bien a los que te rodean, tu existencia es valiosa para los creyentes, por lo tanto te concedo el privilegio de escoger el momento de tu muerte.» Yo respondí: «¡Dios me guarde de ello! ¿Qué hombre podría escoger semejante día? Siempre se quiere más, e incluso aunque fijara la fecha más alejada posible, viviría con la obsesión de que se acerca y la víspera de ese día, ya sea dentro de un mes o dentro de cien años, temblaría de miedo. No quiero escoger la fecha. El único favor que te pido, amado Profeta, es no sobrevivir a mi señor el sultán Malikxah. Le he visto crecer, le he oído llamarme “padre” y no quisiera sufrir la humillación y la pena de verle muerto.» «Concedido», me dijo el Profeta, «morirás cuarenta días antes que el sultán.»

Malikxah tiene el rostro lívido, tiembla. Casi se traiciona. Nizam sonríe:

—Ya lo ves, no demuestro ninguna arrogancia. Hoy estoy seguro de que viviré mucho tiempo.

En ese instante ¿tuvo el sultán la tentación de renunciar a matar a su visir? Hubiera estado muy inspirado, ya que, efectivamente, aunque el sueño sólo era una parábola, Nizam había tomado temibles disposiciones. La víspera de su partida, los oficiales de su guardia reunidos junto a él habían jurado uno tras otro con la mano sobre el Libro que si le asesinaban ninguno de sus enemigos le sobreviviría.

XIX

En la época en que el imperio selyuquí era el más fuerte del universo, una mujer osó tomar el poder entre sus débiles manos. Sentada detrás de su colgadura, desplazaba los ejércitos de una frontera a otra de Asia, nombraba a los reyes y a los visires, a los gobernadores y a los cadíes, dictaba cartas al califa y enviaba emisarios ante el señor de Alamut. A los emires que refunfuñaban al oír la dar órdenes a las tropas, les respondía: «Entre nosotros, los hombres van a la guerra, pero las mujeres les dicen contra quién luchar.»

En el harén del sultán la llaman «la China». Nació en Samarcanda, de una familia originaria de Kaxgar y, como su hermano mayor Nasr Kan, su rostro no revela ninguna mezcla de sangre, ni los rasgos semitas de los árabes, ni los rasgos arios de los persas.

Es, con mucho, la más antigua de las mujeres de Malikxah, que la desposó con sólo nueve años. Ella tenía once. Pacientemente, esperó a que él madurara. Acarició el primer vello de su barba, sorprendió el primer sobresalto de deseo en su cuerpo, vio cómo sus miembros se estiraban y sus músculos se hinchaban, majestuoso engreído a quien no tardó en dominar. Nunca dejó de ser la favorita; fue adulada, cortejada, reverenciada, y sobre todo, escuchada. Y obedecida. Al final del día, al regreso de una cacería de leones, de un torneo, de una refriega sangrienta, de una tumultuosa asamblea de emires, o peor aún, de una penosa sesión de trabajo con Nizam, Malikxah encuentra la paz en los brazos de Terken. Aparta la seda liviana que la cubre y se aprieta contra su piel, retoza, ruge, cuenta sus hazañas y sus hastíos. La China arroja al animal salvaje excitado, lo mima, lo recibe como a un héroe en los pliegues de su cuerpo, lo retiene durante largo rato, lo estrecha contra ella y sólo lo suelta para atraerlo de nuevo; él se desploma, conquistador sin aliento, jadeante, sometido, hechizado; ella sabe llevarle hasta el límite del placer.

Luego, suavemente, sus dedos menudos comienzan a dibujar sus cejas, sus párpados, sus labios, los lóbulos de sus orejas, las líneas de su cuello sudoroso; la fiera se derrumba, ronronea, se adormece como un felino ahito. Las palabras de Terken fluyen entonces hacia lo más profundo de su alma. Le habla de él, de ella, de sus hijos, le cuenta anécdotas, le cita poemas, le susurra parábolas ricas en enseñanzas; ni un instante se aburre él entre sus brazos y se promete permanecer junto a ella todas las noches. A su manera tosca, brutal, infantil, animal, la ama y la amará hasta el último aliento. Ella sabe que él no puede negarle nada; es ella quien designa sus conquistas del momento, amantes y provincias. En todo el Imperio no tiene más rival que Nizam, y en ese año de 1092 está camino de vencerlo.

¿Es una mujer colmada, la China? ¿Cómo podría serlo? Cuando está sola o con Yahán, su confidente, llora lágrimas de madre, lágrimas de sultana, maldice al injusto destino y nadie piensa en reprochárselo. Malikxah había escogido al mayor de sus hijos como heredero y lo llevaba en todos los viajes, a todas las ceremonias, le enseñaba una a una sus provincias, le hablaba del día en que le sucedería: «¡Jamás ningún sultán ha legado un imperio mayor a su hijo!», le decía. Sí, en ese tiempo Terken se sentía colmada, ningún dolor deformaba su sonrisa.

Pero el heredero murió. Una fiebre súbita, fulminante, despiadada. Por más sangrías y cataplasmas que los médicos prescribieron, su vida se apagó en dos noches. Se dijo que había sido mal de ojo, quizá incluso algún veneno imposible de detectar. A pesar de su desconsuelo, Terken se rehace. Una vez pasado el luto, hace que designen como heredero al segundo de sus hijos, con quien pronto se encariña Malikxah, concediéndole títulos muy sorprendentes para sus nueve años, pero la época es pomposa, ceremoniosa: «Rey de reyes, Pilar del Estado, Protector del Príncipe de los Creyentes ...»

Maldición y mal de ojo, el nuevo heredero no tarda en morir, él también, y tan súbitamente como su hermano, de una fiebre igual de sospechosa.

La China tenía un hijo más, el último, y le pidió al sultán que lo designara como sucesor. Esta vez el asunto era más difícil; el niño sólo tenía un año y medio y Malikxah era padre de otros tres muchachos, todos mayores que él. Dos habían nacido de una esclava, pero el mayor, llamado Barkyaruk, era hijo de la propia prima del sultán. ¿Cómo dejarle de lado? ¿Con qué pretexto? ¿Quién mejor que ese príncipe, doblemente selyuquí, para acceder a la dignidad de heredero? Esa era la opinión de Nizam. Él, que quería poner un poco de orden en las

disputas turcas, él, que siempre había tenido la preocupación de instaurar alguna regla de sucesión dinástica, había insistido con los mejores argumentos del mundo para que el mayor fuera designado. Sin resultado, Malikxah no se atrevía a contrariar a Terken y, puesto que no podía nombrar a su hijo, no nombraría a nadie. Prefería correr el riesgo de morir sin heredero, como su padre, como todos los suyos.

Terken no está satisfecha y no lo estará hasta que vea su descendencia debidamente asegurada. Vemos, pues, hasta qué punto lo que más desea en el mundo es la desgracia de Nizam, obstáculo para sus ambiciones. Para obtener su sentencia de muerte está dispuesta a todo, a intrigas y a amenazas, y ha seguido día a día las negociaciones con los Asesinos. Acompaña al sultán y a su visir en el viaje a Bagdad. Quiere estar presente en la ejecución.

Es la última comida de Nizam. La cena es un *iftar*, el banquete que celebra la ruptura del ayuno de décimo día de ramadán. Dignatarios, cortesanos, emires del ejército, todos están sobrios, contra su costumbre, por respecto al mes santo. La mesa está dispuesta bajo una inmensa tienda. Algunos esclavos sostienen antorchas para que se pueda escoger, en las enormes bandejas de plata, el mejor trozo de camello o de cordero, el muslo más carnoso de perdigón, hacia los que se tienden sesenta manos hambrientas que rebuscan en la carne y en la salsa. Se reparte, se desgarran, se devora. Cuando alguien se encuentra en posesión de un pedazo apetitoso, se lo presenta al vecino que quiere honrar.

Nizam come poco. Esa noche sufre más que de costumbre, le arde el pecho y siente como si la mano de un gigante invisible le apretara las entrañas. Malikxah está a su lado, comiendo todo lo que sus vecinos le destinan. A veces se le ve arriesgar una mirada oblicua hacia su visir. Debe de pensar que tiene miedo. De pronto tiende la mano hacia una bandeja de higos negros, escoge el más gordo y se lo ofrece a Nizam, que lo coge cortésmente y lo muerde sin ganas. ¿Qué sabor pueden tener los higos cuando uno se sabe tres veces condenado, por Dios, por el sultán y por los Asesinos?

Por fin se termina el *iftar*. Ya es de noche. Malikxah se levanta de un salto, tiene prisa por reunirse con su China para contarle las muecas del visir. Nizam, por su parte, apoya los codos y luego se incorpora con dificultad para ponerse de pie. Las tiendas de su harén no están lejos, su anciana prima le habrá preparado una cocción de mirobalano para aliviarle. Sólo hay que dar cien pasos. A su alrededor, la inevitable algarabía de los campamentos reales. Soldados, servidores, vendedores ambulantes. A veces la risa ahogada de una cortesana. Va solo y ¡qué largo parece el camino! Habitualmente le rodea un corro de cortesanos, pero ¿quién querría que lo vieran con un proscrito? Hasta los pedigüños han huido. ¿Qué podrían obtener de un anciano en desgracia?

Sin embargo, un individuo se acerca, un buen hombre vestido con un ropón remendado. Murmura unas palabras piadosas. Nizam palpa su bolsa y saca tres monedas de oro. Hay que recompensar al desconocido que aún se acerca a él.

Un centelleo, el centelleo de una hoja, todo sucede muy deprisa. Apenas Nizam alcanza a ver la mano que se mueve y ya el puñal atraviesa su ropa, su piel, la punta se desliza entre sus costillas. Ni siquiera grita. Sólo un movimiento de estupor mientras aspira una última bocanada de aire. Quizá, al desplomarse, haya vuelto a ver repetido lentamente ese centelleo, ese brazo que se estira, se encoge, esa boca crispada que escupe: «¡Toma ese regalo! ¡Te viene de Alamut!»

Entonces resuenan los gritos. El Asesino corre, lo acorralan de tienda en tienda, lo encuentran. Apresuradamente le cercenan la garganta y luego lo arrastran por los pies descalzos para arrojarlo a un fuego.

En los años y décadas venideros, los innumerables mensajeros de Alamut conocerían la misma muerte, con la diferencia de que ya no tratarían de huir. «No basta con matar a nuestros enemigos», les enseña Hassan. «No somos asesinos, sino ejecutores; tenemos que actuar en público, para ejemplo de todos. Nosotros matamos a un hombre, pero aterrorizamos a cien mil. Sin embargo, no basta con ejecutar y aterrorizar, también hay que saber morir, ya que, aunque matando desanimamos a nuestros enemigos de emprender cualquier acción contra nosotros, muriendo de la manera más valerosa posible provocamos la admiración de la multitud. Y de esa multitud saldrán hombres para unirse a nosotros. Morir es más importante que matar. Matamos para defendernos, morimos para convertir, para conquistar. Conquistar es una meta, defenderse es sólo un medio.»

Desde entonces los asesinatos tendrían lugar, preferentemente, los viernes, en las mezquitas y a la hora de la oración solemne, ante el pueblo reunido. La víctima, visir, príncipe, dignatario religioso, llega rodeada de una imponente guardia. La multitud está impresionada, sumisa y admirada. El enviado de Alamut está allí, en alguna parte, bajo el disfraz más inesperado. Por ejemplo, de miembro de la guardia. En el momento en que todas las miradas convergen, golpea. La víctima se derrumba, el verdugo no se mueve, grita una fórmula aprendida y afecta una sonrisa de desafío esperando dejarse inmolar por los guardias enfurecidos y luego despedazar por la muchedumbre atemorizada. El mensaje ha llegado; el sucesor del personaje asesinado se mostrará más conciliador con respecto a Alamut; y entre la asistencia habrá diez, veinte, cuarenta conversiones.

Se ha dicho con frecuencia, a la vista de estas irreales escenas, que los hombres de Hassan estaban drogados. De otro modo, ¿cómo explicar que fueran al encuentro de la muerte con la sonrisa en los labios? Se ha intentado demostrar la tesis de que actuaban bajo el efecto del *haxix*. Marco Polo popularizó esta idea en Occidente; sus enemigos en el mundo musulmán los han llamado a veces *haxixiyun*, fumadores de *haxix*, para desprestigiarlos; algunos orientalistas han creído ver en este término el origen de la palabra «asesino» que se convirtió, en varias lenguas europeas, en sinónimo de criminal. El mito de los Asesinos fue todavía más aterrador.

La verdad es otra. Según los textos que nos han llegado de Alamut, a Hassan le agradaba llamar a sus adeptos *Asasiyun*, los que son fieles al *Asás*, al «Fundamento» de la fe, y fue esa palabra, mal comprendida por los viajeros extranjeros, la que parecía tener efluvios de *haxix*.

Es cierto que Sabbah era un apasionado de las plantas, que conocía perfectamente sus virtudes curativas, sedantes o estimulantes. Él mismo cultivaba toda clase de hierbas, cuidaba a sus fieles cuando estaban enfermos y sabía prescribirles pociones para enfriarles el temperamento. De este modo, se conoce una de sus recetas destinada a activar el cerebro de sus adeptos y a hacerles más aptos para los estudios. Es una mezcla de miel, de nueces machacadas y de cilantro. Como se ve, una medicina de lo más dulce. A pesar de una tenaz y sugerente tradición, hay que rendirse ante la evidencia: los Asesinos no tenían otra droga que una fe inamovible, constantemente fortalecida por la más rigurosa de las enseñanzas, la más eficaz de las organizaciones, el más estricto reparto de tareas.

En la cúspide de la jerarquía se halla Hassan, el Gran Maestro, el Predicador supremo, el poseedor de todos los secretos. Está rodeado de un puñado de misioneros propagandistas, los *day*, entre los que hay tres adjuntos, uno para Persia oriental, Jorasan, Kuhistán y Transoxiana; otro para Persia occidental e Iraq; y un tercero para Siria. Justo por debajo están los compañeros, los *ragik*, los jefes del movimiento. Después de recibir la enseñanza adecuada, están capacitados para mandar una fortaleza, para dirigir la organización en el ámbito de una ciudad o de una provincia. Los más aptos serán un día misioneros.

Más abajo en la jerarquía están los *lasek*, literalmente aquellos que están vinculados a la organización. Son los creyentes de base, sin predisposición particular para los estudios ni la acción violenta. Entre ellos hay muchos pastores de los alrededores de Alamut y un número considerable de mujeres y ancianos.

Luego vienen los *muyib*, los «que responden» de hecho los novicios. Reciben una primera enseñanza y según sus capacidades se les orienta, ya sea hacia unos estudios más avanzados para convertirse en compañeros, ya sea hacia la masa de creyentes o también hacia la categoría siguiente, la que simboliza, a los ojos de los musulmanes de la época, el verdadero poder de Hassan Sabbah: la clase de los *fiday*, «los que se sacrifican». El Gran Maestro los elige entre los adeptos que tienen inmensas reservas de fe, de habilidad y de resistencia, pero pocas aptitudes para la enseñanza. Nunca enviaría al sacrificio a un hombre que podría convertirse en misionero.

El entrenamiento del *fiday* es una tarea delicada a la que Hassan se consagra con pasión y refinamiento: aprender a ocultar el puñal, a sacarlo con un ademán furtivo, a plantarlo de un golpe seco en el corazón de la víctima, o en el cuello si el pecho está protegido por una cota de mallas; familiarizarse con las palomas mensajeras, memorizar los alfabetos codificados, instrumentos de comunicación rápida y discreta con Alamut; aprender a veces un dialecto, un acento regional; saber infiltrarse en un medio extranjero, hostil, mezclarse con él durante semanas, meses, aplacar todas las desconfianzas esperando el momento propicio para la

ejecución; saber seguir a la presa como un cazador, estudiar con precisión su forma de andar, su ropa, sus costumbres, sus horas de salida; a veces, cuando se trata de un personaje excepcionalmente bien protegido, encontrar el medio de ser contratado dentro de su círculo, acercársele, trabar amistad con algunos de sus parientes. Se cuenta que para ejecutar a una de sus víctimas, dos *fiday* tuvieron que vivir dos meses en un convento cristiano haciéndose pasar por monjes. ¡Notable capacidad de camaleón que, lógicamente, no puede acompañarse de ningún consumo de *haxix*! Lo más importante de todo es que el adepto debe adquirir la fe necesaria para afrontar la muerte, la fe en un paraíso que el martirio le hace merecer en el instante mismo en que la multitud enfurecida le quita la vida.

Nadie podría discutirlo; Hassan Sabbah ha conseguido construir la máquina de matar más temible de la Historia. Sin embargo, frente a ella se ha erguido otra en ese sangriento fin de siglo y es la Nizamiyya, que por fidelidad al visir asesinado va a sembrar la muerte con métodos diferentes, quizá más insidiosos, ciertamente menos espectaculares, pero cuyos efectos no serán menos devastadores.

XX

Mientras la multitud se ensañaba con los restos del Asesino, cinco oficiales se reunieron llorando en torno al cadáver aún caliente de Nizam; cinco manos derechas se tendieron, cinco bocas repitieron al unísono: «¡Duerme en paz, señor, ninguno de tus enemigos te sobrevivirá!»

¿Por quién empezar? Larga es la lista de los proscritos, pero las consignas de Nizam son claras. Los cinco hombres apenas necesitan consultarse. Murmuran un nombre. Sus manos se extienden de nuevo y luego hincan la rodilla en tierra. Juntos levantan el cuerpo enflaquecido por la enfermedad, que la muerte ha vuelto pesado, y lo llevan en procesión hasta sus cuarteles. Las mujeres ya están reunidas para gemir y la vista del cadáver reaviva sus lamentos. Uno de los oficiales se irrita: «¡No lloréis hasta que no haya sido vengado!» Aterrorizadas, las plañideras se interrumpen y todas miran al hombre que se aleja. Luego reanudan sus ruidosas lamentaciones,

Llega el sultán. Estaba con Terken cuando oyó los primeros gritos. Un eunuco enviado a buscar noticias volvió temblando: «¡Es Nizam el—Molk, señor! ¡Un asesino ha saltado sobre él! ¡Te ha entregado lo que le quedaba de vida!» El sultán y la sultana intercambiaron una mirada y luego Malikxah se levantó. Se puso un largo abrigo de caracul, se dio unos golpecitos en la cara ante el espejo de su esposa y acudió ante el difunto fingiendo sorpresa y la mayor aflicción.

Las mujeres se separan para dejar que se acerque al cuerpo de su *ata*. Se inclina y pronuncia una oración, algunas fórmulas de circunstancias, antes de volver junto a Terken para celebrar discretamente el acontecimiento.

Curioso comportamiento el de Malikxah. Se habría podido pensar que aprovecharía la desaparición de su tutor para al fin tomar entre sus propias manos los asuntos del Imperio. Nada de eso. Demasiado contento de haberse librado al fin del que frenaba sus pasiones, el sultán retoza; no hay otra palabra. Se anula de oficio toda reunión de trabajo, así como cualquier recepción de embajador; los días están dedicados al polo y a la caza y las veladas a las borracheras.

Más grave aún: después de su llegada a Bagdad envía este mensaje al califa: «Tengo la intención de hacer de esta ciudad mi capital de invierno; el Príncipe de los Creyentes tiene que desalojarla lo antes posible y buscarse otra residencia.» El sucesor del Profeta, cuyos antepasados han vivido en Bagdad desde hace tres siglos y medio, pide un mes de plazo para poner orden en sus asuntos.

Terken se inquieta por esa frivolidad, poco digna de un soberano de treinta y siete años, dueño de la mitad del mundo, pero su Malikxah es lo que es y, por lo tanto, lo deja divertirse y aprovecha la ocasión para afirmar su propia autoridad. Es a ella a quien recurren los emires y dignatarios, son sus hombres de confianza los que reemplazan a los fieles de Nizam. El sultán da su aprobación entre dos paseos y dos borracheras.

El 18 de noviembre de 1092, Malikxah se encuentra al norte de Bagdad cazando el onagro, en una zona boscosa y cenagosa. De sus últimas doce flechas, sólo una ha fallado el blanco; sus compañeros lo cubren de alabanzas, ninguno de ellos soñaría con igualar sus proezas. La caminata le ha abierto el apetito y lo expresa con reniegos. Los esclavos se apresuran a complacerle. Son aproximadamente doce para descuartizar, destripar y ensartar a los animales salvajes que pronto se están asando en un calvero. El anca más gorda es para el soberano, que la coge, la despedaza y la saborea con mucho apetito, acompañándola con un licor fermentado. De vez en cuando mordisquea frutos encurtidos, su plato preferido, del que su cocinero transporta por todas partes unas inmensas vasijas de barro para estar seguro de que no falte jamás.

De pronto, sobrevienen los cólicos desgarradores. Malikxah aúlla de dolor, sus compañeros tiemblan. Con nerviosismo tira su copa y escupe lo que tiene en la boca. Está doblado en dos, su cuerpo se vacía, delira, se desmaya. A su alrededor, decenas de cortesanos, de soldados y de sirvientes tiemblan y se observan con desconfianza. No se sabrá jamás qué mano ha deslizado el veneno en el licor. A menos que fuera en el vinagre. ¿O en la carne de la caza? Pero todos echan la cuenta: han transcurrido treinta y cinco días desde la

muerte de Nizam. Este había dicho «menos de cuarenta». Sus vengadores han cumplido el plazo.

Terken Jatún está en el campamento real, a una hora del lugar del drama. Le llevan al sultán exánime, pero aún vivo. Se apresura a alejar a todos los curiosos y sólo conserva a su lado a Yahán y a dos o tres fieles más, así como a un médico de la corte que sostiene la mano de Malikxah.

—¿El señor podrá recuperarse? —interroga la China.

—El pulso se debilita. Dios ha soplado la vela que tiembla antes de apagarse. No tenemos otro recurso que la oración.

—Si esa es la voluntad del Altísimo, escuchad bien lo que voy a decir.

No es el tono de una futura viuda, sino el de una señora del Imperio.

—Nadie fuera de esta tienda debe saber que el sultán no está ya entre nosotros. Contentaos con decir que se restablece lentamente, que necesita descanso y que nadie puede verlo.

Fugaz y sangrienta epopeya la de Terken Jatún. Aun antes de que el corazón de Malikxah cesara de latir, exige de su puñado de fieles que juren lealtad al sultán Mahmud de cuatro años y algunos meses de edad. Luego envía un mensajero al califa anunciándole la muerte de su esposo y pidiéndole que confirme la sucesión para su hijo; a cambio, no se volverá a hablar de inquietar al Príncipe de los Creyentes en su capital y su nombre será glorificado en los sermones de todas las mezquitas del Imperio.

Cuando la corte del sultán reanuda su camino hacia Ispahán, Malikxah ha muerto hace ya algunos días, pero la China continúa ocultando la noticia a las tropas. Colocan el cadáver en un gran carro cubierto con una tienda, pero ese tejemaneje no puede eternizarse; un cuerpo que no ha sido embalsamado no puede permanecer entre los vivos sin que la descomposición traicione su presencia. Terken opta por deshacerse de él y es así como Malikxah, «el sultán venerado, el gran Shahimshah, el rey de Oriente y de Occidente, el pilar del Islam y de los musulmanes, el orgullo del mundo y de la religión, el padre de las conquistas, el firme sostén del califa de Dios» es enterrado por la noche, precipitadamente, al borde de un camino, en un lugar que nadie ha podido volver a encontrar. Jamás, dicen los cronistas, se había oído decir que un soberano tan poderoso hubiese muerto así, sin que nadie orara ni llorara sobre su cuerpo.

La noticia de la desaparición del sultán termina por propalarse, pero Terken se justifica fácilmente: su primera preocupación ha sido ocultar la noticia al enemigo en un momento en que el ejército y la corte se encontraban lejos de la capital. En realidad, la China ha ganado el tiempo que necesitaba para instalar a su hijo en el trono y tomar ella las riendas del poder.

Las crónicas de la época no se equivocan al respecto. Desde ese momento, al hablar de las tropas imperiales dicen «los ejércitos de Terken Jatún». Al hablar de Ispahán precisan que es la capital de la Jatún. En cuanto al nombre del sultán—niño, será casi olvidado; sólo se le recordará como «el hijo de la China».

Sin embargo, frente a la sultana se yerguen los oficiales de la Nizamiyya. En la lista de proscritos, Terken Jatún va en segunda posición, justo después de Malikxah. Proclaman su apoyo al hijo mayor de este último, Barkyaruk, de once años de edad. Lo rodean, lo aconsejan y lo conducen al combate. Los primeros enfrentamientos les son favorables; la sultana tiene que replegarse en Ispahán, que pronto es sitiada. Pero Terken no es mujer que se reconozca vencida. Para defenderse está dispuesta a valerse de toda clase de artimañas, que se harán famosas.

Por ejemplo, escribe a varios gobernadores de provincias unas cartas así redactadas: «Soy viuda y tengo bajo mi custodia a un hijo menor de edad que necesita un padre para guiar sus pasos, para dirigir el Imperio en su nombre. ¿Quién mejor que tú desempeñaría ese cometido? Ven lo antes posible a la cabeza de tus tropas, liberarás a Ispahán y entrarás en ella como triunfador; yo me casaré contigo y todo el poder estará en tus manos.» El argumento surte efecto, los emires acuden, tanto desde Azerbeiyán como desde Siria y, aunque no consiguen romper el cerco de la capital, le procuran a la sultana largos meses de respiro.

Igualmente Terken reanuda los contactos con Hassan Sabbah. «¿No te había prometido la cabeza de Nizam el—Molk? Ya te la he entregado. Hoy es Ispahán, la capital del Imperio, lo que te ofrezco. Sé que tus hombres son numerosos en esta ciudad. ¿Por qué viven en la

sombra? Diles que se muestren; obtendrán oro y armas y podrán predicar a la luz del día.» De hecho, después de tantos años de persecución, aparecen cientos de ismaelíes y las conversiones se multiplican. En algunos barrios forman milicias armadas por cuenta de la sultana.

Sin embargo, la última añagaza de Terken es, probablemente, la más ingeniosa y la más audaz: unos emires de su círculo se presentan un día en el campamento enemigo anunciando a Barkyaruk que han decidido abandonar a la sultana, que sus tropas están dispuestas a rebelarse y que si aceptara acompañarles se introduciría con ellos por sorpresa en la ciudad y podían dar la señal de una sublevación; Terken y su hijo serían degollados y él podría establecerse firmemente en el trono. Estamos en 1094, el pretendiente sólo tiene trece años y la proposición le seduce. ¡Apoderarse en persona de la ciudad, cuando sus emires la asedian sin éxito desde hace más de un año! Apenas lo duda. La noche siguiente se desliza fuera de su campamento a espaldas de sus parientes y se presenta con los emisarios de Terken ante la puerta de Kaliab, que como por encanto se abre ante él. Ahí está, caminando con paso decidido, rodeado de una escolta exageradamente alegre para su gusto, lo que cree que es debido al éxito sin fallos de su hazaña. Cuando los hombres se ríen demasiado alto, él les ordena que se tranquilicen y ellos le responden reverentemente antes de soltar la carcajada.

Pero ¡ay! cuando se da cuenta de que su alegría es sospechosa, es demasiado tarde. Lo inmovilizan, lo atan de pies y manos, le tapan la boca y los ojos y lo conducen, en medio de un cortejo de burlas, hasta la puerta del harén. Despiertan al jefe de los eunucos, que corre a advertir a Terken de su llegada. Es ella la que tiene que decidir la suerte del rival de su hijo, si hay que estrangularle o contentarse con dejarle ciego. Apenas el eunuco se ha internado por el largo pasillo mal iluminado cuando, súbitamente, resuenan gritos, llamadas, sollozos que vienen del interior. Intrigados e inquietos, los oficiales que no han podido resistir la tentación de entrar en la zona prohibida se tropiezan con una anciana y habladora sirvienta: acaban de descubrir a Terken Jatún muerta en su lecho, con el instrumento del crimen a su lado, el grande y mullido almohadón que la ha asfixiado. Un eunuco de vigorosos brazos ha desaparecido; la sirvienta recuerda que había sido introducido en el harén unos años antes por recomendación de Nizam el—Molk.

XXI

Insólito dilema para los partidarios de Terken: su sultana está muerta, pero su principal adversario está a su merced; su capital está sitiada, pero aquel mismo que los asedia es su prisionero. ¿Qué hacer con él? Es Yahán quien ha ocupado el lugar de Terken como guardiana del niño—sultán y ante ella llevan el debate para que lo resuelva. Hasta ese momento se había mostrado llena de recursos, pero la muerte de su señora ha sacudido la tierra bajo sus pies. ¿A quién dirigirse? ¿A quién consultar si no es a Omar?

Cuando éste llega la encuentra sentada en el diván de Terken, al pie de la cortina descorrida, con la cabeza baja y los cabellos sueltos descuidadamente sobre sus hombros. El sultán está a su lado, inmóvil, sentado en su almohadón, totalmente vestido de seda y con un turbante sobre su cabecita. Tiene la cara roja y llena de granos, los ojos medio cerrados y parece aburrido.

Omar se acerca a Yahán, le toma la mano con ternura y pasa lentamente su palma por su rostro. Susurra.

—Me acabo de enterar de lo de Terken Jatún. Has hecho bien en llamarme a tu lado.

Pero cuando le está acariciando los cabellos, Yahán lo rechaza.

—Si te he hecho venir no es para que me consueles, sino para consultarte sobre un asunto grave.

Omar retrocede un paso, cruza los brazos y escucha.

—A Barkyaruk lo atrajeron a una celada y está prisionero en este palacio. Los hombres están divididos con respecto a su suerte. Algunos exigen que se le mate, especialmente aquellos que le prepararon esa trampa; quieren estar seguros de que jamás tendrán que responder de sus actos ante él. Otros prefieren entenderse con él, instalarle en el trono y granjearse sus favores esperando que olvide su contratiempo. Y aún hay otros que proponen retenerlo como rehén para negociar con los sitiadores. ¿Qué camino nos aconsejas seguir?

—¿Y me has arrancado de mis libros para preguntarme esto?

Yahán se levanta indignada.

—¿El problema no te parece lo suficientemente importante? Mi vida depende de ello. El destino de miles de personas, el de esta ciudad, el del Imperio, pueden depender de esta decisión. ¡Y tú, Omar Jayyám, no quieres que se te moleste por tan poca cosa!

—¡Pues no, no quiero que se me moleste por tan poca cosa!

Hace un movimiento hacia la puerta; cuando va a abrirla, vuelve hacia Yahán.

—Siempre se me consulta cuando ya se ha cometido el delito. ¿Qué quieres que les diga ahora a tus amigos? Si les aconsejo que liberen al adolescente, ¿cómo garantizarles que mañana no querrá cortarles el cuello? Si les aconsejo que lo retengan como rehén o que lo maten, me convierto en su cómplice. Déjame lejos de esas disputas, Yahán, y tú permanece también lejos de ellas.

La mira fijamente con compasión.

—Un retoño de sultán turco sustituye a otro retoño, un visir aparta a otro visir. Por Dios, Yahán ¿cómo puedes pasar los más hermosos años de tu vida en esta jaula de fieras? Déjales que se degüellen, que se maten y que mueran. ¿Será por eso el sol menos brillante y el vino menos suave?

—Baja la voz, Omar, estás asustando al niño, y en las habitaciones contiguas los oídos escuchan.

Omar se obstina:

—¿No me has llamado para preguntarme mi opinión? Pues bien, voy a dártela sin rodeos: sal de esta sala, abandona este palacio, no mires hacia atrás, no digas adiós, ni siquiera recojas tus cosas y ven, dame la mano, volvamos a nuestra casa. Tú compondrás tus poemas, yo observaré mis estrellas. Cada noche vendrás a acurrucarte desnuda contra mí, el vino almizclado nos hará cantar, el mundo dejará de existir para nosotros, lo atravesaremos sin verlo, sin oírlo; su lodo y su sangre no se pegarán a nuestras suelas.

Yahán tiene los ojos arrasados en lágrimas.

—Si pudiera volver a esa edad de la inocencia, ¿crees que lo dudaría? Pero es demasiado tarde, he ido demasiado lejos. Si mañana los fieles de Nizam el—Molk se apoderaran de Ispahán, no me perdonarían; estoy en su lista de proscritos.

—Yo fui el mejor amigo de Nizam; te protegeré, no vendrán a mi casa para arrebatarme a mi mujer.

—Abre los ojos, Omar, no conoces a esos hombres, sólo piensan en vengarse. Ayer te reprochaban el haber salvado la vida a Hassan Sabbah; mañana te reprocharán el haber escondido a Yahán y te matarán al mismo tiempo que a mí.

—Pues bien, sea. Permaneceremos juntos en nuestra casa y si mi destino es morir contigo me resignaré.

Yahán se yergue.

—¡Yo no me resigno! Estoy en este palacio rodeada de tropas que me son fieles, en una ciudad que desde ahora me pertenece; lucharé hasta el final y si muero será como una sultana.

—¿Y cómo mueren las sultanas? ¡Envenenadas, asfixiadas, estranguladas! ¡O dando a luz! No es con la pompa como se escapa de la miseria humana.

Se observan en silencio durante largo rato. Yahán se acerca, roza los labios de Omar con un beso que quiere hacer ardiente y se abandona un instante entre sus brazos. Pero él se aparta, su despedida le resulta insoportable. Y suplica una última vez:

—Si aún atribuyes a nuestro amor el menor valor, ven conmigo, Yahán. La mesa está preparada en la terraza, un viento suave nos llega de los montes Amarillos, dentro de dos horas estaremos embriagados e iremos a acostarnos. Diré a los sirvientes que no nos despierten cuando Ispahán cambie de dueño.

XXII

Esa noche, el viento de Ispahán lleva un lozano perfume de albaricoque, pero ¡qué muertas están las calles! Jayyám busca refugio en su observatorio. Generalmente le basta entrar en él, dirigir su mirada hacia el cielo, sentir en los dedos los discos graduados de su astrolabio para que las preocupaciones del mundo se desvanezcan. Esta vez no. Las estrellas están silenciosas; no hay música, ni murmullos, confidencias. Omar no las acosa; deben de tener buenas razones para callarse. Se resigna a volver a su casa. Camina lentamente con una caña en la mano, golpeando con ella de vez en cuando alguna mata de hierba o una rama rebelde.

Ahora está tendido en su habitación con las luces apagadas; sus brazos estrechan desesperadamente a una Yahán imaginaria y tiene los ojos rojos por las lágrimas y el vino. A su izquierda, en el suelo, una garrafa, una copa de plata que coge de vez en cuando con mano cansada para beber largos tragos, pensativo y desengañado. Sus labios dialogan consigo mismo, con Yahán, con Nizam. Con Dios sobre todo. ¿Quién sino Él podría salvar aún ese universo que se descompone?

Sólo cuando llega el alba, Omar, agotado, con la mente nublada, se abandona al fin al sueño. ¿Cuántas horas ha dormido? Un retumbar de pasos le despierta; el sol ya alto se filtra por una rendija de la colgadura obligándole a protegerse los ojos. Entonces ve en el umbral de la puerta al hombre cuya ruidosa llegada le ha molestado. Es alto, con bigote, su mano acaricia con gesto maternal la guarnición de su espada. Lleva en la cabeza un turbante verde chillón y sobre los hombros la corta capa de terciopelo de los oficiales de la Nizamiyya.

—¿Quién eres? —pregunta Jayyám bostezando—. ¿Y quién te ha dado derecho sobre mi sueño?

—¿El señor no me ha visto nunca con Nizam el—Molk? Yo era su guardaespaldas, su sombra. Me llaman Vartan el Armenio.

Omar se acuerda ahora, lo que no le tranquiliza nada. Siente como una cuerda que le va apretando desde la garganta hasta las tripas. Pero si tiene miedo no quiere demostrarlo.

—¿Su guardaespaldas y su sombra, dices? ¿Entonces eras tú quien tenía que protegerlo del asesino?

—Me había ordenado que permaneciera lejos de él. Nadie ignora que quiso esa muerte. Aunque yo hubiera podido matar a un asesino, habría surgido otro. ¿Quién soy yo para interponerme entre mi señor y su destino?

—¿Y qué quieres de mí?

—Anoche nuestras tropas se infiltraron en Ispahán. La guarnición se nos unió. El sultán Barkyaruk ha sido liberado y desde ahora esta ciudad le pertenece.

Jayyám se levanta de un salto.

—¡Yahán!

Un grito y una interrogación angustiada. Vartan no dice nada. Su semblante inquieto contrasta con su aspecto marcial. Omar cree leer en sus ojos una monstruosa confesión. El oficial murmura:

—¡Me hubiera gustado tanto salvarla! ¡Me hubiera sentido tan orgulloso de presentarme en casa del ilustre Jayyám trayéndole a su esposa indemne! Pero llegué demasiado tarde. Los soldados habían degollado a toda la gente del palacio.

Omar avanza hacia el oficial y lo agarra con todas sus fuerzas, sin conseguir, sin embargo, hacerle vacilar.

—¡Y has venido para anunciarme esto!

El otro sigue con la mano sobre la guarnición de su espada. No ha desenvainado. Habla con voz neutra.

—He venido por otra cosa muy diferente. Los oficiales de la Nizamiyya han decidido que debes morir. Cuando se hiere al león, dicen, es prudente terminar con él. Me han asignado la misión de matarte.

Súbitamente Jayyám se siente más sereno. Permanecer digno en el momento último. ¡Cuántos sabios dedicaron su vida entera a alcanzar esa cima de la condición humana! No aboga por su vida. Por el contrario, siente a cada instante el reflujó de su miedo. Y sobre todo piensa en Yahán y no duda de que ella también haya sabido ser digna.

—¡Jamás habría perdonado a aquellos que han matado a mi mujer! ¡Toda mi vida habría sido su enemigo, toda mi vida habría soñado con verlos un día empalados! ¡Hacéis bien en deshaceros de mí!

—Yo no opino así, señor. Éramos cinco oficiales para decidirlo, todos mis compañeros quisieron tu muerte, yo fui el único que me opuse.

—Hiciste mal. Tus compañeros me parecen más prudentes.

—Te he visto con frecuencia con Nizam el—Molk. Os sentabais a hablar como padre e hijo y él nunca dejó de quererte, a pesar de las artimañas de tu mujer. Si hubiera estado entre nosotros no te habría condenado y a ella también la habría perdonado, por ti.

Jayyám examina detenidamente a su visitante, como si en ese momento acabara de descubrir su presencia.

—Puesto que eras contrario a mi muerte, ¿por qué te eligieron para venir a ejecutarme?

—Fui yo quien lo propuso. Los otros te habrían matado. Yo tengo la intención de dejarte vivir. ¿Crees, si no, que me hubiera quedado a dialogar así contigo?

—¿Y qué explicación les darás a tus compañeros?

—No daré ninguna explicación. Me marcharé. Mis pasos seguirán a los tuyos.

—Lo anuncias con tanta calma que parece una decisión muy madurada.

—Es la verdad misma. No estoy actuando por una cabezonada. Fui el más fiel servidor de Nizam el—Molk y creía en él. Si Dios lo hubiera permitido, habría muerto por protegerlo. Pero desde hacía mucho tiempo había decidido que si mi señor desaparecía no serviría ni a sus hijos ni a sus sucesores y que abandonarí para siempre la carrera de la espada. Las circunstancias de su muerte me han obligado a prestar mis servicios una última vez. Estoy involucrado en el asesinato de Malixah y no me arrepiento de ello; había traicionado a su tutor, a su padre, al hombre que lo había elevado a la cúspide; por lo tanto, merecía morir. He tenido que matar, pero no por ello me he convertido en un asesino. Jamás habría derramado la sangre de una mujer. Y cuando mis compañeros proscribieron a Jayyám, comprendí que había llegado para mí el momento de partir, de cambiar de vida, de transformarme en ermitaño o en poeta errante. Si quieres, maestro, recoge algunas cosas y abandonemos esta ciudad lo antes posible.

—¿Y para ir adónde?

—Tomaremos la ruta que quieras, te seguiré a todas partes como un discípulo y mi espada te protegerá. Volveremos cuando la agitación se haya calmado.

Mientras el oficial prepara las monturas, Omar recoge apresuradamente su manuscrito, su escribanía, su cantimplora y una bolsa llena de oro. Atraviesan de parte a parte el oasis de Ispahán hasta el arrabal de Marbin, al oeste, sin que los soldados, que son numerosos, amaguen con molestarles. Una palabra de Vartan y las puertas se abren y los centinelas se apartan respetuosamente. Esta complacencia no deja de intrigar a Omar, que sin embargo evita interrogar a su compañero. Por el momento no tiene otra elección que confiar en él.

Hace menos de una hora que se han marchado cuando una multitud enloquecida llega a saquear la casa de Jayyám y a prenderle fuego. Al final de la tarde desvalijan el observatorio. En el mismo momento, el cuerpo en paz de Yahán era enterrado al pie de la muralla que bordea el jardín del palacio.

Ninguna losa indica a la posteridad el lugar de su sepultura.

Parábola extraída del *Manuscrito de Samarcanda*.

«Tres amigos iban de paseo por las altiplanicies de Persia. Aparece una pantera; toda la ferocidad del mundo vivía con ella.

»La pantera observa largo rato a los tres hombres y luego corre hacia ellos.

»El primero era el de más edad, el más rico, el más poderoso. Gritó: "Soy el dueño de estos lugares, jamás permitiré a un animal que haga estragos en las tierras que me pertenecen." Estaba acompañado de dos perros de caza, los soltó contra la pantera y pudieron

morderla ,pero eso sólo consiguió enfurecerla más; los mató, saltó contra su amo y le desgarró las entrañas.

»Ese fue el destino de Nizam el—Molk.

»El segundo se dijo: “Soy un hombre sabio, todos me honran y me respetan. ¿Por qué voy a dejar que mi destino se decida entre unos perros y una pantera?” Dio media vuelta y huyó sin esperar el resultado del combate. Desde entonces anda errante de cueva en cueva, de cabaña en cabaña, convencido de que la fiera le va pisando los talones constantemente.

»Ese fue el destino de Omar Jayyám.

»El tercero era un hombre de fe. Avanzó hacia la pantera con las manos extendidas, la mirada dominadora, la boca elocuente, “Sé bienvenida a estas tierras, le dijo, mis compañeros eran más ricos que yo y los has desvalijado, eran más orgullosos y los has humillado.” La fiera escuchaba seducida, dominada. Consiguió mucho ascendiente sobre ella y la domó. Desde entonces ninguna pantera se atreve a acercarse a él y los hombres se mantienen a distancia.»

El *Manuscrito* concluye: «Cuando vienen tiempos de confusión, nadie puede parar su curso, nadie puede evitarlos, algunos consiguen servirse de ellos. Mejor que nadie, Hassan Sabbah ha sabido domar la ferocidad del mundo. Ha sembrado el miedo a su alrededor para prepararse en su reducto de Alamut un minúsculo espacio de sosiego.»

En cuanto se apoderó de la fortaleza de Alamut, Hassan Sabbah comenzó los trabajos para asegurar un total hermetismo con respecto al mundo exterior. Necesitaba, sobre todo, hacer imposible toda penetración enemiga. Por lo tanto, gracias a acertadas construcciones, mejoró las cualidades, ya excepcionales, del lugar, cerrando con trozos de muralla el menor pasaje entre dos colinas.

Pero esas fortificaciones no le bastan a Hassan. Aunque el asalto fuera imposible, los sitiadores podrían apoderarse de su reducto si consiguieran rendirlo por el hambre y la sed. Así es como terminan la mayoría de los asedios. Y sobre ese punto Alamut es particularmente vulnerable, al tener pocos recursos de agua potable. Pero el Gran Maestro encuentra la solución al problema. En vez de abastecerse del agua de los ríos cercanos, cava en la montaña una impresionante red de aljibes y canales con el fin de recoger el agua de la lluvia y del deshielo. Cuando se visitan hoy las ruinas del castillo, se puede aún admirar, en la gran habitación donde vivía Hassan, un «estanque milagroso» que se llena a medida que se vacía y que, prodigio de ingeniosidad, no se desborda jamás.

Para las provisiones, el Gran Maestro acondiciona unos pozos donde entroja aceite, vinagre y miel; igualmente acumula cebada, grasa de cordero y frutos secos en cantidades considerables, suficiente para aguantar un cerco total durante casi un año, lo que en esa época excedía con mucho las capacidades de resistencia de los sitiadores, particularmente en una zona donde el invierno es crudo.

Hassan dispone, pues, de un escudo sin fallo; posee, por decirlo así, el arma defensiva absoluta. Con sus fieles asesinos tiene, igualmente, el arma ofensiva absoluta. En efecto ¿cómo precaverse contra un hombre decidido a morir? Toda protección se funda en la disuasión; ya se sabe que los personajes importantes se rodean de una guardia de aspecto aterrador que hace temer una muerte inevitable a cualquier eventual agresor. Pero ¿y si el agresor no teme morir? ¿Y si está persuadido de que el martirio es un atajo para llegar al paraíso? ¿Y si tiene constantemente en la mente las palabras del Predicador: «No estáis hechos para este mundo sino para el otro. ¿Tendría miedo un pez si se le amenazara con tirarlo al mar?» ¿Y si, además, el asesino consigue infiltrarse en el círculo de su víctima? Entonces no se puede hacer nada para detenerlo. «Yo soy menos poderoso que el sultán, pero puedo perjudicarte mucho más que lo que él pueda hacerlo», había escrito Hassan un día a un gobernador de provincia.

Así, después de forjarse los instrumentos de guerra más perfectos que puedan imaginarse, Hassan Sabbah se instaló en su fortaleza y ya no la abandonó jamás; sus biógrafos dicen incluso que en los treinta últimos años de su vida sólo salió dos veces de su casa, y las dos veces ¡para subir al tejado! Allí estaba, de la mañana a la noche, sentado con las piernas cruzadas, sobre una estera que su mismo cuerpo había raído, pero que nunca quiso cambiar o reparar. Enseñaba, escribía y lanzaba a sus asesinos al acoso de sus enemigos. Y cinco veces al día rezaba, sobre la misma estera, con sus visitantes del momento.

Para aquellos que nunca han tenido la ocasión de visitar las ruinas de Alamut, no es, sin duda, inútil precisar que ese lugar no habría adquirido tanta importancia en la Historia si hubiera tenido como única ventaja su difícil acceso y si no hubiera habido en la cima del pico rocoso una planicie lo bastante amplia como para contener una ciudad o por lo menos un pueblo grande. En los tiempos de los Asesinos se accedía a ella por un estrecho túnel al este que desembocaba en la fortaleza baja; callejuelas que se entrecruzaban, casitas de tierra al amparo de las murallas; atravesando la *meydán*, la plaza mayor, única área de reunión para toda la comunidad, se llegaba a la fortaleza alta. Ésta tenía la forma de una botella tumbada, ancha al este y el cuello dirigido hacia el oeste. El gollete era un pasillo estrechamente vigilado. La casa de Hassan estaba al final. Su única ventana daba a un precipicio. Fortaleza dentro de la fortaleza.

Por los espectaculares crímenes que ordenó, por las leyendas que se tejieron en torno a él, a su secta y a su castillo, el Gran Maestro de los Asesinos aterrorizó durante mucho tiempo al Oriente y al Occidente. En todas las ciudades musulmanas cayeron altos dignatarios; los cruzados tuvieron que deplorar dos o tres víctimas eminentes. Pero se olvida con demasiada frecuencia que fue en Alamut principalmente donde reinó el terror.

¿Qué reinado es peor que el de la virtud militante? El Predicador supremo quiso reglamentar cada instante de la vida de sus adeptos. Desterró todos los instrumentos de música; si descubría la más pequeña flauta, la rompía en público y la tiraba al fuego; al culpable se le cargaba de cadenas y se le apaleaba antes de expulsarlo de la comunidad. El consumo de bebidas alcohólicas estaba aún más severamente castigado. El propio hijo de Hassan, sorprendido una noche por su padre en estado de embriaguez, fue condenado a muerte inmediatamente; a pesar de las súplicas de su madre, fue decapitado al alba del día siguiente. Para dar ejemplo. Nadie se atrevió nunca más a beber un trago de vino.

La justicia de Alamut era, cuando menos, expeditiva. Se cuenta que un día se cometió un crimen en el recinto de la fortaleza. Un testigo acusó al segundo hijo de Hassan. Sin tratar de verificar los hechos, éste mandó que le cortaran la cabeza a su último hijo varón. Algunos días más tarde, el verdadero culpable confesaba y a su vez fue decapitado.

Los biógrafos del Gran Maestro mencionan la matanza de sus hijos para ilustrar su rigor y su imparcialidad y precisan que la comunidad de Alamut se convirtió, gracias a esos ejemplares castigos, en un remanso de virtud y moralidad, lo que se cree con facilidad; sin embargo, se sabe por diversas fuentes que al día siguiente de esas ejecuciones, la única mujer de Hassan, así como sus hijas, se sublevaron contra su autoridad, que él ordenó que las expulsaron de Alamut y recomendó a sus sucesores que actuaran del mismo modo en el futuro para evitar que femeninas influencias alteraran su recto juicio.

Separarse del mundo, hacer el vacío alrededor de su persona, rodearse de murallas de piedra y de miedo, tal parece haber sido el sueño insensato de Hassan Sabbah.

Pero ese vacío comienza a asfixiarlo. Los reyes más poderosos tienen locos o alegres compañeros para aliviar el irrespirable rigor que los envuelve. El hombre de los ojos desorbitados está irremediablemente solo, amurallado en su fortaleza, recluso en su casa, encerrado en sí mismo. Nadie a quien hablar, sólo dóciles súbditos, servidores mudos, adeptos magnetizados.

De todos los seres que ha conocido, sólo hay uno con el que sabe que podría hablar aún, si no de amigo a amigo, de hombre a hombre. Y es Jayyám. Por lo tanto le escribe. Una carta en la que la desesperación se disimula bajo una espesa capa de orgullo: «En vez de vivir como un fugitivo, ¿por qué no vienes a Alamut? Como tú, yo fui perseguido; ahora soy yo quien persigue. Aquí serás protegido, servido y respetado, y ningún emir de la tierra podrá tocar ni un cabello de tu cabeza. He formado una inmensa biblioteca donde encontrarás las obras más excepcionales y podrás leer y escribir a tu placer. En este lugar alcanzarás la paz.»

XXIII

Efectivamente, desde que abandonó Ispahán, Omar lleva una existencia de fugitivo y de paria. Cuando acude a Bagdad, el califa le prohíbe hablar en público o recibir a los numerosos admiradores que se aglomeran ante su puerta. Cuando visita La Meca, sus detractores se ríen sarcásticamente al unísono: «¡Peregrinación de conveniencia!» Cuando al regreso pasa por Basora, el hijo del cadí de la ciudad acude a rogarle lo más cortésmente del mundo que acorte su estancia.

Su destino es, pues, de lo más desconcertante. Nadie le discute su talento y su erudición; allí donde va, verdaderas multitudes de letrados se reúnen a su alrededor y le interrogan sobre astrología, álgebra, medicina e incluso sobre cuestiones religiosas. Se le escucha con recogimiento. Pero indefectiblemente, algunos días o algunas semanas después de su llegada se organiza una camarilla que propaga toda clase de calumnias acerca de él. Se le tacha de impío o de hereje, se recuerda su amistad con Hassan Sabbah, se repiten las acusaciones de alquimista proferidas en Samarcanda, se le envían detractores llenos de celo que perturban sus charlas, se amenaza con represalias a aquellos que osan alojarlo. Generalmente, Omar no insiste. Cuando siente que la atmósfera se enrarece, simula una dolencia para no aparecer más en público y no tarda en partir hacia una nueva etapa que será igualmente breve, igualmente arriesgada.

Venerado y maldito, sin otro compañero que Vartan, está constantemente a la búsqueda de un techo, de un protector y de un mecenas. Puesto que desde la muerte de Nizam no se le paga la generosa pensión que este último le había asignado, se ve obligado a visitar a los príncipes y gobernadores y preparar sus horóscopos mensuales. Pero aunque a menudo pasa estrecheces, sabe hacerse pagar sin bajar la cabeza.

Se cuenta que un visir, sorprendido de oír a Omar exigir una suma de cinco mil dinares de oro, le había lanzado:

—¿Sabes que a mí no me pagan tanto?

—Es lógico —respondió Jayyám.

—¿Y por qué?

—Porque sabios como yo sólo hay un puñado cada siglo, mientras que visires como tú se podrían nombrar quinientos cada año.

Los cronistas afirman que el personaje supo reírse a carcajadas y luego satisfizo todas las exigencias de Jayyám, reconociendo civilizadamente la exactitud de tan orgullosa ecuación.

«Ningún sultán es más feliz que yo, ningún mendigo está más triste», escribe Omar en esa época.

Los años pasan y lo volvemos a encontrar en 1114 en la ciudad de Merv, antigua capital de Jorasán, que sigue siendo famosa por sus telas de seda y sus diez bibliotecas, pero que desde hace algún tiempo se ha visto privada de todo cometido político. Para volver a dar esplendor a su deslustrada corte, el soberano local trata de atraer a las celebridades del momento. Sabe cómo seducir al gran Jayyám: proponiéndole construir un observatorio semejante en todo al de Ispahán. A los sesenta y seis años Omar sólo sueña aún con ello; acepta con un entusiasmo de adolescente y se consagra al proyecto. Pronto se alza el edificio sobre una colina, en el barrio de Bab Senyán, en medio de un jardín de junquillos y moreras blancas.

Durante dos años, Omar es feliz y trabaja con empeño; nos dicen que efectúa experiencias sorprendentes en la previsión meteorológica, ya que su conocimiento del cielo le permite describir con exactitud los cambios de clima para cinco días sucesivos. Igualmente, desarrolla sus avanzadas teorías en matemáticas; habrá que esperar al siglo XIX para que los investigadores europeos reconozcan en él a un genial precursor de la geometría no euclidiana. También escribe *ruba'iyat*, parece ser que estimulado por la excepcional calidad de los viñedos de Merv.

Evidentemente, para todo esto existe una contrapartida. Omar tiene la obligación de asistir a interminables ceremonias del palacio, de ofrecer solemnemente sus respetos al soberano con ocasión de cada fiesta, cada circuncisión principesca, cada regreso de una

cacería o de una campaña y estar presente en el *divan* con frecuencia, dispuesto a lanzar algún dicho ingenioso, una cita, un verso apropiado para las circunstancias. Además de la impresión de haberse puesto la piel de un oso sabio, tiene constantemente la de perder en el palacio un tiempo precioso que habría utilizado mejor en su mesa de trabajo. Sin contar el riesgo de tener encuentros desagradables.

Como en ese frío día de febrero, cuando le enzarzaron en una memorable disputa a propósito de una cuarteta de juventud llegada a los oídos de un envidioso. Ese día, el *divan* es un hervidero de letrados con turbante. El monarca, plenamente satisfecho, contempla su corte con beatitud.

Cuando Omar llega, el debate está ya entablado sobre un tema que apasiona en ese momento a los hombres de religión. «¿Podría haberse creado mejor el Universo?» Aquellos que responden «sí» son tachados de impíos, puesto que insinúan que Dios no cuidó suficientemente su obra. Los que responden «no» son tachados igualmente de impíos, puesto que dan a entender que el Altísimo sería incapaz de hacerlo mejor.

Se discute con pasión, se gesticula. Jayyám se contenta con observar distraídamente la mímica de cada uno. Pero un orador lo no nombra, elogia su sabiduría y le pide su opinión. Omar se aclara la garganta. No ha pronunciado aún una sola sílaba cuando el gran cadí de Merv, a quien nunca le ha agradado la presencia de Jayyám en su ciudad y menos aún las atenciones de las que está constantemente rodeado, salta de su asiento señalándole con un dedo acusador.

—¡Ignoraba que un ateo pudiera expresar una opinión sobre las cuestiones de nuestra fe! Omar esboza una sonrisa cansada pero inquietante.

—¿Qué te autoriza a tratarme de ateo? ¡Espera al menos a haberme oído?

—No necesito oírte. ¿No es a ti a quien se atribuye este verso: «Si castigas con el mal el mal que he hecho, dime ¿cuál es la diferencia entre tú y yo?» El hombre que profiere semejantes palabras ¿no es un ateo?

Omar se encoge de hombros.

—Si no creyera que Dios existe, no me dirigiría a Él.

—¿En ese tono? —ríe el cadí sarcásticamente.

—Sólo a los sultanes y a los cadíes hay que hablarles con circunloquios. No al Creador. Dios es grande, no necesita para nada nuestros melindres y nuestras pobres zalemas. Me ha hecho pensante y por lo tanto pienso y le entrego sin disimulos el fruto de mi pensamiento.

En medio de los murmullos de aprobación de la asistencia, el cadí se retira mascullando amenazas. El soberano, después de reírse, se siente inquieto, teme las consecuencias en algunos barrios. Su semblante se ensombrece y sus visitantes se apresuran a despedirse.

Al volver a su casa en compañía de Vartan, Omar reniega contra la vida de la corte, sus trampas y sus futilidades, prometiéndose abandonar Merv lo antes posible; su discípulo no se altera demasiado, es la séptima vez que su maestro amenaza con partir; por lo general, al día siguiente, ya más resignado, reanuda sus investigaciones mientras vienen a consolarlo.

Esa noche, una vez en su habitación, Omar escribe en su libro una cuarteta llena de despecho que termina así:

Cambia tu turbante por vino
¡y sin pena, ponte un gorro de lana!

Luego mete el manuscrito en su escondite habitual, entre el lecho y la pared. Al despertarse, siente deseos de releer su cuarteta porque le parece que hay una palabra mal colocada. Su mano rebusca a ciegas y coge el libro, y es el abrirlo cuando descubre la carta de Hassan Sabbah, deslizada entre dos páginas mientras dormía.

Inmediatamente Omar reconoce la letra y esa firma convenida entre ellos desde hace ya cuarenta años: «El amigo que conociste en el caravasar de Qaxan.» Mientras lee no puede reprimir una carcajada. Vartan, que se acaba de despertar en la habitación contigua, viene a ver lo que divierte tanto a su maestro después del disgusto de la víspera.

Acabamos de recibir una generosa invitación: alojados, alimentados, protegidos hasta el fin de nuestra vida.

—¿Por qué gran príncipe?

—El de Alamut.

Vartan da un respingo. Se siente culpable.

—¿Cómo ha podido llegar esa carta hasta aquí? ¡Antes de acostarme comprobé todas las puertas!

—No trates de saberlo. Hasta los sultanes y los califas han renunciado a protegerse. Cuando Hassan decide enviarte una misiva o un puñal es seguro que los recibirás, ya estén tus puertas abiertas de par en par o cerradas con candado.

El discípulo se acerca la carta al bigote y la olfatea ruidosamente, luego la lee y la relee.

—Quizá tenga razón ese demonio —concluye—. Es en Alamut donde tu seguridad estaría mejor garantizada. Después de todo Hassan es tu más viejo amigo.

—¡Por el momento, mi más viejo amigo es el vino nuevo de Merv!

Con un placer infantil, Omar comienza a desgarrar la hoja en una infinidad de trozos que lanza al aire; y mientras los observa flotar y revolotear en su caída, continúa hablando:

—¿Qué tenemos en común ese hombre y yo? Yo soy un adorador de la vida y él un idólatra de la muerte. Yo escribo: «Si no sabes amar ¿para qué te sirve que el sol salga y se ponga?» Hassan exige de sus hombres que ignoren el amor, la música, la poesía, el vino, el sol. Desprecia lo más bello de la creación y se atreve a pronunciar el nombre del Creador. ¡Se atreve a prometer el paraíso! ¡Créeme, si su fortaleza fuera la puerta del paraíso, renunciaría al paraíso! ¡Jamás pondré los pies en esa cueva de falsos devotos!

Vartan se sienta, se rasca con fruición la nuca antes de decir con el más abatido de los tonos:

—Puesto que ésa es tu respuesta, ya es hora de que te revele un secreto demasiado viejo. ¿Nunca te has preguntado por qué cuando huimos de Ispahán los soldados nos dejaron largarnos tan cándidamente?

—Eso me ha intrigado siempre, pero como desde hace años sólo he comprobado fidelidad por tu parte, abnegación y filial afecto, nunca he querido remover el pasado.

—Ese día los oficiales de la Nizamiyya sabían que iba a salvarte y partir contigo. Eso formaba parte de una estrategia que yo había imaginado.

Antes de proseguir, sirve oportunamente a su maestro y a sí mismo un buen vaso de vino granate.

—No ignoras que en la lista de los proscritos establecida por el propio Nizam el—Molk había un hombre al que nunca hemos logrado atrapar, Hassan Sabbah. ¿No fue él el principal responsable del asesinato? Mi plan era simple: partir contigo con la esperanza de que buscaras refugio en Alamut. Yo te acompañaría hasta allí rogándote que no revelararas mi identidad y encontraría la ocasión de librar a los musulmanes y al mundo entero de ese demonio. Pero tú te obstinaste en no poner jamás los pies en la sombría fortaleza.

—Sin embargo, te has quedado a mi lado todo este tiempo.

—Al principio pensaba que me bastaría ser paciente, que cuando te hubieran expulsado de quince ciudades sucesivas te resignarías a tomar el camino de Alamut. Luego pasaron los años y te tomé cariño, mis compañeros se dispersaron por todos los rincones del Imperio y mi determinación se debilitó. Y así fue como Omar Jayyám salvó la vida por segunda vez a Hassan Sabbah.

—Deja de lamentarte, quizá fue a ti a quien salvé la vida.

—La verdad es que debe de estar bien protegido en su guarida.

Vartan no puede disimular un resto de amargura, que divierte a Jayyám.

—Dicho esto, añadiré que si me hubieras revelado tu plan, sin duda te habría conducido a Alamut.

El discípulo salta de su asiento.

—¿Es verdad eso?

—No. ¡Siéntate! Sólo lo decía para mortificarte. A pesar de todo lo que Hassan haya podido cometer, si lo viera en este momento ahogándose en el río Mungab le tendería la mano para ayudarlo.

—¡Yo le hundiría violentamente la cabeza bajo el agua! Sin embargo, tu actitud me reconforta. Escogí permanecer a tu lado porque eres capaz de semejantes palabras y de semejantes actos. Y de eso no me arrepiento.

Jayyám estrecha con fuerza a su discípulo entre sus brazos.

—Me alegro de que mis dudas con respecto a ti se hayan disipado. Ya soy viejo y necesito saber que tengo junto a mí a un hombre de confianza. A causa de este manuscrito. Es lo más valioso que poseo. Para enfrentarse al mundo, Hassan Sabbah construyó Alamut; yo sólo he construido este minúsculo castillo de papel, pero pretendo que sobreviva a Alamut. Esta es mi apuesta y éste es mi orgullo. Y nada me asusta tanto como pensar que a mi muerte mi manuscrito pueda caer en unas manos frías o malintencionadas.

Con un gesto un poco ceremonioso, tiende el libro secreto a Vartan:

—Puedes abrirlo, puesto que serás su guardián.

El discípulo está emocionado.

—¿Alguien más ha tenido este privilegio antes que yo?

—Dos personas. Yahán, después de una disputa en Samarcanda, y Hassan cuando vivíamos en la misma habitación, a nuestra llegada a Ispahán.

—¿Hasta ese punto confiabas en él?

—A decir verdad, no. Pero tenía a menudo ganas de escribir y él terminó por reparar en el manuscrito. Por lo tanto preferí enseñárselo yo mismo, puesto que de todas formas él podía leerlo a mis espaldas. Y además le creía capaz de guardar un secreto.

—Sabe muy bien guardar un secreto, pero para utilizarlo mejor contra ti.

Desde ese momento, el manuscrito pasaría las noches en la habitación de Vartan. Al menor ruido, el antiguo oficial ya está de pie, empuñando la espada y aguzando el oído; inspecciona cada habitación de la casa y luego sale a hacer una ronda por el jardín. A su regreso, no siempre consigue conciliar el sueño de nuevo y entonces enciende una lámpara sobre su mesa, lee una cuarteta que memoriza y luego, incansablemente, la repite en su cabeza para captar su más profundo significado y para tratar de adivinar en qué circunstancia pudo escribirla su maestro.

A lo largo de unas cuantas noches inquietas, una idea toma forma en su mente, que Omar acoge complacido inmediatamente: redactar, en el margen dejado por las *ruba'iyat*, la historia del manuscrito e indirectamente la del propio Jayyám, su infancia en Nisapur, su juventud en Samarcanda, su fama en Ispahán, sus encuentros con Abu Taher, Yahán, Hassan, Nizam y muchos otros más. Es, pues, bajo la supervisión de Jayyám, a veces incluso dictadas por él, como se escriben las primeras páginas de la crónica. Vartan se consagra a ello y comienza diez, quince veces cada frase en un borrador antes de transcribirla con una caligrafía angulosa, fina, laboriosa, que un día se interrumpe brutalmente en mitad de una frase.

Omar se despierta pronto esa mañana. Llama a Vartan, que no responde. Una noche más que ha pasado escribiendo, se dice Jayyárri paternal. Le deja descansar, se sirve la copa de la mañana, primero el fondo que se bebe de un trago y luego la copa llena que se lleva con él al jardín para dar un paseo. Se da una vuelta, se divierte soplando el rocío depositado en las flores y luego se va a coger moras blancas y jugosas que se pone sobre la lengua y revienta contra su paladar con cada trago de vino.

De suerte que cuando se decide a entrar de nuevo en la casa ha transcurrido más de una hora. Es el momento de que Vartan se levante. No lo llama, entra directamente en su habitación y se lo encuentra tendido en el suelo con la garganta negra de sangre y la boca y los ojos abiertos y petrificados como en una última y ahogada llamada.

Y sobre su mesa, entre la lámpara y la escribanía, el puñal del crimen clavado en una hoja abarquillada cuyos bordes Omar separa para leer: «Tu manuscrito te ha precedido en el camino de Alamut.»

XXIV

Omar Jayyám llora a su discípulo como había llorado a otros amigos, con la misma dignidad, la misma resignación, la misma púdica aflicción. «Habíamos bebido el mismo vino, pero ellos se embriagaron dos o tres rondas antes que yo.» Sin embargo, ¿por qué negarlo? Fue la pérdida de su manuscrito lo que más le afectó durante largo tiempo. Ciertamente, hubiera podido reconstituirlo; habría recordado hasta el menor acento. Aparentemente no quiso hacerlo; en todo caso no queda ni el menor rastro de esa transcripción. Parece como si Jayyám hubiera aprendido una sabia lección del robo de su manuscrito: nunca más trataría de influir en el futuro, ni en el suyo ni en el de sus poemas.

Pronto abandona Merv. No por Alamut —¡ni una sola vez se le ocurre ir allí!— sino por su ciudad natal. «Ya es hora, se dijo, de que ponga fin a mi vagabundeo. Nisapur fue mi primera escala en la vida, ¿no está en el orden de las cosas que sea también la última?» Será ahí donde viva de ahora en adelante, rodeado de algunos parientes, una hermana más joven que él, un cuñado solícito, sobrinos y sobre todo una sobrina que tendrá lo mejor de su ternura otoñal. Rodeado también de sus libros. Ya no escribe, pero relee incansablemente las obras de sus maestros.

Un día que está sentado en su habitación, como de costumbre, con el «Libro de la Curación» de Avicena sobre sus rodillas abierto por el capítulo titulado «El Uno y el Múltiple», Omar siente que le envuelve un dolor sordo. Coloca entre las hojas, para marcar la página, el mondadientes de oro que tiene en la mano, cierra el libro y llama a los suyos para dictarles su testamento. Luego pronuncia una oración que se termina con estas palabras: «Dios mío, Tú sabes que he tratado de percibirte todo lo que he podido. ¡Perdóname si mi conocimiento de Ti ha sido mi único camino hacia Ti!»

Ya no abrió más los ojos. Era el 4 de diciembre de 1131 y Omar Jayyám tenía ochenta y cuatro años. Había nacido el 18 de junio de 1048 al amanecer. Que se conozca con semejante precisión la fecha de nacimiento de un personaje de esa época remota es totalmente excepcional. Pero Jayyám, en esa materia, manifestaba las preocupaciones de un astrólogo. Probablemente había interrogado a su madre para conocer su ascendente, Géminis, y para determinar el emplazamiento del Sol, de Mercurio y de Júpiter a la hora de su venida al mundo. De este modelo había trazado su carta astral, que se había ocupado de comunicar al cronista Beihaki.

Otro de sus contemporáneos, el escritor Nizami Aruzi, cuenta: «Conocí a Omar Jayyám veinte años antes de su muerte, en la ciudad de Ba1j. Se alojaba en casa de un notable en la calle de los Mercaderes de Esclavos y, dado su renombre, le seguía como su sombra para recoger cada una de sus palabras. Fue así como le oí decir: Mi tumba estará en un lugar donde cada primavera el viento del norte esparza flores. En ese momento sus palabras me parecieron absurdas. Sin embargo, yo sabía que un hombre como él no podía hablar injustificadamente.»

El testimonio prosigue: «Pasé por Nisapur cuatro años después de la muerte de Jayyám. Como sentía hacia él la veneración que se debe a un maestro de la ciencia, acudí en peregrinación a su última morada. Un guía me condujo al cementerio. Torciendo a la izquierda después de la entrada, vi la tumba adosada a la tapia del jardín. Las ramas de los perales y melocotoneros se extendían sobre la sepultura y esparcían sus flores de tal manera que estaba oculta bajo una alfombra de pétalos.»

Gota de agua que cae y se pierde en el mar,
mota de polvo que se mezcla con la tierra,
¿Qué significa nuestro paso por este mundo?
Un vil insecto aparece y luego desaparece.

Omar Jayyám está equivocado, ya que su existencia, lejos de ser tan pasajera como él dice, no ha hecho sino comenzar. Al menos la de sus cuartetas. Ahora bien, ¿no sería para ellas para las que el poeta deseaba la inmortalidad que no osaba esperar para sí mismo?

Aquellos que en Alamut tenían el aterrador privilegio de acudir ante Hassan Sabbah no dejaban de advertir, en un nicho excavado en la pared y protegido por una fuerte reja, la silueta de un libro. Nadie sabía lo que era ni se atrevía a interrogar al Predicador supremo; se

suponía que tenía sus razones para no depositarlo en la gran biblioteca donde sin embargo se encontraban obras que encerraban las más inefables verdades.

Cuando Hassan murió, con cerca de ochenta años, el lugarteniente que él había designado para sucederle no se atrevió a instalarse en el antro del maestro y aún menos a abrir la misteriosa reja. Mucho tiempo después de la desaparición del fundador, los habitantes de Alamut se quedaban aterrados sólo con ver las paredes que lo habían albergado y evitaban aventurarse por ese barrio, desde entonces deshabitado por miedo a encontrarse con su sombra. La vida de la Orden estaba aún sometida a las reglas que Hassan había dictado; la más severa ascesis era el sino permanente de los miembros de la comunidad. Ningún descarrío, ningún placer; y frente al mundo exterior, más violencia, más asesinatos que nunca, aunque sólo fuera para demostrar que la muerte del jefe no había debilitado en nada la resolución de sus adeptos.

¿Aceptaban éstos de buen grado esa severidad? Cada vez menos. Se oían algunas críticas, no tanto entre los ancianos que se habían instalado en Alamut en vida de Hassan; éstos vivían aún con el recuerdo de las persecuciones que tuvieron que sufrir en sus regiones de origen y temían que la menor relajación les hiciera más vulnerables. Sin embargo, esos hombres cada día eran menos numerosos; la fortaleza estaba ya habitada por sus hijos y nietos. Es cierto que a todos, desde la cuna, se les había prodigado el más riguroso adoctrinamiento que los obligaba a aprender y respetar las penosas directrices de Hassan como si fueran la palabra revelada. Pero la mayoría de ellos eran cada vez más refractarios; la vida recobraba sus derechos.

Algunos se atrevieron un día a preguntar por qué se les forzaba a pasar toda su juventud en esa especie de convento—cuartel donde se prohibía cualquier alegría. La represión se abatió sobre ellos con tanta dureza que desde entonces se abstuvieron de emitir la menor opinión discrepante. En público, se entiende, porque en el secreto de las casas comenzaron a organizarse reuniones. Los jóvenes conjurados estaban alentados por todas esas mujeres que habían visto partir a un hijo, un hermano o un marido para una misión secreta de la que no volvieron jamás.

Un hombre se convirtió en el portavoz de esa sorda, ahogada, reprimida aspiración; ningún otro habría podido permitirselo: era el nieto de aquel que Hassan había designado para sucederle; él mismo estaba llamado a convertirse, a la muerte de su padre, en el cuarto Gran Maestro de la Orden.

Tenía una apreciable ventaja sobre sus predecesores: nacido poco después de la muerte del fundador, no había tenido que vivir bajo el terror de este último. Observaba su casa con curiosidad, por supuesto con cierto recelo, pero sin esa morbosa fascinación que paralizaba a todos los demás.

Incluso una vez, a la edad de diecisiete años, había entrado en la estancia prohibida, la había recorrido, se había acercado al estanque mágico, había metido la mano en su agua helada y luego se había detenido ante el nicho donde estaba encerrado el manuscrito. Poco había faltado para que lo abriera, pero se habla arrepentido y, después de retroceder un paso, había abandonado la habitación andando hacia atrás. No quería ir más lejos en esa primera visita.

Cuando el heredero recorría pensativo las callejuelas de Alamut, la gente se arremolinaba a su paso, aunque sin acercársele mucho, pronunciando curiosas fórmulas de bendición. Se llamaba Hassan, como Sabbah, pero a su alrededor se susurraba ya otro nombre: «¡El Redentor! ¡El que se espera desde siempre!» Sólo existía un temor: que la vieja guardia de los Asesinos, que conocía sus sentimientos y que ya le había oído vituperar con imprudencia el rigor existente, hiciera lo imposible por impedirle acceder al poder. De hecho, su padre intentaba imponerle silencio, acusándole de ser un ateo y de traicionar las enseñanzas del Fundador. Se dice incluso que condenó a muerte a doscientos cincuenta partidarios suyos y expulsó a otros doscientos cincuenta obligándoles a cargar a la espalda, hasta el pie de la montaña, los cadáveres de sus amigos ejecutados. Pero por un resto de sentimiento paternal, el Gran Maestro no se atrevió a seguir la tradición infanticida de Hassan Sabbah.

Y cuando el padre murió, en 1162, el hijo rebelde le sucedió sin la menor dificultad. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, estalló una verdadera alegría en las grises callejuelas de Alamut.

Pero ¿se trata realmente del Redentor esperado?, se interrogaban los adeptos. ¿Es de veras aquel que debe poner fin a nuestros sufrimientos? Él callaba. Seguía caminando con aire absorto por las calles de Alamut o permanecía durante largas horas en la biblioteca, bajo la mirada protectora del copista que estaba a cargo de ella, un hombre originario de Kirman.

Un día se le vio avanzar con paso decidido hacia la antigua residencia de Hassan Sabbah, empujar la puerta con un gesto brusco, ir hasta el nicho y tirar de la reja con las dos manos y con tanta fuerza que la arrancó del muro, esparciéndose por el suelo largos chorrillos de arena y guijarros. Sacó el manuscrito de Jayyám y lo desempolvó con unas cuantas palmadas bruscas antes de llevárselo bajo el brazo.

Dicen que entonces se encerró en su casa a leer, releer y meditar. Y esto hasta el séptimo día, que dio la orden de convocar a toda la gente de Alamut, hombres, mujeres y niños, para una reunión en el *meydán*, la única plaza donde cabían.

Era el 8 de agosto de 1164, el sol de Alamut pegaba con fuerza en las cabezas y los rostros, pero nadie pensaba en protegerse. Al oeste se levantaba un estrado de madera, adornado en cada esquina con cuatro inmensos estandartes: uno rojo, uno verde, uno amarillo y uno blanco, y hacia él se dirigían las miradas.

Y de pronto apareció. Totalmente vestido de un blanco resplandeciente, y tras él su mujer, joven y menuda, con el rostro descubierto, los ojos fijos en el suelo y las mejillas rojas de vergüenza. Esa visión pareció disipar las últimas dudas de la multitud y se oyeron atrevidos murmullos: «¡Es Él, es el Redentor!»

Con paso digno, subió los pocos peldaños de la tribuna y dirigió a sus fieles un amplio gesto de saludo destinado a hacer callar los cuchicheos, antes de pronunciar uno de los discursos más asombrosos que jamás haya resonado en nuestro planeta:

—¡A todos los habitantes del mundo, genios, hombres y ángeles! —dijo—, El imán del Tiempo os ofrece su bendición y os perdona todos vuestros pecados, pasados y futuros. Os anuncia que la Ley sagrada es abolida, porque ha sonado la hora de la Resurrección. Dios os había impuesto la ley para que merecierais el paraíso. Lo habéis merecido. Desde hoy, el paraíso os pertenece. Por lo tanto, estáis liberados del yugo de la Ley. ¡Todo lo que estaba prohibido, está permitido, y todo lo que era obligatorio está prohibido! Las cinco oraciones cotidianas están prohibidas —continuó el Redentor—. Puesto que ya estamos en el paraíso, en permanente unión con el Creador, no necesitamos dirigirnos a Él a determinadas horas; aquellos que se, obstinaron en efectuar las cinco oraciones, manifestarían con ello su poca fe en la Resurrección. Rezar se ha convertido en un acto de incredulidad.

Por el contrario, el vino, considerado por el Corán como la bebida del paraíso, fue autorizado desde ese momento; no beberlo era la señal manifiesta de una falta de fe.

«Una vez proclamado esto», relata un historiador persa de la época, «la asamblea se puso a tocar el arpa y la flauta y a beber ostensiblemente vino en los mismos escalones de la tribuna.»

Reacción desproporcionada, a la medida de los excesos practicados por Hassan Sabbah en nombre de la ley coránica. Pronto se ocuparían los sucesores del Redentor de atenuar su ardor mesiánico, pero Alamut no volvería a ser jamás esa cantera de mártires deseada por el Predicador supremo. Desde entonces, la vida allí sería agradable y se interrumpiría la larga serie de asesinatos que habían aterrorizado las ciudades del Islam. Los ismaelíes, secta radical donde las haya, se transformarían en una comunidad de una tolerancia ejemplar.

De hecho, después de haber anunciado la buena nueva a los habitantes de Alamut y sus alrededores, el Redentor envió emisarios a las otras comunidades ismaelíes de Asia y de Egipto provistos de documentos firmados con su propia mano. Rogaba a todos que desde ese momento celebraran el día de la Redención, cuya fecha proporcionaba según tres calendarios diferentes: el de la hégira del Profeta, el de Alejandro el Griego y el del «hombre más eminente de los dos mundos, Omar Jayyám de Nísapur».

En Alamut, el Redentor ordenó que el Manuscrito de Samarcanda fuera venerado como un gran libro de sabiduría. Se encargó a unos artistas que lo adornaran: pintura, grabados, cofre de oro cincelado con incrustaciones de pedrerías... Nadie tenía derecho a copiarlo, pero estaba siempre colocado en una mesa baja de madera de cedro en la pequeña sala interior donde trabajaba el bibliotecario. Ahí, bajo su altanera vigilancia, algunos privilegiados iban a consultarlo.

Hasta entonces sólo se conocían algunas cuartetos compuestas por Jayyám en los tiempos de su imprudente juventud; de ahí en adelante se aprendieron, citaron y repitieron muchas otras, algunas con graves alteraciones. Se asistió, incluso, desde esa época, a un fenómeno de los más singulares: cada vez que un poeta componía una cuarteta que podía ocasionarle disgustos, se la atribuía a Omar; cientos de falsificaciones vinieron así a mezclarse con las *ruba'iyat* de Jayyám, de tal manera que resultó imposible, a falta del manuscrito, discernir las auténticas.

¿Fue un ruego del Redentor lo que impulsó a los bibliotecarios de Alamut a reanudar, de padres a hijos, la crónica del manuscrito en el punto en que Vartan lo había dejado? En todo caso, es por esa única fuente por la que sabemos la influencia póstuma de Jayyám en la metamorfosis experimentada por los Asesinos. La relación de los acontecimientos, concisa pero insustituible, se prosiguió así casi un siglo antes de conocer una nueva y brutal interrupción. En el momento de las invasiones de los mogoles.

La primera oleada, conducida por Gengis Kan, fue, sin ninguna duda el azote más devastador que jamás haya asolado Oriente. Prestigiosas ciudades fueron arrasadas y su población exterminada, como Pekín, Bujara o Samarcanda, cuyos habitantes fueron tratados como, ganado, las mujeres jóvenes distribuidas entre los oficiales de la horda victoriosa, los artesanos convertidos en esclavos y los demás aniquilados, con la única excepción de una minoría que, reagrupada en torno al gran monarca del momento, no tardó en proclamar su vasallaje a Gengis Kan.

A pesar de este apocalipsis, Samarcanda se revela casi como una privilegiada, puesto que un día renacería de sus escombros para convertirse en la capital de un Imperio mundial, el de Tamerlán. Por el contrario muchas otras ciudades no se reharían nunca más, principalmente las tres grandes metrópolis de Jorasan donde durante largo tiempo se concentró toda la actividad intelectual de esa parte del mundo: Merv, Balj y Nisapur, a las que hay que añadir Rayy, cuna de la medicina oriental y de la que se olvidaría hasta el nombre; habría que esperar varios siglos para ver renacer, en un lugar cercano, la ciudad de Teherán.

Fue la segunda oleada la que arrasaría Alamut. Fue un poco menos sanguinaria, pero más extendida. ¡Cómo no comprender el terror de los contemporáneos, cuando se sabe que las tropas de los mogoles pudieron entonces, con algunos meses de intervalo, devastar Bagdad, Damasco, Cracovia en Polonia y la provincia china de Szechwan!

La fortaleza de los Asesinos escogió, pues, rendirse ¡ella que había resistido a tantos invasores durante ciento sesenta y seis años! El príncipe Hulagu, nieto de Gengis Kan, fue él mismo a admirar ese prodigio de construcción militar; la leyenda dice que encontró provisiones conservadas intactas desde la época de Hassan Sabbah.

Después de haber inspeccionado los lugares con sus lugartenientes, ordenó a los soldados destruir todo, no dejar piedra sobre piedra, sin exceptuar la biblioteca. Sin embargo, antes de prenderle fuego, autorizó a un historiador de treinta años, un tal Yuvayní, que la visitara. Éste estaba escribiendo, a petición de Hulagu, una «Historia del conquistador del mundo» que sigue siendo, aún hoy, nuestra más valiosa fuente para conocer las invasiones de los mogoles. Pudo, pues, entrar Hulagu en ese lugar misterioso donde decenas de miles de manuscritos estaban alineados, apilados o enrollados; fuera le esperaba un oficial mogol y un soldado con una carretilla. Lo que ésta pudiera contener se salvaría, el resto sería pasto de las llamas. No era cuestión de leer los textos, ni siguiera de catalogar los títulos.

Sunní ferviente, Yuvayní se dijo que su primer deber era salvar del fuego la Palabra de Dios. Por lo tanto, se puso a recoger apresuradamente los ejemplares del Corán reconocibles por su gruesa encuadernación y agrupados en un mismo lugar. Había por lo menos veinte; los transportó en tres viajes hasta la carretilla, que casi se llenó. Y ahora ¿qué elegir? Al dirigirse hacia una de las paredes sobre la cual los volúmenes parecían mejor ordenados que en otras partes, descubrió las innumerables obras escritas por Hassan Sabbah durante sus treinta años de reclusión voluntaria. Decidió salvar sólo una, una autobiografía de la que citaría algunos fragmentos en su propia obra. Igualmente, encontró una crónica de Alamut, reciente y aparentemente bien documentada, que relatava detalladamente la historia del Redentor. Se apresuró a llevársela, ya que ese episodio era totalmente ignorado fuera de las comunidades ismaelíes.

¿Conocía el historiador la existencia del Manuscrito de Samarcanda? No parece que fuera así. ¿Lo habría buscado si hubiera oído hablar de él y al hojearlo lo habría salvado? Lo

ignoramos. Lo que se cuenta es que se detuvo ante un conjunto de obras dedicadas a las ciencias ocultas y que se enfrascó en su lectura, olvidándose de la hora. El oficial mogol que fue a recordársela con algunas palabras tenía el cuerpo cubierto con una fuerte armadura con ribetes rojos y la cabeza protegida con un casco que se prolongaba hacia la nuca como si fuera una cabellera suelta. En la mano llevaba una tea. Para demostrar fehacientemente que tenía prisa, acercó el fuego a un montón de rollos polvorientos. El historiador no insistió, cogió con las manos y bajo las axilas todo lo que podía llevarse, sin intentar hacer la menor selección, y cuando el manuscrito titulado *Secretos eternos de los astros y de los números* se le escapó de las manos, no se inclinó para recogerlo.

Fue así como la biblioteca de los Asesinos ardió durante siete días y siete noches y como innumerables obras de las que no existe copia se perdieron. Se dice que contenían los secretos mejor guardados del Universo.

Durante largo tiempo se pensó que el Manuscrito de Samarcanda se había consumido, él también, en la hoguera de Alamut.

Libro tercero
EL FIN DEL MILENIO

¡Levántate, tenemos la eternidad para dormir!

Omar

Jayyám

XXV

Hasta esta página he hablado poco de mí mismo, me interesaba exponer lo más fielmente posible lo que el Manuscrito de Samarcanda revela de Jayyám, de aquellos que conoció, de algunos acontecimientos que le tocó vivir. Queda por decir de qué manera esa obra, extraviada en el tiempo de los mogoles, reapareció en el corazón de nuestra época, en el transcurso de qué aventuras pude entrar en posesión de ella, y empezamos por ahí por qué cómica casualidad me enteré de su existencia.

Ya he mencionado mi nombre, Benjamin O. Lesage, A pesar de la consonancia francesa, herencia de un antepasado hugonote emigrado en el siglo de Luis XIV, soy ciudadano americano, natural de Annápolis, ciudad de Maryland, sobre la bahía de Chesapeake, modesto brazo del Atlántico. Sin embargo, mis relaciones con Francia no se limitan a esa lejana ascendencia; mi padre se esforzó por renovarlas. Siempre dio pruebas de una tranquila obsesión por sus orígenes; en su cuaderno de colegial había anotado: «¡Mi árbol genealógico sería, pues, derribado para construir una balsa de fugitivos!», y se había puesto a estudiar francés. Luego, solemne y emocionado, había cruzado el Atlántico en sentido inverso a las agujas del tiempo.

Su año de peregrinación fue demasiado mal o demasiado bien elegido. Salió de Nueva York el 9 de julio de 1870 a bordo del «Scotia», llegó a Cherburgo el 18 y a París el 19 por la noche. La guerra había sido declarada a mediodía.

Retirada, derrota, invasión, hambre, comuna, matanzas, jamás viviría mi padre un año más intenso, su más hermoso recuerdo. ¿Por qué negarlo? Hay un placer perverso en encontrarse en una ciudad sitiada, las barreras caen cuando se alzan las barricadas, hombres y mujeres vuelven a vivir las alegrías del clan primitivo. ¡Cuántas veces en Annápolis, en torno al inevitable pavo de las celebraciones, mi padre y mi madre evocaron con emoción el trozo de trompa de elefante que habían compartido la noche del Año Nuevo parisiense, comprado a cuarenta francos la libra en Roos, la carnicería inglesa del bulevar Haussmann!

Acababan de comprometerse y debían casarse un año más tarde. La guerra habla apadrinado su felicidad. «Desde mi llegada a París», recordaba mi padre, «tomé la costumbre de acudir por la mañana al Café Riche, en el bulevar Des Italiens. Me sentaba en una mesa con un montón de periódicos, Le Temps, Le Gaulois, Le Figaro, La Presse, y leía línea por línea, anotando discretamente en un cuadernillo las palabras que no lograba comprender, como "guêtre" o "moblot"* , para poder interrogar al erudito conserje a mi regreso al hotel.

* Guêtre: polaina. Moblot: nombre que se les daba familiarmente a los soldados móviles de la Guardia Nacional. (N. de la T.)

»El tercer día, un hombre con bigote gris vino a sentarse en la mesa de al lado. Llevaba su propio montón de periódicos, que pronto dejó de lado para observarme; tenía una pregunta en la punta de la lengua y sin poder aguantarse me interpeló con voz ronca, sujetando con una mano la empuñadura de su bastón y tamborileando nervioso con la otra sobre el mármol mojado. Quería asegurarse de que ese hombre joven, aparentemente sano, tenía buenas razones para no encontrarse en el frente defendiendo a la patria. El tono era cortés, aunque no receloso y acompañado de miradas oblicuas en dirección al cuadernillo donde me había visto garabatear precipitadamente. No tuve necesidad de argumentar. Mi acento era mi elocuente defensa. El hombre se disculpó abiertamente, me invitó a su mesa, e invocó a La Fayette, Benjamin Franklin, Tocqueville y Pierre L'Enfant antes de explicarme con detalles lo que yo acababa de leer en la prensa, a saber: que esta guerra sólo sería para nuestras tropas un paseo hasta Berlín".»

Mi padre deseaba contradecirle. Aunque no sabía nada de la potencia comparada de los franceses y los prusianos, acababa de participar en la guerra de Secesión y lo habían herido en el asedio de Atlanta. «Yo podía dar testimonio de que ninguna guerra es un paseo», contaba, «pero las naciones son tan olvidadizas, la pólvora tan embriagadora, que me abstuve de polemizar. No era el momento de debates; aquel hombre no me estaba pidiendo mi opinión. De vez en cuando soltaba un "no es verdad" muy poco interrogativo; yo respondía con un movimiento de cabeza comprensivo.

«Era amable. Por lo demás, de ahí en adelante nos volvimos a encontrar cada mañana. Yo seguía sin hablar casi nada y él decía que se alegraba de que un americano pudiera compartir tan infaliblemente sus puntos de vista. Después del cuarto monólogo igualmente entusiasta, ese venerable caballero me invitó a acompañarle a su casa para almorzar; estaba tan seguro de obtener una vez más mi conformidad que llamó a un cochero antes incluso de que yo pudiera formular una respuesta. Tengo que confesar que nunca me arrepentí de ello. Se llamaba Charles—Hubert de Lugay y vivía en un hotel particular en el bulevar Poissonnière. Era viudo, sus dos hijos estaban en el ejército y su hija se convertiría en tu madre.»

Ella tenía dieciocho años y mi padre diez más. Durante largo tiempo se observaron, con un fondo de arengas patrióticas. A partir del 7 de agosto, cuando, después de tres derrotas sucesivas, estaba claro que la guerra estaba perdida y que el territorio nacional estaba amenazado, mi abuelo se hizo más lacónico. Su hija y su futuro yerno se esforzaban en aliviar su melancolía y una complicidad se estableció entre ellos. Desde entonces, una mirada bastaba para decidir quién debía intervenir y con la medicina de qué argumento.

«La primera vez que nos quedamos solos ella y yo en el inmenso salón, se produjo un silencio de muerte. Seguido de una carcajada. Acabábamos de descubrir que después de numerosas comidas en común, jamás nos habíamos dirigido la palabra directamente. Era una risa franca, cómplice, sin barreras, pero que hubiera sido de mal gusto prolongar. Se suponía que yo tenía que decir la primera palabra. Tu madre sostenía un libro apretado contra su pecho y yo le pregunté qué estaba leyendo.»

En ese preciso instante, Omar Jayyám entró en mi vida. Casi debería decir que me trajo al mundo. Mi madre acababa de comprar *Les Quatrains de Khéyam, traduits du persan par J. B. Nicolas, ex—premier drogman de l'Ambassade française en Perse*, publicado en 1867 por la Imprenta Imperial. Mi padre tenía en su equipaje *The Rubáiyát of Omar Khayyám* de Edward Fitzgerald, edición de 1868.

«Tu madre no pudo ocultar mejor que yo su satisfacción; ambos estábamos seguros de que las líneas de nuestras vidas acababan de unirse y ni por un momento se nos ocurrió pensar que podía tratarse de una trivial coincidencia en nuestras lecturas. Al instante, Omar se nos reveló como una contraseña del destino e ignorarlo hubiera sido casi un sacrilegio. Por supuesto, no dijimos nada de la conmoción que se había producido en nosotros; la conversación giró en torno a los poemas. Ella me contó que Napoleón III en persona había ordenado la publicación de la obra.»

Precisamente en aquel tiempo Europa acababa de descubrir a Omar. A decir verdad, a principios de siglo algunos especialistas habían hablado de él, su álgebra se había publicado en París en 1851 y habían aparecido unos cuantos artículos en revistas especializadas. Pero el público occidental aún no lo conocía, e incluso en Oriente ¿qué quedaba de Jayyám? Un nombre, dos o tres leyendas, unas cuartetas de factura incierta y una nebulosa reputación de astrólogo.

Y cuando en 1859 un oscuro poeta británico, Fitzgerald, decidió publicar la traducción de setenta y cinco cuartetas, el libro, del que se hizo una tirada de doscientos cincuenta ejemplares, fue recibido con indiferencia. El autor regaló algunos a sus amigos y el resto se eternizó en el librero Bernard Quaritch. «Poor old Omar», aparentemente el pobre Omar no interesaba a nadie, escribió Fitzgerald a su profesor de persa. Al cabo de dos años, el editor decidió liquidar las existencias: de un precio inicial de cinco chelines, *The Rubaiyat* pasó a un penique, sesenta veces menos. Incluso a ese precio se vendió poco. Hasta el momento en que dos críticos literarios lo descubrieron. Lo leyeron. Se entusiasmaron. Volvieron al día siguiente. Compraron otros seis ejemplares para regalarlos entre sus amigos. Al darse cuenta del interés que se estaba despertando, el editor aumentó el precio, que pasó a ser de dos peniques.

¡Y pensar que en mi último viaje a Inglaterra tuve que pagar, en ese mismo Quaritch, ya lujosamente instalado en Picadilly, cuatrocientas libras esterlinas por un ejemplar que aún conservaba de aquella primera edición!

Pero en Londres el éxito no fue inmediato. Fue necesario recurrir a París, que Nicolás publicara su traducción, que Théophile Gautier lanzara desde las páginas del *Moniteur Universel* un rotundo «¿Han leído las cuartetas de Jayyám?», proclamando «esa libertad absoluta de espíritu que los más audaces pensadores modernos apenas pueden igualar», que Ernest Renan reconociera: «Jayyám es quizá el hombre que resulta más interesante estudiar para comprender en lo que se ha podido convertir el libre talento de Persia dentro de la

opresión del dogmatismo musulmán», para que en el mundo anglosajón Fitzgerald y su «poor old Omar» salieran al fin del anonimato. El despertar fue entonces fulminante. De la noche a la mañana todas las imágenes del Oriente giraron únicamente en torno al nombre de Jayyám, las traducciones se sucedieron, las ediciones se multiplicaron en Inglaterra y luego en varias ciudades americanas; se formaron sociedades «omarianas».

En 1870, repetimos, la moda Jayyám estaba en sus comienzos, el círculo de admiradores de Omar se ampliaba cada día, pero sin haber pasado aún los límites de la clase intelectual. Esa lectura común había acercado a mi padre y a mi madre y comenzaron a recitar las cuartetas de Omar y a discutir su significado: el vino y la taberna ¿eran en la pluma de Jayyám puros símbolos místicos, como afirmaba Nicolás? ¿O, por el contrario, eran la expresión de una vida de placeres, incluso de desenfreno, como sostenían Fitzgerald y Renan? En sus labios estos debates adquirían un nuevo sabor. Cuando mi padre evocaba a Omar acariciando los cabellos perfumados de su amada, mi madre enrojecía. Y fue entre dos cuartetas de amor cuando intercambiaron su primer beso. El día en que hablaron de boda se prometieron llamar a su primer hijo Omar.

En el transcurso de los años noventa, cientos de niños americanos se llamaron así; cuando yo nací, el 1 de marzo de 1873, era inusitado. Mis padres no quisieron que ese nombre exótico supusiera una carga demasiado pesada para mí y lo relegaron a segundo lugar, con el fin de que pudiera, si lo deseaba, reemplazarlo por una discreta O; en el colegio mis compañeros suponían que era Oliver, Oswald, Osborne y Orville y yo no desmentía a nadie.

La herencia que así me fue atribuida sólo podía despertar mi curiosidad con relación a ese lejano padrino. A los quince años comencé a leer todo lo que se refería a él. Había formado el proyecto de estudiar lengua y literatura persas y de visitar detenidamente ese país. Pero después de una fase de entusiasmo me entibí. Aunque en opinión de todos los críticos los versos de Fitzgerald constituían una obra maestra de la poesía inglesa, sólo tenían una muy lejana relación con lo que hubiera podido componer Jayyám. En cuanto a las cuartetas mismas, algunos autores citaban cerca de un millar, Nicolás había traducido más de cuatrocientas y ciertos especialistas rigurosos sólo reconocían cien como «probablemente auténticas». Eminentemente orientalistas llegaban incluso a negar que hubiera una sola que pudiera atribuirse con certeza a Omar.

Se suponía que había existido un libro original que habría permitido distinguir, de una vez por todas, lo auténtico de lo falso, pero nada hacía pensar que semejante manuscrito pudiera encontrarse.

Finalmente, me quité de la cabeza el personaje y la obra y aprendí a no ver en mi «O» central más que el indeleble residuo de una niñería de mis padres, hasta que un encuentro me devolvería a mis amores primeros y orientaría decididamente mi vida tras los pasos de Jayyám.

XXVI

Fue en 1895, al final del verano, cuando me embarqué para el viejo continente. Mi abuelo acababa de celebrar su setenta y seis cumpleaños y me había escrito, así como a mi madre, unas lacrimosas cartas. Quería verme, aunque sólo fuera una vez, antes de morir. Yo acudí, abandonando todos mis estudios, y en el barco me preparé para el papel que me incumbiría desempeñar: arrodillarme a su cabecera y sostener valerosamente su fría mano, escuchándole murmurar sus últimas recomendaciones.

Todo esto fue totalmente inútil. El abuelo me esperaba en Cherburgo. Aún lo estoy viendo en el muelle de Coligny, más tieso que su bastón, con el bigote perfumado y el paso alegre, mientras su chistera se levantaba sola al paso de las damas. Cuando estuvimos sentados a la mesa en el restaurante del Almirantazgo, me cogió con fuerza del brazo. «Amigo mío», me dijo deliberadamente teatral, «un hombre joven acaba de renacer en mí y necesita un compañero.»

Hice mal en tomar sus palabras a la ligera. Nuestras idas y venidas fueron un torbellino. Apenas habíamos terminado de cenar en Brebant, en el restaurante Foyot o en el de Père Lathuille y ya teníamos que correr a «La Cigale», donde actuaba Eugénie Buffet, al Mirliton donde reinaba Aristide Bruant, o a la Scala donde Ivette Guilbert cantaba *Les vierges, le foetus et le fiacre*. Éramos dos hermanos, bigote blanco y bigote negro, la misma facha, el mismo sombrero y era a él a quien las mujeres miraban primero. A cada tapón de champán que saltaba yo espiaba sus gestos y su paso y ni una sola vez le vi desfallecer. Se levantaba de un salto, caminaba tan deprisa como yo, su bastón no era apenas más que un adorno. Quería cortar cada rosa de esa tardía primavera. Me alegro de poder decir que viviría hasta los noventa y tres años. Diecisiete años más, toda una nueva juventud.

Una noche me llevó a cenar a Durand, en la plaza de la Madeleine. En un ala del restaurante, en tomo a varias mesas unidas, había un grupo de actores y actrices, periodistas y políticos que el abuelo me nombró uno a uno con voz audible. En medio de esas celebridades había una silla vacía, pero pronto llegó un hombre y comprendí que el sitio estaba reservado para él. Inmediatamente lo rodearon halagándolo; cada una de sus palabras provocaba exclamaciones o risas. Mi abuelo se levantó, haciéndome un gesto para que le siguiera.

—¡Ven, quiero presentarte a mi primo Henri!

Y diciendo esto me llevó hasta él. Los dos primos se dieron un abrazo antes de volverse hacia mí.

—Mi nieto americano. ¡Le gustaría tanto conocerte!

Disimulé mal mi sorpresa. El hombre me observó con aire escéptico antes de soltar:

—Que venga a verme el domingo por la mañana, después de mi paseo en triciclo.

Sólo cuando volvía a mi asiento caí en la cuenta de a quién había sido presentado. Mi abuelo quería absolutamente que yo lo conociera, había hablado de él con frecuencia y con un irritante orgullo de clan.

A decir verdad, el susodicho primo, poco conocido de mi lado del Atlántico, era en Francia más célebre que Sarah Bernhart, puesto que se trataba de Victor Henri de Rochefort—Luçay, democráticamente Henri Rochefort, marqués y comunero, antiguo diputado, antiguo ministro y expresidiario. Deportado a Nueva Caledonia por los «versailleurs»* en 1874 había protagonizado una rocambolesca fuga que había excitado la imaginación de sus contemporáneos; hasta Edouard Manet había pintado *La fuga de Rochefort*. Sin embargo, en 1889 tuvo que volver al exilio por haber conspirado contra la República con el general Boulanger, y fue en Londres donde dirigió su influyente periódico *L'Intransigeant*. Volvió a su patria en febrero de 1895, siendo recibido por doscientos mil enfervorizados parisienses. «Blanquiste» y «boulangiste», revolucionario de izquierdas y de derechas, idealista y demagogo, se había convertido en el portavoz de cien causas contradictorias. Yo sabía todo esto, pero ignoraba aún lo esencial.

* Nombre dado por los parisienses a los soldados del ejército organizado por Thiers en Sátony bajo el mando de Mac—Mahon para combatir la Comuna. (N. de la T.)

En el día fijado, acudí, pues, a su hotel particular en la calle Pergolése, incapaz, entonces, de adivinar que esa visita al primo preferido de mi abuelo sería el primer paso de mi interminable periplo por el mundo oriental.

—¿Así que es usted el hijo de la dulce Genoveva —me abordo— y a quien puso Omar de nombre?

—Sí, Benjamín Omar.

—¿Sabes que te he llevado en mis brazos?

En esas circunstancias, el paso al tuteo se imponía, pero permaneció en sentido único.

—Efectivamente, mi madre me contó que después de su fuga desembarcó usted en San Francisco y tomó el tren para la costa este. Nosotros estábamos en la estación de Nueva York para recibirle. Yo tenía dos años.

—Lo recuerdo perfectamente. Hablamos de ti, de Jayyám, de Persia, incluso te predije un destino de gran orientalista.

Puse cara de confusión para confesarle que me había alejado de sus previsiones, que mis intereses iban ya en otra dirección, que me había orientado más bien hacia los estudios financieros, proyectando dirigir algún día la empresa de construcción marítima creada por mi padre. Mostrándose sinceramente decepcionado por la elección, Rochefort se lanzó a un farragoso alegato donde se mezclaban *Les lettres persanes* de Montesquieu y su célebre «¿Cómo se puede ser persa?», la aventura de la tahir Marie Petit, que había sido recibida por el Shah de Persia haciéndose pasar por la embajadora de Luis XIV, y la historia de ese primo de Jean—Jacques Rousseau que había terminado su vida como relojero en Ispahán. Yo le escuchaba sólo a medias. Sobre todo le observaba; su voluminosa y desmesurada cabeza, su frente protuberante coronada por un mechón de espesos y ondulados cabellos. Hablaba con fervor, pero sin énfasis, sin las gesticulaciones que se habrían podido esperar de su persona conociendo sus exaltados escritos.

—Me apasiona Persia, aunque nunca he puesto allí los pies —precisó Rochefort—. No tengo alma de viajero. Si no me hubieran desterrado o deportado algunas veces, jamás habría abandonado Francia. Pero los tiempos cambian, los acontecimientos que agitan la otra punta del planeta afectan ya a nuestras vidas. Si hoy tuviera veinte años en lugar de sesenta, me habría tentado mucho una aventura en Oriente. ¡Sobre todo si me llamara Omar!

Me sentí obligado a justificar por qué me había desinteresado de Jayyám. Y para hacerlo evoqué las dudas que rodeaban a las *Ruba'iyat*, la ausencia de una obra que pudiera certificar de una vez por todas su autenticidad. Sin embargo, a medida que hablaba, iba apareciendo en sus ojos un fulgor, desbordante, incomprensible para mí. Se suponía que nada en mis palabras podía provocar semejante excitación. Intrigado y molesto, terminé por abreviar, y luego por callarme de una manera algo brusca. Rochefort me interrogó con entusiasmo.

—Y si estuvieras seguro de que ese Manuscrito existía, ¿Renacería tu interés por Omar Jayyám?

—Sin duda —confesé.

—¿Y si yo te dijera que he, visto con mis propios ojos, aquí mismo en París, ese *Manuscrito* de Jayyám, y que lo he hojeado?

XXVII

Decir que esta revelación, de entrada, conmocionó mi vida, sería inexacto. Creo que no tuve la reacción que Rochefort esperaba. Sorprendido e intrigado, lo estaba y mucho, pero tanto como escéptico. Aquel hombre no me inspiraba una confianza ilimitada. ¿Cómo podía saber que el manuscrito que había hojeado era la obra auténtica de Jayyám? No sabía persa y podían haberle engañado. ¿Por qué incongruente razón estaba ese libro en París sin que ningún orientalista lo hubiera advertido? Me contenté, por lo tanto, con emitir un «¡Increíble!» cortés pero sincero, que tomaba en consideración el entusiasmo de mi interlocutor y, a la vez, mis propias dudas. Esperaba para creer.

Rochefort prosiguió:

—Tuve la suerte de conocer a un personaje extraordinario, uno de esos seres que atraviesan la Historia con la voluntad de dejar su huella en las generaciones venideras. El sultán de Turquía lo teme y lo reverencia, el shah de Persia tiembla con la sola mención de su nombre. Aunque es descendiente de Mahoma, fue expulsado de Constantinopla por haber dicho en una conferencia pública, en presencia de los más importantes dignatarios religiosos, que el oficio de filósofo era tan indispensable a la humanidad como el oficio de profeta. Se llama Yamaleddín. ¿Lo conoces?

Sólo pude confesar mi total ignorancia.

—Cuando Egipto se sublevó contra los ingleses —prosiguió Rochefort— fue por el llamamiento de este hombre. Todos los eruditos del valle del Nilo lo invocan, lo llaman «maestro» y veneran su nombre. Sin embargo, no es egipcio y sólo ha estado en ese país una breve temporada. Exiliado a las Indias, logró suscitar, allí también, un formidable movimiento de opinión. Bajo su influencia se crearon periódicos y se formaron asociaciones. El virrey se alarmó y ordenó expulsar a Yamaleddín que, entonces, decidió instalarse en Europa y, primero desde Londres y luego desde París, prosiguió su increíble actividad. Colaboraba regularmente con *L'Intransigeant* y nos veíamos con frecuencia. Me presentó a sus discípulos, musulmanes de las Indias, judíos de Egipto, maronitas de Siria. Creo que fui su más íntimo amigo francés, pero desde luego no el único. Ernest Renan y Georges Clemenceau lo conocieron bien, y en Inglaterra gente como Lord Salisbury, Randolph Churchill o Wilfrid Blunt. Victor Hugo, poco antes de morir, también lo conoció. Esta misma mañana he estado repasando algunas notas sobre él, que tengo intención de incluir en mis Memorias.

Rochefort sacó de un cajón algunas hojas escritas con letra minúscula y leyó: «Me presentaron a un proscrito, célebre en todo el Islam como reformador y revolucionario, el jeque Yamaleddín, un hombre con rostro de apóstol. Sus hermosos ojos negros, llenos de dulzura y de fuego y su barba de color rojizo que caía hasta su pecho le imprimían una majestad particular. Representaba el clásico tipo de dominador de multitudes. Comprendía escasamente el francés, que apenas hablaba, pero su inteligencia siempre alerta suplía con bastante facilidad su ignorancia de nuestra lengua. Bajo su apariencia reposada y serena, su actividad era devoradora. Trabajamos amistad al instante, porque tengo el alma instintivamente revolucionaria y todo libertador me atrae... »

Enseguida guardó sus hojas antes de proseguir:

—Yamaleddín había alquilado una pequeña habitación en el último piso de un hotel de la calle Sèze, cerca de la Madeleine. Ese modesto lugar le bastaba para editar un periódico que partía en fardos enteros hacia las Indias o Arabia. Solamente entré una vez en su antro; tenía curiosidad por ver a qué podía parecerse. Había invitado a cenar a Yamaleddín en el restaurante Durand y prometí pasar a recogerlo. Subí directamente a su habitación, donde se amontonaban tantos libros y periódicos, incluso en la misma cama y hasta el techo, que difícilmente se podía entrar en ella. Se respiraba un sofocante olor a puro.

A pesar de su admiración por ese hombre, pronunció esta última frase con una mueca de disgusto, incitándome a apagar inmediatamente mi propio puro, un elegante habano que acababa de encender en ese instante. Rochefort me lo agradeció con una sonrisa y prosiguió:

—Después de disculparse por el desorden con que me recibía y que, según dijo, no era digno de mi rango, Yamaleddín me enseñó, ese día, algunos libros que le interesaban. El de

Jayyám en particular, salpicado de sublimes miniaturas. Me explicó que a esa obra se la llamaba el *Manuscrito de Samarcanda*, que contenía las cuartetos escritas por el poeta de su puño y letra, a las que se había añadido una crónica en el margen. Sobre todo me contó por qué rodeos había llegado a sus manos el *Manuscrito*.

—¡Good Lord!

Mi piadosa interjección inglesa provocó una risa triunfal en el primo Henri; era la prueba de que mi frío escepticismo se había desvanecido y que desde ese momento yo estaría irremediabilmente pendiente de sus labios. Se apresuró a aprovecharse de ello.

—A decir verdad, no recuerdo gran cosa de lo que pudo decirme Yamaleddín —añadió cruelmente.—Esa noche hablamos sobre todo de Sudán. Después no volví a ver ese *Manuscrito*. Por lo tanto, puedo atestiguar que ha existido, pero mucho me temo que hoy se encuentre perdido. Todo lo que mi amigo poseía fue quemado, destruido o dispersado.

—¿Incluso el Manuscrito de Jayyám?

Por toda respuesta, Rochefórt me obsequió con una mueca poco alentadora antes de lanzarse a una explicación apasionada remitiéndose casi totalmente a sus notas:

—Cuando el shah vino a Europa para asistir a la Exposición Universal de 1889, propuso a Yamaleddín que volviera a Persia «en lugar de pasar el resto de su vida entre infieles», dándole a entender que le nombraría para una relevante función. El exiliado puso condiciones: que se promulgara una Constitución, que se organizaran elecciones, que se reconociera ante la ley la igualdad de todos «como en los países civilizados» y, en fin, que fueran abolidas las desmedidas concesiones otorgadas a las potencias extranjeras. Hay que decir que en ese campo la situación de Persia hacía las delicias, desde hacía años, de nuestros caricaturistas: los rusos, que ya tenían el monopolio de la construcción de las carreteras, acababan de tomar a su cargo la formación militar. Habían creado una brigada de cosacos, la mejor equipada del ejército persa, mandada directamente por los oficiales del zar; en compensación, los ingleses habían obtenido, por un pedazo de pan, el derecho a explotar todos los recursos mineros y forestales del país, así como a administrar el sistema bancario; en cuanto a los austriacos, llevaban la voz cantante en Correos. Al exigir del monarca que pusiera fin al absolutismo real y a las concesiones extranjeras, Yamaleddín estaba persuadido de que recibiría una negativa. Ahora bien, para su gran sorpresa, el shah aceptó todas sus condiciones y prometió trabajar en favor de la modernización del país.

Yamaleddín fue, pues, a instalarse en Persia, en el círculo del soberano, quien en los primeros tiempos le mostró la mayor consideración, llegando incluso a presentarlo con gran pompa a las mujeres de su harén. Pero las reformas permanecían en suspenso. ¿Una Constitución? Los jefes religiosos persuadieron al shah de que sería contraria a la Ley de Dios. ¿Elecciones? Los cortesanos le previnieron de que si aceptaba que se pusiera en tela de juicio su autoridad absoluta, terminaría como Luis XVI. ¿Las concesiones extranjeras? En lugar de abolir las que existían, el monarca, constantemente escaso de dinero, contrató otras nuevas; por la módica suma de quince mil libras esterlinas entregó a una compañía inglesa el monopolio del tabaco persa. No solamente la exportación, sino también el consumo interno. En un país donde cada hombre, cada mujer y un buen número de niños se entrega al placer del cigarrillo o de la pipa de agua, ese comercio era de los más fructíferos.

Antes de que la noticia de esta última cesión fuera anunciada en Teherán, se habían distribuido en secreto unos panfletos aconsejando al shah que se retractara de su decisión. Incluso fue depositado un ejemplar en el dormitorio del monarca, quien sospechó que Yamaleddín fuera su autor. Inquieto, el reformador decidió ponerse en estado de rebelión pasiva. Es una costumbre practicada en Persia: cuando un personaje teme por su libertad o por su vida, se retira a un viejo santuario de los alrededores de Teherán y allí se encierra y recibe a sus visitantes, a los que expone sus quejas. Se supone que nadie puede cruzar la verja para atacarle. Eso fue lo que hizo Yamaleddín, que provocó un gigantesco movimiento de masas. Miles de hombres afluyeron de todos los rincones de Persia para oírle.

Harto, el shah ordenó que lo desalojaran. Se dice que dudó mucho antes de cometer esa felonía, pero su visir, aunque se había educado en Europa, le convenció de que Yamaleddín no tenía derecho a la inmunidad del santuario puesto que no era más que un filósofo notoriamente impío. Los soldados penetraron, pues, armados en ese lugar de culto, se abrieron paso entre los numerosos visitantes y se apoderaron de Yamaleddín, al que despojaron de todo lo que poseía antes de arrastrarlo, medio desnudo, hasta la frontera.

Ese día, en el santuario, el *Manuscrito de Samarcanda* desapareció bajo las botas de los soldados del shah.

Sin interrumpirse, Rochefort se levantó, se apoyó en la pared y cruzó los brazos en una postura muy propia de él.

—Yamaleddín estaba vivo pero enfermo y sobre todo escandalizado de que tantos visitantes que parecían escucharle con entusiasmo hubieran asistido sin inmutarse a su pública humillación. Sacó de ello sorprendentes conclusiones: él, que se había pasado la vida fustigando el oscurantismo de ciertos religiosos; él, que había frecuentado las logias masónicas de Egipto y Turquía, tomó la decisión de utilizar la última arma que le quedaba para doblegar al shah, cualesquiera que fueran las consecuencias. Escribió, pues, una larga carta al jefe supremo de los religiosos persas pidiéndole que empleara su autoridad para impedir al monarca vender a los infieles, a precio de saldo, los bienes de los musulmanes. Habrás podido leer el resultado en los periódicos.

Efectivamente, me acordaba de que la prensa americana había informado de que el gran pontífice de los chiíes había hecho circular una sorprendente proclama: «Toda persona que consuma tabaco se pondrá en estado de rebelión contra el imán del Tiempo, ¡que Dios apresure su venida!» De la noche a la mañana ni un solo persa volvió a encender un cigarrillo. Se guardaron o rompieron las pipas de agua, los famosos *ka1yan*, y los comerciantes de tabaco tuvieron que cerrar. Incluso entre las esposas del shah fue estrictamente observada la prohibición. El monarca perdió la cabeza y en una carta acusó al jefe religioso de irresponsabilidad «puesto que no le importaban las graves consecuencias que podría suponer la privación del tabaco para la salud de los musulmanes». Pero el boicot se endureció, acompañándose de ruidosas manifestaciones en Teherán, Tabríz e Ispahán. Y la concesión tuvo que ser anulada.

—Mientras tanto —reanudó Rochefort—, Yamaleddín se había embarcado para Inglaterra, donde volví a verle y discutí largo y tendido con él; me parecía desamparado y no hacía más que repetir: «Hay que derrocar al shah.» Era un hombre herido y humillado y sólo pensaba en vengarse. Tanto más cuanto que el monarca lo perseguía con su odio y había escrito a Lord Salisbury una irritada carta: «Hemos expulsado a ese hombre porque actuaba contra los intereses de Inglaterra, ¿y a dónde va a refugiarse? A Londres.» Oficialmente se le había respondido al shah que Gran Bretaña era un país libre y que no podía invocarse ninguna ley para impedir a un hombre que se expresara. En privado, se había prometido buscar los medios legales para restringir las actividades de Yamaleddín, a quien se rogó que abreviara su estancia, lo que le decidió a partir para Constantinopla con la muerte en el alma.

—¿Es ahí donde se encuentra ahora?

—Sí. Me han dicho que está muy melancólico. El sultán le ha asignado una hermosa mansión donde puede recibir a sus amigos y discípulos, pero le está prohibido abandonar el país y vive sometido constantemente a estrecha vigilancia.

XXVIII

Suntuosa prisión con las puertas abiertas de par en par; un palacio de madera y mármol en lo alto de la colina de Yildiz, cerca de la residencia del gran visir; las comidas llegaban calientes de las cocinas del sultán; los visitantes se sucedían, cruzaban la verja y luego caminaban a lo largo de la alameda antes de quitarse los zuecos en el umbral. En el primer piso, la voz del maestro retumbaba, sílabas duras y vocales cerradas; se le oía fustigar a Persia, al shah y anunciar las desgracias venideras.

Yo me iba empequeñeciendo, yo, el extranjero de América, con mi sombrero de extranjero, mis pasitos de extranjero, mis preocupaciones de extranjero, yo, que había hecho el trayecto de París a Constantinopla, setenta horas de tren a través de tres imperios, para indagar sobre un manuscrito, un viejo libro de poesía, irrisoria insignificancia de papel en el tumultuoso Oriente.

Un servidor me abordó. Una zalema otomana, dos palabras de recibimiento en francés, pero ni la menor pregunta. Allí todo el mundo iba por la misma razón; ver al maestro, escuchar al maestro, espiar al maestro. Fui invitado a esperar en un espacioso salón.

Desde mi entrada advertí la presencia de una silueta femenina. Eso me incitó a bajar los ojos; se me había hablado de las costumbres del país para que avanzara extendiendo la mano, con el semblante satisfecho y la mirada risueña. Solamente un balbuceo y un sombrero. Ya había divisado, al lado opuesto de donde ella estaba sentada, un sillón muy inglés en el que hundirme. Aun así, mi mirada roza la alfombra, tropieza con los escaupines de la visitante, sube a lo largo de su vestido azul y oro, hasta su rodilla, su busto, su cuello, su velo. Sin embargo, sorprendentemente, no es con la barrera del velo con la que tropieza, sino con un rostro descubierto y unos ojos que se cruzan con los míos. Y una sonrisa. Mi mirada huye hasta el suelo, flota de nuevo sobre la alfombra, barre un pedazo del enlosado y luego sube otra vez hacia ella, inexorablemente, como un tapón de corcho hacia la superficie del agua. Lleva en la cabeza un *mindil* de seda fina, preparado para bajarlo sobre el rostro cuando apareciera el extranjero. Pero precisamente ahí estaba el extranjero y el velo seguía levantado.

Esta vez miraba hacia lo lejos, ofreciendo a mi contemplación su perfil, su piel morena tan tersa y pura. Si la delicadeza tuviera una tonalidad, sería la suya; si el misterio tuviera un fulgor, sería el suyo. Yo tenía las mejillas sudorosas, las manos frías. La dicha hacía latir mis sienes. ¡Dios, qué bella era mi primera imagen de Oriente! Una mujer como sólo los poetas del desierto hubieran sabido cantar; su rostro es el sol, habrían dicho, sus cabellos la sombra protectora, sus ojos fuentes de agua fresca, su cuerpo la más esbelta de las palmeras, su sonrisa un espejismo.

¿Hablarle? ¿Así? ¿De una punta a otra de la habitación, con las manos en forma de bocina? ¿Levantarme? ¿Ir hacia ella? ¿Sentarme en un sillón más cercano, arriesgarme a ver cómo se desvanece su sonrisa y cae su velo como una cuchilla? De nuevo se cruzaron nuestras miradas como por casualidad y luego huyeron como en un juego que el sirviente vino a interrumpir; una primera vez para ofrecerme té y cigarrillos y un instante después inclinado hasta el suelo, para dirigirse a ella en turco. Entonces la vi levantarse, cubrirse el rostro y darle al sirviente una bolsa de piel para que se la llevara. Éste se apresuraba ya hacia la salida. Ella lo siguió.

Sin embargo, al llegar a la puerta del salón, aminoró el paso dejando que el hombre se alejara, se volvió hacia mí y pronunció en voz alta y en un francés más puro que el mío:

—¡Nunca se sabe! ¡Nuestros caminos podrían cruzarse!

Cortesía o promesa, sus palabras se acompañaban de una sonrisa traviesa en la que vi tanto un desafío, como un dulce reproche. A continuación, mientras yo emergía de mi sillón con una insuperable torpeza y me enredaba y desenredaba intentando recobrar el equilibrio pero también cierto aplomo, ella permaneció inmóvil, envolviéndome en una mirada de benevolencia divertida. Ni una palabra consiguió salir de mis labios y ella desapareció.

Estaba aún de pie ante la ventana, intentando distinguir entre los árboles el carruaje que se la llevaba, cuando una voz me arrancó de mis sueños.

—Disculpe que le haya hecho esperar.

Era Yamaleddín. En la mano izquierda sostenía un puro apagado y me tendió la derecha que, aunque regordeta, estrechó la mía con un apretón franco y vigoroso.

—Mi nombre es Benjamín Lesage y vengo de parte de Henri Rochefórt.

Le presenté mi carta de introducción pero la deslizó en su bolsillo sin mirarla, me dio un abrazo y un beso en la frente.

—Los amigos de Rochefort son mis amigos y les hablo con el corazón en la mano.

Tomándome por los hombros me llevó hacia una escalera de madera que llevaba al piso de arriba.

—Espero que mi amigo Henri siga bien. Supe que su regreso del exilio fue un verdadero triunfo. ¡Qué felicidad tuvo que sentir con todos esos parisienses coreando su nombre! Leí la reseña en *L'Intransigeant*. Me lo envía regularmente, pero yo lo recibo con retraso. Su lectura trae de nuevo a mis oídos los ruidos de París.

Yamaleddín hablaba trabajosamente un francés correcto y a veces yo le soplaba la palabra que parecía buscar. Cuando acertaba me daba las gracias, sí no, continuaba rebuscando en su memoria con una ligera contorsión de los labios y del mentón.

—En París viví en una habitación oscura, pero se abría sobre el vasto mundo. Era cien veces más pequeña que esta casa, pero yo me sentía a mis anchas. Estaba a miles de kilómetros de mi pueblo, pero trabajaba para el progreso de los míos más eficazmente que pueda hacerlo aquí o en Persia. Mi voz se oía desde Argel a Kabul; hoy sólo pueden oírme los que me honran con su visita. Por supuesto, siempre serán bienvenidos, y sobre todo si vienen de París.

—Yo no vivo en París. Mi madre es francesa y mi nombre suena a francés, pero soy americano y vivo en Maryland.

Eso pareció divertirle.

—Cuando me expulsaron de las Indias, en 1882, pasé por los Estados Unidos. Figúrese que casi me planteé pedir la nacionalidad americana. ¿Sonríe? ¡Muchos de mis correligionarios se escandalizarían! ¿El sayyid Yamaleddín, apóstol del renacimiento islámico, descendiente del Profeta, adoptar la nacionalidad de un país cristiano? Pues no me avergüenzo ni un ápice de ello; por otra parte se lo conté a mi amigo Wilfrid Blunt autorizándole a citarlo en sus memorias. Mi justificación es simple: no existe un sólo rincón en las tierras del Islam donde yo pueda vivir fuera del alcance de la tiranía. En Persia quise refugiarme en un santuario que tradicionalmente goza de una total inmunidad, pero los soldados del monarca entraron en él y me arrancaron de los cientos de visitantes que me escuchaban y, salvo alguna miserable excepción, nadie se movió ni se atrevió a protestar. ¡Ni un lugar de culto, ni una universidad, ni una cabaña donde poder protegerse de la arbitrariedad!

Acarició con mano febril un globo terráqueo de madera pintada colocado sobre una mesa baja, antes de añadir:

—En Turquía es peor. ¿No soy el invitado oficial de Abdel—Hamid sultán y califa? ¿No me envió carta tras carta reprochándome, como lo había hecho el shah, que pasara mi vida entre los infieles? Debería haberme contentado con responderle: ¡si no hubierais transformado nuestros hermosos países en prisiones, no necesitaríamos buscar refugio entre los europeos! Pero cedí y me dejé engañar. Vine a Constantinopla y ya ve usted el resultado. Despreciando las reglas de la hospitalidad, este medio loco me tiene prisionero. Últimamente le he hecho llegar un mensaje que decía: «¿Soy vuestro invitado? ¡Dadme permiso para partir! ¿Soy vuestro prisionero? ¡Ponedme cadenas en los pies y tiradme a un calabozo!» Pero no se ha dignado responderme. Si yo tuviera la nacionalidad americana, francesa, austro—húngara, por no decir la rusa o la inglesa, mi cónsul habría entrado sin llamar en el despacho del gran visir y habría obtenido mi libertad en media hora, Le digo que nosotros, los musulmanes de este siglo, somos unos huérfanos.

Estaba sin aliento e hizo un esfuerzo para añadir:

—Puede usted escribir todo lo que acabo de decir, salvo que he llamado medio loco al sultán Abdel—Hamid. No quiero perder toda posibilidad de alzar el vuelo de esta jaula algún día. Por otra parte sería una mentira, porque ese individuo está totalmente loco y es un

peligroso criminal, enfermizamente receloso y completamente sometido a la influencia de su astrólogo de Alepo.

—No tema, no escribiré nada de todo esto. —Aproveché su petición para disipar un malentendido. —Debo decirle que no soy periodista. El señor Rochefort, que es primo de mi abuelo, me ha recomendado que viniera a verle, pero el objeto de mi visita no es escribir un artículo sobre Persia ni sobre usted.

Le revelé mi interés por el Manuscrito de Jayyám, mi deseo intenso de hojearlo un día, de estudiar detenidamente su contenido. Me escuchó con gran atención y una alegría evidente.

—Le agradezco mucho que me arrancara por unos instantes de mis graves preocupaciones. El tema que ha evocado me ha apasionado siempre. ¿Ha leído usted, en la introducción de Nicolás a las *Ruba'iyat* la historia de los tres amigos, Nizam el—Molk, Hassan Sabbah y Omar Jayyám? Son unos personajes muy diferentes, pero cada uno representa un aspecto eterno del alma persa. A veces tengo la impresión de ser los tres a la vez. Como Nizam el—Molk aspiro a crear un gran Estado musulmán, aunque sea gobernado por un insoportable sultán turco. Como Hassan Sabbah siembro la subversión en todas las tierras del Islam y tengo discípulos que me seguirán hasta la muerte...

Se interrumpió preocupado, luego cambió de idea, sonrió y prosiguió:

—Como Jayyám, estoy al acecho de las escasas alegrías del momento presente y compongo versos sobre el vino, el escanciador, la taberna, la amada; como él, desconfío de los falsos devotos. Cuando en algunas cuartetas Omar habla de sí mismo, llego a creerme que es a mí a quien describe: «Sobre la abigarrada tierra camina un hombre ni rico ni pobre, ni creyente ni infiel, no glorifica ninguna verdad, no venera ninguna ley... sobre la abigarrada tierra. ¿Quién es ese hombre valiente y triste?»

Al decir esto, encendió de nuevo su puro, pensativo. Una minúscula brasa fue a parar a su barba. Se la quitó con un gesto habitual y reanudó:

—Desde la infancia he sentido una profunda admiración por Jayyám el poeta, pero sobre todo por el filósofo, por el librepensador. Me asombra su tardía conquista de Europa y de América. Puede imaginar mi felicidad cuando tuve entre las manos el libro original de las *Ruba'iyat* escrito por Jayyám de su puño y letra.

—¿En qué momento lo tuvo usted?

—Me lo regaló hace catorce años en las Indias un joven persa que había hecho el viaje con el único objeto de conocerme. Se presentó en estos términos: «Mirza Reza, natural de Kirman, antiguo comerciante en el bazar de Teherán, vuestro obediente servidor.» Sonreí y le pregunté qué quería decir «antiguo comerciante» y qué le había inducido a contarme su historia. Acababa de abrir una tienda de trajes usados cuando uno de los hijos del shah llegó a comprarle mercancía, chales y pieles por una suma de mil cien tumanes —alrededor de mil dólares—. Pero cuando al día siguiente Mirza Reza se presentó en casa del príncipe para que le pagaran, le insultaron y golpearon e incluso le amenazaron de muerte si se le ocurría reclamar la deuda. Fue entonces cuando decidió venir a verme. Yo enseñaba en Calcuta. «Acabo de comprender», me dijo, «que uno no puede ganarse honradamente la vida en un país sometido a la arbitrariedad. ¿No eres tú quien escribe que Persia necesita una Constitución y un Parlamento? A partir de hoy, considérame como el más adicto de tus discípulos. He cerrado mi tienda, he dejado a mi mujer para seguirte. ¡Ordéname y te obedeceré!»

Al evocar a este hombre, Yamaleddín parecía sufrir.

—Yo estaba emocionado, pero apenado. Soy un filósofo errante, no tengo casa ni patria, no me he casado para no tener a nadie a mi cargo. No quería que ese hombre me siguiera como si yo fuera el Mesías y el Redentor, el imán del Tiempo. Para disuadirle, le dije: «¿Realmente vale la pena abandonarlo todo, tu tienda, tu familia, por una vil cuestión de dinero?» Entonces su rostro se volvió impenetrable, no me respondió y salió. No volvió hasta seis meses después. De un bolsillo interior sacó un cofrecillo de oro con incrustaciones de piedras preciosas, que me presentó abierto. «Mira este manuscrito ¿cuánto crees que puede valer?» Lo hojeé y, temblando de emoción, descubrí el contenido. «¡El texto auténtico de Jayyám! Esas pinturas, esos adornos ¡es inestimable!» «¿Más de mil cien tumanes?» «¡Infinitamente más!» «Te lo regalo, consérvalo. Te recordaré que Mirza Reza no vino a ti para recuperar su dinero, sino para recobrar su orgullo.» Fue así —prosiguió Yamaleddín—, como entré en posesión del *Manuscrito* y ya no me separé de él. Me acompañó a los Estados Unidos,

a Francia, a Inglaterra, a Alemania, a Rusia y luego a Persia. Lo llevaba conmigo cuando me retiré al santuario de Shah—Abdol—Azim. Fue allí donde lo perdí.

—¿No sabe dónde puede estar ahora?

—Ya se lo he dicho. Cuando me apresaron, sólo un hombre se atrevió a enfrentarse con los soldados del shah. Era Mirza Reza. Se levantó, gritó, lloró, llamó cobardes a los soldados y a la asistencia. Lo detuvieron, lo torturaron y pasó más de cuatro años en los calabozos. Cuando lo dejaron en libertad, vino a Constantinopla para verme y estaba en tan mal estado que lo interné en el hospital francés de la ciudad, donde permaneció hasta noviembre último. Intenté retenerle más tiempo, por miedo a que a su regreso lo apresaran de nuevo. Pero se negó. Quería, dijo, recuperar el Manuscrito de Jayyám, no le interesaba nada más. Hay personas que van así, errantes de obsesión en obsesión.

—¿Cuál es su impresión? ¿Existirá aún el Manuscrito?

—Únicamente Mirza Reza podría informarle. Pretende que puede encontrar el soldado que lo birló cuando me detuvieron y esperaba quitárselo. En todo caso, estaba decidido a ir a verlo y hablaba de comprárselo, Dios sabe con qué dinero.

—¡Tratándose de recuperar el *Manuscrito*, el dinero no planteará ningún problema!

Yo había hablado con entusiasmo. Yamaleddín me miró de hito en hito, frunció las cejas y se inclinó hacia mí como para auscultarme.

—Tengo la impresión de que no está usted menos obsesionado por el Manuscrito que ese pobre Mirza. En ese caso, no tiene usted otro camino. ¡Vaya a Teherán! No le garantizo que descubra allí ese libro, pero si sabe mirar, quizá encuentre otras huellas de Jayyám.

Mi respuesta, espontánea, pareció confirmar su diagnóstico.

—Si obtengo un visado, estoy dispuesto a partir mañana.

—Eso no es un obstáculo. Voy a darle unas líneas para el cónsul de Persia en Bakú. El se encargará de las formalidades necesarias e incluso asegurará su transporte hasta Enzeli.

Mi semblante debía de revelar preocupación. Yamaleddín pareció divertirse.

—Sin duda se estará preguntando: ¿Cómo un proscrito puede recomendarme ante un representante del gobierno persa? Sepa que tengo discípulos en todas partes, en todas las ciudades, en todos los medios, incluso en el círculo íntimo del monarca. Hace cuatro años, cuando estaba en Londres, publiqué con un amigo armenio un periódico que salía para Persia en pequeños y discretos paquetes. El shah se alarmó y convocó al ministro de Correos ordenándole que pusiera fin, costase lo que costase, a la circulación de ese periódico. El ministro pidió a los aduaneros que interceptaran en las fronteras todos los paquetes subversivos y los enviaran a su domicilio.

Aspiró su puro y una carcajada dispersó la bocanada de humo.

—Lo que el shah ignoraba —prosiguió Yamaleddín es que su ministro de Correos era uno de mis más fieles discípulos ¡y que precisamente yo le había encargado la buena difusión del periódico!

La risa de Yamaleddín resonaba aún cuando llegaron tres visitantes luciendo cada uno un fez de fieltro color rojo sangre. Se levantó, los saludó, los abrazó y los invitó a sentarse, intercambiando con ellos algunas palabras en árabe. Adiviné que les estaba explicando quién era yo, pidiéndoles que le esperaran un momento.

Se volvió hacia mí.

—Si está decidido a partir para Teherán, voy a darle algunas cartas de presentación. Venga mañana: estarán preparadas. Y sobre todo, no tema nada. A nadie se le ocurrirá registrar a un americano.

Al día siguiente me esperaban tres sobres oscuros. Me los dio en propia mano, abiertos. El primero era para el cónsul de Bakú, el segundo para Mirza Reza. Al tenderme este último, hizo este comentario:

—Debo prevenirle que este hombre es un desequilibrado y un obseso, no lo trate más de lo necesario. Le tengo mucho afecto. Es más sincero, más fiel y sin duda también más puro que todos mis discípulos, pero es capaz de las peores locuras.

Suspiró, metió la mano en el bolsillo del amplio pantalón grisáceo que vestía bajo su túnica blanca:

—Aquí hay diez libras de oro, déselas de mi parte; ya no posee nada, quizá incluso tenga hambre, pero es demasiado orgulloso para mendigar.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—No tengo ni la menor idea. Ya no tiene casa ni familia, va errante de un lugar a otro. Por eso le entrego esta tercera carta dirigida a otro joven, éste muy diferente. Es el hijo del más rico comerciante de Teherán y aunque sólo tiene veinte años y arde en el mismo fuego que todos nosotros, es muy igual de carácter, dispuesto a soltar las ideas más revolucionarias con una sonrisa de niño ahito. A veces le reprocho no tener gran cosa de oriental. Ya lo verá, bajo sus ropas persas tiene la frialdad inglesa, las ideas francesas y un espíritu más anticlerical que el señor Clemenceau. Se llama Fazel. Él le conducirá hasta Mirza Reza. Le encargué que lo vigilara lo más posible. No creo que haya podido impedirle cometer sus locuras, pero sabrá dónde encontrarlo.

Me levanté para marcharme. Me saludó calurosamente y retuvo mi mano en la suya.

—Rochefort me dice en su carta que se llama usted Benjamin Omar. En Persia utilice sólo Benjamín, no pronuncie jamás el nombre de Omar.

—¡Sin embargo, es el de Jayyám!

—Desde el siglo XVI, desde que Persia se convirtió al chiísmo, ese nombre está desterrado. Podría causarle los peores problemas. Uno cree identificarse con Oriente y se encuentra preso en sus disputas.

Una mueca de pena, de consuelo, un gesto de impotencia. Le di las gracias por su consejo y me volví para salir, pero me alcanzó:

—Una última cosa. Ayer se cruzó usted con una joven cuando ella se disponía a marcharse. ¿Le habló usted?

—No, no tuve la ocasión.

—Es la nieta del shah, la princesa Xirín. Si por cualquier razón todas las puertas se cerraran ante usted, envíele un mensaje, recuérdale que la vio usted en mi casa. Una palabra de ella y muchos obstáculos se allanarían.

XXIX

Hasta Trebisonda, en velero, el mar Negro es tranquilo, demasiado tranquilo, el viento sopla poco, durante horas se contempla el mismo punto de la costa, el mismo peñasco, el mismo bosquecillo de Anatolia. Hubiera sido un error quejarme porque necesitaba ese tiempo de sosiego, dada la ardua tarea que debía realizar: memorizar un libro entero de diálogos persas—franceses escrito por Nicolás, el traductor de Jayyám, ya que me había prometido dirigirme a mis anfitriones en su propia lengua. No ignoraba que en Persia, como en Turquía, muchos letrados, comerciantes o altos responsables hablan francés. Algunos incluso hablan inglés, pero si se quiere pasar del círculo restringido de los palacios y las legaciones, si se quiere viajar fuera de las grandes ciudades o por sus bajos fondos, hay que estudiar el persa.

El desafío me estimulaba y me divertía, me deleitaba descubrir las afinidades con mi propia lengua, como con diversas lenguas latinas. Padre, madre, hermano, hija, «father», «mother», «brother», «daughther», se dice «pedar», «madar», «baradar», «dojtar»; el parentesco indoeuropeo difícilmente puede ilustrarse mejor. Incluso para nombrar a Dios, los musulmanes de Persia dicen «Joda», término mucho más cercano del inglés God o del alemán Gott que de Alá. A pesar de este ejemplo, la influencia predominante sigue siendo la del árabe, que se ejerce de forma curiosa: muchas palabras persas pueden sustituirse arbitrariamente por su equivalente en árabe, y es incluso una forma de esnobismo cultural, muy apreciado por los letrados, llenar sus conversaciones de términos o de frases enteras en árabe. Yamaleddín, en particular, se complacía en esta práctica.

Me prometí estudiar árabe más tarde. Por el momento estaba muy ocupado en recordar los textos de Nicolás que me procuraban, además del conocimiento del persa, informaciones útiles sobre el país. Se podían encontrar este tipo de diálogos:

«—¿Cuáles son los productos que se podría exportar de Persia?

—Los chales de Kirman, las perlas finas, las turquesas, las alfombras, el tabaco de Shiraz, las sedas de Mazanderán, las sanguijuelas y los tubos de pipa de madera de cerezo.

—Cuando se viaja ¿se debe llevar un cocinero?

—Sí. En Persia no se puede dar un paso sin el cocinero, la cama, las alfombras y los criados propios.

—¿Cuáles son las monedas extranjeras que circulan en Persia?

—Los imperiales rusos, los carbovanes y los ducados de Holanda. Las monedas francesas e inglesas son muy escasas.

—¿Cómo se llama el rey actual?

—Nassereddín Shah.

—Se dice que es un excelente rey.

—Sí, es excesivamente benevolente con los extranjeros y muy generoso. Es muy instruido, sabe mucho de historia, de geografía, de dibujo; habla francés y domina las lenguas orientales: el árabe, el turco y el persa.»

Una vez llegado a Trebisonda, me instalé en el Hotel de Italia, el único de la ciudad, confortable si se podían olvidar las nubes de moscas que transformaban cada comida en una exasperante gesticulación ininterrumpida. Me resigné, pues, a imitar a los otros visitantes y contraté por un poco de calderilla a un joven adolescente que se ocupara de abanicarme y espantar a los insectos. Lo más difícil fue convencerle de que los alejara de mi mesa sin intentar aplastarlos ante mis ojos entre dolmas y kebabs. Durante un rato me obedecía, pero en el momento en que venía una mosca al alcance de su temible instrumento, la tentación era demasiado fuerte y golpeaba.

El cuarto día encontré sitio a bordo de un buque del Servicio de Transporte Marítimo que hacía la ruta Marsella—Constantinopla—Trebisonda hasta Batumi, el puerto ruso situado al este del mar Negro, donde tomé el ferrocarril transcaucásico para Bakú, en el Caspio. El recibimiento del cónsul de Persia fue tan amable que dudé en enseñarle la carta de Yamaleddín. ¿No valdría más seguir siendo un viajero anónimo para no despertar sospechas? Pero sentí algunos escrúpulos. Quizá hubiera en la carta un mensaje distinto del que se refería

a mí y no tenía derecho a no entregarlo. Bruscamente, me decidí a decir con un enigmático tono:

—Quizá tengamos un amigo común. Y saqué el sobre. Inmediatamente y con mucho cuidado, el cónsul lo abrió; había cogido de su escritorio unas gafas con montura de plata y estaba leyendo cuando, súbitamente, vi que sus dedos temblaban. Se levantó, fue a cerrar con llave la puerta de la habitación, posó los labios sobre el papel y permaneció así algunos segundos, como recogido. Luego vino hacia mí y me estrechó entre sus brazos como si fuera un hermano superviviente de un naufragio.

Sin embargo, cuando consiguió que en su rostro no se traslucieran sus emociones, llamó a sus sirvientes, les ordenó que llevaran mi maleta a su casa, que me instalaran en la mejor habitación y que prepararan un festín para esa noche. Así me retuvo en su casa dos días, descuidando cualquier trabajo para permanecer conmigo e interrogarme sin descanso sobre el maestro, su salud, su humor y, sobre todo, sobre lo que decía de la situación de Persia. Cuando llegó el momento de partir, alquiló para mí un camarote en un buque ruso de las Líneas Cáucaso y Mercurio. Luego me confió a su cochero, a quien encargó la misión de acompañarme hasta Qazvin y permanecer a mi lado mientras yo necesitara sus servicios.

El cochero se reveló inmediatamente como un hombre desenvuelto, a menudo incluso insustituible. Yo no habría sabido deslizar algunas monedas en la mano de ese aduanero de altivo bigote para que se dignara soltar un instante la boquilla de su *ka1yan* y viniera a poner el visado sobre mi voluminosa Welseley. Y fue él también quien negoció en la Administración del muelle la obtención inmediata de un carruaje de cuatro caballos, a pesar de que el funcionario nos invitaba con tono imperioso a volver al día siguiente y de que un sórdido tabernero, visiblemente su cómplice, nos proponía ya sus servicios.

Me consolé de todas esas dificultades del trayecto pensando en el calvario de los viajeros que me habían precedido. Trece años antes sólo se podía llegar a Persia por la ruta de los camelleros que desde Trebisonda llevaba a Tabriz por Erzurum, unas cuarenta etapas, seis agotadoras y costosas semanas, a veces incluso peligrosas a causa de las incesantes guerras tribales. El transcaucásico revolucionó este orden de cosas y abrió Persia al mundo; desde entonces se puede llegar a ese Imperio sin grandes riesgos ni molestias, en barco desde Bakú al puerto de Enzelí y luego, en una semana, por una carretera abierta al tránsito rodado, hasta Teherán.

En Occidente, el cañón es un instrumento de guerra o de desfile militar; en Persia es también instrumento de suplicio. Lo digo porque al llegar a la muralla circular de Teherán, me vi confrontado con el espectáculo de esa pieza de artillería que servía para el más atroz de los usos: en el ancho cañón habían metido a un hombre atado del que sólo sobresalía la cabeza rapada. Debía permanecer ahí, bajo el sol, sin alimentos ni agua, hasta que le sobreviniera la muerte; e incluso después, me explicaron, se acostumbraba a dejar el cuerpo expuesto durante largo tiempo, de manera que el castigo fuera ejemplar e inspirara silencio y terror a todos aquellos que cruzaran las puertas de la ciudad.

¿Fue a causa de esa primera imagen por lo que la capital de Persia ejerció tan poca magia sobre mí? En las ciudades de Oriente se buscan los colores del presente y las sombras del pasado. En Teherán yo no encontré nada de eso. ¿Qué fue lo que vi allí? Unas avenidas demasiado anchas para unir a los ricos de los barrios del norte con los pobres de los barrios del sur; un bazar que, ciertamente, rebosaba de camellos, mulas y telas abigarradas, pero que no tenía comparación con los zocos de El Cairo, de Constantinopla, de Ispahán o de Tabriz. Y por donde se posara la mirada, innumerables construcciones grises.

¡Demasiado nueva Teherán, demasiado poca historia! Durante mucho tiempo no fue más que una oscura dependencia de Rayy, la prestigiosa ciudad de los sabios destruida en la época de los mogoles. Hasta que a finales del siglo XVIII, una tribu turcomana, la de los Kayar, se apoderó de aquella localidad. Después de haber logrado someter por la espada a toda Persia, la dinastía elevó su modesta guarida al rango de capital. Hasta entonces, el centro político del país se encontraba más al sur, en Ispahán, Kirman o Shiraz. Ni que decir tiene que los habitantes de esas ciudades echan pestes de los «zafios norteños» que los gobiernan y que ignoran hasta su lengua. El shah reinante, en el momento de su ascensión al poder, necesitó un traductor para dirigirse a sus súbditos. Sin embargo, parecía que desde entonces había adquirido mayor conocimiento del persa.

Hay que reconocer que tiempo no le habla faltado. A mi llegada a Teherán, en abril de 1896, ese monarca se disponía a celebrar su jubileo, su quincuagésimo año en el poder. Con ese motivo, la ciudad estaba engalanada con el emblema nacional que lleva el signo del león y del sol; los notables habían venido de todas las provincias, numerosas delegaciones extranjeras se habían desplazado hasta allí y aunque la mayoría de los invitados oficiales estaban alojados en villas, los dos hoteles para europeos, el Albert y el Prevost, estaban desusadamente llenos. Fue en este último donde finalmente encontré una habitación.

Había pensado ir directamente a casa de Fazel, entregarle la carta y preguntarle cómo podría reunirme con Mitza Reza, pero supe reprimir mi impaciencia. No ignoraba las costumbres de los orientales y sabía que el discípulo de Yamaleddín me invitaría a alojarme en su casa; no quería ofenderle con una negativa ni arriesgarme a verme mezclado en su actividad política, y aún menos en la de su maestro.

Por lo tanto, me instalé en el Hotel Prevost, dirigido por un ginebrino. Por la mañana alquilé una vieja yegua para ir, útil cortesía, a la Legación americana, situada en el bulevar de los embajadores, y luego a casa del discípulo preferido de Yamaleddín. Bigotillo fino, larga túnica blanca, porte majestuoso, una pizca de frialdad, Fazel correspondía, en conjunto, a la imagen que me había descrito el exiliado de Constantinopla.

Íbamos a convertirnos en los mejores amigos del mundo, pero el primer contacto fue distante, su lenguaje directo me molestó y me inquietó. Como cuando hablamos de Mirza Reza.

—Haré lo que pueda por ayudarle, pero no quiero tener nada que ver con ese loco. Es un mártir viviente, me dijo el Maestro y yo respondí: ¡Más le hubiera valido morir! No me mire usted así, no soy un monstruo, pero ese hombre ha sufrido tanto que tiene la mente completamente trastornada: cada vez que abre la boca perjudica a nuestra causa.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Desde hace semanas vive en el mausoleo de Shah Abdol—Azim, vagando por los jardines y los pasillos, entre los edificios, hablando con las personas del arresto de Yamaleddín, exhortándolas a derrocar al monarca, contando sus propios sufrimientos, gritando y gesticulando. No cesa de repetir que Sayyid Yamaleddín es el imán del Tiempo, aunque el interesado le haya prohibido ya proferir tan insensatas palabras. Realmente, no me interesa que me vean en su compañía.

—Es la única persona que podría informarme sobre el *Manuscrito*.

—Lo sé y le conduciré hasta él, pero no me quedaré ni un instante con usted.

Esa noche, el padre de Fazel, uno de los hombres más ricos de Teherán, ofreció una cena en mi honor. Amigo íntimo de Yamaleddín, aunque apartado de toda acción política, quería honrar al Maestro por mi mediación; había invitado a cerca de cien personas. La conversación giró en torno a Jayyám. Cuartetas y anécdotas llovían de todas las bocas y las discusiones se animaban derivando a menudo hacia la política; todos parecían manejar hábilmente el persa, el árabe y el francés y la mayoría de ellos tenían algunas nociones de turco, ruso e inglés. Yo me sentía tanto más ignorante cuanto que todos me consideraban como un gran orientalista y un especialista de las *Ruba'iviyat*, apreciación muy exagerada, diría incluso que desmedida, pero que pronto tuve que renunciar a desmentir, puesto que mis protestas parecían una manifestación de humildad, que es, todos lo sabemos, el sello de los verdaderos sabios.

La velada comenzó con la puesta de sol, pero mi anfitrión había insistido para que yo fuera más temprano; deseaba mostrarme los colores de su jardín. Un persa, aunque posea un palacio, como era el caso del padre de Fazel, rara vez invita a visitarlo: lo relega en favor del jardín, su único motivo de orgullo.

A medida que iban llegando, los invitados cogían sus copas e iban a instalarse cerca de los riachuelos, naturales o artificiales, que serpenteaban entre los álamos. A veces, según prefirieran sentarse en una alfombra o en un almohadón, los sirvientes se apresuraban a tirarlos en el lugar elegido, pero algunos escogían una roca o simplemente la tierra; los jardines de Persia no conocen el césped, lo que a ojos de un americano les da un aspecto algo árido.

Esa noche se bebió razonablemente. Los más piadosos se limitaban al té. Con este fin, circulaba un gigantesco samovar, escoltado por tres sirvientes, dos para sostenerlo y un tercero para servir. Muchos preferían el arak, el vodka o el vino, pero no observé ninguna

actitud desagradable; los más achispados se contentaban con acompañar en sordina a los músicos contratados por el señor de la casa; uno que tocaba el pandero, un virtuoso del «zarb» y un flautista. Más tarde llegaron los bailarines, la mayoría muchachos jóvenes. En el transcurso de la recepción no apareció ninguna mujer.

La cena no se sirvió hasta la medianoche aproximadamente. A lo largo de la velada nos contentamos con pistachos, almendras, granos salados y golosinas, y la comida sólo fue el punto final del ceremonial. El anfitrión tenía el deber de retrasarla lo más posible, ya que en cuanto llega el plato principal, que esa noche era un «yavaheer polow», un «arroz alhajado», cada invitado se lo traga en diez minutos, se lava las manos y se va. Cocheros y sirvientes con linternas se apelotonaban en la puerta cuando salimos, para recoger a su señor.

Al alba del día siguiente, Fazel me acompañó en un coche de punto hasta la puerta del santuario de Shah Abdol—Azim. Entró solo, para volver con un hombre de aspecto inquietante: alto, delgado de manera enfermiza, con la barba hirsuta y las manos temblándole sin cesar. Iba vestido con una larga túnica blanca, estrecha y remendada y llevaba un bolsón descolorido y sin forma que contenía todo lo que poseía en este mundo. En sus ojos podía leerse todo el infortunio de Oriente.

Cuando se enteró de que yo acababa de visitar a Yamaleddín, cayó de rodillas, me agarró la mano y la cubrió de besos. Fazel, incómodo, balbuceó una excusa y se alejó.

Tendí a Mirza Reza la carta del Maestro. Casi me la arrancó de las manos y, aunque constaba de varias páginas, la leyó entera, sin apresurarse, olvidando totalmente mi presencia.

Esperé a que hubiera terminado para hablarle de lo que me interesaba. Pero entonces me dijo, en una mezcla de persa y francés que me costó bastante comprender:

—El libro lo tiene un soldado originario de Kirman, que es también mi ciudad. Me ha prometido venir a verme aquí pasado mañana viernes. Habrá que darle algo de dinero, no para comprar el libro, sino para agradecerle el haberlo restituido. Desgraciadamente, ya no me queda ni una moneda.

Sin dudarle, saqué del bolsillo el oro que Yamaleddín le enviaba y añadí una suma equivalente; pareció satisfecho.

—Vuelve el sábado. Si Dios lo quiere tendré el *Manuscrito*, te lo entregaré y tú se lo llevarás al Maestro a Constantinopla.

XXX

De la adormilada ciudad subían ruidos perezosos, el polvo era caliente y brillaba el sol; era un día persa, todo languidez, una comida compuesta de pollo al albaricoque, un vino fresco de Shiraz, una siesta insuperable en el balcón de mi habitación del hotel bajo un quitasol descolorido, con la cara tapada con una toalla mojada.

Pero en el crepúsculo de ese 1 de mayo de 1896, una vida acabaría y otra comenzaría más allá.

Insistentes y furiosos golpes en mi puerta. Por fin los oigo, me estiro, me sobresalto y corro descalzo con el pelo pegado y el bigote lacio, vestido con una túnica flotante comprada la víspera. Mis dedos flácidos tienen dificultades para abrir el pestillo. Fazel empuja la puerta, me arrolla para cerrarla y me sacude por los hombros.

—¡Despierta, dentro de un cuarto de hora eres hombre muerto!

Lo que Fazel me dijo con algunas frases entrecortadas el mundo entero iba a saberlo al día siguiente por la magia del telégrafo.

Al mediodía, el monarca había acudido al santuario de Shah—Abdol—Azim para la oración del viernes. Llevaba el traje de gala confeccionado para su jubileo, hilos de oro, remates de turquesas y esmeraldas, gorro de plumas. En la gran sala del santuario elige su espacio para la oración y extienden una alfombra a sus pies. Antes de arrodillarse, busca con los ojos a sus mujeres y les indica que se coloquen detrás de él, alisa sus largos bigotes afilados, blancos con reflejos azulados, mientras la multitud, fieles y mollahs que los guardias se afanan por contener, se apiña a su alrededor. Del patio exterior llegan aún las aclamaciones. Las esposas reales avanzan.

Entre ellas se escurre un hombre vestido de lana, a la manera de los derviches. Sujeta un papel que tiende con la punta de los dedos. El shah se pone sus binóculos para leerlo. De pronto, un tiro alcanza al soberano en pleno corazón. Pero antes de desplomarse, puede murmurar: «¡Sostenedme!» La pistola estaba oculta por la hoja de papel.

En el tumulto general, el gran visir es el primero que se recobra y grita: «¡No es nada, la herida es leve!» Ordena evacuar la sala y llevar al shah al carruaje real. Y hasta Teherán, va abanicando el cadáver sentado en el asiento de atrás, como si aún respirara. Mientras tanto, hace venir al príncipe heredero de Tabriz, de donde es gobernador.

En el santuario, las esposas del shah atacan al asesino, lo insultan y lo muelen a palos; la muchedumbre le arranca la ropa y se dispone a despedazarlo cuando el coronel Kasakovsky, jefe de la brigada cosaca, interviene para salvarlo, o más bien para someterlo a un primer interrogatorio. Sorprendentemente, el arma del crimen ha desaparecido. Se dice que una mujer la recogió y la ocultó bajo su velo. No la encontrarán jamás. Por el contrario, recuperan la hoja de papel que sirvió para camuflar la pistola.

Por supuesto, Fazel me ahorró todos esos detalles, su síntesis fue lapidaria:

—Ese loco de Mitza Reza ha matado al shah. Le han encontrado encima la carta de Yamaleddín donde se menciona tu nombre. Conserva tu traje persa, coge tu dinero y tu pasaporte. Nada más. Y corre a refugiarte en la Legación americana.

Mi primer pensamiento fue para el *Manuscrito*. ¿Lo habría recuperado Mirza Reza esa mañana? Verdad es que yo no evaluaba aún la gravedad de n—ú situación: complicidad en el asesinato de un jefe de Estado, ¡yo, que había venido al Oriente de los poetas! Sin embargo, las apariencias estaban contra mí, engañosas, falsas, absurdas, pero abrumadoras. ¿Qué juez, qué comisario no sospecharía de mí?

Fazel espiaba desde el balcón; de pronto se agachó y gritó con voz ronca:

—¡Ya están aquí los cosacos! ¡Están acordonando el hotel!

Bajamos corriendo la escalera. Una vez llegados al vestíbulo de entrada, recobramos un paso más digno, menos sospechoso. Un oficial, barba rubia, gorro encasquetado, acababa de entrar barriando con los ojos los rincones de la estancia. Fazel tuvo justo el tiempo de susurrarme: «¡A la Legación!» Luego se separó de mí, se dirigió hacia el oficial, le oí pronunciar «¡Palkovnik!» —¡Coronel!— y les vi estrecharse la mano ceremoniosamente e

intercambiar algunas palabras de condolencia. Kasakovsky había cenado con frecuencia en casa del padre de mi amigo y eso me valió algunos segundos de respiro. Los aproveché para apresurar el paso hacia la salida, envuelto en mi *aba*, e internarme en el jardín, que los cosacos se aplicaban en transformar en un campo atrincherado. No me molestaron. Como venía del interior debieron de suponer que su jefe me había dejado pasar. Crucé, pues, la verja y me dirigí hacia la callejuela de la derecha que llevaba al bulevar de los embajadores y, en diez minutos, a mi Legación.

Tres soldados estaban apostados a la entrada de mi callejuela. ¿Pasaría ante ellos? A la izquierda divisé otra calleja. Pensé que sería mejor tomarla, aunque tuviera luego que torcer a la derecha. —Avancé, por lo tanto, evitando mirar en dirección a los soldados. Algunos pasos más y ya no los vería, ni ellos a mí:

—¡Alto!

¿Qué hacer? ¿Detenerme? A la primera pregunta que me hicieran descubrirían que apenas hablaba persa, me pedirían mis papeles y me detendrían. ¿Huir? No les costaría alcanzarme, yo habría actuado como un culpable y ni siquiera podría invocar mi buena fe. Sólo tenía una fracción de segundo para elegir.

Decido seguir mi camino sin apresurarme, como si no hubiera oído. Pero resuena un nuevo grito, carabinas que se cargan, pasos. No lo pienso más y corro a través de las callejuelas sin mirar hacia atrás; me lanzo por los pasajes más estrechos, más sombríos; el sol se ha puesto ya, dentro de media hora será de noche.

Buscaba con mi mente una oración para poder rezar y sólo conseguía repetir «¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios!», insistente imploración, como si ya estuviera muerto y tamborileara a la puerta del paraíso.

Y la puerta se abrió. La puerta del paraíso. Una puertecilla disimulada en una tapia manchada de barro, en la esquina de una calle. Una mano tocó la mía, me agarré a ella, me atrajo hacia sí y cerró detrás de mí. Yo no podía abrir los ojos de miedo, de sofoco, de incredulidad, de felicidad. Fuera seguía la galopada.

Tres miradas risueñas me contemplaban, tres mujeres con la cabeza tapada con un velo, pero con el rostro descubierto y que me comían con los ojos como a un recién nacido. La de más edad, unos cuarenta años, me indicó que la siguiera. Al fondo del jardín a donde fui a parar había una pequeña cabaña donde me instaló en una silla de mimbre, prometiéndome con un gesto que vendría a liberarme. Me tranquilizó con una mueca y una palabra mágica: *andarun*, «casa interior». ¡Los soldados no vendrían a registrar donde vivían mujeres!

De hecho, los ruidos de soldados sólo se habían acercado para alejarse de nuevo antes de apagarse. ¿Cómo podían saber en cuál de las callejuelas me había volatilizado? El barrio era un laberinto de decenas de pasajes y cientos de casas y jardines y era casi de noche.

Al cabo de una hora me trajeron té negro, me liaron cigarrillos y se entabló una conversación. Con algunas frases lentas en persa y unas cuantas palabras en francés, se me explicó a qué debía mi salvación. En el barrio había corrido el rumor de que un cómplice del asesino del shah estaba en el hotel de los extranjeros. Al verme huir, ellas habían comprendido que era yo el heroico culpable y habían querido protegerme. ¿Las razones de su actitud? Su marido y padre había sido ejecutado quince años antes, injustamente acusado de pertenecer a una secta disidente, los *babis*, que preconizaban la abolición de la poligamia, la igualdad absoluta entre hombres y mujeres y el establecimiento de un régimen democrático. Dirigida por el shah y por el clero, la represión fue sangrienta y, además de las decenas de miles de *babis*, muchos inocentes fueron exterminados por la simple denuncia de un vecino. Mi benefactora se quedó sola con dos hijas de tierna edad y desde entonces sólo esperaba la hora de la revancha. Las tres mujeres se consideraban honradas de que el heroico vengador hubiera ido a parar a su humilde jardín.

Cuando uno se ve en los ojos de las mujeres como un héroe ¿se tienen realmente deseos de desengañarlas? Yo me persuadí de que sería inoportuno, incluso imprudente, decepcionarlas. En mi difícil combate por la supervivencia necesitaba a esas aliadas, su entusiasmo y su valor, su injustificada admiración. Por lo tanto, me refugié en un enigmático silencio que hizo desaparecer sus últimas dudas.

Tres mujeres, un jardín, un saludable error; podría contar infinitamente los cuarenta irreales días de esa tórrida primavera persa.

Difícilmente se puede ser allí más extranjero y, por si fuera poco, en el universo de las mujeres de Oriente, donde no había el menor lugar para mí. Mi benefactora no ignoraba ninguna de las dificultades en las que se había metido. Estoy seguro de que durante la primera noche, mientras yo dormía en la cabaña del fondo del jardín, tendido sobre tres esteras superpuestas, sufrió el más tenaz de los insomnios, ya que al alba me mandó llamar, me hizo sentarme con las piernas cruzadas a su derecha, instaló a sus dos hijas a su izquierda y nos soltó un discurso laboriosamente preparado.

Empezó por alabar mi valor y me reiteró su alegría por haberme acogido. Luego, tras guardar silencio unos instantes, se puso de pronto a desabrocharse la parte de arriba de su vestido bajo mis atónitos ojos. Enrojecí y miré para otro lado, pero ella me atrajo hacia sí. Sus hombros estaban desnudos, así como sus pechos. Con palabras y con gestos me invitó a mamar. Las dos muchachas reventaban de risa para sus adentros, pero la madre se comportaba con la seriedad de los sacrificios rituales. Posando mis labios, lo más púdicamente del mundo, sobre un pezón y luego sobre el otro, cumplí lo que me ordenaba. Entonces ella se tapó, sin prisa, diciendo con el tono más solemne:

—Por este gesto te has convertido en mi hijo, como si hubieras nacido de mi carne.

Luego, volviéndose hacia sus hijas, que habían dejado de reírse, les anunció que de ahí en adelante debían actuar conmigo como si yo fuera su propio hermano.

En aquel momento la ceremonia me pareció conmovedora, pero grotesca. Sin embargo, al pensar en ella de nuevo, descubrí toda la sutileza del Oriente. En efecto, para esa mujer mi situación era embarazosa. No había dudado en echarme una mano caritativa, con peligro de su vida, y me había ofrecido la hospitalidad más incondicional. Al mismo tiempo, la presencia de un extranjero, un hombre joven, codeándose con sus hijas noche y día, sólo podía provocar, un día u otro, cualquier incidente. ¿Qué mejor que soslayar la dificultad por el gesto ritual de la adopción simbólica? Desde ese momento yo podía circular a mi antojo por la casa, acostarme en la misma habitación, dar a mis «hermanas» un beso en la frente; estábamos todos protegidos y fuertemente sostenidos por la ficción de la adopción.

Otros se hubieran sentido cogidos en una trampa por esa escenificación. Yo, por el contrario, me sentía reconfortado. Aterrizar en un planeta de mujeres y por ociosidad, por promiscuidad, encontrarse entablando una relación apresurada con una de las tres anfitrionas; ingeniárselas poco a poco para evitar a las otras dos, para esquivar su vigilancia, para excluirlas; granjearse, indefectiblemente, su hostilidad, encontrarse uno mismo excluido, avergonzado, contrito por haber turbado, entristecido o decepcionado a unas mujeres que habían sido poco menos que providenciales, era una sucesión de hechos que habrían correspondido muy poco con mi temperamento. Ni que decir tiene que yo jamás habría sabido urdir, con mi mente de occidental, lo que esa mujer supo encontrar en el inagotable arsenal de las prescripciones de su fe.

Como por milagro, todo se volvió simple, límpido y puro. Decir que el deseo había muerto sería mentir; todo en nuestras relaciones era eminentemente carnal y sin embargo, lo repito, eminentemente puro. De este modo viví momentos de paz indolente en la intimidad de esas mujeres, sin velos ni excesivos pudores, en el corazón de una ciudad donde probablemente yo era el hombre más buscado.

Con el paso del tiempo, veo mi estancia entre ellas como un momento privilegiado, sin el cual mi adhesión a Oriente se habría truncado o seguiría siendo superficial. A ellas les debo los inmensos progresos que hice entonces en la comprensión y utilización del persa usual. Aunque el primer día mis anfitrionas hicieron el loable esfuerzo de juntar algunas palabras de francés, de ahí en adelante todas nuestras conversaciones se desarrollaron en la lengua del país. Conversaciones animadas o indolentes, sutiles o crudas, a veces incluso escabrosas, puesto que en mi calidad de hermano mayor, y siempre que permaneciera fuera de los límites del incesto, podía permitirme todo. Lo que era jocoso era lícito, incluidas las demostraciones de afecto más teatrales.

¿Habría conservado su encanto la experiencia si se hubiera prolongado? No lo sabré jamás, ni me interesa saberlo. Un acontecimiento, por desgracia demasiado previsible, vino a ponerle fin, una visita normal y corriente, la de los abuelos.

De ordinario yo permanecía lejos de las puertas de entrada, la del *biruni* que lleva al alojamiento de los hombres y que es la puerta principal, y la del jardín, por la que había entrado. A la primera alerta me eclipsaba. Esta vez, por inconsciencia, por exceso de

confianza, no oí llegar a la anciana pareja. Estaba sentado con las piernas cruzadas en la habitación de las mujeres fumando tranquilamente desde hacía dos largas horas un *kalyan* preparado por mis «hermanas» y me había adormilado allí mismo, con la pipa en la boca y la cabeza apoyada contra la pared, cuando un carraspeo de hombre me despertó sobresaltado.

XXXI

Para mi madre adoptiva, que llegó algunos segundos demasiado tarde, la presencia de un varón europeo en el corazón de sus apartamentos tenía que explicarse rápidamente. Antes que empañar su reputación o la de sus hijas, eligió decir la verdad, en un tono que quiso fuera de lo más patriótico y triunfante. ¿Quién era ese extranjero? ¡Nada menos que el *farangui* que toda la policía buscaba, el cómplice de aquel que había matado al tirano y vengado así a su mártir marido!

Un momento de vacilación y luego cayó el veredicto. Se me felicitaba, se alababa mi valor, así como el de mi protectora. Es verdad que, frente a una situación tan incongruente, su explicación era la única plausible. Aunque mi lánguida postura, en pleno corazón del *andarun*, fuera algo comprometedor, podía explicarse fácilmente por la necesidad de sustraerme a las miradas.

El honor se había salvado, pues, pero estaba claro que debía irme ya. Dos caminos se me ofrecían. El más evidente era salir disfrazado de mujer y caminar hasta la Legación americana; en resumen, proseguir el camino interrumpido algunas semanas antes. Pero «mi madre» me disuadió de ello. Había hecho una ronda exploratoria y se había percatado de que todas las callejuelas que llevaban a la Legación estaban controladas. Además, al ser de bastante estatura, un metro ochenta y tres, mi disfraz de mujer persa no engañaría a ningún soldado por poco observador que fuera.

La otra solución era, siguiendo los consejos de Yamaleddín, enviar un mensaje de socorro a la princesa Xirin. Hablé de ella a mi «madre», que lo aprobó; había oído hablar de la nieta del shah asesinado. Se la consideraba sensible a los sufrimientos de los pobres; me propuso llevarle una carta. El problema era encontrar las palabras que podría dirigirle, palabras que fueran suficientemente explícitas pero que no me traicionaran si caían en otras manos. No podía mencionar mi nombre ni el del Maestro. Me contenté, pues, con escribir en una hoja de papel la única frase que me dijo una vez: «Nunca se sabe, nuestros caminos podrían cruzarse.»

Mi «madre» había decidido acercarse a la princesa durante las solemnidades del cuadragésimo día del anciano shah, última fase de las ceremonias mortuorias. En la inevitable confusión general de los curiosos y las plañideras embadurnadas con hollín, no tuvo ninguna dificultad en hacer pasar el papel de mano en mano; la princesa lo leyó y buscó con los ojos, con temor, al hombre que lo había escrito; la mensajera susurró: «¡Está en mi casa!» Al instante, Xirin abandonó la ceremonia, llamó a su cochero e instaló a mi «madre» a su lado. Para no despertar sospechas, el carruaje con las insignias reales se detuvo ante el Hotel Prevost, desde donde las dos mujeres, cubiertas por tupidos velos, anónimas, prosiguieron a pie su camino.

Nuestro segundo encuentro se reveló apenas más locuaz que el primero. La princesa me evaluaba con la mirada, con una sonrisa en la comisura de los labios. De pronto, ordenó:

—Mañana, al alba, mi cochero vendrá a recogeros, estad preparado, cubrios con un velo y caminad con la cabeza baja.

Yo estaba convencido de que me llevaría a mi Legación, pero en el momento en que su carruaje cruzaba la puerta de la ciudad comprobé mi error. Ella me explicó:

—Efectivamente, habrías podido conducirnos a casa del ministro americano, allí habríais encontrado refugio, pero no hubiera sido difícil que se supiera cómo habíais llegado. Aunque tengo alguna influencia por pertenecer a la familia Kayar, no puedo aprovecharme de ella para proteger al presunto cómplice del asesino del shah. Me habría resultado embarazoso y por mí se habrían remontado hasta las valientes mujeres que os acogieron. A vuestra Legación no le habría agradado en modo alguno tener que proteger a un hombre acusado de semejante crimen. Creedme, es mejor para todo el mundo que os vayáis de Persia. Voy a conducirnos junto a uno de mis tíos maternos, uno de los jefes de los bajtiaris. Ha venido con los guerreros de su tribu para las ceremonias del cuadragésimo día. Le he revelado vuestra identidad y demostrado vuestra inocencia, pero sus hombres no deben saber nada. Se ha comprometido a escoltaros hasta la frontera otomana por unos caminos que las caravanas ignoran. Nos espera en el pueblo de Shah—Abdol—Azim. ¿Tenéis dinero?

—Sí. Les he dado doscientos tumanes a mis salvadoras, pero aún me quedan cerca de cuatrocientos.

—No es suficiente. Tendréis que distribuir la mitad de vuestro haber entre vuestros compañeros y guardar una buena suma para el resto del viaje. Tomad algunas monedas turcas, no estarán de más. Tomad también un escrito que quisiera hacer llegar al Maestro. Pasaréis por Constantinopla ¿no?

Resultaba difícil decir que no. Ella prosiguió, deslizado los papeles doblados por la abertura de mi túnica:

—Es el atestado del primer interrogatorio de Mirza Reza, me he pasado la noche copiándolo. Podéis leerlo, debéis incluso leerlo, os informará de muchas cosas. Además, os tendrá ocupado durante vuestra larga travesía. Pero que nadie más lo vea.

Estábamos ya en las inmediaciones del pueblo, la policía estaba por todas partes y registraba hasta los cargamentos de las mulas, pero ¿quién se hubiera atrevido a obstaculizar a un tiro real? Proseguimos nuestro camino hasta el patio de un gran caserón color azafrán. En el centro, dominando la escena, un inmenso roble centenario en torno al cual se agitaban unos guerreros con el cuerpo ceñido por dos cartucheras cruzadas. La princesa sólo tuvo una mirada de desprecio para esos viriles ornamentos que hacían juego con los tupidos bigotes.

—Como podéis ver, os dejo en buenas manos; ellos os protegerán mejor que las débiles mujeres que os tomaron a su cargo hasta hoy.

—Lo dudo. Mis ojos seguían con inquietud los cañones de fusil que apuntaban en todas las direcciones.

—Yo también lo dudo —se rió ella—. Pero por lo menos os llevarán hasta Turquía.

Cuando ya nos habíamos despedido, me volví:

—Sé que el momento es poco propicio para hablar de ello, pero, ¿sabríais por casualidad si entre las pertenencias de Mitza Reza encontraron un viejo manuscrito?

Sus ojos me huyeron y su tono se volvió agresivo.

—Efectivamente, el momento está mal escogido. ¡No volváis a pronunciar el nombre de ese loco antes de haber llegado a Constantinopla!

—¡Es un manuscrito de Jayyám!

Tenía razón en insistir. Después de todo, era a causa de ese libro por lo que me había dejado arrastrar a mi aventura persa. Pero Xirín dio un suspiro de impaciencia.

—No sé nada, pero me informaré. Dejadme vuestras señas y os escribiré. Pero, ¡por favor!, no me respondáis.

Mientras garrapateaba «Annápolis, Maryland», tuve la impresión de estar ya lejos e inmediatamente sentí pesar de que mi incursión en Persia hubiera sido tan corta y desde el principio tan mal planeada. Tendí el papel a la princesa y cuando intentó cogerlo retuve su mano, estrechándola con fuerza un breve instante. Ella, a su vez, apretó la mía, clavándome la uña en la palma sin herirme, pero dejando en ella una marca bien trazada que perduró unos minutos. Dos sonrisas asomaron a nuestros labios, la misma frase fue pronunciada al unísono:

—¡Nunca se sabe... nuestros caminos podrían cruzarse!

Durante dos meses no vi nada que se pareciera a lo que acostumbro a llamar carretera. Al salir de Shah Abdol—Azim nos dirigimos al sudoeste, en dirección al territorio tribal de los baitiaris. Después de rodear el lago salado de Qom, caminamos a lo largo del río del mismo nombre, pero sin penetrar en la ciudad. Mis acompañantes, con los fusiles constantemente preparados como para una batida, se esforzaban por evitar cualquier aglomeración y aunque el tío de Xirín se tomó con frecuencia la molestia de informarme «Estamos en Amuk, en Vertxa, en Jomeín», era sólo una forma de hablar, que significaba simplemente que estábamos a la altura de esas localidades, cuyos minaretes divisábamos a lo lejos y cuyos contornos me contentaba con adivinar.

En las montañas de Suristan, más allá del nacimiento del río Qom, mis acompañantes aflojaron la vigilancia: estábamos en territorio bajtiari. Se organizó un festín en mi honor, me dieron a fumar una pipa de opio y me adormilé en el acto, en medio de la hilaridad general. Tuve que esperar dos días antes de reanudar el camino, que sería aún largo: Shustar, Ahwaz y

al fin la peligrosa travesía de las ciénagas hasta Basora, ciudad del Iraq otomano sobre el Shatt al—Arab.

¡Al fin fuera de Persia y a salvo! Quedaba un largo mes en el mar para ir en velero desde Fao a Bahrein, bordear la costa de los Piratas hasta Aden, remontar el Mar Rojo y el canal de Suez hasta Alejandría, para finalmente cruzar el Mediterráneo en un viejo buque turco hasta Constantinopla.

A lo largo de aquella interminable huida, fatigosa pero sin dificultad, no tuve otro entretenimiento que leer y releer las diez páginas manuscritas que constituían el interrogatorio de Mirza Reza. Sin duda me habría cansado de hacerlo si hubiera tenido otras distracciones, pero ese mano a mano forzado con un condenado a muerte ejercía sobre mí una innegable fascinación, tanto más cuanto que podía imaginármelo fácilmente, con sus miembros esqueléticos, sus ojos de atormentado y sus ropas de improbable devoto. A veces incluso creía oír, su voz torturada.

—¿Qué razones han podido impulsarte a matar a nuestro muy amado shah?

—Aquellos que tengan ojos para observar no tendrán ninguna dificultad en darse cuenta de que el shah caído en el mismo lugar donde Sayyid Yamaledín fue... maltratado. ¿Qué había hecho ese hombre santo, verdadero descendiente del Profeta, para que se le arrastrara así fuera del santuario?

—¿Quién te incitó a matar al shah, quiénes son tus cómplices?

—Juro por dios, el Altísimo, el Todopoderoso, el creó a Sayyid Yamaledín y a todos los demás humanos, que nadie, salvo el sayyid y yo, estaba al corriente de mi proyecto de matar al shah. El sayyid está en Constantinopla ¡tratad de atraparlos!

—¿Qué directrices te dio Yamaledín?

—Cuando fui a Constantinopla le conté las torturas que el hijo del shah me había hecho padecer. El sayyid me impuso silencio diciéndome: «¡Deja de lamentarte como si fueras el animador de una ceremonia fúnebre! ¿No sabes hacer otra cosa que llorar? ¡Si el hijo del shah te torturó, mátalos!»

—¿Por qué mataste al shah en vez de a su hijo, puesto que fue éste el que te perjudicó y puesto que fue del hijo de quien Yamaledín te aconsejó que te vengaras?

—Me dije a mí mismo: «Si mato al hijo, el shah, con su formidable poder, va a matar a miles de personas en represalia.» En vez de cortar una rama, he preferido arrancar de cuajo el árbol de la tiranía, esperando que otro árbol pueda crecer en su lugar. Por otra parte, el sultán de Turquía le dijo a Sayyid Yamaledín en privado que habría que quitar de en medio a ese shah para realizar la unión de todos los musulmanes.

—¿Cómo sabes lo que el sultán pudo decir en privado a Yamaledín?

—Porque fue el mismo Sayyid Yamaledín quien me lo contó. Confía en mí, no me oculta nada. Cuando estaba en Constantinopla me trataba como a su propio hijo.

—Si te trataban tan bien allí ¿por qué volviste a Persia donde temías que te detuvieran y torturaran?

—Soy de los que creen que ninguna hoja cae del árbol sin que haya estado escrito desde siempre en el Libro del Destino. Estaba escrito que yo vendría a Persia y sería el instrumento del acto que acaba de ser realizado.

XXXII

Si esos hombres que deambulaban por la colina de Yildiz, en tomo a la casa de Yamaleddín, hubieran escrito sobre su fez «espía del sultán», no hubieran revelado algo más de lo que el más ingenuo de los visitantes comprobaba a la primera ojeada. Pero quizá fuera ésa la verdadera razón de su presencia: desanimar a los visitantes. De hecho, esa casa, que en otro tiempo era un hervidero de discípulos, de corresponsales extranjeros, de personalidades de paso, estaba en ese caluroso día de septiembre totalmente desierta. Sólo el sirviente estaba ahí, siempre tan discreto. Me condujo al primer piso, donde encontré al Maestro pensativo, lejano, hundido en un sillón de cretona y veludillo.

Al verme llegar, su rostro se iluminó. Vino hacia mí a grandes zancadas, me estrechó contra él disculpándose del daño que me había causado y proclamándose feliz de que hubiera podido salir de aquello. Le conté detalladamente mi huida y la intervención de la princesa, antes de volver sobre mi demasiado breve estancia y mi encuentro con Fazel y luego con Mirza Reza. La sola mención de su nombre irritó a Yamaleddín.

—Me acaban de informar de que lo ahorcaron el mes pasado. ¡Que Dios le perdone! Por supuesto, conocía su suerte, sólo resulta sorprendente lo que han tardado en ejecutarlo. ¡Más de cien días después de la muerte del shah! Sin duda lo torturaron para arrancarle su confesión.

Yamaleddín hablaba lentamente. Me pareció más débil, más delgado; de vez en cuando, los tics desfiguraban su rostro, de ordinario tan sereno, aunque sin despojarlo de su magnetismo. Daba la impresión de que sufría, sobre todo cuando evocaba a Mirza Reza.

—Aún no puedo creer que ese pobre muchacho, que cuidé aquí mismo en Constantinopla, al que le temblaban las manos constantemente y parecía incapaz de levantar una taza de té, haya podido sostener una pistola, disparar contra el shah y matarlo de un solo tiro. ¿No crees que han podido aprovecharse de su locura para endosarle el crimen de otro?

Por toda respuesta le presenté el atestado copiado por la princesa. Poniéndose sus finos binóculos lo leyó, lo releyó con fervor, o terror, a veces incluso me pareció que con una especie de alegría interior. Luego dobló las hojas, se las metió en el bolsillo y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación. Pasaron diez minutos de silencio antes de que pronunciara esta sorprendente oración:

—¡Mirza Reza, niño perdido de Persia! ¡Si pudieras ser solamente loco, si pudieras ser solamente sabio! ¡Si pudieras contentarte con traicionarme o con serme fiel! ¡Si pudieras inspirar sólo ternura o repulsión! ¿Cómo amarte? ¿Cómo odiarte? El mismo Dios ¿qué hará contigo? ¿Te llevará al Paraíso de las víctimas? ¿Te relegará al infierno de los verdugos?

Volvió a sentarse, agotado, con el rostro entre las manos. Yo seguía callado, incluso me esforzaba por contener el ruido de mi respiración. Yamaleddín se incorporó. Su voz me pareció más serena y su mente más clara.

—Las palabras que he leído son, desde luego, de Mirza Reza. Hasta ahora tenía mis dudas. Ya no las tengo; ciertamente fue él el asesino. Y probablemente pensó actuar así para vengarme. Quizá haya creído que me obedecía. Pero, contrariamente a lo que pretende, yo jamás le di la orden de cometer un asesinato. Cuando vino a Constantinopla a contarme como lo habían torturado el hijo del shah y sus acólitos, se ahogaba en llanto. Queriendo que reaccionara, le dije: «¡Deja ya de lamentarte! ¡Se diría que lo único que buscas es que te compadezcan! ¡Estarías dispuesto incluso a mutilarte para estar seguro de que vas a despertar compasión!» Le conté una antigua leyenda: «Cuando los ejércitos de Darío se enfrentaron con los de Alejandro el Grande, los consejeros del griego le advirtieron que las tropas de los persas eran mucho más numerosas que las suyas. Alejandro se encogió de hombros con aplomo: "Mis hombres —dijo, "luchan para vencer; los hombres de Darío luchan para morir".»

Yamaleddín pareció rebuscar en sus recuerdos.

—Entonces le dije a Mirza Reza: «¡Si el hijo del shah te acosa, destrúyelo, en lugar de destruirte a ti mismo!» ¿Es realmente eso un llamamiento al asesinato? ¿Y cree usted de verdad, usted que conoció a Mirza Reza, que yo habría podido confiar semejante misión a un loco que miles de personas pudieron ver aquí mismo, en mi casa?

Quise mostrarme sincero.

—No es usted culpable del crimen que se le imputa, pero no puede negarse su responsabilidad moral.

Mi franqueza le impresionó.

—Eso lo admito, como admito haber deseado cada día la muerte del shah. Pero de qué sirve defenderme si ya estoy condenado.

Se dirigió hacia un cofrecillo y sacó de él una hoja cuidadosamente caligrafiada.

—Esta mañana he escrito mi testamento.

Me colocó el texto entre las manos y leí con emoción:

«No sufro por estar prisionero, no temo a la cercana muerte. Mi única causa de desolación es comprobar que no he visto florecer las semillas que sembré. La tiranía continúa aplastando a los pueblos de Oriente y el oscurantismo sigue ahogando su grito de libertad. Quizá hubiera logrado mis propósitos si hubiese sembrado mi semilla en la tierra fértil del pueblo en lugar de en las áridas tierras de las cortes reales. Y tú, pueblo de Persia, en quien puse mis mayores esperanzas, no creas que eliminando a un hombre puedes ganar tu libertad. Es el peso de las tradiciones seculares lo que tienes que osar sacudir.»

—Guarde una copia y traduzcala para Henri Rochefort, *L'Intransigeant* es el único periódico que clama aún mi inocencia, los otros me llaman asesino. Todo el mundo desea mi muerte. ¡Que se tranquilicen, tengo un cáncer, un cáncer de mandíbula!

Como cada vez que tenía la debilidad de quejarse, lo compensó inmediatamente con una risa falsamente despreocupada y una docta broma.

—Cáncer, cáncer, cáncer, repitió como una imprecación. Los médicos de los tiempos pasados atribuían todas las enfermedades a las conjunciones de los astros. Sólo el cáncer ha conservado, en todas las lenguas, su nombre astrológico. El pavor está intacto.

Permaneció unos instantes pensativo y melancólico, pero no tardó en proseguir con un tono falsamente alegre y por ello más desgarrador.

—Maldigo este cáncer. Sin embargo nada prueba que será lo que me mate. El shah pide mi extradición. El sultán no puede entregarme, puesto que sigo siendo su invitado, y tampoco puede dejar impune un regicidio. Por mucho que deteste al shah y a su dinastía y conspire cada día contra él, hay una solidaridad que continúa uniendo a la cofradía de los grandes de este mundo frente a un perturbador como Yamaledín. ¿La solución? El sultán hará que me maten aquí mismo y el nuevo shah se sentirá reconfortado, puesto que a pesar de sus repetidas demandas de extradición no tiene ningún deseo de mancharse las manos con mi sangre al principio de su reinado. ¿Quién me matará? ¿El cáncer? ¿El shah? ¿El sultán? Quizá no tenga ya tiempo de saberlo. Pero tú, mi joven amigo, tú sí lo sabrás.

¡Y tuvo la temeridad de reírse!

De hecho, no lo supe nunca. Las circunstancias de la muerte del gran reformador de Oriente siguen siendo un misterio. Me enteré de la noticia algunos meses después de mi regreso a Annápolis. Una reseña en *L'Intransigeant* del 12 de marzo de 1897 me informó de su desaparición sobrevenida tres días antes, pero hasta finales de verano, cuando me llegó la famosa carta prometida por Xirín, no pude conocer la versión que sobre la muerte de Yamaledín circulaba entre sus discípulos. «Desde hacía algunos meses», escribía la princesa, «padecía fuertes dolores de muelas provocados sin duda por su cáncer. Ese día, al superar el dolor los límites de lo soportable, envió a su sirviente a avisar al sultán, quien le mandó a su propio dentista. Éste lo auscultó, sacó de su maletín una jeringa ya preparada y le inyectó en la encía, explicándole que pronto se aliviaría su dolor. No habían transcurrido aún algunos segundos cuando la mandíbula del Maestro comenzó a hincharse. Viendo que se ahogaba, su sirviente corrió a alcanzar al dentista, que no habla salido aún de la casa, pero en lugar de volver sobre sus pasos, el hombre echó a correr a toda velocidad hasta el carruaje que le esperaba; Sayyid Yamaledín murió unos minutos después. Por la noche, unos agentes del sultán vinieron a recoger su cuerpo, que fue lavado y enterrado precipitadamente.» El relato de la princesa terminaba sin transición con estas palabras de Jayyám que había mandado traducir: «Aquellos que han acumulado tantos conocimientos y que nos han conducido hacia la sabiduría, ¿no están ellos mismos ahogados en la duda? Cuentan una historia y luego se van a dormir.»

Sobre la suerte del *Manuscrito*, que era, sin embargo, el objeto de la carta, Xirín me informaba lacónicamente: «Efectivamente, estaba entre las pertenencias del asesino. Ahora está en mi casa. Podréis consultarlo a vuestro antojo cuando volváis a Persia.»

¿Volver a Persia, donde pesaban sobre mí tantas sospechas?

XXXIII

De mi aventura persa no había conservado más que deseos; un mes para llegar a Teherán, tres meses para salir de allí, y en sus calles unos cuantos días de aturdimiento, apenas el tiempo de oliscar, rozar o entrever. Demasiadas imágenes me llamaban aún desde la tierra prohibida; mi altiva pereza de fumador de *kalyan* dándome importancia entre los vapores de brasas y de tombac; mi mano apretando la de Xirín sólo el tiempo de una promesa; mis labios sobre esos pechos ofrecidos castamente por mi madre de una noche; y más que nada el *Manuscrito*, el *Manuscrito* que me esperaba abierto en los brazos de su depositaria.

A aquellos que nunca hayan contraído la obsesión de Oriente, apenas me atrevo a contar que un sábado al atardecer, calzado con unas babuchas, vestido con mi túnica persa y llevando en la cabeza mi *kulah* de piel de cordero, me fui a deambular por un rincón de la playa de Annápolis que sabía desierto. Lo estaba, pero a mi regreso, absorto en mis pensamientos y olvidando mi vestimenta, di un rodeo por Compromise Road, que de desierta no tenía nada. «Buenas noches, señor Lesage», «Que usted siga bien, señor Lesage», «Señor, señora Baymaster, señorita Bigchurch», los saludos llovían. «¡Buenas noches, Reverendo!»

Fue el entrecejo fruncido del pastor lo que me despertó. Me paré en seco para contemplarme con contrición de la cabeza a los pies, palpar mi sombrero y apresurar el paso. Creo incluso haber corrido, arrebujado en mi *aba* como para ocultar mi desnudez. Al llegar a mi casa me quité mis avíos y los enrollé con un gesto definitivo antes de tirarlos con rabia al fondo del armario de las herramientas.

Me guardé mucho de reincidir, pero ese único paseo me había pegado una tenaz etiqueta de extravagante, sin duda para toda la vida. En Inglaterra siempre se ha mirado a los excéntricos con benevolencia, incluso con admiración, a condición de que tengan la excusa de la riqueza. La América de aquellos años era poco propicia a tales extravíos, el viraje del siglo se tomaba con una mojigata circunspección, quizá no en Nueva York o en San Francisco, pero desde luego sí en mi ciudad. Una madre francesa y un gorro persa era demasiado exotismo para Annápolis.

Esto en el aspecto negativo. En el aspecto positivo, mi chaladura me valió en el acto una inmerecida reputación de gran explorador de Oriente. Mi paseo llegó a oídos del director del periódico local, Matthias Webb, que me sugirió escribir un artículo sobre mi experiencia persa.

La última vez que el nombre de Persia había sido impreso en las páginas del «Annápolis Gazette and Herald» se remontaba, creo, a 1856, cuando un transatlántico orgullo de la Cunard's, el primer barco de ruedas que fue dotado de un casco metálico, chocó contra un iceberg, pereciendo siete marinos de nuestro condado. El infortunado navío se llamaba «Persia».

La gente del mar no bromea con los signos del destino. Por eso juzgué necesario advertir, en la introducción de mi artículo, que «Persia» era un término impropio, que los persas llamaban a su país «Irán», abreviación de un término muy antiguo, «Airania Vaeya», que significaba «tierra de los arios».

Evoqué a continuación a Omar Jayyám, el único persa del que la mayoría de mis lectores habrían oído ya hablar, citando de él una cuarteta impregnada de un profundo escepticismo. «Paraíso, infierno ¿habrá alguien que haya visitado esas singulares regiones?» Acertado preámbulo antes de extenderme en algunos párrafos muy densos sobre las numerosas religiones que, desde siempre, han prosperado en tierra persa, el zoroastrismo, el maniqueísmo, el islam sunní y chií, la variante ismaelí de Hasan Sabbah y, más cerca de nosotros, los *babis*, los *xeijis*, los *bahais*, y no omití recordar que nuestro «paraíso» tenía por origen una antigua palabra persa, «paradaeza», que quiere decir «jardín».

Matthias Webb me felicitó por mi aparente erudición, pero cuando, animado por sus elogios, propuse una colaboración más regular, pareció azorado y súbitamente irritado:

—Consiento en tomarle a prueba si promete usted perder esa molesta manía de salpicar su texto de palabras bárbaras.

Mi expresión revelaba sorpresa e incredulidad; Webb tenía sus razones:

—La «Gazette» no tiene los medios para pagar permanentemente un especialista en Persia. Pero si usted acepta encargarse del conjunto de las noticias extranjeras y si se siente capaz de poner las regiones lejanas al alcance de nuestros compatriotas, hay un puesto disponible en este periódico. Lo que sus artículos pierdan en profundidad, lo ganarán en extensión.

Ambos habíamos recuperado la sonrisa; me ofreció el puro de la paz antes de proseguir:

—Ayer el extranjero no existía aún para nosotros. El Oriente se terminaba en Cape Cod. Y de pronto, con el pretexto de que un siglo muere y otro nace, las turbulencias del mundo asaltan nuestra tranquila ciudad.

Hay que precisar que nuestra entrevista se producía en 1899, poco después de la guerra hispano-americana que había llevado a nuestras tropas, no solamente a Cuba y Puerto Rico, sino hasta Filipinas. Nunca hasta entonces los Estados Unidos habían ejercido su autoridad tan lejos de sus costas. Nuestra victoria sobre el vetusto Imperio español sólo nos había costado dos mil cuatrocientos muertos, pero en Annápolis, sede de la Academia Naval, cada pérdida podía ser la de un pariente, un amigo, un novio seguro o potencial; los más conservadores de mis conciudadanos veían en el presidente Mac Kinley a un peligroso aventurero.

Esa no era la opinión de Webb, pero debía tener en consideración las fobias de sus lectores. Para hacerme comprender mejor, ese padre de familia, serio y peinado ya canas, se levantó, dio un rugido y haciendo hilarante viraje engarabó los dedos como si fueran las garras de un monstruo.

—El mundo feroz se aproxima a zancadas a Annápolis y usted Benjamin Lesage, tiene por misión tranquilizar a sus compatriotas.

Grave responsabilidad, de la que me descargué sin brillantez. Mis fuentes de información eran los artículos de mis colegas de París, Londres y, por supuesto, Nueva York, Washington y Baltimore. De todo lo que escribí sobre la guerra de los boers, el conflicto 1904-1905 entre el zar y el mikado o las revueltas en Rusia, me temo que ni una línea merece figurar en los anales.

Sólo a propósito de Persia puede evocarse mi carrera de periodista. Me siento orgulloso de decir que la «Gazette» fue el primer periódico americano que previó la explosión que iba a producirse, cuyas noticias ocuparían en los últimos meses de 1906 grandes espacios en todos los periódicos del mundo. Por primera vez, y probablemente la última, los artículos del «Annápolis Gazette and Herald» fueron citados, a veces incluso reproducidos palabra por palabra, en más de sesenta periódicos del Sur y de la costa Este.

Eso, mi ciudad y mi periódico me lo deben. Y yo se lo debo a Xirín. En efecto, gracias a ella y no a mi inconsistente experiencia persa, pude comprender la amplitud de los acontecimientos que se preparaban.

Desde hacía siete años no había recibido nada de mi princesa. Si me debía alguna respuesta referente al Manuscrito, ya me la había proporcionado, decepcionante pero precisa; no esperaba ya ninguna noticia suya. Lo que no quiere decir que no abrigara ninguna esperanza al respecto. A cada llegada del correo, la idea me pasaba por la mente, buscaba en los sobres una letra, un sello con caracteres árabes, la cifra cinco en forma de corazón. No tenía miedo de mi decepción cotidiana; la vivía como un homenaje a los sueños que me obsesionaban.

Tengo que decir que en aquella época mi familia acababa de abandonar Annápolis para instalarse en Baltimore, donde se concentraría, de ahí en adelante, lo esencial de las actividades de mi padre y donde, con sus dos hermanos más jóvenes, proyectaba fundar su propio banco. En cuanto a mí, había escogido permanecer en mi casa natal, con nuestra vieja cocinera medio sorda, en una ciudad donde no tenía muchos amigos íntimos. No dudo de que mi soledad diera a mi espera un mayor fervor.

Luego, un día, Xirín me escribió al fin. Del *Manuscrito de Samarcanda*, ni una palabra, nada personal en aquella larga carta, únicamente, quizá, que empezaba por «Querido amigo lejano». La continuación era el relato, día a día, de los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. La relación era minuciosa, abundante en detalles, ninguno de ellos superfluo, aun cuando a mis ojos profanos lo pareciera. Me sentí enamorado de su gran inteligencia y halagado de que me hubiera elegido entre todos los hombres para ofrecerme el fruto de su pensamiento.

Desde entonces vivía al ritmo de sus envíos, uno al mes, una crónica palpitante que yo habría publicado sin cambiar una coma, si mi corresponsal no hubiera exigido la más rigurosa discreción, aunque me autorizaba generosamente a plagiarlo, lo que hice sin vergüenza, surtiéndome abundantemente de sus cartas y a veces traduciendo sin comillas ni itálicas párrafos enteros.

Sin embargo, mi forma de presentar los hechos a mis lectores era muy diferente de la suya. Por ejemplo, a la princesa jamás se le habría ocurrido escribir:

«La revolución persa se desencadenó cuando un ministro belga tuvo la desastrosa idea de disfrazarse de *mollab*.»

No obstante, aquello no estaba tan lejos de la verdad, aunque para Xirín las primicias de la rebelión se hubieran podido detectar desde la cura del shah en Contexeville, en 1900. Deseoso de ir allí con su séquito, el monarca había necesitado dinero. Su Tesoro estaba vacío, como de costumbre, y había pedido un préstamo al zar, que le había concedido veintidós millones y medio de rublos.

Rara vez un regalo estuvo tan envenenado. Para asegurarse de que su vecino del sur, constantemente al borde de la bancarrota, devolvería esa suma, las autoridades de San Petersburgo exigieron y obtuvieron tomar a su cargo las aduanas persas y cobrarse directamente de sus recaudaciones. ¡Eso durante sesenta y cinco años! Consciente de la enormidad de ese privilegio y temiendo que las otras potencias europeas envidiaran esa total confiscación del comercio exterior de Persia, el zar evitó confiar las aduanas a sus propios súbditos y prefirió pedir al rey Leopoldo II que se encargara de ello en su lugar y por su cuenta. Fue así como aparecieron en el país del shah unos treinta funcionarios belgas cuya influencia iba a conocer una extensión vertiginosa. El más eminente de ellos, un tal señor Naus, consiguió especialmente izarse hasta las más altas esferas del poder. La víspera de la revolución era miembro del Consejo Supremo del Reino, Ministro de Correos y Telégrafos, Tesorero General de Persia, Jefe del Departamento de Pasaportes y Director General de Aduanas. Se ocupaba, además, de reorganizar el conjunto del sistema fiscal y se le atribuía la imposición de un nuevo impuesto sobre los cargamentos de las mulas.

Inútil es decir que, en esa fase, Naus se había convertido en el hombre más odiado de Persia, el símbolo de la dominación extranjera. De vez en cuando se elevaba una voz pidiendo su despido, que parecía tanto más justificado cuanto que no tenía ni una reputación de incorruptibilidad ni la disculpa de la competencia. Pero permanecía en su sitio, apoyado por el zar o más bien por la temible «camarilla» retrógrada que rodeaba a este último y cuyos objetivos políticos se expresaban ya en voz alta en la prensa gubernamental de San Petersburgo: ejercer sobre Persia y el Golfo Pérsico una tutela exclusiva.

XXXIV

La posición de Naus parecía inmovible y así permaneció hasta el momento en que su protector dejó de serlo a su vez. Esto se produjo más rápidamente de lo que esperaban los más soñadores de Persia. Y en dos fases. Primero la guerra con Japón que, ante la sorpresa del universo entero, se terminó con la derrota del zar y la destrucción de su flota. Luego la cólera de los rusos, provocada por la humillación que se les había infligido por culpa de gobernantes incompetentes: la rebelión de los marinos del «Potemkin», el motín de Cronstadt, la insurrección de Sebastopol, los acontecimientos de Moscú. No me extenderé sobre estos hechos que nadie ha tenido tiempo de olvidar, contentándome con insistir sobre el efecto devastador que produjeron en Persia, principalmente cuando en abril de 1906 Nicolás II fue obligado a convocar un parlamento, la Duma.

Y en esa atmósfera intervino el más trivial de los acontecimientos: un baile de disfraces en casa de un alto funcionario belga, donde Naus tuvo la idea de acudir disfrazado de *mollah*. Risitas contenidas, alguna carcajada, aplausos. La gente se arremolinó en torno al ministro, felicitándole y pidiéndole que posara para una fotografía, de la que algunos días más tarde se distribuyeron cientos de ejemplares en el bazar de Teherán.

Xirín me envió una copia de ese documento. La tengo aún y a veces le echo una ojeada nostálgica y divertida. En ella se ven, sentados en una alfombra extendida entre los árboles de un jardín, unos cuarenta hombres y mujeres vestidos de turcos, japoneses o austriacos; en el centro, en el primer plano, Naus, tan bien disfrazado que con su barba blanca y su bigote entrecano se le tomaría fácilmente por un piadoso patriarca. Comentario de Xirín al dorso de la fotografía: «Impune de tantos crímenes y castigado por un pecadillo.»

Seguramente la intención de Naus no era burlarse de los religiosos. Si acaso, podría reprochársele una culpable inconsciencia, una ausencia de tacto, una onza de mal gusto. Su verdadera culpa, puesto que servía de caballo de Troya del zar, fue no haber comprendido que debía dejar que lo olvidaran por un tiempo.

Aglomeraciones rabiosas en torno a la fotografía difundida, algunos incidentes y el bazar cerró sus puertas. Al principio se reclamó la dimisión de Naus, luego la de todo el gobierno. Se repartieron octavillas que pedían que se instituyera un Parlamento como en Rusia. Desde hacía años existían sociedades secretas que actuaban en el seno de la población valiéndose de Yamaleddín, a veces incluso de Mirza Reza, erigido por las circunstancias en el símbolo de la lucha contra el absolutismo.

Los cosacos cercaron los barrios del centro. Ciertos rumores, propagados por las autoridades, anunciaban que iba a caer sobre los que protestaban una represión sin precedentes, que el bazar sería abierto por la fuerza armada y abandonado al saqueo de la tropa, una amenaza que aterraba a los comerciantes desde hacía milenios.

Por eso, el 19 de julio de 1906, una delegación de comerciantes y cambistas del bazar acudió ante el encargado de negocios británico para una pregunta de urgencia: si unas personas en peligro de ser detenidas venían a refugiarse a la Legación ¿serían protegidas? La respuesta fue positiva. Los visitantes se retiraron con palabras de agradecimiento y dignas zalemas.

Aquella misma noche, mi amigo Fazel se presentaba en la Legación con un grupo de amigos y se le recibió con solicitud. Aunque apenas tenía treinta años, era ya, como heredero de su padre, uno de los comerciantes más ricos del bazar. Pero su amplia cultura elevaba aún más su rango y su influencia era grande entre sus iguales. A un hombre de su condición, los diplomáticos británicos sólo podían proponer una de las habitaciones reservadas a los invitados relevantes. Sin embargo, él declinó el ofrecimiento y, pretextando el calor, expresó su deseo de instalarse en los grandes jardines de la Legación. Con este fin, dijo, había traído una tienda, una pequeña alfombra y algunos libros. Con el entrecejo fruncido y los labios apretados, sus anfitriones observaron el desembalaje.

Al día siguiente, otros treinta comerciantes se acogieron de la misma manera al derecho de asilo. Tres días después, el 23 de julio, había ochocientos sesenta. El 26 ya eran cinco mil y doce mil el 1 de agosto.

Insólito espectáculo, esa ciudad persa plantada en un jardín inglés. Tiendas por todas partes, agrupadas por corporaciones. La vida se organizó rápidamente, se instaló una cocina detrás del pabellón de los guardas y unos enormes calderos circulaban entre los diferentes «barrios». Cada servicio duraba tres horas.

Ningún desorden y poco ruido. Se buscaba refugio, se buscaba «bast», como dicen los persas; dicho de otro modo, se practicaba una resistencia estrictamente pasiva al amparo de un santuario. Había varios en la región de Teherán: el mausoleo de Shah-Abdol-Azír, las cuadras reales y el «bast» más pequeño de todos, el cañón sobre ruedas de la plaza Topjané; si un fugitivo se agarra a él, las fuerzas del orden no tienen derecho a tocarlo. Pero la experiencia de Yamaledín había demostrado que el poder no toleraba por mucho tiempo esa forma de protesta. La única inmunidad que reconocía era la de las legaciones extranjeras.

A la de los ingleses, cada refugiado había llevado su *kalyan* y sus sueños. De una tienda a otra, un océano de diferencia. En torno a Fazel, la élite modernista; no eran un puñado, sino cientos, jóvenes o viejos, organizados en *anyumán*, sociedades más o menos secretas. Sus conversaciones recaían sin cesar sobre Japón, Rusia y, sobre todo, Francia, cuya lengua hablaban y cuyos libros y periódicos leían asiduamente, la Francia de Sain-Simon, de Robespierre, de Rousseau y de Waldeck-Rousseau. Fazel había recortado cuidadosamente el texto de la ley sobre la separación de la Iglesia y el Estado, votada un año antes en París; lo había traducido y distribuido entre sus amigos y lo comentaban con entusiasmo, pero en voz baja, ya que no lejos de su círculo se reunía una asamblea de *mollahs*.

El clero estaba dividido. Una parte rechazaba todo lo que venía de Europa, incluso la idea de democracia, de parlamento y de modernidad. «¿Para qué necesitamos una Constitución», decían, «si tenemos el Corán?» A lo que los modernistas respondían que el Libro había encomendado a los hombres que se gobernarán democráticamente, puesto que estaba dicho: «Que vuestros asuntos se resuelvan por acuerdo entre vosotros.» Sagazmente, añadían que si a la muerte del Profeta los musulmanes hubieran tenido una Constitución que organizara las instituciones de su naciente Estado, no habrían conocido las sangrientas luchas de sucesión que condujeron a la evicción del imán Alí.

Sin embargo, por encima del debate doctrinal, la mayoría de los *mollahs* aceptaba la idea de la Constitución para poner fin a la arbitrariedad real. Llegados a cientos para buscar «bast», se complacían en comparar su acto con la emigración del Profeta hacia Medina, y los sufrimientos del pueblo con los de Hussein, hijo del imán Alí, cuya pasión es el más parecido equivalente musulmán de la pasión de Cristo. En los jardines de la Legación, los plañideros profesionales, los *roze-jwan*, contaban a su auditorio los sufrimientos de Hussein. Todo el mundo lloraba, se flagelaba y se lamentaba sin moderación, por Hussein, por sí mismo y por Persia, perdida en un mundo hostil, precipitada, siglo tras siglo a una decadencia sin fondo.

Los amigos de Fazel permanecían alejados de e manifestaciones. Yamaledín les había enseñado a no confiar de los *roze-jwan* y sólo los escuchaban con una condescendencia inquieta.

Me sorprendió una fría reflexión de Xirín en una de sus cartas: «Persia está enferma», escribía, «y a su cabecera hay varios médicos, modernos y tradicionales y cada uno de ellos propone sus remedios. El futuro será de aquel que consiga la curación. Si esta revolución triunfa, los *mollahs* deberán transformarse en demócratas; si fracasa, los demócratas deberán transformarse en *mollahs*.»

Por el momento se encontraban todos en la misma trinchera y en el mismo jardín. El 7 de agosto había en la Legación dieciséis mil *bastis*, las calles de la ciudad estaban desiertas y todo comerciante de importancia había «emigrado». El shah no tuvo más opción que ceder. El 15 de agosto, menos de un mes después del principio del *bast*, anunció que se organizarían elecciones para elegir, por sufragio directo en Teherán e indirecto en las provincias, una Asamblea Nacional consultiva.

El primer Parlamento de la historia de Persia se reunió el 7 de octubre. Para pronunciar el discurso del Trono, el shah tuvo el acierto de enviar a un miembro de la oposición de los primeros tiempos, el príncipe Malkom Kan, un armenio de Ispahán, compañero de Yamaledín, el mismo que lo había alojado durante su última estancia en Londres. Un soberbio anciano de aspecto británico, que toda su vida había soñado con encontrarse de pie en el Parlamento leyendo a los representantes del pueblo el discurso de un soberano constitucional.

Que aquellos que quieran inclinarse con más atención sobre esta página de la historia no busquen a Malkom Kan en los documentos de la época. Hoy, como en los tiempos de Jayyám, Persia no conoce a sus dirigentes por sus nombres, sino por sus títulos: «Sol de la Realeza», «Pilar de la religión», «Sombra del Sultán». Al hombre que tuvo el honor de inaugurar la era de la democracia, le fue atribuido el título más prestigioso de todos: Nizam el-Molk. ¡Desconcertante Persia, tan inmutable en sus convulsiones, tan ella misma a través de tantas metamorfosis!

XXXV

Era un privilegio asistir al despertar de Oriente; fue un momento de intensa emoción, de entusiasmo y deuda. ¿Qué radiantes o monstruosas ideas habrían podido germinar en su cerebro dormido? ¿Qué haría al levantarse? ¿Se abalanzaría, ciego, sobre aquellos que lo habían zarandeado? Yo recibía cartas de lectores que me interrogaban con angustia pidiéndome que fuera adivino. Aún recordaban la rebelión de los boxers chinos en Pekín en 1900, la captura de los diplomáticos extranjeros para utilizarlos como rehenes, las dificultades del cuerpo expedicionario que se enfrentó a la vieja emperatriz, temible Hija del Cielo, y tenían miedo de Asia. ¿Sería Persia diferente? Yo respondí categóricamente «sí», confiando en la naciente democracia. En efecto, acababa de promulgarse una Constitución, así como una Carta de los Derechos del Ciudadano. Todos los días se creaban nuevos clubes y también periódicos. Noventa diarios y semanarios en algunos meses. Se titulaban *Civilización*, *Igualdad*, *Libertad* o más pomposamente *Trompetas de la Resurrección*. La prensa británica o los periódicos rusos de la oposición los citaban con frecuencia, el *Riech* liberal y *Sovremenny Mir*, cercano a los social-demócratas, Un periódico satírico de Teherán obtuvo desde su primer número un éxito fulminante; los trazos de sus dibujantes tenían como blanco preferido a los cortesanos deshonestos, a los agentes del zar y más que nada a los falsos devotos.

Xirín se mostraba exultante: «El viernes pasado», seguía escribiendo, «algunos jóvenes mollahs intentaron provocar un alboroto en el bazar. Calificaban a la Constitución de innovación herética y querían incitar a la gente a manifestarse ante el Baharistán, sede del Parlamento. Sin éxito. Por más que se desgañitaban, los ciudadanos permanecían indiferentes. De vez en cuando un hombre se detenía, escuchaba un retazo de arenga y luego se alejaba encogiéndose de hombros. Al fin llegaron tres ulemas, entre los más venerados de la ciudad, que, sin miramientos, invitaron a los predicadores a volver a sus casas por el camino más corto y sin levantar los ojos por encima de sus rodillas. Apenas me atrevo a creerlo, el fanatismo ha muerto en Persia».

Utilicé esta última frase como título de mi mejor artículo. La princesa me había contagiado de tal modo su entusiasmo que mi texto fue un verdadero acto de fe. El director de la «Gazette» me recomendó ponderación pero, a juzgar por el número de cartas que recibí, los lectores aprobaron mi vehemencia.

Una de ellas estaba firmada por un tal Howard C. Baskerville, estudiante de la Universidad de Princeton Nueva Jersey. Acababa de obtener su diploma de *Bachelor of Arts* y deseaba ir a Persia para observar de cerca los acontecimientos que yo describía. Una de sus frases impresionó: «Tengo la profunda convicción, en este comienzo de siglo, de que si Oriente no consigue despertarse, pronto Occidente no podrá dormir más.» En mi respuesta le animaba a hacer ese viaje, prometiendo proporcionarle, cuando estuviera decidido a ello, los nombres de algunos amigos que podrían ayudarle.

Algunas semanas más tarde, Baskerville vino hasta Annápolis para anunciarme de viva voz que había obtenido un puesto de maestro en la Memorial Boys' School de Tabriz, dirigida por la Misión presbiteriana americana; enseñaría a los jóvenes persas el inglés y las ciencias. Se marchaba enseguida y solicitaba consejos y recomendaciones. Le felicité calurosamente y, sin reflemonar demasiado, le prometí pasar a verlo si volvía a Persia.

No pensaba ir tan pronto. No eran deseos lo que me faltaba, pero dudaba aún de hacer ese viaje a causa de las falaces acusaciones que pesaban sobre mí. ¿No era el presunto cómplice en el asesinato de un rey? A pesar de los vertiginosos cambios sobrevenidos en Teherán, temía que, en virtud de alguna orden polvorienta, me detuvieran en la frontera sin que pudiera alertar a mis amigos o a mi Legación.

Sin embargo, la partida de Baskerville me incitó a efectuar algunas gestiones para regularizar mi situación. Había prometido a Xirín no escribirle nunca y, como no quería arriesgarme a ver interrumpida su correspondencia, me dirigí a Fazel, cuya influencia, lo sabía, se afirmaba cada día más. En la Asamblea Nacional, donde se tomaban las grandes decisiones, era el más escuchado de los diputados.

Su respuesta me llegó tres meses más tarde, amistosa, cálida y sobre todo acompañada de un papel oficial, que llevaba el sello del Ministerio de justicia, precisando que estaba

exculpado de toda sospecha de complicidad en el asesinato del antiguo shah; en consecuencia estaba autorizado a circular libremente por todas las Provincias de Persia.

Sin esperar más, me embarqué para Marsella y de allí para Salónica, Constantinopla y luego Trebisonda, antes de rodear, montado en una mula, el monte Ararat hasta Tabriz.

Llegué un caluroso día de junio. Apenas tuve tiempo para instalarme en el caravasar del barrio armenio cuando ya el sol estaba a ras de los tejados. Sin embargo, tenía interés por ver a Baskerville lo antes posible y con esa intención acudí a la Misión presbiteriana, un edificio bajo pero extendido, recién pintado de blanco resplandeciente en un bosque de albaricoqueros. Dos humildes cruces sobre la verja, y en el tejado, encima de la puerta de entrada, una bandera estrellada.

Un jardinero persa vino a mi encuentro para conducirme al despacho del pastor, un individuo corpulento, barbudo y pelirrojo con aspecto de hombre de mar, que me dio un apretón de manos firme y hospitalario. Antes incluso de invitarme a tomar asiento, me propuso albergarme lo que durara mi estancia.

—Tenemos siempre una habitación preparada para los compatriotas que nos dan la sorpresa de su visita y rato nos honran con ella. No le estoy dando un trato especial, sólo sigo la costumbre establecida desde la fundación de esta Misión.

Me excusé lamentándolo sinceramente.

—Ya he dejado mi maleta en el caravasar y tengo pensado proseguir mi camino hacia Teherán pasado mañana.

—Tabriz se merece más que una visita precipitada, ¿Cómo puede usted venir hasta aquí y no perderse día o dos por los dédalos del mayor bazar de Oriente, no contemplar las ruinas de la mezquita Azul mencionada en *Las mil y una noches*? En nuestros días, los viajeros tienen demasiada prisa, prisa por llegar, por llegar a toda costa, pero no se llega solamente al final del camino. En cada etapa se llega a alguna parte, a cada paso se puede descubrir una cara oculta de nuestro planeta, basta con mirar, con desear, con creer, con amar.

Parecía sinceramente desolado al verme tan mal viajero. Me sentí obligado a justificarme.

—El caso es que tengo un trabajo urgente en Teherán. He dado un rodeo por Tabriz sólo para ver a un amigo que enseña aquí, Howard Baskerville.

La sola mención de ese nombre enrareció la atmósfera. Puso fin a la jovialidad, a la animación y al reproche paternal y sólo quedó una mirada confusa que juzgué, incluso, huidiza. Un pesado silencio y luego:

—¿Es usted amigo de Howard?

—En cierto sentido, soy responsable de su venida a Persia.

—¡Gran responsabilidad!

En vano busqué en sus labios una sonrisa. Súbitamente me pareció abrumado y envejecido, con los hombros caídos y una mirada que se volvió casi suplicante,

—Dirijo esta Misión desde hace quince años, nuestra escuela es la mejor de la ciudad y me atrevo a creer que nuestra obra es útil y cristiana. Aquellos que toman parte en nuestras actividades tienen empeño en el progreso de esta región, si no, créame, nada les obligaría a venir desde tan lejos para enfrentarse con un medio a menudo hostil.

No tenía ninguna razón para dudar de ello, pero la vehemencia que el hombre ponía en defenderse me molestaba. Sólo estaba en su despacho desde hacía algunos minutos, no le había acusado de nada, no le había pedido nada. Me contenté, pues, con asentir cortésmente con la cabeza. Él prosiguió:

—Cuando un misionero da muestras de indiferencia frente a las desgracias que abruman a los persas, cuando un maestro no siente ninguna alegría ante los progresos de sus alumnos, le aconsejo encarecidamente que regrese a los Estados Unidos. Puede suceder que el entusiasmo decaiga, sobre todo entre los más jóvenes. ¿Hay algo más humano?

Terminado este preámbulo, el reverendo calló. Sus gruesos dedos agarraban nerviosos su pipa. Parecía tener dificultad en encontrar las palabras. Creí mi deber facilitarle la tarea. Y adoptando un tono de lo más indiferente, dije:

—¿Quiere decir que Howard se ha desanimado después de algunos meses, que su pasión por Oriente se ha revelado pasajera?

Se sobresaltó.

—¡Dios mío, no, no Baskerville! Trataba de explicarle lo que sucede a veces con algunos de nuestros neófitos. Con su amigo ha sucedido a la inversa y estoy mucho más preocupado. En cierto sentido es el mejor maestro que jamás hayamos contratado, sus alumnos hacen progresos prodigiosos, para sus padres no hay otro igual y la Misión nunca ha recibido tanto regalos, corderos, gallos, dulces, todo en honor de Baskerville. El drama con respecto a él es que se niega a comportarse como un extranjero. Si se divertiera vistiéndose a la manera de la gente de aquí, alimentándose de polow y saludándose en el dialecto del país, me habría contentado con sonreír. Pero Baskerville no es hombre que se detenga en las apariencias. Se ha lanzado desenfrenadamente a la lucha política en clase, elogia a la Constitución, anima a sus alumnos a criticar a los rusos, a los ingleses, al shah y a los *mollahs* retrógrados. Sospecho, incluso, que es lo que aquí se llama un «hijo de Adán», es decir, un miembro de las sociedades secretas.

Suspiró.

—Ayer por la mañana tuvo lugar una manifestación ante nuestra verja, dirigida por dos de los más eminentes jefes religiosos, para exigir la partida de Baskerville o, en lugar de ello, el cierre puro y simple de la Misión. Tres horas más tarde, otra manifestación se desarrollaba en el mismo lugar para aclamar a Howard y exigir que se le mantuviera en su puesto. Comprenderá que si se prolonga semejante conflicto no podremos permanecer en esta ciudad por mucho tiempo.

—Supongo que ya ha hablado usted de ello con Howard.

—Cien veces y en todos los tonos. Invariablemente responde que el despertar de Oriente es más importante que la suerte de la Misión, que si la revolución constitucional fracasara nos obligarían de todas maneras a partir. Por supuesto, siempre puedo poner fin a su contrato, pero ese acto sólo suscitará incomprensión y hostilidad por parte de los que, entre la población, nos han apoyado siempre. La única solución sería que Baskerville aplacara sus fervores. ¿Quizá pueda usted hacerle entrar en razón?

Sin comprometerme formalmente a semejante empresa, pedí ver a Howard. Un fulgor de triunfo iluminó súbitamente la barba pelirroja del reverendo, que se levantó de un salto.

—Sígame —dijo—, voy a mostrarle a Baskerville, creo saber donde está. Contéplelo en silencio, comprenderá mis razones y compartirá mi desasosiego.

Libro cuarto
UN POETA EN EL MAR

*El Cielo es el jugador y nosotros sólo los peones.
Es la realidad y no una figura retórica.
En el ajedrez del mundo nos coloca y descoloca.
Luego, súbitamente, nos lanza al pozo de la nada.*
Omar Jayyám

XXXVI

En el crepúsculo ocre de un jardín rodeado de tapias, una multitud quejumbrosa. ¿Cómo reconocer a Baskerville? ¡Todos los rostros son tan morenos! Me apoyo contra un árbol para esperar y observar. En el umbral de una cabaña iluminada, un teatro improvisado. El *roze-jwan* narrador y plañidero provoca las lágrimas de los fieles, y sus aullidos, y su sangre.

Un hombre sale de la sombra, voluntario del dolor. Pies descalzos, torso desnudo, dos cadenas enrolladas a sus manos; las lanza al aire, las deja caer por encima de sus hombros, sobre su espalda; los hierros son lisos, la piel se magulla, se machaca, pero resiste, hacen falta treinta, cincuenta golpes para que aparezca la primera sangre, salpicadura negra que se extiende en chorros fascinantes. Teatro de sufrimiento, juego milenario de la pasión.

La flagelación se hace más vigorosa, acompañada de un soplido ruidoso al que la gente hace eco, los golpes se repiten, el narrador alza la voz para ahogar su martilleo. Surge entonces un actor, amenaza a la asistencia con su sable, con sus muecas provoca las imprecaciones. Luego, algunas andanadas de piedras. No permanece en escena mucho tiempo; pronto aparece su víctima. La multitud lanza un aullido. Yo mismo no puedo reprimir un grito. Porque un hombre rueda por tierra, decapitado.

Me vuelvo horrorizado hacia el reverendo, que me tranquiliza con una fría sonrisa y susurra:

—Es un viejo truco. Traen a un niño o a un hombre de pequeña estatura, le sujetan sobre la cabeza la cabeza cortada de un cordero, colocada de forma que el cuello sanguinolento esté hacia arriba y tapan todo con una sábana blanca agujereada en el sitio conveniente. Como puede ver, el efecto es sobrecogedor.

Aspira una bocanada de su pipa. El decapitado brinca y da vueltas por el escenario durante un rato, antes de ceder el sitio a un extraño personaje anegado en llanto.

¡Baskerville! De nuevo pregunto al reverendo con la mirada, pero él se limita a levantar las cejas enigmáticamente.

Lo más extraordinario es que Howard va vestido como un americano; lleva incluso una chistera, que a, pesar de la tragedia ambiente resulta de una comicidad irresistible.

Sin embargo, la gente grita y se lamenta y, que yo vea, no hay en ningún rostro la menor sombra de regocijo. Salvo quizá en el del pastor, que al fin se digna aclararme:

—En estas ceremonias fúnebres hay siempre un personaje europeo y curiosamente forma parte de los «buenos». La tradición quiere que un embajador franco en la corte omeya se conmueva con la muerte de Hussein, mártir supremo de los chiíes, y que manifieste tan escandalosamente su reprobación del crimen que él mismo sea a su vez asesinado. Por supuesto, no tienen siempre a mano a un europeo para hacerle subir al escenario y entonces ponen a un turco o a un persa de tez clara. Pero desde que Baskerville está en Tabriz, recurren a él constantemente para ese papel. Lo interpreta de maravilla ¡y llora de verdad!.

En ese instante vuelve el hombre del sable y da vueltas en tono a Baskerville armando mucho jaleo. Este último se queda inmóvil, se quita el sombrero de un papirotazo dejando al descubierto sus cabellos rubios cuidadosamente peinados con una raya a la izquierda y luego, con una lentitud de autómatas, cae de rodillas y se tira al suelo. Un destello ilumina su rostro de niño imberbe y sus pómulos brillantes de lágrimas y una mano cercana lanza sobre su traje negro un puñado de pétalos.

Ya no oigo a la gente, tengo los ojos clavados en mi amigo y espero con angustia a que se levante. La ceremonia me parece interminable. Me urge recuperarlo.

Una hora después nos encontramos en la Misión alrededor de una sopa de granadas. El pastor nos dejó solos. Un silencio incómodo nos hacía compañía. Baskerville tenía aún los ojos rojos.

—Reconstruyo lentamente mi alma de occidental —se excusó con una sonrisa rota.

—Tómalo con calma. El siglo no ha hecho más que empezar,

Carraspeó, se llevó a los labios el tazón caliente y se perdió de nuevo en una silenciosa contemplación.

Luego, dijo penosamente.

—Cuando llegué a este país no conseguía comprender que unos hombretones barbudos sollozaran y se afligieran por un crimen cometido hace mil doscientos años. Ahora he comprendido. Si los persas viven en el pasado, es porque el pasado es su patria, porque el presente es para ellos una región extranjera donde nada les pertenece. Todo lo que para nosotros es símbolo de vida moderna, la expansión liberadora del hombre, es para ellos símbolo de dominación extranjera: las carreteras son Rusia, el tren, el telégrafo, la banca, son Inglaterra; Correos es Austria-Hungría...

—...Y la enseñanza de las ciencias es el señor Baskerville de la Misión presbiteriana americana.

—Justamente. ¿Qué elección tiene la gente de Tabriz? Dejar a sus hijos en la escuela tradicional, donde balbucearán durante diez años las mismas frases informes que sus antepasados balbuceaban ya en el siglo XII; o bien enviarlos a mi clase donde obtendrían una enseñanza equivalente a la de los pequeños americanos, pero a la sombra de una cruz y de una bandera estrellada. Mis alumnos serán los mejores, los más capaces, los más útiles a su país, pero ¿cómo impedir que los otros los miren como a renegados? Desde la primera semana de mi estancia me formulé esta pregunta y fue en el transcurso de una ceremonia como la que acabas de presenciar cuando encontré la solución. Me había mezclado con el gentío, en torno a mí estallaban los gemidos. Observando esas caras desconsoladas, descompuestas, mirando esos ojos espantados, extraviados y suplicantes. Y se me reveló toda la miseria de Persia, almas envueltas en harapos y acosadas por duelos infinitos. Y sin que me diera cuenta, mis lágrimas comenzaron a brotar. Los asistentes se dieron cuenta, me miraron, se conmovieron, me empujaron al escenario y me hicieron representar el papel del embajador franco. Al día siguiente, los padres de mis alumnos vinieron a mi casa; estaban contentos de poder responder, de ahí en adelante, a aquellos que les reprochaban que enviaran a sus hijos la Misión presbiteriana: «Yo he confiado mi hijo al maestro que ha llorado por el imán Hussein.» Algunos jefes religiosos estaban irritados, su hostilidad hacia mi se explica por mi éxito. Prefieren que los extranjeros se parezcan a extranjeros.

Yo comprendí mejor su comportamiento, pero mi escepticismo no se había desvanecido.

—¡Entonces, para ti, la solución de los problemas de Persia es unirse a la cohorte de plañideros!

—Yo no he dicho eso. Llorar no es un remedio. Ni una habilidad. Es sólo un gesto puro, ingenuo, compasivo. Nadie debe forzarse a derramar lágrimas: lo único importante es no despreciar la tragedia de los demás. Cuando me vieron llorar, cuando me vieron desprenderme de mi soberana indiferencia de extranjero, vinieron a decirme en tono confidencial que llorar no sirve de nada, que Persia no necesita más plañideros y que lo mejor que podía hacer era prodigar a los hijos de Tabriz la enseñanza adecuada.

—Sabías palabras. Yo iba a decirte lo mismo.

—Sólo que si no hubiera llorado, ni siquiera habrían venido a hablarme. Si no me hubieran visto llorar, no me habrían dejado decir a los alumnos que este shah está corrompido y que los jefes religiosos de Tabriz apenas son mejores.

—¡Has dicho eso en clase!

—Sí, he dicho eso; yo, el joven americano sin barba, el maestrillo de la escuela de la Misión presbiteriana, he fustigado a la corona y a los turbantes, y mis alumnos me han dado la razón y sus padres también. ¡Sólo el reverendo estaba indignado!

Viéndome perplejo, insistió:

—También he hablado de Jayyám a los muchachos. Les dije que millones de americanos y de europeos habían elegido sus *Ruba'iyat* como libro de cabecera.

Les hice aprenderse de memoria los versos de Fitzgerald. Al día siguiente, un abuelo vino a verme emocionado aún por lo que su nieto le había contado. Me dijo: «¡Nosotros también respetamos mucho a los poetas americanos!» Por supuesto, habría sido incapaz de nombrarme uno solo, pero ¡qué importa! era para él una forma de expresar orgullo y agradecimiento. Desgraciadamente, todos los padres no han reaccionado así y uno de ellos vino a quejarse. En presencia del pastor me lanzó: «Jayyám era un borracho y un impío!» Yo le respondí: «¡Al decir esto no está insultando a Jayyám, sino haciendo un elogio de la embriaguez y de la

impiedad!» El reverendo por poco se atraganta. Howard se reía como un niño. Era incorregible pero desarmaba.

—¡Así que reivindicas alegremente todo aquello de lo que se te acusa! ¿No serás además un «hijo de Adán»?

—¿También te ha dicho eso el reverendo? Tengo la impresión de que habéis hablado mucho de mí.

—No teníamos ningún otro conocido común.

—No voy a ocultarte nada; tengo la conciencia tan pura como el aliento de un recién nacido. Hace dos meses aproximadamente un hombre vino a verme. Era un gigante bigotudo, pero tímido. Me preguntó si podía dar una conferencia en la sede del «anyumán», el club del que era miembro. ¿Sobre qué tema? No lo adivinarías jamás. ¡Sobre la teoría de Darwin! En la atmósfera de efervescencia política que reina en este país encontré el asunto divertido y conmovedor, y acepté. Reuní todo lo que pude encontrar sobre el sabio, expuse las tesis de sus detractores y creo que mi actuación fue aburrida, pero la sala estaba llena y se me escuchó religiosamente. Desde entonces, he ido a otras reuniones dedicadas a los temas más diversos. Hay en esas personas una inmensa sed de saber. Son también los partidarios más acérrimos de la Constitución. Suelo pasarme por su sede para enterarme de las últimas noticias de Teherán. Deberías conocerlos. Sueñan con el mismo mundo que tú y que yo.

XXXVII

Al anochecer, en el bazar de Tabriz, pocos tenderetes siguen abiertos, pero las calles están animadas: los hombres hacen tertulia en los cruces de las calles, corros de sillas de rejilla, corros de *kalyan* cuyo humo expulsa poco a poco los mil olores del día. Ajusté mi paso al de Howard. Torcía de una callejuela a otra sin una mirada de duda; de vez en cuando se detenía para saludar al padre de un alumno, por todas partes los chiquillos interrumpían sus juegos y se apartaban a su paso.

Al fin llegamos ante un portón devorado por la herrumbre. Mi compañero lo empujó y atravesamos un jardincillo cubierto de maleza, hasta una casa de tierra cuya puerta, después de siete golpes secos, se abrió chirriante ante una espaciosa habitación iluminada por una hilera de faroles colgados del techo, que se balanceaban sin cesar a merced de una corriente de aire. Las personas presentes debían de estar acostumbradas, pero yo tuve de pronto la impresión de haberme subido a bordo de una endeble barquichuela. No lograba fijar la mirada en ningún punto de rostro alguno y sentía la necesidad apremiante de tumbarme y cerrar los ojos unos instantes. Pero el recibimiento se eternizaba. En la reunión de los «hijos de Adán», Baskerville no era un desconocido; su llegada provocó revuelo, y, por haberle acompañado, tuve derecho a fraternales abrazos, debidamente repetidos cuando Howard reveló que yo era la causa de su venida a Persia.

Cuando creí que había llegado el momento de sentarme y apoyarme, al fin, contra la pared, un hombre alto se levantó al fondo de la habitación. Una larga capa blanca que le caía desde los hombros le designaba, sin lugar a error, como el personaje eminente de la asamblea. Dio un paso hacia mí:

—¡Benjamín!

Me levanté, di dos pasos, me froté los ojos. ¡Fazel! Caímos en brazos uno del otro con una palabrota de sorpresa.

Para explicar esta efusión, poco conforme con su temperamento, lanzó dirigiéndose a sus camaradas:

—El señor Lesage era amigo de Sayyid Yamaleddín.

Al instante dejé de ser un visitante notable para convertirme en monumento histórico o santa reliquia; ya sólo se me acercaban con una veneración embarazosa.

Presenté a Howard a Fazel pues sólo se conocían de nombre; este último no había venido desde hacía más de un año, a pesar de que Tabriz era su ciudad natal. Por otra parte, su presencia esa noche entre esas paredes mugrientas, bajo esas luces bamboleantes, tenía algo de insólita y de inquietante. ¿No era uno de los guías de los parlamentarios demócratas, un pilar de la revolución constitucional? ¿Era el momento adecuado de alejarse de la capital? Estas fueron las preguntas que le hice. Pareció incómodo. Sin embargo, yo había hablado en francés y en voz baja. Miró furtivamente a sus vecinos y luego, por toda respuesta, me dijo:

—¿Dónde te alojas?

—En el caravasar del barrio armenio.

—Iré a verte esta noche.

Hacia la medianoche nos reunimos seis personas en mi habitación. Baskerville y yo, Fazel y tres de sus compañeros, que me presentó única y apresuradamente, secreto obliga, por sus nombres, omitiendo el apellido.

—En la sede del *anyumán* me preguntaste por qué estaba aquí y no en Teherán. Pues bien, porque la capital está ya perdida para la Constitución. No podía anunciarlo en estos términos a treinta personas. Habría provocado el pánico. Pero es la verdad.

Estábamos todos demasiado consternados para reaccionar. Fazel explicó:

—Hace dos semanas vino a verme un periodista de San Petersburgo, corresponsal del *Ryech*. Se llama Panoff, pero firma con el seudónimo «Tané».

Yo había oído hablar de él. Sus artículos se citaban a veces en la prensa de Londres.

—Es una social-demócrata —prosiguió Fazel—, un enemigo del zarismo. Pero al llegar a Teherán, hace unos meses, consiguió ocultar sus convicciones, se las arregló para tener acceso a la Legación rusa y, no sé por qué casualidad, por qué estratagema, pudo apoderarse de unos documentos comprometedores: un proyecto de golpe de Estado que ejecutarían los cosacos para imponer de nuevo la monarquía absoluta. Todo estaba ahí escrito con pelos y señales. Soltarían a la chusma en el bazar para socavar la confianza de los comerciantes en el nuevo régimen; algunos jefes religiosos debían dirigir súplicas al shah para pedirle que aboliera la Constitución, supuestamente contraria al Islam. Por supuesto, Panoff se arriesgaba trayéndome estos documentos. Yo se lo agradecí e inmediatamente pedí una reunión extraordinaria del Parlamento. Después de exponer los hechos con todo detalle, exigí la destitución del monarca, su sustitución por uno de sus jóvenes hijos, la disolución de la brigada de los cosacos y el arresto de los religiosos involucrados. Varios oradores se sucedieron en la tribuna para expresar su indignación y apoyar mis propuestas.

De pronto un ujier vino a informarnos que los ministros plenipotenciarios de Rusia e Inglaterra se encontraban en el edificio y tenían una nota urgente que transmitirnos. La sesión se suspendió y el Presidente del Majlis y el Primer Ministro salieron; volvieron pálidos como cadáveres. Los diplomáticos habían venido a advertirles que si el shah era destituido, las dos potencias se verían en la lamentable obligación de intervenir militarmente. ¡No solamente se disponían a estrangularnos, sino que incluso nos prohibían defendernos!

—¿Por qué ese ensañamiento? —interrogó Baskerville, aterrado.

—El zar no quiere una democracia en sus fronteras, la palabra Parlamento le hace temblar de rabia.

—¡Pero ése no es el caso de los británicos!

—No, ¡pero si los persas lograran gobernarse como adultos, esto podría dar ideas a los indios! Inglaterra no tendría otro remedio que hacer sus maletas. Y luego está el petróleo. En 1901, un súbdito británico, Mr. Knox d'Arcy, obtuvo, por la suma de veinte mil libras esterlinas, el derecho a explotar el petróleo en todo el Imperio persa. Hasta ahora la producción ha sido insignificante, pero hace algunas semanas se descubrieron inmensos yacimientos en la región de las tribus bajtariis. Sin duda habéis oído hablar de ello. Esto puede representar una importante fuente de ingresos para el país. Por lo tanto pedí al Parlamento que revisara el acuerdo con Londres con el fin de obtener unas condiciones más equitativas; la mayoría de los diputados estuvieron de acuerdo. Desde entonces, el ministro de Inglaterra no me ha vuelto a invitar a su casa.

—Sin embargo, fue en los jardines de su Legación donde tuvo lugar el *bast* —dije pensativo.

—En esa época los ingleses estimaban que la influencia rusa era demasiado fuerte y que no les dejaba del pastel persa más que la «porción congrua»; por lo tanto, nos habían animado a protestar y nos abrieron sus jardines; se dice incluso que fueron ellos los que hicieron publicar la fotografía que comprometía a Naus. Cuando nuestro movimiento triunfó, Londres pudo obtener del zar un acuerdo de repartición: el norte de Persia sería zona de influencia rusa, el sur sería coto vedado de Inglaterra. En cuanto los británicos tuvieron lo que deseaban, nuestra democracia dejó súbitamente de interesarles; como el zar, sólo veían ya en ella inconvenientes y preferían que desapareciera.

—¿Con qué derecho? —explotó Baskerville.

Fazel le dirigió una sonrisa paternal antes de reanudar su relato.

—Después de la visita de los dos diplomáticos, los diputados se desanimaron. Incapaces de hacer frente a la vez a tantos enemigos, no encontraron nada mejor que hacer que atacar a ese pobre Panoff. Varios oradores lo acusaron de ser un falsario y un anarquista, cuyo único objetivo sería provocar una guerra entre Persia y Rusia. El periodista había venido conmigo al Parlamento y yo lo había dejado en un despacho cerca de la puerta de la gran sala para que pudiera aportar su testimonio si se revelaba necesario. Pero entonces los diputados pidieron que fuera detenido y entregado a la Legación del zar. Y se presentó una moción en ese sentido. ¡Ese hombre, que nos había ayudado contra su propio gobierno, iba a ser entregado a los verdugos! Yo, por lo general tan sereno, no pude controlarme, me subí a una silla y grité como un demente: «¡Juro por la tierra que cubre a mi padre, que si se detiene a ese hombre haré un llamamiento a los “hijos de Adán” y ahogaré en sangre este Parlamento! ¡Ninguno de

aquellos que voten esta moción saldrá vivo de aquí!» Habrían podido quitarme la inmunidad y detenerme, pero no se atrevieron. Suspendieron la sesión hasta el día siguiente. Esa misma noche me fui de la capital para venir a mi ciudad natal, adonde he llegado hoy. Panoff me ha acompañado. Está escondido en alguna parte de Tabriz esperando para irse al extranjero.

Nuestra conversación se prolongó. Pronto nos sorprendió el alba; las primeras llamadas a la oración resonaron y la luz se fue haciendo más intensa. Discutíamos, trazábamos mil futuros sombríos y discutíamos de nuevo, demasiado agotados para detenernos. Baskerville se estiró, se interrumpió en pleno vuelo, miró su reloj y se levantó como un sonámbulo, rascándose afanosamente la nuca.

—¡Las seis ya! ¡Dios mío, una noche en blanco! ¡Con qué cara me voy a enfrentar a mis alumnos! ¡Y qué dirá el reverendo al verme volver a estas horas!

—¡Siempre podrás decir que estabas con una mujer!

Pero Howard no estaba ya de humor para sonreír.

No quiero decir que fue una coincidencia, puesto que el azar no desempeña un gran papel en el asunto, pero me creo en la obligación de señalar que en el mismo momento en que Fazel terminaba de describirnos lo que, a juzgar por los documentos birlados por Panoff, se tramaba contra la joven democracia persa, la ejecución de un golpe de Estado había comenzado.

En efecto, según me enteré después, fue hacia las cuatro de la madrugada de ese miércoles 23 de junio de 1908 cuando un contingente de mil cosacos, mandados por el coronel Liakhov, avanzó hacia el Baharistán, sede del Parlamento, en el corazón de Teherán. El edificio fue cercado y sus salidas controladas. Al ver los movimientos de tropas, unos miembros de un *anyumán* local corrieron a un colegio cercano, donde habían instalado el teléfono recientemente, para llamar a algunos diputados y ciertos religiosos demócratas, como el ayatollah Belibahani y el ayatollah Tabatabay, que acudieron al lugar de los hechos antes del alba con el fin de atestiguar con su presencia su adhesión a la Constitución. Sorprendentemente, los cosacos los dejaron pasar. Sus órdenes eran prohibir la salida, no la entrada.

El número de rebeldes no cesaba de aumentar. Al amanecer eran varios cientos, entre ellos. Numerosos «hijos de Adán». Tenían carabinas pero pocas municiones; unos sesenta cartuchos cada uno. Nada que permitiera sostener un asedio. Pero, además, dudaban de usar esas armas y esas municiones. Efectivamente, se apostaron en los tejados y detrás de las ventanas, pero no sabían si debían tirar los primeros y dar así la señal de una inevitable matanza, o si debían esperar pasivamente a que los preparativos del golpe de Estado terminaran.

Ya que era eso lo que seguía retrasando el asalto de los cosacos, Liakhov, rodeado de oficiales rusos y persas, se ocupaba de disponer sus tropas y sus cañones, en número de seis ese día, instalando el más mortífero en la plaza Topjané. En varias ocasiones el coronel pasó a caballo por el punto de mira de los defensores, pero las personalidades presentes impidieron a los «hijos de Adán» hacer fuego, por miedo a que el zar usara ese incidente como pretexto para invadir Persia.

Hacia la mitad de la mañana se dio la orden de ataque. Aunque desigual, el combate fue de una violencia extrema durante seis o siete horas. Por una serie de audaces golpes de mano, los resistentes consiguieron inutilizar tres cañones.

Sólo era el heroísmo de la desesperación. Al caer el sol, izaron la bandera blanca de la derrota sobre el primer Parlamento de la historia persa. Pero varios minutos después del último disparo, Liakhov ordenó a sus artilleros que reanudaran el fuego. Las directrices del zar eran claras: no bastaba con abolir el Parlamento, había que destruir también el edificio que lo había albergado, con el fin de que los habitantes de Teherán lo vieran en ruinas y fuera para todos y para siempre una lección.

XXXVIII

No habían cesado aún los combates en la capital cuando estalló en Tabriz el primer tiroteo. Yo había pasado a recoger a Howard a la salida de clase, ya que teníamos una cita en la sede del *anyumán* para ir a almorzar con Fazel en casa de uno de sus parientes. Aún no nos habíamos internado en el laberinto del bazar cuando se oyeron unos disparos, aparentemente cercanos.

Con una curiosidad teñida de inconsciencia, nos dirigimos hacia el lugar de donde había partido el ruido. A unos cien metros vimos a una muchedumbre vociferante que avanzaba: polvo, humo, un bosque de garrotes, fusiles y antorchas ardiendo, gritos que yo no comprendía, puesto que se proferían en *azeri*, el dialecto turco de la gente de Tabriz. Baskerville se esforzaba en traducir: «¡Muera la Constitución! ¡Muera el Parlamento! ¡Mueran los ateos! ¡Viva el Shah!» Decenas de ciudadanos corrían en todas direcciones. Un anciano arrastraba con una cuerda a una cabra asustada. Una mujer tropezó; su hijo, de apenas seis años, la ayudó a levantarse y la sostuvo hasta que ella reanudó su huida cojeando.

Nosotros también apretamos el paso hacia el lugar de nuestra cita. Un grupo de jóvenes estaba levantando una barricada en la calle: dos troncos de árbol sobre los que amontonaban, en un tremendo desorden, mesas, ladrillos, sillas, cofres y toneles. Nos reconocieron y nos dejaron pasar, aconsejándonos que nos apresuráramos porque «vienen hacia aquí», «quieren incendiar el barrio», «han jurado matar a todos los hijos de Adán».

En la sede del *anyumán* cuarenta o cincuenta hombres rodeaban a Fazel, el único que no llevaba fusil sino sólo una pistola, una Mannlicher austríaca que parecía no tener otra utilidad que indicar a cada uno el puesto que debía ocupar. Estaba sereno, menos angustiado que la víspera, tranquilo como puede estarlo el hombre de acción cuando se acaba la insoportable espera.

—Ya veis —nos lanzó con un imperceptible acento de triunfo—. Todo lo que anunciaba Panoff era verdad. El coronel Liakhov ha dado su golpe de Estado, se ha proclamado gobernador militar de Teherán y ha impuesto el toque de queda. Desde esta mañana se ha abierto la caza de los partidarios de la Constitución en la capital y en todas las demás ciudades, empezando por Tabriz.

—¡Se ha propagado todo tan deprisa! —se asombró Howard.

—El cónsul de Rusia, advertido por telegrama del desencadenamiento del golpe de Estado, informó esta mañana a los jefes religiosos de Tabriz. Estos exigieron a sus partidarios que se reunieran a mediodía en el Devexe, el barrio de los camelleros. Desde ahí se dispersaron por la ciudad. En primer lugar se dirigieron al domicilio de un periodista amigo mío, Alí Nexedía; lo sacaron de su casa en medio de los gritos de su mujer y de su madre, le cortaron el cuello y la mano derecha y luego lo abandonaron en un charco de sangre. Pero no temáis, antes de esta noche Alí será vengado.

Su voz le traicionó. Se concedió un segundo de respiro e inspiró profundamente antes de proseguir.

—Si vine a Tabriz fue porque sabía que esta ciudad resistiría. La tierra que pisamos en este instante está regida por la Constitución. Desde ahora la sede del Parlamento está aquí, la sede del gobierno legítimo. Será una hermosa batalla y terminaremos por ganar. ¡Seguidme!

Y le seguimos junto con una media docena de sus partidarios. Nos condujo hacia el jardín y rodeó la casa hasta una escalera de madera cuyo final se perdía entre espesos follajes. Llegamos al tejado, cruzamos una pasarela, de nuevo subimos unos cuantos peldaños y nos encontramos en una habitación de gruesas paredes y estrechas ventanas, casi troneras. Fazel nos invitó a echar una ojeada: estábamos justo encima de la entrada más vulnerable del barrio, interceptada ya por una barricada. Detrás, unos veinte hombres, rodilla en tierra, apuntando con las carabinas.

—Hay más —explicó Fazel—. Igualmente decididos. Taponan todas las salidas del barrio. Si llega la jauría, será recibida como lo merece.

La «jauría», como él decía, no estaba lejos. Había debido de pararse en el camino para incendiar dos o tres casas pertenecientes a «hijos de Adán», pero no cedía el clamor y los disparos se acercaban.

De pronto se apoderó de nosotros una especie de estremecimiento. Por más que uno se lo espere, por muy protegido que se esté detrás de una pared, el espectáculo de una muchedumbre desatada que grita amenazas de muerte y viene derecha hacia ti es, probablemente, la experiencia más pavorosa que se puede tener.

Instintivamente susurré:

—¿Cuántos serán?

—Mil, mil quinientos a lo sumo —respondió Fazel en voz alta, clara y tranquilizadora antes de añadir como una orden: —Ahora nos toca a nosotros asustarlos.

Pidió a sus ayudantes que nos entregaran unos fusiles. Entre Howard y yo hubo un intercambio de miradas casi divertidas; sopesamos esos fríos objetos con fascinación y repugnancia.

—Apostaos en las ventanas —dijo Fazel—, y tirad contra cualquiera que se acerque. Yo tengo que irme. ¡Les reservo una sorpresa a esos bárbaros!

Apenas había salido cuando comenzó la batalla. Aunque hablar de batalla es, sin duda, excesivo. Llegaron los provocadores, una horda vociferante y atolondrada, y su vanguardia se lanzó hacia la barricada como si se tratara de una carrera de obstáculos. Los «hijos de Adán» dispararon. Una descarga. Luego otra. Unos diez asaltantes cayeron, el resto retrocedió, sólo uno consiguió escalar la barricada, pero fue para ensartarse en una bayoneta. Resonó un horrible aullido de agonía; yo aparté los ojos.

El grueso de los manifestantes permanecía atrás prudentemente, contentándose con repetir a voz en grito: «¡Que mueran!» Luego una cuadrilla se lanzó de nuevo al asalto de la barricada, esta vez con un poco más de método, es decir, disparando contra los defensores y las ventanas de donde partían los disparos. Un «hijo de Adán» alcanzado en la frente fue la única baja de su campo. Ya las descargas de sus compañeros comenzaban a segar las primeras líneas de asaltantes.

La ofensiva cedía. Retrocedieron e intentaron alborotadamente ponerse de acuerdo. Estaban reagrupándose para una nueva tentativa cuando un estruendo sacudió el barrio. Un obús acababa de caer en medio de los manifestantes, provocando una carnicería seguida de una desbandada. Los defensores levantaron entonces sus fusiles gritando: «¡Maxruté! ¡Maxruté!» —¡Constitución!—. Al otro lado de la barricada se divisaban decenas de cuerpos tendidos. Floward susurró:

—Mi arma sigue estando fría. No he disparado ni un solo tiro. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Tener en el punto de mira la cabeza de un desconocido y apretar el gatillo para matarle...

Fazel llegó unos instantes después jovial.

—¿Qué pensáis de mi sorpresa? Es un viejo cañón francés, un «de Bange» que nos ha vendido un oficial del ejército imperial. Está en el tejado ¡venid a admirarlo! Un día cercano lo instalaremos en medio de la plaza más grande de Tabriz y escribiremos encima: «Este cañón salvo a la Constitución.»

Encontré sus palabras demasiado optimistas, aunque no podía discutir que, en unos minutos, había conseguido una significativa victoria. Su objetivo estaba claro: mantener una pequeña isla donde los últimos partidarios de la Constitución pudieran reunirse y protegerse, pero, sobre todo, reflexionar juntos sobre los futuros actos.

Si aquel caótico día de junio nos hubieran dicho que desde algunas enmarañadas callejuelas del bazar de Tabriz, con nuestras dos brazadas de fusiles Lebel y nuestro único cañón «de Bange», íbamos a devolver a Persia entera su libertad robada, ¿quién lo hubiera creído?

Sin embargo, es lo que sucedió, no sin que el más puro de entre nosotros lo pagara con su vida.

XXXIX

Días sombríos de la historia del país de Jayyám. ¿Era aquella el alba prometida a Oriente? De Ispahán a Qazvin, de Shiraz a Hamedan, cien, mil pechos ciegos proferían los mismos gritos: «¡Que mueran! ¡Que mueran!» De ahora en adelante había que esconderse para decir libertad, democracia, justicia. El porvenir era ya sólo un sueño prohibido; a los partidarios de la Constitución se les perseguía por las calles, las sedes de los «hijos de Adán» estaban devastadas, sus libros eran amontonados y quemados. En ninguna parte en toda la extensión de Persia pudo ponerse freno a aquella odiosa marejada.

En ninguna parte más que en Tabriz. Y aun así, en la heroica ciudad, cuando transcurrió al fin el interminable día del golpe de Estado, de los treinta barrios principales sólo uno seguía resistiendo, el que se llama Amir-Jiz, en el extremo noroeste del bazar. Aquella noche, algunas decenas de jóvenes guerrilleros se relevaron para guardar los accesos, mientras en la sede del *anyumán*, erigida en cuartel general, Fazel trazaba ambiciosas flechas sobre un mapa arrugado.

Éramos por los menos una docena los que seguíamos con fervor los menores trazos de su lápiz, agigantado por el temblor de los faroles. El diputado se incorporó.

—El enemigo está aún bajo el choque de las pérdidas que le hemos infligido. Nos cree más fuertes de lo que somos. No tiene cañones ni sabe cuántos tenemos nosotros. Debemos aprovechar la ocasión para extender sin demora nuestro territorio. El shah no tardará en enviar tropas que llegarán a Tabriz dentro de unas semanas. De aquí a entonces tenemos que haber liberado la totalidad de la ciudad. Atacaremos esta misma noche.

Se inclinó y se inclinaron todas las cabezas; cabezas, descubiertas, cubiertas o ceñidas.

—Cruzaremos el río por sorpresa— explicó—, nos abalanzaremos hacia la ciudadela y la atacaremos desde ambos lados, por el bazar y por el cementerio. Antes del atardecer será nuestra.

La ciudadela no se tomó hasta diez días después. Para cada calle los combates fueron sangrientos, pero los resistentes avanzaban; todas las acciones se resolvían a su favor. El sábado, algunos «hijos de Adán» se apoderaron de las oficinas de Indo-European Telegraph, gracias a lo cual pudieron mantenerse las comunicaciones con Teherán y con las otras ciudades del país, así como con Londres y Bombay. El mismo día se les adhirió un cuartel de la policía, llevando a modo de dote una metralleta, una ametralladora Maxim y treinta cajas de municiones. Estos éxitos devolvieron la confianza a la población; jóvenes y viejos se envalentonaron y afluyeron a cientos hacia los barrios liberados, a veces con sus armas. En unas semanas el enemigo había retrocedido a la periferia. Sólo quedaba en sus manos, al noreste de la ciudad, una zona poco habitada que se extendía desde el barrio de los Camelleros hasta el campo de Sahib-Divan.

Hacia mediados de julio se constituyó un ejército de voluntarios, así como una administración provisional de la que se confió a Howard la responsabilidad del avituallamiento. Desde entonces se pasaba la mayoría del tiempo recorriendo el bazar para calcular las provisiones; los comerciantes se mostraban admirablemente dispuestos a colaborar. Él mismo se movía a las mil maravillas en el sistema persa de pesos y medidas.

—Hay que olvidarse de los litros, los kilos, las onzas y las pintas —me decía—. Aquí se habla en *yaw*, en *mixal*, en *syr* y en *jarvar*, que es el cargamento del asno.

Intentaba instruirme:

—La unidad básica es el *yaw*, que es un grano de cebada de mediano grosor y con la cascarilla, pero al que se le habrían cortado en las dos puntas los pelillos que sobresalen.

—¡Qué riguroso! —dije soltando la carcajada.

El profesor dirigió a su alumno una mirada de reproche. Para hacerme perdonar, me creí obligado a probar mi aplicación:

—Entonces el *yaw* es la unidad de medida más pequeña.

—De ningún modo —se indignó Howard.

Consultaba imperturbablemente sus notas:

—El peso de un grano de cebada equivale al de setenta granos de mostaza, o si se prefiere, a seis crines de la cola de una mula.

¡En comparación, mi carga era ligera! Dada mi ignorancia del dialecto local, tenía por única misión mantener el contacto con los súbditos extranjeros a fin de tranquilizarlos con respecto a las intenciones de Fazel y cuidar de su seguridad.

Conviene saber que Tabriz, hasta la construcción del ferrocarril transcaucásico, veinte años antes, había sido la puerta de Persia, el paso obligado de los viajeros, de las mercaderías y de las ideas. Varios establecimientos europeos tenían allí sucursales, como la compañía alemana de Mossig y Schünemann o la Sociedad Anónima de Comercio Oriental, importante firma austríaca. Había igualmente consulados, la Misión Presbiteriana americana y diversas instituciones más, y me complace decir que en ningún momento, a lo largo de los difíciles meses de asedio, se consideró a los súbditos extranjeros como blanco.

Más aún, reinaba una conmovedora fraternidad. No hablo de Baskerville, de mí mismo ni de Panoff, que rápidamente se unió al movimiento. Quiero honrar aquí a otras personas, como a Mr. Moore, corresponsal del *Manchester Guardian*, que no dudó en tomar las armas al lado de Fazel y fue herido en combate; o al capitán Anginieur, que nos ayudó a resolver numerosos problemas logísticos y que con sus artículos en el *Asie française* contribuyó a suscitar, en París y en el mundo entero, ese impulso de solidaridad que salvó a Tabriz de la suerte atroz que la amenazaba. La presencia activa de los extranjeros fue para ciertos religiosos de la ciudad un argumento contra los defensores de la Constitución, «un revoltijo —cito— de europeos, armenios, *babis* e impíos de todas clases». Sin embargo, la población permanecía impermeable a esa propaganda y nos rodeaba de un agradecido afecto, cada hombre era un hermano para nosotros, cada mujer una hermana o una madre.

He de precisar que fueron los mismos persas los que desde el primer día, dieron su apoyo espontánea y masivamente a la resistencia. Primero los habitantes libres de Tabriz, luego los refugiados que a causa de sus convicciones habían tenido que huir de sus ciudades o pueblos para buscar protección en el último baluarte de la Constitución. Ese fue el caso de cientos de «hijos de Adán» que acudían desde todos los rincones del Imperio y no pedían más que sostener un arma. Fue el caso, igualmente, de varios diputados, ministros y periodistas de Teherán que habían logrado escapar de la gigantesca redada que había ordenado el coronel Liakhov y que a menudo llegaban en pequeños grupos, extenuados, despavoridos, desamparados.

Pero el más valioso de los nuevos adictos fue indudablemente Xirín, que había desafiado el toque de queda para salir de la capital en automóvil, sin que los cosacos se atrevieran a interponerse. Su pequeño landó causó admiración entre la gente, tanto más cuanto que su chófer, uno de los pocos persas que conducían semejante vehículo, era de Tabriz.

La princesa se había instalado en un palacio abandonado. Había sido construido por su abuelo, el viejo shah asesinado, con la intención de pasar allí un mes al año. Pero dice la leyenda que desde la primera noche se sintió enfermo y sus astrólogos le aconsejaron que no volviera a poner los pies en un lugar de tan mal agüero. Nadie lo había habitado desde hacía treinta años; se le llamaba, no sin temor, el Palacio Vacío.

Xirín no dudó en desafiar a la mala suerte y desde entonces su residencia fue el corazón de la ciudad. A sus grandes jardines, isla de frescor en aquellos anocheceres de verano, acudían gustosos los dirigentes de la resistencia. Yo los acompañaba a menudo.

La princesa parecía cada vez más feliz de verme; nuestra correspondencia había tejido entre nosotros una complicidad en la que nadie se habría atrevido a inmiscuirse. Por supuesto, nunca estábamos solos y en cada reunión o en cada comida había decenas de compañeros.

Se discutía incansablemente y a veces se bromeaba, pero sin excesos. En Persia no se tolera jamás la familiaridad, la cortesía es puntillosa y grandilocuente y suelen tener tendencia a llamarse «el esclavo de la sombra de la grandeza» del individuo al que se dirigen; y cuando se trata de altezas, de altezas en femenino sobre todo, besan el suelo, si no de hecho al menos mediante fórmulas de lo más ampulosas.

Y llegó aquella turbadora noche de jueves. Exactamente el 17 de septiembre. ¿Cómo podría olvidarlo?

Por cien razones diferentes todos mis compañeros se habían marchado ya y yo mismo me había despedido con los últimos. En el momento de cruzar la verja exterior de la finca, me

di cuenta de que me ha dejado junto a mi asiento una carpeta donde solía llevar algunos papeles importantes. Volví, pues, sobre mis pasos, pero en modo alguno con la intención de ver de nuevo a la princesa; estaba convencido que después de despedirse de sus visitas se había retirado.

No. Estaba aún sentada, sola, en medio de veinte sillas vacías. Pensativa, lejana. Sin dejar de mirarla, recogí carpeta lo más lentamente posible. Xirín seguía inmóvil, de perfil, sorda a mi presencia. En medio de un recogido silencio, me senté y la contemplé durante largo tiempo. Con esa sensación de encontrarme doce años atrás veía, la veía, en Constantinopla, en el salón de Yamaledín. Estaba entonces como ahora, de perfil, con un azul sobre sus cabellos que caía hasta los pies de su silla. ¿Qué edad tendría entonces? ¿Diecisiete años? La que en ese momento tenía treinta era una mujer serena, soberbia mujer madura. Tan esbelta como el primer día. Evidentemente, había sabido resistir a la tentación de mujeres de su rango: desplomarse hasta el fin de sus días, ociosa y glotona, sobre un diván de opulencia. ¿Se habría casado? ¿Estaría divorciada? ¿Sería viuda? Jamás hablamos de ello.

Me hubiera gustado decir con voz firme: «Te he querido desde Constantinopla». Mis labios temblaron y luego se cerraron sin emitir el menor sonido.

Sin embargo, Xirín se había vuelto hacia mí lentamente. Me observó sin sorpresa, como si yo no me hubiera marchado y regresado. Su mirada dudó y de pronto adoptó el tuteo:

—¿En qué piensas?

La respuesta brotó de mis labios.

—En ti. Desde Constantinopla a Tabriz.

Una sonrisa, quizá azarada, pero que decididamente no quería ser una barrera, recorrió su rostro. Y yo no, encontré nada mejor que hacer que citar su propia frase convertida en una contraseña entre ella y yo:

—¡Nunca se sabe, nuestros caminos podrían cruzarse!

Transcurrieron algunos segundos de mudos recuerdos. Luego Xirín dijo:

—No me fui de Teherán sin el libro.

—¿El *Manuscrito de Samarcanda*?

—Está constantemente sobre la cómoda, cerca de mi cama; no me canso jamás de hojearlo, me sé de memoria las *Ruba'iyat* y la crónica que el texto lleva al margen.

—Daría con gusto diez años de mi vida por una noche con ese libro.

—Yo daría con gusto una noche de mi vida.

Al instante siguiente yo estaba inclinado sobre el rostro de Xirín, nuestros labios se rozaron, cerramos los ojos y ya nada existió a nuestro alrededor, sólo la monotonía del canto de las cigarras amplificado en nuestras mentes aturcidas. Beso prolongado, beso ardiente, beso de los años superados, de las barreras derribadas.

Por temor a que llegaran otros visitantes o a que se acercaran los sirvientes, nos levantamos y la seguí por una galería cubierta, una pequeña puerta insospechada y una escalera con los peldaños rotos hasta los aposentos del antiguo shah que su nieta se había apropiado. Dos pesadas hojas se cerraron, luego un macizo pestillo y nos encontramos solos, juntos. Tabriz no era ya una ciudad separada del mundo, era el mundo el que languidecía separado de Tabriz.

En un majestuoso lecho de columnas y colgaduras abracé a mi real amada, con mi propia mano deshice cada lazo, desabroché cada botón y con mis dedos, con mis palabras, con mis labios, dibujé cada contorno de su cuerpo. Ella se entregaba a mis caricias, a mis torpes besos, y de sus ojos cerrados se escapaban unas tibias lágrimas.

Al alba yo no había abierto aún el *Manuscrito*. Lo veía sobre una cómoda, al otro lado de la cama, pero Xirín dormía, desnuda, con la cabeza apoyada en mi cuello y los pechos abandonados sobre mis costillas, y nada en el mundo me habría hecho moverme. Respiraba su aliento, sus perfumes, su noche, contemplaba sus pestañas y desesperadamente trataba de adivinar qué sueño de felicidad o de angustia las hacía temblar. Cuando se despertó, llegaban ya hasta nosotros los primeros ruidos de la calle. Tuve que eclipsarme apresuradamente, prometiéndome dedicar al libro de Jayyám mi siguiente noche de amor.

XL

Al salir del Palacio Vacío, andando con los hombros encogidos —el alba no es nunca calurosa en Tabriz— avancé en dirección al caravasar sin tratar de tomar ningún atajo. No tenía prisa por llegar, necesitaba reflexionar; aún no se había apaciguado en mí la excitación de la noche y revivía las imágenes, los gestos, las palabras susurradas. Ya no sabía si era feliz. Sentía una especie de plenitud, pero mezclada con la inevitable culpabilidad que llevan aparejada los amores clandestinos. Ciertos pensamientos volvían a mi mente sin cesar, obsesivos, como saben serlo los pensamientos de las noches de insomnio: «Después de mi partida, ¿se habrá dormido otra vez con una sonrisa? ¿Lamentará algo? Cuando la vea de nuevo y no estemos solos, ¿la sentiré cómplice o lejana? Volveré esta noche y buscaré en sus ojos una aclaración.»

De pronto retumbó un cañonazo. Me detuve y agucé el oído. ¿Era nuestro valiente y solitario «de Bange»? Un silencio y luego una descarga de fusilería, después un período de calma. Reanudé mi camino con un paso menos apresurado y con el oído atento. Retumbó un nuevo estruendo, seguido al instante de un tercero. Esta vez me preocupé; un solo cañón no podía disparar a ese ritmo; tenía que haber dos o incluso varios. Dos obuses estallaron unas calles más allá. Me puse a correr en dirección a la ciudadela.

Pronto me confirmó Fazel la noticia que yo me temía: esa noche habían llegado las primeras fuerzas enviadas por el shah. Se habían acantonado en los barrios dirigidos por los jefes religiosos. Otras tropas las seguían, convergiendo de todos los puntos. El asedio a Tabriz acababa de comenzar.

La arenga pronunciada por el coronel Liakhoy, gobernador militar de Teherán, artífice del golpe de Estado, antes de la partida de sus tropas para Tabriz, se desarrolló así:

«¡Valerosos cosacos! El shah está en peligro, los habitantes de Tabriz han rechazado su autoridad y le han declarado la guerra al querer obligarle a reconocer, la Constitución. Ahora bien, la Constitución quiere abolir vuestros privilegios, disolver vuestra brigada. Si triunfa, vuestras esposas y vuestros hijos pasarán hambre. La Constitución es vuestra peor enemiga, debéis luchar contra ella como leones. Al destruir el Parlamento habéis suscitado en el mundo entero la más viva admiración. Proseguid vuestra saludable acción, aplastad la ciudad rebelde y os prometo, de parte de los soberanos de Rusia y de Persia, dinero y honores. Todas las riquezas que encierra Tabriz son vuestras. ¡No tenéis más que cogerlas!»

Gritada en Teherán y en San Petersburgo, murmurada en Londres, la consigna era la misma: hay que destruir Tabriz, merece el más ejemplar de los castigos. Una vez vencida, nadie más osará hablar de Constitución, de Parlamento o de democracia; de nuevo podrá dormirse Oriente en su más hermosa muerte.

Fue así como, durante los meses que siguieron, el mundo entero asistió a una extraña y angustiada carrera: mientras que el ejemplo de Tabriz empezaba a reanimar la llama de la resistencia en diversos rincones de Persia, la ciudad era víctima de un asedio cada vez más riguroso. Los partidarios de la Constitución, ¿tendrían tiempo de recuperarse, de reorganizarse y de volver a tomar las armas antes de que se derrumbara su baluarte?

En enero consiguieron su primer gran éxito: al llamamiento de los jefes bajtiaris, tíos maternos de Xirín, Ispahán, la antigua capital, se sublevó afirmando su adhesión a la Constitución y su solidaridad con Tabriz. Cuando la noticia llegó a la ciudad sitiada, se produjo al instante una explosión de alegría. Durante toda la noche se cantó incansablemente «¡Tabriz-Esfahán, el país se despierta!», pero al día siguiente un ataque masivo obligó a los defensores a abandonar varias posiciones al sur y al oeste. Ya sólo quedaba un camino que uniera todavía Tabriz al mundo exterior, y era el que llevaba al norte, hacia la frontera rusa.

Tres semanas más tarde, la ciudad de Resht se sublevó a su vez. Como Ispahán, rechazaba la tutela del shah, aclamaba a la Constitución y a la resistencia de Fazel. Nueva explosión de alegría en Tabriz. Pero, al momento, nueva respuesta de los sitiadores: la última carretera fue cortada, el cerco de Tabriz estaba terminado. Ya no llegaban ni el correo ni los víveres. Hubo que organizar un racionamiento muy severo para poder seguir alimentando a los aproximadamente doscientos mil habitantes de la ciudad.

En febrero y marzo de 1909 se produjeron nuevas adhesiones. El territorio de la Constitución se extendía ya a Shiraz, Hamadán, Maxad, Astarabad, Bandar-Abbas y Bushere. En París se formó un comité para la defensa de Tabriz, que encabezaba un tal señor Dieulafoy, distinguido orientalista; la misma iniciativa se produjo en Londres, bajo la presidencia de Lord Lamington; y, lo que era más importante, los principales jefes religiosos chiíes establecidos en Kerbela, en el Iraq otomano, se pronunciaron en favor de la Constitución desautorizando a los *mollahs* retrógrados.

Tabriz triunfaba.

Pero Tabriz moría.

Incapaz de hacer frente a tantas rebeliones, a tantos rechazos, el shah se aferraba a una idea fija: hay que acabar con Tabriz, el origen del mal. Cuando caiga, los otros cederán. Al no conseguir tomarla por asalto, decidió matarla de hambre.

A pesar del racionamiento, el pan escaseaba. A finales de marzo se contaban ya varios muertos, sobre todo ancianos y niños de corta edad.

La prensa de Londres, de París y de San Petersburgo, comenzaba a indignarse y a criticar a las potencias que, como se recordaba, tenían aún en la ciudad numerosos súbditos cuya vida se veía ya amenazada. Los ecos de estas opiniones nos llegaban por el telégrafo.

Fazel me convocó un día para anunciarme:

—Los rusos y los ingleses van a evacuar pronto a sus súbditos con el fin de que Tabriz pueda ser aplastada sin que ello provoque demasiada conmoción en el resto del mundo. Será un golpe duro para nosotros, pero quiero que sepas que no me voy a oponer a esa evacuación. No retendré a nadie aquí contra su voluntad.

Y me encargó de informar a los interesados que se emplearían todos los medios para facilitar su partida.

Se produjo entonces un acontecimiento de lo más extraordinario, y haber asistido a él como testigo privilegiado me permite cerrar los ojos ante muchas mezquindades humanas.

Había comenzado mi ronda, eligiendo a la Misión Presbiteriana como primera visita. Tenía un poco de miedo de volver a ver al reverendo director y recibir una reprimenda. Él, que contaba conmigo para hacer entrar en razón a Howard, ¿no iría a reprocharme haber seguido un camino idéntico? De hecho, su recibimiento fue distante, apenas cortés.

Pero en cuanto le expuse la razón de mi visita, respondió sin sombra de duda:

—No me iré. Si pueden organizar un convoy para evacuar a los extranjeros, también pueden organizar otros similares para abastecer a la ciudad hambrienta.

Agradecí su actitud, que me pareció conforme al ideal religioso y humanitario que le animaba. Luego fui a visitar tres compañías comerciales instaladas en las cercanías, donde, para mi gran sorpresa, la respuesta fue idéntica. Lo mismo que el pastor, los comerciantes no querían marcharse. Como me explicó uno de ellos, un italiano:

—Si me voy de Tabriz en este momento difícil, me daría vergüenza volver después para reanudar mi actividad. Por lo tanto, me quedaré. Quizá mi presencia contribuya a que mi gobierno actúe.

Por todas partes, como si se hubieran puesto de acuerdo, obtuve la misma respuesta, inmediata, clara, irrevocable. ¡Incluso Mr. Wratislaw, el cónsul británico! ¡Incluso el personal del consulado de Rusia, con la notoria excepción del cónsul, el señor Pokhitanoff, me dio la misma respuesta: «¡No nos iremos!» E informaron a sus atónitos gobiernos.

La admirable solidaridad de los extranjeros reconfortó los ánimos en la ciudad. Pero la situación era precaria. El 18 de abril, Wratislaw telegrafió a Londres: «Hoy el pan es escaso, mañana lo será aún más.» El 19, nuevo mensaje: «La situación es desesperada; aquí se habla de una última tentativa de romper el cerco.»

De hecho, ese día se estaba manteniendo una reunión en la ciudadela. Fazel anunció que las tropas constitucionales avanzaban desde Resht hacia Teherán, que el gobierno en el poder estaba a punto de derrumbarse y que faltaba poco para asistir a su caída. Y al triunfo de nuestra causa. Pero Howard tomó la palabra después de él para recordar que los bazares estaban ya vacíos de todo producto comestible.

—La gente ha sacrificado ya a los animales domésticos, incluidos los gatos callejeros, familias enteras vagan noche y día por las calles a la búsqueda de una granada raquítica, de un resto de pan de higo tirado en alguna cuneta. Corremos el peligro de que pronto se recurra al canibalismo.

—¡Dos semanas, necesitamos resistir dos semanas solamente!

La voz de Fazel era suplicante. Pero Howard no podía hacer nada.

—Nuestras reservas nos han permitido subsistir hasta este momento. Ahora ya no tenemos nada que distribuir. Nada. Dentro de dos semanas la población estará diezmada y Tabriz será una ciudad fantasma. Estos últimos días ha habido ochocientos muertos. De hambre y de las innumerables enfermedades que el hambre provoca.

—¡Dos semanas! ¡Sólo dos semanas! —repetía Fazel—. ¡Aunque haya que ayunar!

—¡Todos estamos ayunando desde hace varios días!

—¿Qué hacemos entonces? ¿Capitular? ¿Dejar caer esa formidable ola de apoyo que hemos levantado pacientemente? ¿No existe ningún medio de resistir?

Resistir. Resistir. Doce hombres trastornados, aturridos por el hambre y el agotamiento, pero también por la embriaguez de la victoria al alcance de la mano, no tenían más que una obsesión: resistir.

—Habría una solución —dijo Howard—. Quizá...

Todos los ojos se volvieron hacia Baskerville.

—Intentar una salida por sorpresa. Si conseguimos recuperar esta posición —indicaba con el dedo un punto en el mapa— nuestras fuerzas se precipitarían por la brecha y restablecerían el contacto con el exterior. En el tiempo que el enemigo tarde en recuperarse, tal vez llegue la salvación.

Inmediatamente me declaré hostil a la propuesta; los jefes militares eran de mi misma opinión; todos, sin excepción, la juzgaban suicida. El enemigo estaba sobre un promontorio, a quinientos metros aproximadamente de nuestras líneas. Se trataba de cruzar esa distancia por terreno llano, escalar una imponente muralla de barro seco, desalojar a los defensores y luego instalar en la posición fuerzas suficientes para resistir el inevitable contraataque.

Fazel dudaba. Ni siquiera miraba al mapa, sino que se interrogaba sobre el efecto político de la operación. ¿Permitiría ganar algunos días? La discusión se prolongó haciéndose cada vez más animada. Baskerville insistía, argumentaba apoyado por Moore. El corresponsal del *Guardian* alegaba su propia experiencia militar, afirmando que el efecto sorpresa podría ser decisivo. Fazel terminó por decidirse.

—Sigo sin estar convencido, pero puesto que no puede planearse ninguna otra acción, no me opondré a la de Howard.

El día siguiente, 20 de abril, a las tres de la mañana, se lanzó el ataque. Se había convenido que si a las cinco se había conseguido tomar la posición, se realizarían otras operaciones en múltiples puntos del frente con el fin de impedir al enemigo sustraer tropas para el contraataque. Desde los primeros minutos la tentativa se vio comprometida: una barrera de fuego acogió la primera salida realizada por Moore, Baskerville y unos sesenta voluntarios más. Visiblemente, el enemigo no estaba nada sorprendido. ¿Le habría informado algún espía de nuestros preparativos? No se puede afirmar, ya que de todas formas el sector estaba muy protegido. Liakhov se lo había confiado a uno de sus más capacitados oficiales.

Fazel ordenó, razonablemente, poner fin de inmediato a la operación y dio la señal de retirada, una especie de canturreo prolongado; los combatientes retrocedieron. Varios estaban heridos, entre ellos, Moore.

Sólo uno no volvió. Baskerville. Fue fulminado en la primera descarga.

Durante tres días, Tabriz iba a vivir al ritmo de las condolencias, condolencias discretas en la Misión Presbiteriana, condolencias ruidosas, fervientes, indignadas en los barrios ocupados por los «hijos de Adán». Con los ojos enrojecidos, yo iba estrechando manos, la mayoría de ellas desconocidas, y dando interminables abrazos.

En la cohorte de los visitantes se encontraba el cónsul de Inglaterra, que me llevó aparte.

—Quizá lo que voy a decirle le sirva de algún consuelo. Seis horas después de la muerte de su amigo, me llegó un mensaje de Londres anunciándome que se había llegado a un acuerdo entre las potencias con respecto a Tabriz. Baskerville no ha caído inútilmente. Un cuerpo expedicionario se dirige ya hacia la ciudad para liberarla y abastecerla. Y para evacuar a la comunidad extranjera.

—¿Un cuerpo expedicionario ruso?

—Por supuesto —admitió Wratislaw—. Son los únicos que disponen de un ejército en las proximidades. Pero hemos obtenido garantías. Los partidarios de la Constitución no serán molestados y las tropas del zar se retirarán en cuanto realicen su misión. Cuento con usted para convencer a Fazel de que deponga las armas.

¿Por qué acepté? ¿Por desánimo? ¿Por agotamiento? ¿Por un sentimiento persa de la fatalidad que se había insinuado en mí? El caso es que no protesté, que me dejé persuadir de que esa execrable misión me estaba destinada. Sin embargo, decidí no acudir inmediatamente a casa de Fazel. Prefería evadirme durante algunas horas junto a Xirín.

Desde nuestra noche de amor, sólo la había visto en público. El asedio había creado en Tabriz una atmósfera nueva. Se hablaba constantemente de infiltraciones enemigas. Por todas partes se creía ver espías o traidores. Hombres armados patrullaban por las calles y guardaban el acceso a los principales edificios. A las puertas del Palacio Vacío solía haber cinco o seis, a veces más. Aunque siempre me recibían con la mejor de sus sonrisas, su presencia me impedía toda visita discreta.

Esa noche, la vigilancia se había aflojado en todas partes y pude escurrirme hasta la habitación de la princesa. La puerta estaba entreabierta; la empujé silenciosamente.

Xirín estaba en la cama, sentada, con el Manuscrito abierto sobre sus rodillas levantadas. Me deslicé a su lado, hombro contra hombro, cadera contra cadera. Ni ella ni yo teníamos ánimos para caricias, pero esa noche nos amamos de otro modo, absortos en el mismo libro. Ella guiaba mis ojos y mis labios, conocía cada palabra, cada pintura; para mí, era la primera vez.

A menudo traducía al francés, a su manera, trozos de poemas de una sabiduría tan rigurosa, de una belleza tan intemporal que hacían olvidar que habían sido pronunciados por primera vez ocho siglos antes en algún jardín de Nisapur, de Ispahán o de Samarcanda.

Los pájaros heridos se esconden para morir.

Palabras de despecho, de consuelo, desgarrador monólogo de un poeta vencido y grandioso.

Paz al hombre en el negro silencio del más allá.

Pero también palabras de alegría, de sublime despreocupación:

¡Vino! Que sea tan rosa como tus mejillas

y que mis remordimientos sean tan ligeros como tus bucles.

Después de haber recitado hasta la última cuarteta y admirado durante largo rato cada miniatura, volvimos al principio del libro para recorrer las crónicas escritas en el margen. Primero la de Vartan el Armenio, que llega hasta pasada la mitad de la obra y gracias a la cual esa noche me enteré de la historia de Jyayám, de Yahán y de los tres amigos. A continuación venían, en unas treinta páginas cada una, las crónicas de los bibliotecarios de Alamut, padre, hijo y nieto, que relataban el extraordinario destino del *Manuscrito* después de su robo en Merv, su influencia sobre los Asesinos y la historia resumida de estos últimos hasta la oleada mogol.

Xirín me leyó las últimas líneas, cuya escritura me costaba mucho descifrar: «He tenido que huir de Alamut, la víspera de su destrucción, en dirección a Kirman, mi país de origen, llevándome el manuscrito del incomparable Jyayám de Nisapur, que he decidido esconder hoy mismo, esperando que no sea encontrado hasta que las manos de los hombres sean dignas de sostenerlo. Para ello me remito al Altísimo. Él guía a quien quiere y pierde a quien quiere.. » A continuación había una fecha que según mis cálculos correspondía al 14 de marzo de 1257.

Permanecí pensativo.

—El Manuscrito se calla en el siglo XIII —dije. — A Yamaledín se lo regalan en el XIX. ¿Qué pasaría en ese intervalo?

—Un largo sueño —dijo Xirín—. Una interminable siesta oriental. Luego un despertar sobresaltado en los brazos de ese loco de Mirza Reza. ¿No era de Kirman, como los bibliotecarios de Alamut? ¿Tanto te sorprende descubrir que tenía un antepasado Asesino?

Se había levantado para ir a sentarse en una banqueta ante su espejo oval, con un peine en la mano. Hubiera permanecido durante horas observando los graciosos movimientos de su brazo desnudo, pero ella me devolvió a la prosaica realidad.

—Deberías arreglarte para marcharte, si no quieres que te sorprendan en mi cama.

De hecho, la luz del día inundaba ya la habitación a través de las cortinas demasiado transparentes.

—Es verdad —dije cansado—. Me olvidaba de tu reputación.

Se volvió hacia mí riéndose.

—Desde luego me importa mucho mi reputación. No quiero que se diga en todos los harenes de Persia que un guapo extranjero ha podido pasar toda una noche a mi lado sin ni siquiera pensar en desnudarse. ¡Nadie volvería a desearme!

Después de guardar el *Manuscrito* en su cofre, besé los labios de mi amante y, a través de un pasillo y de dos puertas disimuladas, corrí a perderme de nuevo en el tumulto de la ciudad sitiada.

XLI

De todos aquellos que murieron en aquellos meses de sufrimiento, ¿por qué elegí evocar a Baskerville? ¿Porque era mi amigo y mi compatriota? Sin duda. También porque no tenía otra ambición que ver nacer la libertad y la democracia en ese Oriente que, sin embargo, le era ajeno. ¿Se sacrificó en vano? Dentro de diez, de veinte, de cien años, ¿recordará Occidente su ejemplo, recordará Persia su acción? Evito pensar en ello por miedo a recaer en la inevitable melancolía de aquellos que viven entre dos mundos, dos mundos igualmente prometedores, igualmente decepcionantes.

Sin embargo, si me limitara a los acontecimientos que se sucedieron inmediatamente después de la muerte de Baskerville, podría pretender que ésta no fue inútil.

Llegó la intervención extranjera junto con el levantamiento del bloqueo y los convoyes de avituallamiento. ¿Gracias a Howard? Quizá se había tomado ya la decisión, pero la muerte de mi amigo apresuró el salvamento de la ciudad y miles de ciudadanos famélicos le deben su supervivencia.

Ni que decir tiene que la entrada de los soldados del zar en la ciudad sitiada no podía ser del agrado de Fazel. Yo me esforcé en predicarle la resignación:

—La población no está ya en estado de resistir, el único regalo que puedes hacerle aún es salvarla de la hambruna. Le debes eso después de los sufrimientos que ha soportado.

—¡Luchar durante diez meses para encontrarse bajo la autoridad del zar Nicolás, el protector del shah!

—Los rusos no actúan solos. Están comisionados por toda la comunidad internacional, nuestros amigos de todo el mundo aplauden esta operación. Rechazarla, combatirla, es perder el beneficio del inmenso apoyo que se nos ha prodigado hasta ahora.

—¡Someterse, deponer las armas, cuando la victoria está a la vista!

—¿Es a mí a quien respondes o estás interpelando al destino?

Fazel se sobresaltó. Su mirada me abrumó con infinitos reproches.

—¡Tabriz no se merece semejante humillación!

—Ni tú ni yo podemos hacer nada; hay momentos en que cualquier decisión es mala. ¡Hay que elegir aquella que menos se lamentará!

Pareció calmarse y reflexionar intensamente.

—¿Qué suerte les espera a mis amigos?

—Los británicos garantizan su seguridad.

—¿Nuestras armas?

—Cada uno podrá conservar su fusil, las casas no serán registradas a excepción de aquellas desde donde se dispara. Pero las armas pesadas deberán entregarse.

No parecía nada tranquilizado.

—Y mañana ¿quién obligará al zar a retirar sus tropas?

—¡Eso habrá que dejárselo a la Providencia!

—¡Te encuentro de pronto muy oriental! Había que conocer a Fazel para saber que, en su boca, oriental rara vez significaba un cumplido. Sobre todo si acompañaba a la palabra esa mueca de recelo. Me vi obligado a cambiar de táctica; por lo tanto me levanté con un suspiro bien sonoro.

—Sin duda tienes razón; ha sido un error argumentar. Voy a decir al cónsul de Inglaterra que no he podido convencerte, pero volveré aquí y permaneceré a tu lado hasta el fin.

Fazel me retuvo por la manga.

—No te he acusado de nada, ni siquiera he rechazado tu sugerencia.

—¿Mi sugerencia? No he hecho más que transmitir una propuesta inglesa precisándote de quién emanaba.

—¡Cálmate y compréndeme! Sé muy bien que no dispongo de medios para impedir la entrada de los rusos en Tabriz y sé también que si les opusiera la menor resistencia el mundo entero me condenaría, empezando por mis compatriotas, que sólo esperan ya la liberación venga de donde venga. Sé incluso que el fin del asedio es una derrota para el shah.

—¿No era ésa la meta de tu lucha?

—¡Pues bien, ya ves que no! Puedo execrar a este shah, pero no es contra él contra quien lucho. Triunfar sobre un déspota no puede ser el objetivo último; lucho para que los persas tengan conciencia de ser hombres libres, «hijos de Adán» como decimos aquí, que tengan fe en sí mismos, en su fuerza, que encuentren un lugar en el mundo de hoy. Es lo que he querido conseguir aquí. Esta ciudad ha rechazado la tutela del monarca y de los jefes religiosos, ha desafiado a las potencias, ha suscitado en todo el mundo la solidaridad y la admiración de los hombres de buen corazón. Los habitantes de Tabriz estaban a punto de ganar, pero no quieren dejarles ganar, tienen demasiado miedo de su ejemplo, quieren humillarlos. Esta altiva población deberá prosternarse ante los soldados del zar para obtener su pan. Tú, que has nacido libre en un país libre, deberías comprender.

Dejé que transcurrieran algunos tensos segundos antes de concluir:

—¿Y qué quieres que responda al cónsul de Inglaterra?

Fazel sonrió con la más falsa de las sonrisas:

—Dile que estaré encantado de pedir asilo, una vez más, ante Su Graciosa Majestad.

Necesité tiempo para comprender hasta qué punto la amargura de Fazel era justificada. Ya que, por el momento, los acontecimientos parecían contradecir sus temores. Sólo permaneció algunos días en el consulado británico. Poco después, Mr. Wratishlaw lo condujo en su automóvil, a través de las líneas rusas, hasta los alrededores de Qazvin. Allí pudo unirse a las tropas constitucionales que, después de una larga espera, se disponían a avanzar hacia Teherán.

En efecto, con Tabriz amenazada de estrangulamiento, el shah conservaba un poderoso medio de disuasión contra sus enemigos; conseguía atemorizarlos, contenerlos. En cuanto se produjo el levantamiento del asedio, los amigos de Fazel se sintieron libres y emprendieron sin más demora su marcha hacia la capital con dos cuerpos de ejército, uno que venía de Qazvin, al norte, y el otro de Ispahán, al sur. Este último, compuesto principalmente por miembros de las tribus bajtiaris, se apoderó de Qom el 23 de junio. Algunos días más tarde, fue difundido un comunicado común anglo-ruso exigiendo a los partidarios de la Constitución que pusieran fin a su ofensiva inmediatamente para concertar un acuerdo con el shah. Si no, las dos potencias se verían obligadas a intervenir. Pero Fazel y sus amigos hicieron oídos sordos y apresuraron el paso: el 9 de julio sus tropas se unían bajo las murallas de Teherán; el 13, dos mil hombres hacían su entrada en la capital por una puerta desguarnecida del noroeste, cerca de la Legación francesa, bajo la mirada atónita del corresponsal de *Temps*.

Únicamente Liakhov intentó entonces resistir. Con trescientos hombres, algunos viejos cañones y dos *Creusot* de tiro rápido, consiguió conservar el control de varios barrios del centro. Los combates, encarnizados, continuaron hasta el 16 de julio.

Ese día, a las ocho y media de la mañana, el shah fue a refugiarse a la Legación rusa, ceremoniosamente acompañado de quinientos soldados y cortesanos. Su acto equivalía a una abdicación.

El comandante de los cosacos no tuvo otra elección que deponer las armas. Juró respetar la Constitución de ahí en adelante y ponerse al servicio de los vencedores, a condición de que su brigada no fuera disuelta, lo que se le prometió debidamente.

Un nuevo shah fue designado, el hijo menor del monarca derrocado que contaba apenas doce años de edad; según Xirín, que lo había conocido en la cuna, era un adolescente dulce y sensible, sin ninguna crueldad ni perversidad. Cuando, al día siguiente de los combates, cruzó la capital para acudir al palacio en compañía de su tutor el señor Smirnoff, fue aclamado a los gritos de «Viva el shah», que emanaban de los mismos pechos que la víspera habían aullado: «¡Muera el shah!»

XLII

El joven shah hacía en público un buen papel real, sonriendo sin exageración y agitando su blanca mano para saludar a sus súbditos, Pero en cuanto volvía al palacio era causa de muchas preocupaciones entre sus allegados. Brutalmente separado de sus parientes, lloraba sin cesar. Incluso intentó escaparse ese verano para volver con su padre y su madre. Lo cogieron e intentó ahorcarse del techo del palacio, pero cuando comenzó a ahogarse se aterró y pidió socorro. Pudieron desatarlo a tiempo. Ese percance tuvo sobre él un efecto benéfico: desde ese momento, curado de sus angustias, desempeñaría su papel de soberano constitucional con dignidad y sencillez.

El poder real estaba, pues, en manos de Fazel y sus amigos. Inauguraron la nueva era con una rápida depuración: seis partidarios del antiguo régimen, entre los que se encontraban los dos principales jefes religiosos de Tabriz que habían dirigido la lucha contra los «hijos de Adán», y el jeque Fazlollah Nuri, fueron ejecutados. Este último estaba acusado de haber respaldado las matanzas que habían seguido al golpe de Estado del año anterior; por lo tanto, se le juzgó por complicidad de asesinato y su condena a muerte fue ratificada por la jerarquía chií. Pero sin lugar a dudas la sentencia tenía, igualmente, un valor simbólico: Nuri había asumido la responsabilidad de decretar que la Constitución era una herejía. Fue colgado en público el 31 de julio de 1909, en la plaza Topjané. Antes de morir murmuró: «¡No soy un reaccionario!», para añadir inmediatamente, dirigiéndose a sus partidarios diseminados entre la multitud, que la Constitución era contraria a la religión y que ésta tendría la última palabra.

Pero la primera tarea de los nuevos dirigentes era reconstruir el Parlamento; el edificio se levantó de sus ruinas y se convocaron elecciones. El 15 de noviembre, el joven shah inauguró solemnemente el segundo *Majlis* de la historia persa con estas palabras:

«En el nombre de Dios, el que da la libertad, y bajo la protección oculta de Su Santidad, el Imán del Tiempo, queda abierta, en medio de la alegría y bajo los mejores auspicios, la Asamblea Nacional Consultiva.

»El progreso intelectual y la evolución de las mentalidades han hecho inevitable el cambio, que se ha producido pasando por una penosa prueba. Pero en el transcurso de los años Persia ha sabido sobrevivir a muchas crisis y hoy su pueblo ve colmados sus deseos. Nos sentimos felices al comprobar que este nuevo gobierno progresista tiene el apoyo del pueblo y que está devolviendo al país la tranquilidad y la confianza.

»Para poder realizar las reformas que se imponen, el Gobierno y el Parlamento deben considerar como una prioridad la reorganización del Estado, principalmente de las finanzas públicas, según las normas que corresponden a las naciones civilizadas.

»Rogamos a Dios que guíe los pasos de los representantes de la nación y asegure a Persia honor, independencia y felicidad.»

Ese día Teherán, alborozado, desfiló sin cesar por las calles, cantó en las plazas, declamó poemas improvisados en los que todas las palabras rimaban, de grado o por fuerza, con «Constitución», «Democracia» o «Libertad»; los comerciantes ofrecían bebidas y golosinas a los transeúntes y decenas de periódicos, enterrados en el momento del golpe de Estado, anunciaban su resurrección con ediciones especiales.

Cuando cayó la noche, los fuegos artificiales iluminaron la ciudad. Se habían instalado unas gradas en los jardines del Baharistán y en la tribuna de honor se sentaron los miembros del nuevo gobierno, los diputados, los dignatarios religiosos y las corporaciones del bazar y el cuerpo diplomático. Como amigo de Baskerville tuve derecho a estar en las primeras filas; mi silla estaba justo detrás de la de Fazel. Las explosiones y estampidos se sucedían, el cielo se iluminaba intermitentemente, las cabezas se echaban hacia atrás, los rostros miraban hacia arriba y luego se erguían con sonrisas de niños satisfechos. En el extremo, los «hijos de Adán» infatigables, cantaban desde hacía horas los mismos lemas.

No sé qué ruido, qué grito, trajo de nuevo a Howard a mis pensamientos. ¡Merecería tanto participar de la fiesta! En el mismo instante Fazel se volvió hacia mí:

—Pareces triste.

— ¡Triste no, desde luego! Desde siempre he querido oír gritar «Libertad» en tierra de Oriente. Pero ciertos recuerdos me atormentan.

—¡Aléjalos, sonríe, alégrate, aprovecha los últimos momentos de felicidad!

Inquietantes palabras que me quitaron, aquella noche, todo deseo de celebración. ¿Estaba Fazel reanudando, con siete meses de intervalo, el penoso debate que nos enfrentó en Tabriz? ¿Tenía nuevos motivos de preocupación? Estaba decidido a acudir a su casa el día siguiente para obtener su aclaración. Finalmente renuncié a ello y durante un año entero evité verlo de nuevo.

¿Por qué razón? Creo que después de la dolorosa aventura que acababa de vivir, abrigaba insistentes dudas sobre la sensatez de mi compromiso en Tabriz. Yo, que había venido a Oriente tras el rastro de un manuscrito, ¿tenía derecho a mezclarme hasta ese punto en una lucha que no era la mía? Y sobre todo, ¿con qué derecho había aconsejado a Howard que viniera a Persia? En el lenguaje de Fazel y de sus amigos, Baskerville era un mártir; a mis ojos, era un amigo muerto, muerto en tierra extranjera por una causa extranjera, un amigo, cuyos padres me escribirían un día para preguntarme, con la más desgarradora de las cortesías, por qué había engañado a su hijo.

Entonces... ¿remordimientos a causa de Howard?, Diría más exactamente que cierto anhelo de decencia. No sé si es la palabra adecuada, pero intento decir que después de la victoria de mis amigos no tenía ningún deseo de pavonearme por Teherán escuchando el elogio de mis pretendidas hazañas en el asedio de Tabriz. Había desempeñado un papel fortuito y marginal, sobre, todo había tenido un amigo, un compatriota heroico, y no tenía la intención de escudarme en su recuerdo para, obtener privilegios y consideración.

A decir verdad, sentía una fuerte necesidad de eclipsarme, de dejar que me olvidaran, de no frecuentar más a los políticos, a los miembros de clubes y a los diplomáticos. La única persona a la que veía todos los días y con un placer que no desmerecía jamás, era a Xirín. La había convencido de que fuera a instalarse en una de sus numerosas residencias familiares en la colina de Zarganda, un lugar de veraneo fuera de la capital. Yo mismo había alquilado una casita en los alrededores, pero por guardar las apariencias, ya que mis días y mis noches transcurrían junto a ella con la complicidad de sus sirvientes.

Aquel invierno pasamos semanas enteras sin salir de su espaciosa habitación. Al calor de un magnífico brasero de cobre, leíamos el *Manuscrito* y algunos otros libros, pasábamos largas y lánguidas horas fumando el *ka1yan*, bebiendo vino de Shiraz, a veces incluso champán, y comiendo pistachos de Kirman y turrónes de Ispahán; mi princesa sabía ser una gran dama y a la vez una chiquilla. Sentíamos el uno por el otro una ternura constante.

En cuanto llegaban los primeros calores, Zarganda se animaba. Los extranjeros y los persas más ricos tenían allí residencias suntuosas y se instalaban en ellas durante largos y perezosos meses, en medio de una lujuriente vegetación. No cabe la menor duda de que únicamente la proximidad de ese paraíso hacía soportable el gris aburrimiento de Teherán a innumerables diplomáticos. Sin embargo, en invierno, Zarganda se quedaba desierta. Sólo permanecían allí los jardineros, algunos guardas y los escasos supervivientes de su población indígena. Xirín y yo teníamos una gran necesidad de ese desierto.

Por desgracia, desde abril los veraneantes empezaban de nuevo su trashumancia. Los curiosos vagabundeaban por delante de todas las verjas, los andarines por todos los senderos. Después de cada noche, después de cada siesta, Xirín ofrecía té a las visitas de mirada indiscreta. Muchas veces tuve que esconderme, huir por los pasillos. La muelle hibernación estaba consumada y había llegado la hora de partir.

Cuando se lo anuncié, la princesa se mostró triste pero resignada.

—Creía que eras feliz.

—He vivido un excepcional momento de felicidad. Quiero suspenderlo ahora que está intacto para recuperarlo intacto. No me canso de contemplarte, con asombro, con amor. No quiero que la gente que nos invade cambie mi mirada. Me alejo en verano para encontrarte de nuevo en invierno.

—El verano, el invierno, te alejas, vuelves a mí, crees disponer impunemente de las estaciones, de los años, de tu vida, de la mía. ¿No has aprendido nada de Jaiyám? «Súbitamente, el Cielo te quita hasta el instante necesario para humedecerte los labios.»

Sus ojos se hundieron en los míos para leer en mí como en un libro abierto. Había comprendido todo; suspiró.

—¿Adónde piensas ir?

Yo no lo sabía aún. Había venido dos veces a Persia y las dos veces había vivido como un sitiado. Me quedaba aún por descubrir todo el Oriente, desde el Bósforo, hasta el mar de China; Turquía, que acababa de rebelarse al mismo tiempo que Persia, que había derrocado a su sultán-califa y que desde ese momento se enorgullecía de sus diputados, senadores, clubes y periódicos de la oposición; el altivo Afganistán, que los británicos habían conseguido someter finalmente, pero ¡a qué precio! Y por supuesto, me quedaba por recorrer toda Persia. Sólo conocía Tabriz y Teherán, pero ¿e Ispahán?, ¿y Shiraz, Qazán y Kirmán?, ¿Nisapur y la tumba de Jayyám, piedra gris guardada desde hacía siglos por incansables generaciones de pétalos?

De todos esos caminos que se me ofrecían, ¿cuál elegir? Fue el *Manuscrito* el que eligió por mí. Tomé el tren para Krasnovodsk, atravesé Asjabad y la antigua Merv y visité Bujara.

Y, más importante aún, fui a Samarcanda.

XLIII

Sentía curiosidad por ver lo que quedaba de la ciudad donde se había desarrollado la juventud de Jayyám.

¿Qué había sido del barrio de Asfizar y de aquel pabellón en el jardín donde Omar amó a Yahán? ¿Habría aún alguna huella del arrabal de Maturid, donde el judío fabricante de papel amasaba aún en el siglo XI según las antiguas recetas chinas, las ramas de morera blanca? Durante semanas deambulé a pie y luego lomos de una mula; interrogué a los comerciantes, a los transeúntes, a los imanes de las mezquitas, pero sólo conseguí de ellos muecas ignorantes, sonrisas divertidas y generosas invitaciones a tenderme en sus divanes azul cielo para compartir su té.

Mi destino me llevó una mañana a la plaza de Réghistan, por donde pasaba una caravana, una pequeña caravana, ya que sólo constaba de seis o siete camellos de Bactrián de tupido pelaje y pesados cascos. El viejo camellero se había detenido, no lejos de mí, ante el tenderete de un alfarero, sosteniendo contra su pecho un cordero recién nacido; proponía un intercambio y el artesano discutía; sin separar sus manos de la tinaja ni del tomo, indicaba con la barbilla una pila de lebrillos barnizados. Yo observaba a los dos hombres, sus gorros de lana negra ribeteada, sus vestidos de rayas, sus barbas rojizas, sus gestos milenarios. ¿Habría en la escena algún detalle que no hubiera podido ser idéntico en tiempos de Jayyám?

Una brisa ligera, la arena se arremolina, las ropas se ahuecan, toda la plaza se cubre con un velo irreal. Mi mirada se pasea. Alrededor del Réghistan se yerguen tres monumentos, tres gigantescos conjuntos, torres, cúpulas, pórticos, altos muros totalmente adornados con minuciosos mosaicos, arabescos con reflejos de oro, de amatista, de turquesa, y laboriosos escritos. Todo sigue siendo majestuoso, pero las torres están inclinadas, las cúpulas reventadas, las fachadas mugrientas, roídas por el tiempo, por el viento, por siglos de indiferencia; ninguna mirada se eleva hacia esos monumentos, colosos altivos, soberbios, ignorados, teatro grandioso para una obra irrisoria.

Me retiré andando hacia atrás y tropecé con un pie; me volví para disculparme y me encontré cara a cara con un hombre vestido a la europea como yo, llegado del mismo lejano planeta. Entablamos conversación. Era un ruso, un arqueólogo. Él también había venido con mil preguntas, pero ya tenía algunas respuestas.

—En Samarcanda, el tiempo transcurre de cataclismo en cataclismo, de tabla rasa en tabla rasa. Cuando los mogoles destruyeron la ciudad en el siglo XIII, los barrios habitados se convirtieron en un montón de ruinas y de cadáveres y hubo que abandonarlos; los supervivientes reconstruyeron sus casas en otro lugar, más al sur, de forma que toda la ciudad antigua, la Samarcanda de los selyuquies, recubierta poco a poco por capas de arena superpuesta, no es más que una enorme meseta. Tesoros y secretos viven bajo tierra, y en la superficie se pastorea. Un día habrá que abrir todo, desenterrar las casas y las calles, y Samarcanda, así liberada, podrá contarnos su historia.

Se interrumpió.

—¿Es usted arqueólogo?

—No, esta ciudad me atrae por otras razones.

—¿Sería indiscreto preguntar cuáles son?

Le hablé del *Manuscrito*, de los poemas, de la crónica, de las pinturas que evocaban a los amantes de Samarcanda.

—¡Cuánto me gustaría ver ese libro! ¿Sabe usted que todo lo que existía en esa época fue destruido? Como por una maldición. Las murallas, los palacios, los huertos, los jardines, los canales, los lugares de culto, los libros, los principales objetos de arte. Los monumentos que hoy admiramos fueron construidos más tarde por Tamerlán y sus descendientes, tienen menos de quinientos años. Pero de la época de Jayyám sólo quedan algunos trozos de cerámica, y como me acaba usted de informar, ese *Manuscrito*, milagroso superviviente. Es un privilegio para usted poder tenerlo entre sus manos consultarlo a placer. Un privilegio y una gran responsabilidad.

—Créame, soy consciente de ello. Desde hace años, desde que me enteré de que ese libro existía, sólo vivo para él. Me ha llevado de aventura en aventura, su mundo se ha convertido en el mío y su depositaria en mi amante.

—¿Y ha hecho usted este viaje hasta Samarcanda para conocer los lugares que describe?

—Esperaba que los habitantes de la ciudad me indicaran al menos el emplazamiento de los antiguos barrios.

—Siento tener que decepcionarle —prosiguió mi interlocutor—, pero sobre la época que le apasiona sólo oíré leyendas y cuentos de genios y de *divs*. Esta ciudad los cultiva con delectación.

—¿Más que otras ciudades de Asia?

—Me temo que sí. Me pregunto si la proximidad de estas ruinas no exacerba naturalmente la imaginación de nuestros miserables contemporáneos. Y además, existe esa ciudad oculta bajo tierra. En el transcurso de los siglos, ¡cuántos niños se habrán caído en las grietas sin reaparecer jamás, cuántos ruidos extraños se habrán oído, o creído oír, procedentes según toda apariencia de las entrañas de la tierra! Fue así como nació la más famosa leyenda sobre Samarcanda, la que tiene mucha culpa del misterio que envuelve el nombre de esta ciudad.

Yo le dejaba hablar.

—Se dice que un rey de Samarcanda quiso realizar el sueño de todo ser humano: escapar de la muerte. Convencido de que ésta venía del cielo y deseoso de actuar de manera que jamás pudiera alcanzarle, se construyó un palacio bajo tierra, un inmenso palacio de hierro cuyos accesos cerró. Fabulosamente rico, se había forjado, igualmente, un sol artificial que salía por la mañana y se ponía por la tarde, para calentarle e indicarle el paso de los días. Desgraciadamente, el dios de la muerte consiguió burlar la vigilancia del monarca y se deslizó al interior del palacio para realizar su trabajo. Tenía que probar a todos los humanos que ninguna criatura escapa de la muerte, sea cual sea su poder o su riqueza, su habilidad o su arrogancia. Samarcanda se convirtió así en el símbolo del encuentro ineluctable entre el hombre y su destino.

Después de Samarcanda, ¿adónde ir? Para mí significaba el último extremo de Oriente, el lugar de la mayor fascinación y de una insondable nostalgia. En el momento de abandonar la ciudad, decidí, pues, regresar a mi casa; deseaba volver a Annápolis, pasar allí algunos años sedentarios para descansar de mis viajes y más adelante marcharme de nuevo.

Por lo tanto, formé el más loco de los proyectos: volver a Persia, recoger a Xirín y el *Manuscrito* de Jayyám antes de ir a perdernos juntos, ignorados, en alguna gran metrópolis, París, Viena o Nueva York. Vivir ella y yo en Occidente al ritmo de Oriente, ¿no sería el paraíso?

En el camino de regreso estuve constantemente solo y ausente, preocupado únicamente de los argumentos que expondría a Xirín. Partir, partir, diría ella con desaliento, ¿no puedes contentarte con ser feliz? Pero yo no perdería la esperanza de barrer sus reticencias. Cuando el cabriolé alquilado al borde del Caspio me depositó en Zarganda ante mi puerta cerrada, ya estaba allí un automóvil, un Jewel-40, que ostentaba justo en medio del capó una bandera estrellada. El chófer se apeó y se informó sobre mi identidad. Tuve la estúpida impresión de que me esperaba desde mi partida, pero me aseguró que sólo estaba allí desde por la mañana.

—Mi señor me dijo que me quedara aquí hasta su regreso.

—Hubiera podido volver dentro de un mes o un año o tal vez nunca.

Mi estupor no le perturbó.

—¡Pero como ya está aquí...

Me tendió una nota garrapateada por Charles W. Russel, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos.

«Estimado señor Lesage, Me sentiría muy honrado si pudiera usted venir a la Legación esta tarde a las cuatro. Se trata de un asunto importante y urgente. Le he ordenado a mi chofer que se ponga a su disposición.»

XLIV

Dos hombres me esperaban en la Legación, con la misma impaciencia contenida. Russel, con traje gris, pajarita tornasolada y bigotes caídos parecidos a los de Theodore Roosevelt pero más cuidadosamente recortados; y Fazel con su eterna túnica blanca, capa negra, turbante azul. Por supuesto, fue el diplomático el que inauguró la sesión en un francés inseguro pero correcto.

—La reunión que se está manteniendo hoy es de las que modifican el curso de la historia. Por medio de nuestras personas dos naciones se encuentran desafiando distancias y diferencias: los Estados Unidos, que forman una nación joven pero una vieja democracia, y Persia, que es una vieja nación, varias veces milenaria, pero una jovencísima democracia.

Una pizca de misterio, una vaharada de solemnidad, y antes de proseguir, una ojeada hacia Fazel para asegurarse de que no le molestaban las palabras.

—Hace algunos días fui invitado al Club Democrático de Teherán, donde expresé a mi auditorio la profunda simpatía que siento por la revolución constitucional. Este sentimiento es compartido por el presidente Taft y por Mr. Knox, nuestro Secretario de Estado. Debo añadir que este último está al corriente de nuestra reunión de hoy y que espera de mí que le informe telegráficamente de las conclusiones a las que hayamos llegado.

Dejó a Fazel la tarea de explicarme:

—¿Recuerdas aquel día que quisiste convencerme de que no opusiera resistencia a las tropas del zar?

—¡Aquel incordio!

—Nunca te lo he reprochado. Hiciste lo que debías y en cierto sentido tenías razón. Pero desgraciadamente, lo que yo temía se ha producido. Los rusos jamás abandonaron Tabriz, la población está sometida a continuas vejaciones, los cosacos arrancan el velo a las mujeres en las calles y a los «hijos de Adán» se les, encarcela al menor pretexto.

Sin embargo, hay algo más grave aún. Más grave que la ocupación de Tabriz, más grave que la suerte de mis, compañeros. Nuestra democracia corre el riesgo de zozobrar. Russel ha dicho «joven», pero podría haber añadido «frágil», «amenazada». En apariencia todo va bien, el pueblo es más feliz, el bazar prospera, los religiosos se muestran conciliadores. Sin embargo, haría falta un milagro para impedir que se derrumbara el edificio. ¿Por qué? Porque nuestras arcas están vacías, como en el pasado. El antiguo régimen tenía una forma muy extraña de recaudar los impuestos. Arrendaba cada provincia a cualquier buitres, que sangraba a la población y se guardaba el dinero para él, contentándose con separar una parte para comprar protecciones en la corte.

De ahí vienen todas nuestras desgracias. Como el tesoro está agotado, se pide prestado a los rusos y a los ingleses, que para poder reembolsarse su préstamo obtienen concesiones y privilegios. Por esa vía se introdujo el zar en nuestros asuntos y así hemos vendido a precio de saldo nuestras riquezas. El nuevo poder se enfrenta al mismo dilema que los antiguos dirigentes: si no consigue recaudar los impuestos a la manera de los países modernos, tendrá que aceptar la tutela de las potencias. Para nosotros lo más urgente es sanear nuestras finanzas. La modernización de Persia pasa por ahí; la libertad de Persia tiene ese precio.

—Si el remedio es tan evidente, ¿a qué se espera para aplicarlo?

—Ningún persa es hoy capaz de dedicarse a semejante tarea. Es triste decirlo con respecto a una nación de diez millones de habitantes, pero no se puede subestimar el peso de la ignorancia. Aquí, sólo un puñado hemos recibido una enseñanza moderna parecida a la de los altos funcionarios en las naciones avanzadas. El único campo en el que tenemos numerosas personas competentes es el de la diplomacia. Para lo demás, ya se trate del ejército, de los transportes y sobre todo de las finanzas, no hay más que la nada. Si nuestro régimen pudiera mantenerse veinte, treinta años, formaría sin duda una generación capaz de encargarse de todos esos sectores. Mientras tanto, la mejor solución que se nos presenta es recurrir a extranjeros honrados y competentes. No es fácil encontrarlos, ya lo sé. En el pasado tuvimos las peores experiencias con Naus, Liakhov y muchos otros. Pero no pierdo la esperanza. He

hablado de este tema con algunos colegas en el Parlamento y en el Gobierno y hemos pensado que Estados Unidos podría ayudarnos.

—Me siento halagado— dije espontáneamente—, pero ¿por qué mi país?

Charles Russel reaccionó a mi observación con un movimiento de sorpresa y de inquietud que la respuesta de Fazel no tardó en aplacar.

—Hemos pasado revista una a una a todas las potencias. Los rusos y los británicos prefieren precipitarnos a la bancarrota para dominarnos mejor. Los franceses están demasiado preocupados con sus relaciones con el zar como para que les importe nuestra suerte. En general, toda Europa está presa en un juego de alianzas y contraalianzas en el que Persia no sería más que una vulgar moneda de intercambio, un peón en el tablero de ajedrez. Únicamente Estados Unidos podría interesarse por nosotros sin intentar invadirnos. Por lo tanto me dirigí a Russel y le pregunté si conocía a un americano capaz de consagrarse a una tarea tan difícil. Tengo que reconocer que fue él quien mencionó tu nombre. Me había olvidado completamente de que habías hecho estudios financieros.

—Me siento halagado por esta confianza —respondí—, pero desde luego no soy el hombre que necesitáis. A pesar del diploma que obtuve, soy un mal financiero y nunca tuve la ocasión de poner a prueba mis conocimientos. Habrá que reprochárselo a mi padre, que construyó tantos barcos que no tuve necesidad de trabajar para vivir. En mi vida no me he ocupado más que de las cosas esenciales, es decir, fútiles: viajar y leer, amar y crear, dudar, luchar. Y a veces, escribir.

Risas azoradas, intercambio de miradas perplejas. Yo proseguí:

—Cuando hayáis encontrado a vuestro hombre, podré estar a su lado, darle consejos y prestarle ayuda en pequeñas cosas, pero será a él a quien habrá que exigirle competencia y trabajo. Yo estoy lleno de buena voluntad, pero soy un ignorante y un perezoso.

Renunciando a insistir, Fazel prefirió responderme en el mismo tono:

—Es verdad, puedo asegurarlo, y además tienes otros defectos mayores aún. Eres mi amigo, todo el mundo lo sabe; mis adversarios políticos no tendrán más que un objetivo: impedir tu éxito.

Russel escuchaba en silencio con una sonrisa petrificada, como olvidada, en el rostro. No cabía la menor duda de que nuestras bromas no eran de su agrado, pero no abandonó su flema. Fazel se volvió hacia él:

—Siento la defección de Benjamin, pero no cambia en nada nuestro acuerdo. Tal vez sea mejor confiar este tipo de responsabilidad a un hombre que no haya estado nunca involucrado, ni de cerca ni de lejos, en los asuntos persas.

—¿Está pensando en alguien?

—No tengo ningún nombre en la mente. Quisiera una persona rigurosa, honrada y de espíritu, independiente. Esa raza existe en su país, lo sé, me imagino muy bien al personaje, casi podría decir que le estoy viendo ante mí; un hombre elegante, impecable, de porte erguido, que mire a los ojos y hable claramente. Un hombre que se parezca a Baskerville.

El mensaje del Gobierno persa a su Legación de Washington, el 25 de diciembre de 1910, domingo y día de Navidad, estaba teleografiado en estos términos:

«Soliciten inmediatamente al Secretario de Estado que les ponga en contacto con las autoridades financieras americanas al objeto de contratar para el puesto de Tesorero General a un americano experto y desinteresado, teniendo como base un contrato preliminar de tres años, sujeto a la ratificación del Parlamento. Se encargará de reorganizar los recursos del Estado, la percepción de las rentas y su desembolso, asistido por un censor de cuentas y un inspector que supervisará la recaudación en las provincias.

»El ministro de Estados Unidos en Teherán nos informa que el Secretario de Estado está de acuerdo. Contacten con él directamente, evitando pasar por intermediarios. Transmitanle el texto íntegro de este mensaje y actúen según las sugerencias que él les haga.»

El 2 de febrero siguiente, el Majlis aprobó el nombramiento de los expertos americanos con una mayoría aplastante y en medio de una salva de aplausos.

Pocos días después, el ministro de Finanzas que había presentado el proyecto a los diputados fue asesinado en plena calle por dos georgianos. Esa misma noche, el intérprete de la Legación rusa acudió al Ministerio persa de Asuntos Exteriores exigiendo que los asesinos,

súbditos del zar, le fueran entregados sin demora. En Teherán, todo el mundo había comprendido que esa acción era la respuesta de San Petersburgo al voto del Parlamento, pero las autoridades prefirieron ceder para no envenenar sus relaciones con su poderoso vecino. Por lo tanto, los asesinos fueron conducidos a la Legación y luego a la frontera; en cuanto la cruzaron, quedaron en libertad.

A modo de protesta, el bazar cerró sus puertas, los «hijos de Adán» hicieron un llamamiento para que se boicotearan las mercancías rusas; incluso se produjeron actos de venganza contra los súbditos georgianos, los *goryí*, numerosos en el país. Sin embargo, el Gobierno, alternando con la prensa, predicaba la paciencia: las verdaderas reformas iban a comenzar, decían, los expertos llegarían, pronto las arcas del Estado estarían llenas, pagaremos nuestras deudas, nos quitaremos de encima todas las tutelas, tendremos escuelas y hospitales y también un ejército moderno que obligará al zar a abandonar Tabriz y le impedirá mantenernos bajo su amenaza.

Persia esperaba milagros. Y, en efecto, los milagros iban a producirse.

XLV

El primer milagro me lo anunció Fazel. Susurrando, pero triunfante:

—¡Mírale! ¡Ya te dije que se parecería a Baskerville!

Se trataba de Morgan Shuster, el nuevo Tesorero General de Persia, que se acercaba para saludarnos. Habíamos iba a su encuentro por la carretera de Qazvin. Llegaba, acompañado de los suyos, en vetustas sillas de posta tiradas por jamelgos. Extraño, ese parecido con Howard: los mismos ojos, la misma nariz, el mismo rostro muy afeitado, quizá un poco más redondeado, los mismos cabellos claros peinados con la misma raya, el mismo apretón de manos, cortés pero dominante. Nuestra forma de mirarlo le debió de molestar, pero no lo demostró; verdad es que el hecho de presentarse así en un país extranjero y en unas circunstancias tan excepcionales le haría esperar que sería objeto de una constante curiosidad. En el transcurso de su estancia iba a ser observado, escrutado y acosado. A veces con malevolencia. Cada una de sus acciones, cada una de sus omisiones sería referida y comentada, alabada o maldecida.

La primera crisis estalló una semana después de su llegada. De los cientos de personalidades que iban cada día a dar la bienvenida a los americanos, algunas preguntaron a Shuster cuándo contaba con visitar las legaciones persa y rusa. La respuesta del interesado fue evasiva. Pero las preguntas se hicieron insistentes y el asunto se divulgó suscitando animados debates en el bazar: el americano ¿debía o no hacer visitas de cortesía a las legaciones? Éstas daban a entender que habían sido escarnecidas y el clima era cada vez más tenso. Dado el papel que había desempeñado en la venida de Shuster, Fazel se sentía particularmente molesto por ese contratiempo diplomático, que amenazaba con poner en tela de juicio el conjunto de su misión. Me pidió que interviniera.

Acudí, pues, a ver a mi compatriota al palacio Atabak, un edificio de piedra blanca, cuya fachada de finas columnas se reflejaba en un estanque. Constaba de treinta enormes habitaciones amuebladas en parte a la oriental y en parte a la europea, sepultadas bajo alfombras y objetos de arte. A su alrededor había un inmenso parque cruzado por riachuelos y salpicado de lagos artificiales, verdadero paraíso persa donde los ruidos de la ciudad llegaban filtrados por el canto de las cigarras. Era una de las más bellas residencias de Teherán. Había pertenecido a un antiguo Primer Ministro antes de que la comprara un rico comerciante zoroástrico, ferviente partidario de la Constitución, quien la puso, gentilmente, a disposición de los americanos.

Shuster me recibió en la escalinata. Ya repuesto de las fatigas del viaje, me pareció muy joven. Sólo tenía treinta y cuatro años y no los representaba. ¡Y yo que había pensado que Washington enviaría un experto peinando ya canas y con aspecto de reverendo!

—Vengo a hablarle de este asunto de las legaciones.

—¡Usted también! Pareció como si le divirtiera.

—No sé —insistí— si se da cuenta de la importancia que ha tomado esta cuestión de protocolo. ¡No lo olvide, estamos en un país de intrigas!

—No hay nadie a quien le gusten tanto las intrigas como a mí.

Se rió otra vez, pero se interrumpió de pronto, recobrando totalmente el semblante serio que exigía su función.

—Señor Lesage, no se trata solamente de protocolo. Se trata de principios. Antes de aceptar este puesto, me informé ampliamente sobre las decenas de expertos extranjeros llegados a este país antes que yo. A algunos no les faltaba competencia ni buena voluntad, pero todos fracasaron. ¿Sabe por qué? Porque cayeron en la trampa en la que me invitan a caer hoy. Fui nombrado Tesorero General de Persia por el Parlamento persa y es normal, por lo tanto, que advierta al shah, al regente y al gobierno de mi llegada. Soy americano y por lo tanto puedo igualmente visitar a ese simpático Mr. Russel. Pero ¿por qué se me exige que efectúe visitas de cortesía a los rusos, a los ingleses, a los belgas o a los austríacos? Se lo voy a decir: porque se quiere demostrar a todos, al pueblo persa que espera tanto de los americanos y al Parlamento que nos ha contratado a pesar de todas las presiones que tuvo

que soportar, que Morgan Shuster es un extranjero como todos los extranjeros, un *farangui*. En cuanto efectuara mis primeras visitas, las invitaciones lloverían; los diplomáticos son personas educadas, acogedoras y cultivadas, hablan las lenguas que conozco y juegan los mismos juegos. Yo viviría feliz aquí, señor Lesage, entre el bridge, el té, el tenis, la equitación y los bailes de disfraces, y volvería a mi país dentro de tres años rico, contento, bronceado y con buena salud. ¡Pero no es para eso para lo que he venido, señor Lesage!

Casi gritaba. Una mano invisible, tal vez la de su mujer, vino discretamente a cerrar la puerta del salón. Él no pareció advertirlo y prosiguió:

—He venido con una misión muy precisa: modernizar las finanzas de Persia. Estos hombres han recurrido a nosotros porque tienen confianza en nuestras instituciones y en nuestra gestión de los negocios. No tengo intención de decepcionarlos ni de engañarlos. Vengo de una nación cristiana, señor Lesage, y para mí esto tiene un significado. ¿Qué imagen tienen los persas hoy en día de las naciones cristianas? ¿La muy cristiana Inglaterra que se apodera de su petróleo, la muy cristiana Rusia que les impone su voluntad según la cínica ley del más fuerte? ¿Quiénes son los cristianos que han tratado hasta ahora? Estafadores, arrogantes, gente sin Dios, cosacos. ¿Qué idea quiere que tengan de nosotros? ¿En qué mundo vamos a vivir todos juntos? ¿No tenemos otra cosa que proponerles que ser nuestros esclavos o nuestros enemigos? ¿No pueden ser nuestros compañeros, nuestros iguales? Felizmente, algunos de ellos continúan creyendo en nosotros, en nuestros valores, pero ¿cuánto tiempo aún podrían hacer callar las miles de voces que equiparan al europeo con el demonio? ¿A qué se parecerá la Persia del mañana? Eso dependerá de nuestro comportamiento, del ejemplo que demos. El sacrificio de Baskerville ha hecho olvidar la codicia de muchos otros. Siento una gran estima por él, pero tranquilícese, no tengo intención de morirme, sencillamente quiero ser honrado. Serviré a Persia como serviría a una compañía americana; no la robaré, me esforzaré en sanearla y en hacerla prosperar y respetaré al Consejo de Administración, pero sin besamanos ni zalemas.

Mis lágrimas habían comenzado a correr de la manera más tonta. Shuster se calló y me contempló con circunspección y cierto desasosiego.

—Discúlpeme si por mi tono o mis palabras le he herido involuntariamente.

Me levanté y le tendí la mano para estrechar la suya.

—No me ha herido, señor Shuster, sólo me ha conmovido. Voy a transmitir sus palabras a mis amigos persas. Su reacción no será diferente a la mía.

Al salir de su casa, corrí al Baharistán, donde sabía que encontraría a Fazel. En cuanto lo divisé a lo lejos, grité:

—¡Fazel, otro milagro!

El 13 de junio, el Parlamento persa decidía, por una votación sin precedente, otorgar a Morgan Shuster plenos poderes para reorganizar las finanzas del país. De ahí en adelante, sería invitado regularmente al Consejo de Ministros.

Mientras tanto, otro incidente era la comidilla del bazar y las cancillerías. Un rumor, de origen desconocido pero fácil de adivinar, acusaba a Morgan Shuster de pertenecer a una secta persa. El asunto puede parecer absurdo, pero los propagadores habían destilado bien su veneno para dar a la mentira visos de verosimilitud. De la noche a la mañana los americanos se convirtieron en sospechosos a los ojos de la gente. Una vez más se me encargó que hablara con el Tesorero General. Nuestras relaciones eran cordiales desde el primer encuentro. Me llamaba Ben y yo le llamaba Morgan. Le expuse el objeto del delito:

—Se dice que entre tus sirvientes hay *babis* o *bahais* notorios, lo que me ha confirmado Fazel. Se dice también que los *bahais* acaban de fundar en Estados Unidos una rama muy activa. Y han sacado la conclusión de que todos los americanos de la delegación eran, de hecho, *bahais*, que con el pretexto de sanear las finanzas del país, han venido a ganar adeptos.

Morgan reflexionó un momento:

—Voy a responder a la única pregunta importante: no, no he venido para predicar o convertir, sino para reformar las finanzas persas que lo necesitan mucho. Añadiré, para tu información, que por supuesto no soy *babai*, que sólo me enteré de la existencia de estas sectas en un libro del profesor Browne, justo antes de venir, y que además sería incapaz de ver la diferencia entre *babi* y *bahai*. Si se trata de mis sirvientes, que son más de quince en

esta inmensa casa, todo el mundo sabe que estaban aquí antes de mi llegada. Su trabajo me satisface y es la única cosa que importa. ¡No tengo la costumbre de juzgar a mis colaboradores por su fe religiosa o el color de su corbata!

— Comprendo perfectamente tu actitud, que está de acuerdo con mis propias convicciones. Pero estamos en Persia y las sensibilidades son, a veces, diferentes. Vengo de visitar al Ministro de Finanzas y estima que para hacer callar a los calumniadores habría que despedir a los sirvientes involucrados en este caso. Por lo menos a algunos de ellos.

—¿El ministro de Finanzas se preocupa de este, asunto?

—Más de lo que piensas. Teme que ponga en peligro toda la acción realizada en su sector. Me ha rogado que le informe de mi gestión esta misma tarde.

—Entonces no voy a retrasarte. ¡Le dirás de mi parte que no se va a despedir a ningún sirviente y que para mí el asunto está zanjado!

Se levantó. Yo me sentí en la obligación de insistir:

—¡No estoy seguro de que esta respuesta sea suficiente, Morgan!

—¡Ah! ¿no? Entonces añadirás de mi parte: «Señor Ministro de Finanzas, si no tiene otra cosa mejor que hacer que averiguar la religión de mí jardinero, yo puedo proporcionarle varios expedientes más importantes para ocupar su tiempo.»

No informé al Ministro más que del contenido de esas palabras, pero sé que Morgan se las repitió él mismo textualmente a la primera ocasión, sin que por otra parte se suscitara el menor drama. En realidad, todo el mundo estaba contento de que al fin se dijeran sin rodeos ciertas cosas sensatas.

—Desde que Shuster está aquí —me confió un día Xirín—, hay en la atmósfera algo más sano, más limpio. Siempre nos imaginamos que se necesitan siglos para salir de una situación caótica, inextricable. De pronto aparece un hombre y como por encanto el árbol que creíamos condenado reverdece y comienza a dar hojas de nuevo, frutos y sombra. Este extranjero me ha devuelto la fe en los hombres de mi país. No les habla como a indígenas, no respeta susceptibilidades y mezquindades, les habla como a hombres y los indígenas descubren de nuevo que son hombres. ¿Sabes que en mi propia familia, las ancianas rezan por él?

XLVI

No me apartaría en modo alguno de la verdad si, afirmara que en aquel año de 1911 toda Persia vivía pendiente del «americano» y que era indiscutiblemente, de todos los responsables, el más popular y uno de los más poderosos. Los periódicos apoyaban su actuación con tanto más entusiasmo cuanto que se molestaba reunir a veces a los redactores para exponerles sus proyectos y solicitar incluso sus consejos sobre algunas cuestiones espinosas.

Sobre todo, y eso era lo más importante, su difícil misión iba camino de lograr el éxito. Incluso antes la reforma del sistema fiscal, Shuster había conseguido equilibrar el presupuesto, simplemente limitando el robo y el despilfarro. Antes de que él llegara, innumerables personajes, príncipes, ministros o altos dignatarios enviaban al Tesoro sus exigencias, una cifra garrapateada en una hoja grasienta, y los funcionarios se veían obligados a satisfacerlas so pena de perder su puesto o la vida. Con Morgan, todo había cambiado de la noche a la mañana.

Un ejemplo entre otros: en el Consejo de Ministros del 17 de junio, se le pidió a Shuster, en un patético tono, la suma de cuarenta y dos mil tumanes para pagar el sueldo de las tropas de Teherán.

—¡Si no, estallará una rebelión y toda la responsabilidad recaerá sobre el Tesorero General! —exclamó Amir-i-Azam, «el Emir Supremo», Ministro de la Guerra.

Respuesta de Shuster:

—El señor Ministro ha recibido hace diez días una suma equivalente. ¿Qué ha hecho con ella?

—La he gastado en pagar una parte de los sueldos atrasados. Las familias de los soldados tienen hambre, los oficiales están totalmente endeudados, ¡la situación es insostenible!

—¿El señor Ministro está seguro de que no queda nada de esas sumas?

—¡Ni una moneda!

Shuster sacó entonces de su bolsillo una pequeña cartulina escrita con una letra minuciosa, que consultó ostensiblemente antes de afirmar:

—La suma que el Tesoro entregó hace diez días fue depositada en su totalidad en la cuenta personal del Ministro y no se ha gastado ni un solo tumán. Tengo aquí el nombre del banquero y las cifras.

El Emir Supremo, gigante adiposo, se levantó relampagueando de ira; se puso la mano extendida sobre el pecho y paseó una mirada furiosa sobre sus colegas:

—¿Se está tratando de poner en tela de juicio mi honor?

Como nadie le tranquilizaba sobre ese punto, añadió:

—Juro que si efectivamente semejante suma está en mi cuenta, he sido el último en saberlo.

En vista de que a su alrededor aparecían algunas muecas incrédulas, se decidió hacer venir al banquero y Shuster pidió a los miembros del Gabinete que esperaran allí mismo. En cuanto se recibió el aviso de que el hombre había llegado, el Ministro de la Guerra se precipitó a su encuentro. Después de un intercambio de cuchicheos, el Emir Supremo volvió hacia sus colegas con una sonrisa ingenua.

—Ese maldito banquero no había comprendido mis directrices y aún no ha pagado a las tropas. ¡Ha sido un malentendido!

El incidente se terminó penosamente, pero desde entonces los altos dignatarios del Estado no se atrevieron ya a llevar a cabo aquel alegre saqueo del Tesoro que se venía realizando desde hacía siglos. Ciertamente, había descontentos pero tenían que callarse, ya que la mayoría de la gente, incluso entre los responsables del Gobierno, tenía razones para

estar satisfecha: por primera vez en la historia, los funcionarios, los soldados y los diplomáticos persas en el extranjero recibían sus sueldos a tiempo.

En los propios medios financieros internacionales se comenzó a creer en el milagro Shuster. La prueba es que los hermanos Seligman, banqueros en Londres, decidieron conceder a Persia un préstamo de cuatro millones de libras esterlinas sin imponer ninguna de las cláusulas humillantes que solían ir unidas a ese tipo de transacción. Ni retención sobre las recaudaciones de Aduanas, ni hipoteca de ninguna clase; un préstamo normal a un cliente normal, respetable y potencialmente solvente. Era un paso importante. A los ojos de aquellos que intentaban someter a Persia era un precedente peligroso. El gobierno británico intervino para bloquear el préstamo.

Durante ese tiempo, el zar había recurrido a métodos más brutales. En julio llegó la noticia del regreso del antiguo shah con dos de sus hermanos y a la cabeza de un ejército de mercenarios para reconquistar el poder. Pero ¿acaso no estaba retenido en Odessa, en una residencia vigilada y con la promesa expresa del gobierno ruso de no permitirle jamás volver a Persia? Cuando fueron interrogadas, las autoridades de San Petersburgo respondieron que había escapado a su vigilancia y viajado con pasaporte falso, que su armamento había sido transportado en cajas marcadas como «agua mineral», por lo que no se consideraban responsables de su rebelión. De modo que el shah habría abandonado su residencia en Odessa, atravesado con sus hombres los varios cientos de millas que separan Ucrania de Persia, se habría embarcado con su cargamento en un buque ruso, habría cruzado el Caspio y desembarcado en la costa persa, ¿y todo esto sin que el gobierno del zar ni su ejército, ni la Okhrana, su policía secreta, lo hubiesen advertido en ningún momento?

¿Pero para qué argumentar? Lo más importante de todo era impedir que la frágil democracia persa se derrumbara. El Parlamento pidió créditos a Shuster y esta vez el americano no discutió. Por el contrario, procuró que en pocos días se pusiera en pie un ejército con el mejor equipo disponible y abundante munición, sugiriendo él mismo el nombre del comandante Efraim Kan, un brillante oficial armenio que lograría en tres meses aplastar al ex shah y enviarlo de nuevo al otro lado de la frontera.

En las cancillerías del mundo entero apenas se lo creían. ¿Se habría convertido Persia en un Estado moderno? Normalmente, semejantes rebeliones duraban años. Para la mayoría de los observadores, tanto en Teherán como en el extranjero, la respuesta podía resumirse en una sola palabra mágica: Shuster. Su cometido superaba ya ampliamente el de un simple Tesorero General. Fue él quien sugirió al Parlamento que decretara fuera de la ley al antiguo shah y que se pegaran en las paredes de todas las ciudades un «Wanted» del más puro estilo «Far West», ofreciendo importantes sumas a aquellos que ayudaran a la captura del rebelde imperial y de sus hermanos. Lo que terminó de desacreditar al monarca derrocado a los ojos de la población.

La ira del zar no se aplacaba. Para él estaba claro que sus ambiciones en Persia no podrían saciarse mientras Shuster estuviera allí. ¡Había que hacerle partir! Había que crear un incidente, un grave incidente. Un hombre fue encargado de esta misión: Pokhitanoff, antiguo cónsul en Tabriz, convertido en cónsul general en Teherán.

Misión es una palabra púdica, ya que, en este caso, habrá que hablar de conspiración, cuidadosamente preparada aunque sin gran sutileza. El Parlamento había decidido confiscar los bienes de los dos hermanos del ex shah, que habían dirigido la rebelión a su lado. Encargado, como Tesorero General, de ejecutar la sentencia, Shuster quiso hacer las cosas dentro de la más estricta legalidad. La principal propiedad incluida en la confiscación, situada no lejos del palacio Atabak, pertenecía al príncipe imperial que respondía al nombre de «Resplandor del Sultanato»; el americano envió, con un destacamento de la policía, a unos funcionarios civiles provistos de un mandamiento judicial en regla. Se encontraron cara a cara con unos cosacos acompañados de oficiales consulares rusos que prohibieron a los policías la entrada en la propiedad, amenazando con utilizar la fuerza si no se retiraban inmediatamente.

Cuando se le informó de lo que había sucedido, Shuster envió a uno de sus ayudantes a la Legación rusa. Fue recibido por Pokhitanoff que, con tono agresivo, le dio la siguiente explicación: la madre del príncipe «Resplandor del Sultanato» ha escrito al zar y a la zarina para pedir su protección, que se le ha otorgado generosamente.

El americano no daba crédito a sus oídos; que los extranjeros, dijo, dispongan en Persia del privilegio de la impunidad, que los asesinos de un ministro persa no puedan ser juzgados

porque son súbditos del zar, es inicuo, pero es una regla establecida, difícil de modificar; pero que unos persas, de la noche a la mañana, coloquen sus propiedades bajo la protección de un monarca extranjero para burlar las leyes de su país, es un procedimiento nuevo, inédito, inaudito. Shuster no quería resignarse. Dio la orden a los policías de ir a tomar posesión de las propiedades incluidas en la confiscación sin usar la violencia, pero con firmeza. Esta vez Pokhitanoff no intervino. Había creado el incidente. Su misión estaba cumplida.

La reacción no tardó en producirse. En San Petersburgo se publicó un comunicado afirmando que lo que acababa de suceder equivalía a una agresión contra Rusia, a un insulto al zar y a la zarina, y exigiendo excusas oficiales del Gobierno de Teherán. Trastornado, el Primer Ministro persa pidió consejo a los británicos; el Foreign Office respondió que el zar no estaba bromeando, que había congregado tropas en Bakú, que se disponía a invadir Persia y que sería prudente aceptar el ultimátum.

El 24 de noviembre de 1911, el Ministro de Asuntos Exteriores se presentó, pues, con la muerte en el alma, en la Legación rusa y estrechó obsequiosamente la mano del Ministro plenipotenciario pronunciando estas palabras:

«Excelencia, mi Gobierno me ha encargado que presente excusas en su nombre por la afrenta que han sufrido los oficiales consulares de su gobierno.»

Sin dejar de estrechar la mano que se le tendía, el representante del zar replicó:

«Sus excusas son aceptadas como respuesta a nuestro primer ultimátum, pero debo informarle de que un segundo ultimátum está en preparación en San Petersburgo. Le comunicaré su contenido en cuanto lo reciba.»

Promesa cumplida. Cinco días más tarde, el 29 de noviembre a mediodía, el diplomático presentó al Ministro de Asuntos Exteriores el texto del nuevo ultimátum, añadiendo oralmente que había recibido ya la aprobación de Londres y que había que aceptarlo en el plazo de cuarenta y ocho horas.

Primer punto: despedir a Morgan Shuster.

Segundo punto: no volver a contratar jamás a un experto extranjero sin obtener previamente el consentimiento de las Legaciones rusa y británica.

XLVII

En la sede del Parlamento, los setenta y seis diputados esperan; unos llevan turbante, otros fez o gorro, y unos cuantos «hijos de Adán», entre los más militantes, van incluso vestidos a la europea. A las once, el Primer Ministro sube a la tribuna corno a un patíbulo, lee con voz ahogada el texto del ultimátum y luego recuerda el apoyo de Londres al zar antes de enunciar la decisión de su Gobierno: No resistir, aceptar el ultimátum, despedir al americano; en una palabra, volver a estar bajo la tutela de las potencias antes que ser aplastados bajo su bota. Para intentar evitar lo peor, necesita una orden clara; por lo tanto, plantea la cuestión de confianza, recordando a los diputados que el ultimátum expira a mediodía, que el tiempo está contado y que los debates no pueden eternizarse. A lo largo de su intervención, no ha cesado de dirigir miradas inquietas hacia la galería de los invitados, donde se pavonea Pokhitanoff, a quien nadie se ha atrevido a prohibir la entrada.

Cuando el Primer Ministro vuelve a su sitio, no se producen abucheos ni aplausos. Sólo un silencio aplastante, abrumador, irrespirable. Luego se levanta un venerable sayyid, descendiente del Profeta y modernista de los primeros tiempos, que siempre ha apoyado con fervor la misión de Shuster. Su discurso es breve:

—Quizá sea la voluntad de Dios que se nos arranque por la fuerza nuestra libertad y nuestra soberanía. Pero no las abandonaremos por voluntad propia.

Nuevo silencio. Luego otra intervención, en el mismo sentido e igualmente breve. Pokhitanoff consulta su reloj ostensiblemente. El Primer Ministro lo ve, saca a su vez la cadena de su reloj de bolsillo cincelado y se lo acerca a los ojos. Son las doce menos veinte. Está trastornado y golpea el suelo con su bastón, pidiendo que se pase ya a la votación. Cuatro diputados se retiran precipitadamente, con diversos pretextos; los setenta y dos que quedan dicen todos «no». No al ultimátum del zar. No a la partida de Shuster. No a la actitud del Gobierno. Por ello, el Primer Ministro está ya considerado como dimitido y se retira con todo su Gabinete. Pokhitanoff también se levanta; el texto que debe telegrafiar a San Petersburgo está ya redactado.

La gran puerta se cierra de un portazo, cuyo eco resuena durante largo rato en el silencio de la sala. Los diputados se quedan solos. Han ganado, pero no tienen ningún deseo de celebrar su victoria. El poder está en sus manos; el destino del país, de su joven Constitución, depende de ellos. ¿Qué pueden hacer? ¿Qué quieren hacer? No lo saben. Sesión irreal, patética, caótica y, en ciertos aspectos, infantil. De vez en cuando surge una idea pronto desechada:

—¿Y si pidiéramos a Estados Unidos que nos enviaran tropas?

—¿Por qué iban a venir? Son los amigos de Rusia. ¿No fue el presidente Roosevelt quien reconcilió al zar con el mikado?

—Pero está Shuster. ¿No querrían ayudarle?

—Shuster es muy popular en Persia; en su país apenas conocen su nombre. A los dirigentes americanos no les debe agradar que se haya enemistado con San Petersburgo y Londres.

—Podríamos proponerles que construyeran un ferrocarril. Quizá muerdan el anzuelo, quizá vengan en nuestra ayuda.

—Quizá. Pero no antes de seis meses y el zar estará aquí dentro de dos semanas.

¿Y los turcos? ¿Y los alemanes? ¿Y por qué no los japoneses? ¿No han aplastado a los rusos en Manchuria? Y de pronto un joven diputado de Kirman sugiere, sonriendo apenas, que se ofrezca el trono de Persia al mikado. Fazel explota:

—¡Es necesario que sepamos de una vez por todas que ni siquiera podremos recurrir a la gente de Ispahán! Si entablamos la batalla, será en Teherán, con la gente de Teherán, con las armas que hay en este instante en la capital. Como hace tres años en Tabriz. Y no enviarán contra nosotros mil cosacos, sino cincuenta mil. Debemos saber que lucharemos sin la menor posibilidad de ganar.

Viniendo de otra persona, esta descorazonadora intervención habría suscitado un torrente de acusaciones. Viniendo del héroe de Tabriz, del más eminente de los «hijos de Adán», las palabras se toman por lo que son, la expresión de una cruel realidad. A partir de ahí, es difícil predecir la resistencia. Sin embargo, es lo que hace Fazel.

—Si estamos dispuestos a luchar es sólo para preservar el futuro. ¿No vive aún Persia con el recuerdo del imán Hussein? Sin embargo, ese mártir no hizo más que entablar una batalla perdida, fue vencido, aplastado, aniquilado, y es a él a quien honramos. Persia necesita sangre para creer. Somos setenta y dos, como los compañeros de Hussein. Si morimos, este Parlamento se convertirá en lugar de peregrinación, y la democracia estará anclada durante siglos en la tierra de Oriente.

Todos decían que estaban dispuestos a morir, pero no murieron. No es que fallaran o traicionaran su causa. Por el contrario, trataron de organizar las defensas de la ciudad, se presentaron numerosos voluntarios, sobre todo «hijos de Adán», como en Tabriz. Pero no había solución. Después de haber invadido el norte del país, las tropas del zar venían ya hacia la capital. Únicamente la nieve retrasaba un poco su avance.

El 24 de diciembre, el Primer Ministro destituido decidió tomar de nuevo el poder con un golpe de fuerza. Con la ayuda de los cosacos, de las, tribus bajtariis, de una parte importante del ejército y de la policía, se adueñó de la capital e hizo proclamar la disolución del Parlamento. Varios diputados fueron detenidos. A los más activos se les condenó al exilio. Fazel encabezaba la lista.

El primer acto del nuevo régimen fue aceptar oficialmente los términos del ultimátum del zar. Una correcta carta informó a Morgan Shuster que había finalizado su función de Tesorero General. Sólo había permanecido ocho meses en Persia, ocho meses agitados, frenéticos, vertiginosos, ocho meses que estuvieron a punto de cambiar la faz de Oriente.

El 11 de enero de 1912, Shuster fue despedido con honores. El joven shah puso a su disposición su propio automóvil con su chofer francés el señor Varlet, para conducirlo hasta el puerto de Enzeli. Éramos muchos extranjeros y persas, los que fuimos a despedirlo, unos en el pórtico de su residencia, otros a lo largo del camino. No hubo aclamaciones, ciertamente, sólo unos gestos discretos de miles de manos y las lágrimas de hombres y mujeres, de una multitud desconocida que lloraba como una amante abandonada. En el recorrido sólo hubo un incidente, mínimo: un cosaco, al paso del convoy, recogió una piedra e hizo ademán de lanzarla en dirección al americano; no creo que ni siquiera finalizara su acto.

Cuando el automóvil desapareció más allá de la puerta de Qazvin, di algunos pasos en compañía de Charles Russel. Luego seguí mi camino solo, a pie, hasta el palacio de Xirín.

—Pareces muy conmovido —me dijo al recibirme.

—Acabo de despedir a Shuster.

—¡Ah, al fin se ha ido!

No estaba muy seguro de haber captado el tono de su exclamación. Fue más explícita:

—Hoy me pregunto si no habría sido mejor que no hubiera puesto jamás los pies en este país.

La miré con horror.

—¡Eres tú quien dices eso!

—Sí, yo, Xirín, soy la que digo eso. Yo que aplaudí la llegada del americano, yo que aprobé cada uno de sus actos, yo que vi en él a un redentor, ahora siento que no se quedara en su lejana América.

—Pero ¿en qué se equivocó?

—En nada, justamente, y ésa es la prueba de que no comprendió a Persia.

—Verdaderamente no lo entiendo.

—Un ministro que tuviera razón contra su rey, una mujer que tuviera razón contra su marido, un soldado que tuviera razón contra su oficial, ¿no serían doblemente castigados? Para los débiles es un error tener razón. Frente a los rusos y los ingleses, Persia es débil, debería haberse comportado como un débil. ¿Hasta el fin de los tiempos? ¿No debe levantarse algún día, construir un Estado moderno, educar a su pueblo, entrar en el concierto de las naciones prósperas y respetadas? Es lo que Shuster ha intentado hacer.

—Por eso me produce la mayor admiración. Pero no puedo dejar de pensar que si hubiera tenido menos éxito no estaríamos hoy en este lamentable estado: nuestra democracia aniquilada, nuestro territorio invadido.

—Al ser las ambiciones del zar lo que son, tenía que ocurrir tarde o temprano.

—¡Si es una desgracia, más vale que ocurra tarde! ¿No conoces la historia del burro parlante de Nollah Nasruddín?

Este último es el héroe semilegendario de todas las anécdotas y de todas las parábolas de Persia, Transoxiana y Asia Menor. Xirín contó:

—Se dice que un rey medio loco había condenado a muerte a Nasruddín por haber robado un burro. Cuando le van a llevar al suplicio, Nasruddín exclama: «¡Este animal es en realidad mi hermano, un mago le dio esta apariencia, pero si me lo confiaran durante un año le enseñaría de nuevo a hablar como vos y yo!» Intrigado, el monarca hizo repetir su promesa al acusado antes de decretar: «¡Muy bien! Pero si dentro de un año, ni un día más, ni un día menos, el burro no habla, serás ejecutado.» A la salida Nasruddín es interpelado por su mujer: «¿Cómo puedes prometer semejante cosa? Sabes muy bien que este burro no hablará.» «Por supuesto que lo sé», responde Nasruddín, «pero de aquí a un año el rey puede morir, el burro puede morir o bien puedo morir yo.»

La princesa prosiguió:

—Si hubiéramos sabido ganar tiempo, quizá Rusia se hubiese enredado en las guerras de los Balcanes o en China. Y además el zar no es eterno, puede morir, o los tumultos y sublevaciones pueden hacerle tambalearse de nuevo como hace seis años. Deberíamos haber tenido paciencia y esperar, trampear, tergiversar, doblegarnos y mentir, prometer. Ésa ha sido siempre la sabiduría de Oriente; Shuster quiso hacernos avanzar al ritmo de Occidente, y nos llevó derecho al naufragio.

Parecía sufrir por tener que hablar así; por lo tanto, evité contradecirla. Ella añadió:

—Persia me hace pensar en un velero desafortunado. Los marineros se quejan constantemente de no tener suficiente viento para avanzar. Y de pronto, como para castigarlos, el cielo les envía un tornado.

Permanecemos durante largo rato pensativos, abrumados. Luego la rodeé cariñosamente con un brazo.

—¡Xirín!

¿Fue la manera de pronunciar su nombre? Se sobresaltó y luego se separó de mí mirándome con recelo.

—Te vas.

—Sí, pero de otro modo.

—¿Cómo se puede uno ir «de otro modo»?

—Me voy contigo.

XLVIII

Cherburgo, 10 de abril de 1912. Ante mí, hasta perderse de vista, la Mancha, apacible cabrilleo plateado. A mi lado, Xirín. En nuestro equipaje, el *Manuscrito*. A nuestro alrededor una multitud distante, oriental a pedir de boca.

Se ha hablado tanto de las rutilantes celebridades que se embarcaron en el *Titanic*, que casi se ha olvidado a aquellos para los que ese coloso de los mares fue construido: los emigrantes, esos millones de hombres, mujeres y niños que ninguna tierra aceptaba ya alimentar y que soñaban con América. El buque debía proceder a una verdadera recogida: en Southampton los ingleses y los escandinavos, en Queenstown los irlandeses y en Cherburgo los que venían de más lejos, griegos, sirios, armenios de Anatolia, judíos de Salónica o de Besarabia, croatas, serbios, persas. Fue a esos orientales a los que pude observar en la estación marítima, apelotonados en torno a sus irrisorios equipajes, impacientes por verse ya lejos, y por momentos atormentados, buscando de pronto un formulario extraviado, un niño demasiado inquieto, un indomable fardo que había rodado bajo un banco. Todos llevaban en el fondo de su mirada una aventura, una amargura, un desafío, y una vez llegados a Occidente, todos consideraban un privilegio tomar parte en la travesía inaugural del buque más potente, más moderno y más inquebrantable que jamás haya emergido de un cerebro humano. Mis propios sentimientos eran apenas diferentes. Casado tres semanas antes en París, había retrasado mi partida con el único propósito de ofrecer a mi compañera un viaje de novios digno de los fastos orientales en los que ella había vivido. No era un vano capricho. Xirín se había mostrado reticente durante mucho tiempo respecto a la idea de instalarse en Estados Unidos y a no ser por su desaliento después del frustrado despertar de Persia, jamás habría aceptado seguirme. Yo tenía la ambición de reconstruir a su alrededor un mundo más mágico aún que el que había tenido que abandonar.

El *Titanic* servía admirablemente a mis propósitos. Parecía concebido por unos hombres deseosos de encontrar en ese palacio flotante las más suntuosas diversiones de la tierra firme y ciertos placeres de Oriente: un baño turco indolente como los de Constantinopla o de El Cairo; galerías decoradas con palmeras; y en el gimnasio, entre la barra fija y el potro, un camello eléctrico, destinado a procurar al jinete, por la simple presión de un botón milagroso, las saltarinas sensaciones de un viaje por el desierto.

Pero al explorar el *Titanic* no sólo buscábamos descubrir el exotismo. También nos entregábamos a placeres muy europeos, como saborear unas ostras seguidas de un salteado de pollo a la manera de Lyon, especialidad del cocinero Prontor, regado con un Cos-d'Estournel 1887, escuchando la orquesta que, de esmoquin azul oscuro, interpretaba los *Cuentos de Hoffmann*, *La Geisha* o *El Gran Mogol* de Luder.

Momentos tanto más hermosos para Xirín y para mí cuanto que en el transcurso de nuestra larga relación en Persia habíamos tenido que ocultarnos. Por muy amplios y prometedores que fueran los aposentos de mi princesa en Tabriz, Zarganda o Teherán, yo sufría constantemente al sentir nuestro amor confinado entre sus paredes, y como únicos testigos los espejos cincelados y los sirvientes de miradas huidizas. Gozábamos ya del trivial placer de ser vistos juntos, del brazo, de estar rodeados por las mismas desconocidas miradas, y hasta muy avanzada la noche no volvíamos a nuestra cabina, a pesar de que, yo la había escogido entre las más espaciales del buque.

Nuestro último placer era el paseo de la noche. En cuanto terminábamos de cenar, íbamos a buscar a un oficial, siempre el mismo, que nos conducía a una caja fuerte de donde sacábamos el *Manuscrito*, que transportábamos con reverencia a través de cubiertas y pasillos. Sentados en los sillones de mimbre del Café Parisiense, leíamos al azar algunas cuartetas y luego, en ascensor, subíamos a cubierta, donde sin preocuparnos demasiado de que nos espíaran intercambiábamos un ardiente beso al aire libre. Avanzada ya la noche, llevábamos el *Manuscrito* a nuestra habitación donde pernoctaba, antes de devolverlo por la mañana a la misma caja fuerte por intermedio del mismo oficial. Un ritual que encantaba a Xirín. Tanto que me esforzaba en recordar cada detalle para repetirlo al día siguiente sin la menor diferencia.

Fue así como la cuarta noche abrí el Manuscrito por la página en que Jayyám, en su época, había escrito:

Te preguntas de dónde viene nuestro soplo de vida.

Si hubiera que resumir una historia demasiado larga,

Yo diría que surge del fondo del océano

y luego, súbitamente, el océano lo devora de nuevo.

La referencia al océano me divertía: quise releerlo más despacio pero Xirín me interrumpió:

—¡Por favor!

Parecía ahogarse; yo la miré preocupado.

—Sabía de memoria esa cuarteta —dijo con voz apagada—, y de pronto he tenido la sensación de que la oía por primera vez. Es como si...

Pero renunció a explicarlo y recobró el aliento antes de decir algo más serena:

—Quisiera haber llegado ya.

Me encogí de hombros.

—Si existe un navío en el mundo en el que se pueda viajar sin temor, es éste. Como dijo el capitán Smith ¡ni Dios podría hundir este buque!

Si había pensado en tranquilizarla con esas palabras y con mi tono alegre, conseguí el efecto contrario. Se agarró a mí brazo murmurando:

—¡No vuelvas a decir eso jamás! ¡Nunca jamás!

—Pero ¿Por qué te pones así? ¡Sabes que sólo era una broma!

—Entre nosotros, ni siquiera un ateo se atrevería a proferir semejante frase.

Estaba temblando. Yo no comprendía la violencia de su reacción. Le propuse volver a nuestro camarote y tuve que sostenerla para que no se cayera por el camino.

Al día siguiente parecía restablecida. Para tratar de distraerla, la llevé a descubrir las maravillas del buque e incluso me monté en el temblequeante camello eléctrico, arriesgándome a tener que aguantar las risas de Henri Sleeper Harper, editor del semanario del mismo nombre, que permaneció un rato en nuestra compañía, nos invitó a té y nos contó sus viajes por Oriente, antes de presentarnos muy ceremoniosamente a su perro pequinés, al que había juzgado oportuno llamar Sun-Yat-Sen en ambiguo homenaje al libertador de China. Pero nada conseguía alegrar a Xirín.

Por la noche, durante la cena, permaneció silenciosa; parecía extenuada. Por lo tanto, juzgué prudente renunciar a nuestro paseo ritual, dejé el Manuscrito en la caja fuerte y nos fuimos a acostar. Inmediatamente cayó en un agitado sueño. Por mi parte, preocupado por ella y poco acostumbrado a dormirme tan temprano, pasé una buena parte de la noche observándola.

¿Por qué mentir? Cuando el buque chocó contra el, iceberg, yo no me di cuenta. Después, cuando me precisaron en qué momento se había producido la colisión, creí recordar haber oído un poco antes de medianoche como el ruido de una sábana que se desgarraba en una cabina cercana. Nada más. No recuerdo haber notado ningún choque. Tanto es así que terminé por adormilarme, para despertarme sobresaltado cuando alguien tamborileó en la puerta, gritando una frase que, no pude entender. Miré mi reloj, era la una menos diez. Me puse la bata y abrí la puerta. El pasillo estaba, desierto, pero oí a lo lejos conversaciones en alta voz, poco habituales a esas horas de la noche. Sin estar realmente preocupado, decidí ir a ver lo que pasaba, evitando, por supuesto, despertar a Xirín.

En la escalera me crucé con un camarero que habló con un tono totalmente desprovisto de gravedad, de «algunos pequeños problemas» sobrevenidos incidentalmente. El capitán, dijo, quería que todos los pasajeros de primera clase se reunieran en la cubierta del Sol, en lo más alto del buque.

—¿Tengo que despertar a mi mujer? Ayer no se sentía muy bien.

—El capitán me ha dicho que todo el mundo —contestó el camarero con una mueca escéptica.

Volví al camarote, desperté a Xirín con toda la dulzura de rigor, acariciándole la frente, luego las cejas, pronunciando su nombre con los labios pegados a su oído. En cuanto profirió un ronroneo, le susurré:

—Tienes que levantarte, debemos subir a cubierta.

—Esta noche no, tengo mucho frío.

—No se trata de paseos, son órdenes del capitán.

Esta última palabra tuvo un efecto mágico; saltó de la cama gritando:

—Jodayá! ¡Dios mío!

Se vistió de prisa y desordenadamente. Tuve que tranquilizarla, decirle que fuera más despacio, que no había tanta prisa. Sin embargo, cuando llegamos a cubierta había un verdadero revuelo y estaban encaminando a los pasajeros hacia los botes salvavidas.

El camarero que me había encontrado anteriormente estaba allí y me dirigí hacia él; no había perdido su jovialidad.

—Las mujeres y los niños primero —dijo burlándose de la fórmula.

Cogí a Xirín de la mano queriendo llevármela hacia la embarcación pero se negó a moverse.

—¡El *Manuscrito*! —suplicó. —¡Nos arriesgamos a perderlo en este barullo! ¡Está más protegido en la caja fuerte!

—¡No me iré sin él!

—No se van a marchar —intervino el camarero—, estamos alejando a los pasajeros durante una hora o dos. Si quieren mi opinión, no es ni siquiera necesario. Pero el capitán es el que manda a bordo...

No diría que se dejó convencer. No, simplemente se dejó llevar de la mano sin resistirse, hasta la cubierta de proa, donde un oficial me gritó:

—¡Señor, por aquí, le necesitamos!

Me acerqué.

—Falta un hombre en uno de los botes. ¿Sabe usted remar?

—Lo hice durante años en la bahía de Chesapeake.

Satisfecho, me invitó a subir en el bote y ayudó a Xirín a pasar por encima de la borda. Había ya unas treinta personas y otras tantas plazas vacías aún, pero las órdenes consistían en no embarcar más que a las mujeres y a algunos remeros expertos.

Nos bajaron hasta la superficie del océano, algo bruscamente para mi gusto, pero conseguí estabilizar la embarcación y comencé a remar. ¿Hacia dónde? ¿Hacia qué punto de esa oscura inmensidad? No tenía ni la, menor idea y los que se ocupaban del salvamento tampoco lo sabían. Decidí separarme únicamente del navío y esperar a una media milla de allí a que me llamaran con alguna señal.

Durante los primeros minutos, la preocupación de todos fue protegernos del frío. Soplaba un vientecillo glacial que nos impedía oír la canción que aún tocaba, la orquesta del buque. Sin embargo, cuando nos detuvimos a una distancia que me pareció adecuada, la verdad apareció súbitamente ante nosotros: el *Titanic* se hundía, claramente de proa y poco a poco sus luces se iban apagando. Todos estábamos sobrecogidos, mudos. De pronto, un grito de un hombre que nadaba; maniobré con el bote salvavidas para avanzar hacia él; Xirín y otra pasajera me ayudaron a izarlo a bordo. Pronto aparecieron otros supervivientes que a su vez nos hicieron señales y fuimos a recogerlos. Cuando estábamos absortos en esa tarea, Xirín lanzó un grito. El *Titanic* estaba ya en posición vertical, sus luces se habían esfumado. Permaneció así cinco interminables minutos y luego, solemnemente, se hundió hacia su destino.

El sol del 15 de abril nos sorprendió tendidos, agotados, rodeados de rostros compasivos. Estábamos a bordo del *Carpathia*, que al recibir un mensaje de socorro había acudido a recoger a los naufragos. Xirín estaba a mi lado, silenciosa. Después que vimos hundirse al *Titanic* no había vuelto a pronunciar una palabra y sus ojos me evitaban. Hubiera querido hacerla reaccionar, recordarle que nos habíamos salvado milagrosamente, que la mayoría de los pasajeros habían perecido, que en esa cubierta, a nuestro alrededor, había mujeres que acababan de perder un marido y niños que se habían quedado huérfanos.

Pero me abstuve de sermonearla. Sabía que ese *Manuscrito* era para ella, como para mí, más que una joya, más que una valiosa antigüedad, que era un poco nuestra razón de estar juntos. Su desaparición, después de tantos infortunios, iba a afectar gravemente a Xirín. Sentí que sería prudente dejar que actuara el tiempo reparador.

Cuando nos acercamos al puerto de Nueva York, avanzada la tarde del 18 de abril, nos esperaba una ruidosa recepción: algunos reporteros venían a nuestro encuentro a bordo de botes que habían alquilado y sirviéndose de altavoces se dirigían a nosotros gritando preguntas a las que algunos pasajeros se afanaban por responder con las manos en forma de bocina.

En cuanto el *Carpathia* atracó, otros periodistas se precipitaron hacia los supervivientes, tratando cada uno de adivinar cuál de ellos podía contarle el relato más verdadero o más sensacional. Un joven redactor del *Evening Sun* me escogió a mí. Le interesaba particularmente el comportamiento del capitán Smith y de los miembros de la tripulación en el momento de la catástrofe. ¿Habían perdido la cabeza? En sus palabras a los pasajeros ¿habían disimulado la verdad? ¿Era verdad que se había salvado con prioridad a los pasajeros de primera clase? Cada una de esas preguntas me hacía reflexionar, rebuscar en mi memoria; hablamos largo rato, primero bajando del barco, luego de pie en el muelle. Xirín se había quedado un momento junto a mí, callada, y luego se había eclipsado. No tenía ninguna, razón para preocuparme, realmente no podía estar muy lejos, seguramente estaría muy cerca, escondida detrás de ese fotógrafo que dirigía hacia mí su cegador relámpago.

Al despedirse, el periodista me felicitó por la calida de mi testimonio y anotó mis señas para contactarme posteriormente. Entonces miré a mi alrededor y llamé con voz cada vez más alta. Xirín no estaba allí. Decidí, no moverme del lugar donde ella me había dejado, para tener la seguridad de que me encontraría. Y esperé. Una hora, dos horas. El muelle se fue vaciando poco a poco.

¿Dónde buscar? En primer lugar fui a las oficinas la White Star, la compañía a la que pertenecía el *Titanic*. Luego recorrí los hoteles donde los supervivientes habían sido alojados para pasar la noche. Pero una vez más, ni rastro de mi mujer. Volví a los muelles, estaban desiertos.

Entonces decidí partir hacia el único lugar cu dirección ella conocía y donde, una vez tranquilizad podría pensar en encontrarme: mi casa de Annápolis.

Durante largo tiempo esperé una señal de Xirín, pero jamás llegó. Tampoco me escribió. Nadie volvió pronunciar su nombre delante de mí.

Hoy me pregunto: ¿habrá existido realmente? ¿Era otra cosa que el fruto de mis obsesiones orientales? Por la noche, en la soledad de mi demasiado espaciosa habitación, cuando la duda me invade, cuando mi memoria se confunde, cuando siento que mi razón vacila, me levanto y enciendo todas las luces, corro a coger sus cartas de antaño y hago como si las abriera aparentando que las acabo de recibir, aspiro su perfume, releo algunas páginas; la frialdad misma de su tono me reconforta, me da la ilusión de vivir de nuevo un incipiente amor. Sólo entonces me tranquilizo, las guardo y vuelvo a hundirme en la oscuridad, dispuesto a abandonarme sin miedo al deslumbrante pasado: una frase lanzada en un salón de Constantinopla, dos noches en blanco en Tabriz, un brasero en el invierno de Zarganda. Y de nuestro último viaje, esta escena: habíamos subido a cubierta y en un rincón sombrío y desierto nos habíamos besado apasionadamente. Para coger su rostro entre mis manos, dejé el *Manuscrito* sobre una cornamusa de amarre. Cuando lo vio, Xirín se echó a reír, se separó de mí y con un gesto teatral lanzó hacia el cielo:

—¡Las *Ruba'iyat* en el *Titanic*! ¡El florón de Occidente llevando a la flor de Oriente!
¡Jayyám, si pudieras ver el bello instante que se nos ha otorgado vivir!